JACQUES LAGAS

PILOTO CHILENO

EX-CAPITAN DE LA FUERZA AEREA REBELDE DE CUBA

"HEROE DE PLAYA GIRON"

SEGUNDA EDICION

26

MEMORIAS DE UN CAPITAN REBELDE

MEMORIAS DE UN CAPITAN
REBELDE
Segunda edición
por Jacques Lagas
se terminó de imprimir el día 25 de junio de 1964, en las prensas de Editorial Del Pacífico S. A., Alonso Ovalle 766
Santiago de Chile

"MEMORIAS DE UN CAPITAN REBELDE"

Conocido es el interés que los libros de "memorias" despiertan en el público lector. Es cierto que este interés puede obedecer en muchos casos a un hábito de indiscreción no muy confesable. Pero no es menos cierto que cuando el relato incide en hechos de interés público, en eventos que afectan a la comunidad, en controvertidos acontecimientos de alcance político, el interés del lector se afinca en un legítimo y saludable afán de buscar en los entretelones, toda la verdad que se tergiversa y desfigura en las comprometidas versiones oficiales.

Es el caso de las "memorias" que entregamos en el presente volumen. Todos los elementos de esta obra coadyuvan a proporcionar al lector —aparte de una narración entretenida desde la primera a la última página— un conjunto de informaciones serias, responsables y de primera mano sobre hechos en plena vigencia y que son materia de animada discusión, de violentas polémicas en los diversos planos de la inquietud social.

Intentemos una somera revista sobre dichos elementos:

El tema, de palpitante actualidad y de creciente interés: la Revolución Cubana y el régimen de Fidel Castro.

El lenguaje: diáfano, sencillo, directo; sin adornos retóricos, pero vibrante, ameno, vívido.

El autor: un chileno que, persistiendo en la derrota embrujada de una vida pletórica de aventuras, y acatando los imperativos de una conciencia idealista, abrazó la causa de la Revolución Cubana, con una entrega total, que traspasa los lindes del heroísmo. Conquista, en efecto, el lauro de "Héroe de Playa Girón" y conoce de los halagos de la gloria guerrera. Pero. . . una duda cruel comienza a torturar su espíritu, al advertir el enseñoramiento paulatino de los enemigos de la víspera. Los comunistas, los mismos que rendían pleitesía al tirano Batista y le ofrendaban una masiva sustentación a su régimen liberticida, son ahora quienes van cubriendo uno a uno los puestos claves de la Revolución; y desencadenan una persecución que aniquila y elimina a los más abnegados y valerosos luchadores de la causa anti-batistiana.

Las paradojales situaciones que sobrevienen al consumarse la "Gran Traición" son expuestas con un realismo y una veracidad sólo posibles para quien, como el autor, las ha sufrido en carne propia y puede llegar a probarlas documentalmente.

Y aquí importa una advertencia. Suele decirse que sólo critican el régimen castrista personas de tendencia retrógrada, amantes de los privilegios de casta, representantes de las clases acaudaladas. Pues bien, ninguno de estos calificativos es aplicable a Jacques Lagas. Muy por el contrario, estamos frente a un hombre para quien la vida ha sido una lucha dura y constante: minero, marinero, grumete, boxeador, radionavegante de una compañía aérea, logra, tras grandes esfuerzos y sacrificios, hacerse piloto de aviación. Y no se crea que se trata de un arribista que reniega de su pasado. No; su auto-formación es sólo el corolario de un vigoroso perfeccionamiento técnico; y todas las decisiones importantes de su vida están marcadas con el sello del desinterés, de una total ausencia de cálculo.

Su libro tiene, pues, el valor de un testimonio limpio de compromisos y aportará al lector un conjunto de elementos de juicio irrecusables.

2.ª Edición

EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
Alonso Ovalle 766
Santiago — Chile

JACQUES LAGAS
PILOTO CHILENO
Ex Capitán de la Fuerza Aérea Rebelde de Cuba
"Héroe de Playa Girón"

MEMORIAS DE UN CAPITAN REBELDE



EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A.
SANTIAGO DE CHILE

Dedico este libro a mi esposa e hijo,
ambos cubanos, víctimas también de
"La Gran Traición".

I

LOS ADVENEDIZOS

El fragor de los combates ha cesado. Un manto de silencio protector envuelve la Base. Los soldados, pálidos y demacrados por el supremo esfuerzo realizado, duermen a la sombra de las palmeras, que también parecen dormir, con sus grandes ramas inmóviles, que ninguna brisa acaricia. El sol tropical cae a plomo, reflejándose en las blancas paredes de los edificios, hiriendo con sus destellos a un soldado, que con su torso color caoba, brillante de sudor, se dirige tranquila y pausadamente, con paso cansado, en busca de un lugar más fresco donde reposar.

Todo es aparentemente normal, pero algo raro flota en el ambiente. Es algo que, a pesar del silencio reinante, hiere los oídos con sonidos imperceptibles y hace intranquilo el sueño de los heroicos soldados que se mueven inquietos en sus sueños, o pesadillas. Para nadie es un secreto que varios oficiales Rebeldes han sido detenidos y enviados a La Cabaña; entre ellos: el Capitán Evans Rosales Bressler, valiente Oficial del Ejército Rebelde, quien se ganara sus galones, combate a combate en la Sierra Cristal, Segundo Frente Frank País, durante la lucha insurreccional. Este Capitán fue acusado de envenenar la comida del personal de la Base Aérea de San Antonio de los Baños, durante el transcurso de los combates de Bahía Cochinos y Playa Girón. Por ese motivo fue obligado a ingerir la ración del personal, a punta de pistola, por el Capitán Fausto Rodríguez y el Teniente Antonio Pérez Centeno,

ambos de la Policía Política de la Fuerza Aérea Rebelde. A pesar de que nada le sucedió, por la sencilla razón de que dicho envenenamiento existía sólo en la mente de los que habían inventado la siniestra historia, fue condenado a prisión junto con otros nueve oficiales, clases y soldados; acusados, además de ser Agentes del FBI, Oficiales de la CIA y, por supuesto, traidores a la Revolución. Fueron las primeras víctimas del Clan Comunista que se infiltró en la Fuerza Aérea Rebelde, bajo el amparo y dirección del Comandante Raúl Castro Ruz, hermano de Fidel.

Todos los que conocíamos a esos compañeros de armas, nos negábamos a creer tal estupidez, y hacíamos mil y una conjeturas al respecto; todos coincidíamos en que un plan maquiavélico estaba en marcha para destruir a todos los que no pertenecíamos al Partido Comunista, pero que, sí, éramos muy conocidos por nuestro espíritu revolucionario y llegábamos a la triste conclusión de que esos compañeros apresados eran víctimas de alguna intriga, tan característica en todas las revoluciones y, muy especialmente, en la revolución de Cuba; en la cual, los canallas y oportunistas ya habían hecho bastante daño. Algunos trágicos e irreparables, como el sucedido con el Teniente Adolfo Alfonso Cruz, quien fue vejado de hecho y de palabra por un mequetrefe llamado Arnaldo Fraguella Quivira. Fraguella era un individuo que ingresó a la Fuerza Aérea Rebelde en marzo de 1960, con el grado de Cabo Escribiente. Sus antecedentes "revolucionarios" eran conocidos por todo el mundo en el Ejército Rebelde; en otras palabras, de revolucionario tenía tanto "como de hombre", pues era uno de los "bellos ejemplares varoniles", tan preferidos por el Comandante Raúl Castro Ruz, a quienes distinguía por ese motivo con su personal apoyo, aprecio y protección. Además de esas "viriles" cualidades, el Teniente Fraguella era un conocido elemento batistiano, quien se había lucrado durante la tiranía, vendiendo la revista *Eco*, de propiedad de su padre, la cual ofrecía casas a sus suscriptores y que después de misteriosas rifas, jamás se entregaban a los favorecidos.

Por esas raras influencias e hilos invisibles característicos

de los momentos irregulares por los que atraviesa una revolución, este bello ejemplar de hombre, llamado Fraguella, en sólo un año llegó a lucir sobre sus hombros los grados de Primer Teniente; sin disparar un tiro, sin participar en ninguna batalla, sin arriesgar su cochino pellejo en ninguna acción honrosa, pero, sí, después de incurrir en varias deshonrosas. Por eso y por muchas cosas más, todos los combatientes lo despreciábamos; y él lo sabía. Cuando tuvo la oportunidad, se vengó.

El Teniente Adolfo Alfonso Cruz, Jefe de Personal del Escuadrón de Bombardeo Ligero, quien combatió bajo las órdenes del Comandante Ernesto "Che" Guevara en la toma de Santa Clara durante la insurrección y en las Sierras del Escambray, se me acercó ese día a pedirme permiso para dirigirse al Estado Mayor General, donde había sido citado con urgencia. Algo raro había en sus gestos y sus palabras; presentía algo, y así me lo hizo saber:

—Hágase cargo de la Caja Chica, Capitán —dijo con voz triste y cansada.

—Diablos, flaquito. Ni que te llamaran para fusilarte —le contesté alegremente para inspirarle ánimos—. Tú sabes que yo no sirvo para andar con números, y menos con dinero —agregué sonriendo, a la vez que le pasaba un cigarro que no quiso aceptar.

Me miró profunda y detenidamente a los ojos. Se sacó los ahumados y espesos espejuelos y después de limpiarlos minuciosamente, se los colocó de nuevo. A la vez que me decía:

—De todas maneras le dejo la llave; no vaya a ser que choque por el camino y usted no pueda sacar dinero, si lo necesita para algo urgente.

Tomó con su mano de largos y afilados dedos, el pase que yo le extendí para que pudiera pasar por la posta. Lo guardó con sumo cuidado en el bolsillo de su impecable camisa. Sacó un grueso tabaco y al encenderlo, lo aspiró con una expresión de placer. Al despedirse lo hizo con cierta solemnidad que no me agradó y al estrechar su mano jamás me ima-

giné que sería por última vez. Partió en el jeep del Escuadrón y... nunca más lo volví a ver.

Según supimos después, el Teniente Arnaldo Fraguella Quivira, en complicidad con los Capitanes Víctor Pina y Eugenio Teruel Buyreau y el Teniente Antonio Pérez Centeno, habían recibido orden del Partido Comunista de depurar el Ejército Rebelde.

El Teniente Adolfo Alfonso Cruz llegó ese día al Estado Mayor y fue vejado y humillado de tal manera, que en su calidad de hombre, revolucionario y oficial del glorioso Ejército Rebelde, no pudo aceptar. Sacó tranquilamente la pistola de la funda, cuando ésta le fue pedida, pero en vez de entregarla, se voló los sesos de un tiro.

Cuando su cuerpo, palpitante aún, se estremecía en el suelo, el Teniente Fraguella, en un rasgo que lo pinta de cuerpo entero, tomó el teléfono de su escritorio para llamar al Comandante Raúl Guerra Bermejo –seudo Jefe de la Fuerza Aérea– y dijo:

–Oye, Maro. Ese hijo de puta de Alfonso se acaba de pegar un tiro.

Lucy, la secretaria personal del Comandante Juan Almeida, mujer al fin, no pudo soportar tan repugnante espectáculo y a pesar de ser una mujer de reconocido temple, histéricamente lo increpó:

–¡Cómo puedes hacer y decir eso, CANALLA! Llama a una ambulancia; a lo mejor se salva este pobre hombre.

Pero nada ni nadie podía salvar a ese valiente, digno, culto e inteligente oficial, que prefirió la muerte a la humillación, pero que cometió un error: no mató primero al causante de su muerte.

Todos y cada uno de los oficiales miembros del Ejército Rebelde fueron desfilando por la oficina de ese Tenientillo, para ser relevados de sus puestos y enviados a diferentes lugares, prácticamente, a trabajos forzados. A construir escuelas, caminos, acueductos y a hacer plantaciones de árboles en las ciénagas de Zapata y Guanacabibe; como si hubiese sido un delito haber pertenecido al heroico Ejército Rebelde que derrotó al tirano Fulgencio Batista. Aquel Ejército que hizo posible la victoria y que estaba formado por un pequeño y reducido grupo de idealistas y patriotas... que ahora eran un estorbo para los planes y macabros proyectos que se tejían en la sombra.

Pasados los días de peligro y cuando la Revolución estaba ya consolidada, empezaron a llegar nuevos oficiales; nadie conocía a esos caballeros, o más bien dicho, compañeros camaradas. Todos nos preguntábamos de dónde habían salido, pues nosotros nos conocíamos hasta en la manera de andar. Pronto, muy pronto supimos el origen de esa nueva camada de revolucionarios anónimos, que hasta ese momento se habían escondido bajo sus camas o detrás de las faldas de sus mujeres, cuando nosotros combatíamos por la Revolución. Como dijera el Comandante Fidel Castro Ruz, en su histórico discurso del 16 de marzo de 1962: "Cobardes, que no fueron capaces de hacer su Revolución como hombres, y ahora la disfrutaban como prostitutas".

Uno de ellos, llamado Víctor Pina, Capitán por obra y gracia del Partido Comunista, era sí conocido por nosotros. Yo me acordaba perfectamente de él cuando llegó a Santiago de Cuba mendigando servilmente una entrevista con el Comandante Raúl Castro Ruz; lo acompañaban otros tipos de su misma calaña: el famoso Taquechel, Secretario General del Partido Comunista de esa ciudad, y el después omnipotente y temido "Capitán" Luis Mas Martín. Pina vestía un viejo pantalón marrón, roto en las asentaderas, y una camisita que alguna vez había sido blanca. Tenía un aspecto que a simple vista causaba repulsión: blanco, más bien de un color indefinido, casi transparente; pelo canoso y mirada ladina. Cuando se le estrechaba la mano, se sentía la impresión de coger una víbora; instintivamente uno presentía la sensación del peligro y de la traición.

Este camarada había sido un simple empleado en la Dirección de Aeronáutica Civil de Cuba, *hasta el 31 de diciembre de 1958*. Había sido distinguido con la Cruz de Honor, *por su lealtad al régimen de Batista y por sus brillantes e in-*

condicionales servicios prestados a la tiranía. Como decía en aquel entonces el famoso Juan Marinello: "Servían al hombre fuerte de Cuba, al Padre del Comunismo Cubano". Servían en ese momento al que les llenaba la panza: el General Fulgencio Batista y Zaldívar; y ahora: *Servían a Fidel; eran REVOLUCIONARIOS.*

Otro bello ejemplar que llegó a tener gran influencia y poder, señor de horca y cuchillo, es el famoso "Teniente" Antonio Pérez Centeno, ex chofer de *guagua* *, ex lavador de frascos en el Hospital Militar de Batista durante la insurrección y muy conocido en La Habana por los choferes de las rutas 24 y 25, por un pequeño defecto, o más bien dicho, cualidad de ese camarada: era ladrón. Yo no sé si por sus defectos o cualidades el Partido lo ascendió a Jefe de la Policía Política de la Fuerza Aérea; a pesar de que había bien poca diferencia entre un ladrón y un miembro del *G-2* *.

Se sumaba a este selecto grupo de oficiales el Capitán César Alarcón, quien fue expulsado de la Línea Aérea Cubana de Aviación, el año 1954, por ser un vulgar ratero, con expediente en el Ministerio del Trabajo. Otro "Capitán" era Alberto Semiday, distinguido batistiano, que se había esforzado al máximo para transportar las armas que desde Santo Domingo enviaba el tirano Rafael Trujillo a su colega Batista; armas que se utilizaron para matar estudiantes y pueblo en general en las calles de las ciudades de Cuba. Y ahora, ese descarado, por obra y gracia del Partido, mancillaba y deshonraba el uniforme verde olivo.

Luis Alvarez Tavío, famoso contrabandista y miembro de los *Nylon Brothers* *, aprovechaba su parentesco con Pina y su militancia política para disfrazarse, también, de oficial del Ejército Rebelde.

El "Teniente" Douglas Rood y Sánchez de Mola, un aristocrático y amanerado comunista, ex cadete de la Aviación de

* *Guagua*: Autobús.
* *G-2*: Policía Política.
* *Nylon Brothers*: Contrabandistas de artículos de nylon.

Batista y ex protegido del famoso y sanguinario General Pedraza en tiempos de la tiranía, era ahora un fiel servidor del Capitán Pina y del Partido Comunista, al servicio de las inconfesables pero manifiestas ambiciones del Comandante Raúl Castro Ruz. Douglas Rood, al igual que todos los oportunistas que se sumaron a la Revolución triunfante, sentía un odio ciego e implacable por todos los Rebeldes, por la sencilla razón de que él era un batistiano de corazón, como buen comunista. Cierto día se le ocurrió que todos los soldados Rebeldes eran una nidada de cobardes, y así se lo hizo saber al Comandante Raúl Guerra Bermejo; y para demostrárselo, le dijo que iba a picar su avión sobre las baterías antiaéreas de la Base, para que él los viera correr. Picó y volvió a picar en vuelos peligrosamente rasantes. Pero los muchachos de las baterías sabían lo que este camarada trataba de demostrar, y ellos, que jamás habían huido de las balas en la Sierra, se reían de ese fantoche. Uno más atrevido que los demás se paró sobre los sacos de arena y empuñando su fusil Garand lo desafió a viva voz para que bajara más. Parece que el Teniente Douglas Rood y Sánchez de Mola se indignó por ese gesto y... le arrojó su avión encima. La hélice del avión partió como a un puerco en el matadero al pobre muchacho. Lo abrió en dos partes hasta la altura del ombligo. Los sesos quedaron esparcidos a cien metros de distancia y la sangre empapó los sacos de arena que protegían las ametralladoras. Los sirvientes de las baterías antiaéreas, llorando de dolor, desesperación e impotencia, quisieron abrir fuego para vengar a su compañero muerto; feliz o infelizmente, el Comandante Guerra Bermejo pudo contener sus impulsos.

El Teniente Ramón Arias, Jefe de la Policía Militar de la Base, aguerrido soldado Rebelde, corrió hacia Operaciones cuando vio aterrizar el avión que tripulaba Rood. Con lágrimas en los ojos, sollozando como un niño y con la pistola 45 en la mano, lo buscó inútilmente para matarlo. El muy cobarde había huido.

El Comandante Raúl Guerra Bermejo (Maro) me ordenó por escrito hacer una "investigación del accidente", dando

un plazo perentorio de setenta y dos horas para entregar el dictamen. Al recibir la orden me indigné y empecé a buscar a Maro por toda la Base, hasta que lo encontré junto con otros oficiales admirando un nuevo automóvil que le habían "regalado". Un Oldsmobile 1959, blanco, de cuatro puertas y ruedas con bandas blancas. Parecía más apropiado para una estrella de cine que para un oficial del Ejército Rebelde. El estaba encantado, como un niño con su juguete nuevo. Al acercarme le dije en tono confidencial que deseaba hablar con él respecto al asunto de Rood; pero Maro ni siquiera se movió. Al ver que no hacía amago de alejarse del grupo que lo rodeaba, decidí entrar en materia. Total, lo que tenía que decirle no era ningún secreto.

—Mira, Maro. Acabo de recibir una orden en la cual me dan un plazo perentorio para entregar un informe sobre lo sucedido hoy en la tarde. Quiero que sepas, Maro, que estoy en condiciones de hacer cualquiera investigación de índole técnica y profesional, pero no investigar un "crimen". Eso es asunto que concierne a la justicia ordinaria. Y aún más —agregué—, me declaro inhabilitado para efectuar la investigación, ya que no sería imparcial, pues como piloto considero que el Teniente Douglas Rood es un criminal. Sé hasta qué punto un piloto puede picar su avión para asustar a la gente y también hasta dónde se baja para matar a un compañero.

Maro me miró tranquilamente y comprendió mi punto de vista. Me relevó de tan inmundo, sucio y asqueroso asunto. Posteriormente, el Capitán Enrique Carrera Rola se ensució las manos y la conciencia, absolviendo a Rood de toda culpa. Su dictamen fue... irresponsabilidad del soldado muerto. Al terminar su sentencia, sólo se escuchó el llanto de la joven viuda...

Estos eran algunos de los brillantes oficiales de galones sin gloria, que fueron a reemplazar a los heroicos oficiales del Ejército Rebelde que pagaron muy caro por su sincero e ingenuo patriotismo, cuando un día creyeron a un ídolo de barro...

Fueron días terriblemente amargos y duros para nosotros.

No podíamos concebir tal traición; no podíamos creer lo que estábamos viendo; no había motivo ni justificación para ello. La Revolución había sido hecha por gente que nada pedía, pero sí, no aceptaban ser vejados, humillados, maltratados y perseguidos por individuos que hasta el día anterior habían sido sus enemigos. Nosotros que habíamos luchado en Playa Girón y Bahía Cochinos, combatiendo en aviones que prácticamente no estaban en condiciones para volar, en ataques realmente suicidas; y aún más, extranjeros como el Teniente Ernesto Guerrero —nicaragüense—, que se cubrió de gloria en esos días; y yo mismo, que había ido desde Chile a prestar mis servicios voluntaria y desinteresadamente a la Fuerza Aérea Rebelde, culminando mi actuación en los heroicos días de Girón, no podíamos aceptar tal injusticia. Así lo hicimos saber a quienes nos quisieron escuchar.

El Escuadrón de Bombardeo Ligero empezó a ser diezmado. El Sargento Mecánico Irdelio Consuegra y Barnes había sido propuesto para ser condecorado por su heroica actuación durante el ataque a Santiago de Cuba el sábado 15 de abril de 1961, cuando bajo el fuego directo del enemigo salvó un B-26 cargado de bombas, balas y gasolina; librando no sólo el avión, que ya empezaba a incendiarse por los impactos recibidos, sino que la Base entera, pues, de haber hecho explosión, habrían volado los depósitos de gasolina y el polvorín de la Base. Cuando el Comandante Calixto García empezó a correr para librar su pellejo, el Sargento Consuegra, a pesar de tener en ese momento un pie enyesado, corrió hacia el avión y lo salvó. Era un héroe... cesante. ¡Lo expulsaron de la Fuerza Aérea por "bajo nivel político"! Y así como él, fueron desfilando a la calle, al hambre y la miseria, cientos de soldados, clases y oficiales que, asombrados y desconcertados por lo que estaba sucediendo, regresaban a sus hogares, cargados de gloria y cicatrices de guerra, y llevando en sus corazones un odio feroz y una desilusión mortal.

Nuevamente me rebelé y me dirigí a hablar con el "Capitán" Pina, quien ya desempeñaba virtualmente las funciones de Ministro del Aire, ya que todo lo que volaba en Cuba

estaba bajo su jurisdicción. Se jactaba de ser piloto de planeador, pues, según él, había hecho el curso durante la Guerra Civil española. Por la importancia que se daba, parecía un héroe de cien batallas, que sólo existían en su imaginación. Ese día encontré a Pina en los comedores de la enfermería de la Base; lo acompañaba como siempre el Teniente Douglas Rood y Sánchez de Mola. Ambos me miraron burlonamente, con una sonrisa cínica y desafiante. Ellos sabían que la guerra estaba declarada entre nosotros. Por supuesto, iban a ganar. Tenían un As en la manga: el Partido Comunista. Yo sólo tenía mi moral revolucionaria, mis méritos de combate y mi honor. Estaba perdido.

—Capitán Pina, lo andaba buscando para aclarar ciertas cosas con usted.

—Diga, Lagas —contestó, sonriendo irónicamente.

—Mire, Pina. Ultimamente están sucediendo cosas muy raras con la gente de mi Escuadrón; están licenciando del servicio a mis mejores muchachos. Soldados prácticamente irremplazables, porque mecánicos como ellos ya no quedan en Cuba. Además, y esto quiero que lo tome muy en cuenta, son soldados Rebeldes. Combatieron en la Sierra, hicieron posible el triunfo de la Revolución, y por lo menos merecen cierta deferencia y consideración por ello. Aún más: respeto, creo yo.

Al escuchar la palabra "Rebelde", Pina se enfureció. No pudo ponerse rojo de ira, pues por sus venas parece que no corría sangre; pero alzando la voz para que todos los presentes lo escucharan, contestó en forma y tono insolentes:

—Mire, Lagas. Aquí las atribuciones se acabaron, y la Jefatura hace lo que estime más conveniente y necesario para el buen desenvolvimiento de la Revolución...

—Por lo que a mí respecta, Pina —lo interrumpí casi con un bramido—, parece que ustedes en vez de hacer Revolución, están haciendo contrarrevolución y que en vez de pensar con la cabeza, lo hacen con las patas. Y como yo no estoy de acuerdo con su proceder, y aún más, no le reconozco a usted los méritos y moral necesarios para ser mi Jefe, le comunico desde ya que renuncio a la Jefatura del Escuadrón de Bombardeo Ligero; reservándome el derecho de protestar en donde yo lo estime conveniente, por todos los atropellos, arbitrariedades y canalladas que usted está cometiendo con los soldados Rebeldes. Estoy seguro que a Fidel no le va a agradar su proceder.

Sin esperar respuesta de ese reptil "rojo", di media vuelta y me alejé hacia un solitario lugar. Tenía que pensar un poco y tratar de comprender en algo lo que estaba sucediendo. Aunque francamente, nadie lo entendía ni comprendía; salvo, por supuesto, el nuevo clan que había invadido la Base Aérea de San Antonio de los Baños.

En lugares apartados nos reuníamos los pocos oficiales Rebeldes que íbamos quedando, para cambiar impresiones y tratar de ponernos de acuerdo por si algo nos sucedía. Sabíamos que toda esa gente nueva era del Partido Comunista. No los rechazábamos por eso, sino que presentíamos que algo andaba mal. Incluso pensábamos en un posible golpe comunista con la complicidad de Raúl Castro Ruz, a quien ya empezábamos a odiar, como a un nuevo Caín. Bien sabíamos la posición política de Fidel, y para darnos aliento y así mantener nuestra fe, repetíamos incansablemente sus palabras. Leíamos y releíamos sus discursos, y en ninguno de ellos encontrábamos la menor mención que nos hiciera creer que Fidel era comunista; más aún, se definía clara y categóricamente como anticomunista. Una frase se grabó con caracteres de fuego en mi mente: "Para hacer Revolución Social no es necesario instalar un sistema que degrada al hombre a la condición de "Siervo del Estado", borrando todo vestigio de dignidad y libertad" —así hablaba Fidel el año 1959, "Año de la Libertad", y terminaba: "NO SOY COMUNISTA POR TRES RAZONES. Primero: PORQUE EL COMUNISMO ES LA DICTADURA DE UNA SOLA CLASE Y YO, QUE HE LUCHADO TODA MI VIDA CONTRA TODAS LAS DICTADURAS, NO VOY A CAER EN LA DICTADURA DEL PROLETARIADO. Segundo: EL COMUNISMO ES EL ODIO Y LA LUCHA DE CLASES, Y POR ESO, POR SER

ALERGICO A TODO ODIO, NO PUEDO ACEPTAR ESA FILOSOFIA. Y tercero: ¿POR QUE REPARTIR EL PODER CON LOS COMUNISTAS, CUANDO LO TENGO YO?", terminaba riendo con el enorme tabaco apretado entre sus dientes. Esas palabras me habían convencido total y absolutamente. Fidel, ese gran líder de Latinoamérica, no podía ser un mentiroso más. NO PODIA SER UN TRAIDOR.

A partir de ese momento cuidé con más amor y precaución mis armas. Engrasé y limpié cuidadosamente mi fusil M-1 y mis pistolas de reglamento. Llené las cartucheras con 200 tiros y saqué de la armería quince granadas de mano. Si los comunistas intentaban algo contra nuestra Revolución, contra Fidel, tendría un verdadero placer en mandarlos al infierno.

Cierto día me llamó un grupo de soldados Rebeldes, pertenecientes todos a las destacadas tropas del Comandante Juan Almeida. Ellos también querían saber lo que estaba sucediendo y deseaban mi opinión al respecto. También temían una jugada contra la Revolución y recelaban de los nuevos oficiales y tropas que habían invadido la Base. Los más exaltados querían tomarse la Base por las armas, y obligar así a Fidel a que fuera a conversar con nosotros y nos explicara el asunto, tal como lo hacía antes cuando era un verdadero padre para sus tropas en los días lejanos de la insurrección. Ya existía un precedente: en la Base de Managua, al suceder lo mismo que estaba pasando en ese momento en San Antonio de los Baños, los soldados Rebeldes se tomaron la Base y tuvo que ir el Comandante Almeida en persona a apaciguar los ánimos y explicar... algo que él tampoco comprendía. Bien conocida era la antipatía de Almeida para los comunistas; como buen Rebelde, sentía un odio a muerte contra los batistianos y sus cómplices: los *ñángaras**. Les aconsejé calma y paciencia; más adelante veríamos lo que tendríamos que hacer. Yo, al igual que ellos, fieles soldados de la Revolución Cubana, ardía en deseos de entrarle a tiros a toda esa turba de rufianes que nos estaban "robando la Revolución".

* *Ñángara*: Nombre despectivo con que el pueblo de Cuba identifica a los comunistas, y que significa "llaga putrefacta", "nauseabundo", etc.

Días después me mandó a llamar el "Capitán" Pina. Me esperaba en la Oficina de Operaciones, rodeado de sus secuaces. Cuando me vio entrar se hizo el sorprendido y con una amabilidad que me puso los pelos de punta, me invitó a sentarme en una silla disponible, frente a su escritorio. Me preparé para lo peor; incluso, un tiro por la espalda. Bien sabía que ellos eran capaces de las más ruines y bajas acciones, y que les estorbaba.

—Oiga, Lagas —dijo con voz aterciopelada y falsa, a la vez que me ofrecía un cigarro, el cual deseché cortés pero firmemente, por instinto de conservación—. Hemos estado pensando —continuó pausadamente— que usted quedó muy afectado de los nervios con los combates de Girón. Debería tomarse un buen descanso para reponerse y después que vuelva de sus vacaciones, se incorporará a la Cubana de Aviación. Usted sabe que nos hacen falta buenos y experimentados pilotos en esa Compañía. Además —agregó sonriendo con picardía —usted ya está un poco viejo para los nuevos aviones que nos llegan dentro de poco.

Recibí esa bofetada sin inmutarme, y con una sonrisa en los labios, contesté:

—Me sorprende, Pina, que ahora usted me encuentre viejo para combatir, ya que hace exactamente cuarenta días yo estaba combatiendo en Girón, cuando muchos de los niñitos aquí presentes ni siquiera asomaron las narices para ayudar en algo; aunque hubiera sido para cargar las bombas en los aviones. Además —agregué socarronamente—, a usted le consta que el bombardeo que efectué sobre el pueblo de Playa Girón por orden de Fidel fue prácticamente un ataque suicida que produjo la rendición inmediata e incondicional del enemigo. ¿Por qué no fue usted o envió a uno de sus hombres de confianza en esa misión? Si ahora me considera demasiado viejo para continuar en la Fuerza Aérea, ¿no cree usted que el Capitán Enrique Carrera Rola es más viejo aún que yo? ¿Por qué no es franco y me dice lisa y llanamente que le estorbo y por eso tengo que irme?

Se sintió molesto el hombre; parecía que la palabra fran-

queza no figuraba en su escuálido vocabulario materialista. Al ver que no me contestaba y para darle un corte definitivo a esa entrevista que me estaba repugnando, le pregunté:

—¿Y a dónde me manda a descansar, Pina? ¿A La Cabaña?

—Bueno, Lagas. Ya le tenemos hechas las reservaciones en el *Hotel Oasis*, de Varadero —contestó evadiendo mi ironía—. Si necesita dinero, pase por la contaduría y pida lo que quiera.

—Gracias, Capitán. Es usted muy amable. —Sin decir media palabra más salí rápidamente a tomar un poco de aire fresco y puro. Me hacía falta.

Me dirigí al Escuadrón para cambiarme de uniforme. Varios soldados, al ver que estaba preparando el bolsón de viaje, se acercaron tímida y respetuosamente; uno de ellos, con profunda y sincera tristeza, preguntó:

—¿También se va usted, Capitán?

—No, flaquito. Sólo voy a reponerme un poco. Pero volveré; te lo prometo.

Otro se acercó y gentilmente se ofreció para engrasarme el automóvil, aprovisionarlo de gasolina y aceitarlo; a lo cual accedí, ya que tenía tiempo de sobra para marcharme; además, quería permanecer un rato más con mis leales soldados.

Velozmente se corrió la noticia entre mi gente de que partía. A pesar de ser hora de trabajo, muy pronto se reunió el Escuadrón completo y todos querían conversar conmigo. No sé por qué, ellos presentían lo mismo que yo: nunca más volveríamos a estar juntos. Había pasado más de tres años junto a ellos; había sido jefe, padre y amigo para mis abnegados soldados. Muchas veces tuve que sostener verdaderas batallas para conseguir un ascenso, un permiso, ropa o mejorar la comida. Había combatido con ellos, dejando muy bien puesto el nombre del Escuadrón de Bombardeo Ligero en la Historia de la Revolución Cubana. Me respetaban y querían. Me lo demostrarían más adelante con sus valientes intervenciones, cuando caí bajo las garras de un sectarismo estúpido

y destructivo. Sólo ellos, mis humildes soldados, me defendieron hasta el final.

Habría transcurrido una hora cuando llegaron varios soldados en mi automóvil, el cual venía no sólo cargado de gasolina, aceitado y engrasado. Relucía su pintura y brillaban sus cromados como nuevos. Era la última atención con que querían obsequiarme mis muchachos. Con los ojos húmedos me despedí de todos y cada uno de ellos.

II

LA MUERTE DE VACACIONES

En el *Hotel Oasis,* en Varadero, me esperaban desde hacía dos días. Todos se desvivían por brindarme las mayores atenciones. Era un Héroe de la Revolución que buscaba reposo, descanso y olvido. Verdaderamente me sentía mal; cansado, agotado y, más que nada, desengañado y enfermo del alma.

Fueron quince días de total y absoluto reposo físico, junto al mar. Pero mi mente no descansó ni un solo instante. Tenía mucho en que pensar. No podía comprender el vuelco que estaba sufriendo la Revolución. Tantos buenos y queridos amigos desplazados por una turba de ignorantes, fanáticos, prepotentes e inmorales; y lo que era peor, cobardes traicioneros, pretendiendo ahora ser más y mejores revolucionarios que nosotros mismos; los combatientes. ¿No habíamos acaso dado muestras de nuestra condición de hombres y revolucionarios en los campos de batalla? ¿No habíamos puesto nuestros pechos valientemente frente a las balas enemigas, en combates tan desiguales que llamaron la atención del mundo entero? ¿Qué habían hecho ellos para obtener el respaldo, apoyo y protección de nuestros máximos líderes? Eran preguntas sin respuestas; por lo menos, en ese momento. El inexorable paso de la Historia y de los acontecimientos daría la respuesta final, con el correr del tiempo.

Cierta noche que ya no podía soportar la enorme amargura que corroía mi pecho, tomé asiento junto a la barra del

bar. Pedí ron puro y doble. Necesitaba embotar mi mente de alguna manera. Solo, callado y triste, empecé a beber, contemplando la luna que se reflejaba en el bello mar cubano.

Un mozo, a quien le llamaban Lucifer, me estuvo observando largo rato; hasta que se acercó para entablar conversación.

—¿Qué le pasa, Capitán? Lo noto demasiado triste.

—Nada, flaquito. Estaba pensando en mi lejana y querida patria; y la verdad es que siento un poco de nostalgia.

—Para eso no hay nada mejor que unos buenos tragos, Capitán. Y a lo mejor... una buena *jevita** —agregó el bandido, mientras una sonrisa pícara iluminaba su rostro burlón.

—Pero aquí lo único que hay son unas gallinas viejas que ya no dan jugo —le contesté, contagiándome con su buen humor.

—De eso no se preocupe, Jefe. Yo salgo en una hora más y si quiere, partimos para Cárdenas, donde conozco un buen elemento.

—De acuerdo, mi amigo.

Llegamos a Cárdenas y empezamos a visitar varios locales. Lucifer estaba en su ambiente, porque el hombre conocía hasta los gatos del barrio. Varias bellas y cimbreantes cubanitas me ofrecieron sus encantos al saber por boca de Lucifer quién era yo. Pero mi tristeza era demasiado grande para olvidarla junto a un tibio cuerpo de mujer. Seguí bebiendo para tratar de encontrar el entusiasmo perdido en el fondo de una botella. Mis compañeros, al darse cuenta de que nada me llamaba la atención, e incluso, me sentía molesto con tanto ruido y ajenas alegrías, decidieron nuestro inmediato regreso a Varadero.

Fuimos a tomar un trago a *La Catana,* un pequeño y hermoso bar construido sobre una enorme barcaza, que se mecía cadenciosamente sobre las olas del mar Caribe. La noche era plácida y bella, las estrellas brillaban intensamente y las luces de Varadero trataban inútilmente de alcanzar el cielo. Tomando mi copa me dirigí a una de las barandas, en donde

* *Jevita*: Mujer joven.

quedé varios minutos sumido en mis recuerdos y mi amargura. Había fumado varios cigarrillos en compañía de mi soledad, cuando se acercó Lucifer con una pareja. Era él un hombre delgado, esbelto, y a simple vista se notaba su origen español; se llamaba Pepe. Su esposa, rubia y de grandes ojos verdes, irradiaba simpatía y bondad. Rápidamente nos hicimos amigos. Después de largas libaciones y ya con el amanecer pintando de claro el horizonte, Pepe, que se había dado cuenta de mi estado de ánimo, medio en broma y a lo mejor para probarme, dijo sonriendo:

—Capitán, cuando las amarguras son tan grandes, lo mejor es pegarse un tiro.

Largo rato permanecí en silencio, con el vaso girando entre las manos y tratando de encontrar respuesta a una sugerencia que en ese momento me parecía sensata y cuerda. Con la mirada perdida en el oscuro horizonte, y sin pensar lo que decía, contesté:

—Tienes razón, Pepe. Lo malo es que dejé la pistola en el cuarto del hotel.

—Si es por eso, no se preocupe, Capitán —contestó Pepe alegremente, saboreando su broma macabra, a la vez que me pasaba una pistola Star calibre 38.

Con la mayor sangre fría y a lo mejor sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, rastrillé el arma, apoyé la boca del cañón en mi oído izquierdo, y apreté el gatillo.

Pepe y su señora me miraron espantados. Lucifer empezó a tartamudear, pero los tres se quedaron paralizados ante mi gesto tan inesperado como decidido.

Sonó un golpe seco y metálico y... yo mismo quedé asombrado de que nada hubiese sucedido. Pepe, blanco como la hoja de un papel, me echó los brazos al cuello a la vez que exclamaba:

—Cojones, Capitán, creí que estaba bromeando. Felizmente le había sacado el peine a la pistola, o si no, nos mete en un lío del diablo. ¿Cómo se le ocurre pensar tamaña estupidez? Nada hay en la vida de un hombre que justifique una cobardía tan grande como matarse —agregó, sin atreverse a mirarme directamente a los ojos; y tratando de cambiar el giro

que había tomado el asunto, gritó fuertemente a la vez que golpeaba el mesón con el puño cerrado–: ¡Chico, repite el trago!

Un pesado y espeso silencio siguió a sus palabras. El mozo nos repitió los tragos esmerada y cordialmente, limpió cuidadosamente el mesón, a la vez que me miraba con simpatía y compasión. El hombre se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo. Lucifer se arreglaba nerviosamente la corbata, abotonaba y desabotonaba desesperadamente su chaqueta, hasta que no pudiendo soportar más, nos pidió permiso para ausentarse por unos momentos. Yo me quedé tranquilamente mirando las luces de Varadero que se reflejaban en las oscuras aguas de la bahía. Comprendí que nada más tenía que hacer en ese local, donde ya me estaban observando como a un bicho raro, o a un loco. Sentí deseos de estar solo y, balbuceando una excusa, me alejé de mis amigos y del cantinero, que no quiso cobrarme una botella de ron añejo que le solicité para llevármela.

Tranquila y suavemente empecé a manejar el automóvil de regreso al *Hotel Oasis.* Pasaba por una hermosa y pequeña playa completamente solitaria. Me agradó esa soledad. Paré el auto y dejando el radio encendido (que estaba sintonizado en ese momento en una radioestación que transmitía música de Glen Miller), me dispuse a disfrutar de tanta belleza y tranquilidad. Abrí la botella de añejo con ayuda de un limpiauñas, e hice correr por la garganta el fuerte líquido, que me dio una sensación de calor, serenando mi alterada mente. Cerré los ojos y una agradable pesadez envolvió mi cuerpo. Mi mente flotó como una nube fugaz y se remontó años atrás.

Recordé mi dura infancia; cuando tenía tan sólo once años empecé a trabajar en una tienda que se llamaba *El Pobre Diablo,* que era de propiedad de unos españoles y estaba ubicada en la única calle de un pueblo minero llamado Andacollo, en la provincia de Coquimbo. A los trece, había empezado a trabajar en las minas Rosario del mismo pueblo; a los quince, y habiéndome aumentado la edad, ingresaba a la

Escuela de Grumetes en la isla Quiriquina. A los veinte, me incorporaba a la Línea Aérea Nacional, como radiotelegrafista. Me hice piloto después de grandes sacrificios y muchas veces tuve que optar entre un plato de comida o unos minutos de vuelo. Prefería volar. Total, el hambre no se notaba en las alturas y muchas veces la felicidad no nos deja sentir el angustioso reclamo del estómago. Pude haberme incorporado al cuerpo de pilotos de la Línea Aérea Nacional, pero en 1949, por haberme plegado voluntariamente a una huelga contra el vicepresidente de la LAN, don Juan del Villar, tronché mi carrera que tanto me había costado, ya que varios incondicionales del vicepresidente no me perdonaron jamás este gesto de lealtad gremial. Fui víctima de una persecución sistemática y pertinaz, que culminó con mi renuncia a la Institución que tanto había amado.

Pasado un tiempo, logré incorporarme como piloto a la Compañía "ALA", gracias a las influencias y apoyo de buenos amigos como Oscar Eggers, Hernán Salas, Fernando Serra, Eduardo Sepúlveda, Patricio Délano y otros compañeros que me brindaron la gran oportunidad que yo deseaba en la vida. Todo fue bien, hasta que me enamoré de la gran causa de la Revolución Cubana.

Abandoné todo para ponerme al servicio de Cuba por intermedio de mi aventurero y querido amigo Hugo Burr Rodríguez, a quien un día de febrero de 1959 encontré reclinado sobre un gran mostrador de la Base Aérea de Libertad, en La Habana, vistiendo un traje celeste mal cortado y llevando una enorme pistola Colt 45 al cinto. No necesitó muchas palabras para convencerme. La aventura me atraía, y aún más, la causa.

Volví a Chile y presenté mi renuncia a don Atilio Biseo, Gerente de "CINTA-ALA". La primera vez que le planteé el asunto, me echó con cajas destempladas de su oficina, a la vez que gritaba en su castellano mezclado con italiano:

—Ma qué, Lagas; cómo se le ocurre semejante estupidez. Usted está muy viejo para meterse en nuevas aventuras. Mucho le ha costado llegar a ser lo que es, para que ahora lo

tire por la ventana. ¿Y todo para qué? –agregaba bufando de ira–, para meterse a revolucionario.

Tenía razón don Atilio, pero... lo convencí y partí a Cuba; lleno de esperanzas, nobles anhelos y grandes ideales. Yo no sabía que en el lapso de mi pasada por Cuba y regreso a Chile habían pasado también por La Habana Chacho Acevedo y Carlos Riderelli, quienes se habían ofrecido a la Fuerza Aérea Rebelde como instructores y, a la vez, comprometido a llevar un grupo de pilotos chilenos con ellos. A mí no me tomaron en cuenta para nada, a pesar de que ellos supieron en su debido tiempo que yo también me había presentado, si bien "con colores propios", es decir, fuera del grupo. Finalmente, nos encontramos todos haciendo antesala en las oficinas del Comandante Pedro Luis Díaz Lanz, donde, después de muchos ajetreos, fuimos contratados.

En mayo de 1959 nos visitó el Comandante Fidel Castro Ruz. Los nueve instructores chilenos, que integrábamos la "Misión Chilena", como pomposamente calificaba a nuestro grupo el "actual" camarada, Comisario Político y Adoctrinador de la Junta Central de Planificación de Cuba, el ex Capitán de la Fuerza Aérea de Chile, compañero Andrés Andrade, nos encontramos con Fidel en el despacho del Comandante Díaz Lanz.

Fidel estrechó afectuosamente la mano de todos y cada uno de nosotros. Dando grandes zancadas a lo largo y ancho de la oficina, nos agradeció nuestra presencia en las filas de la Revolución, la gran cooperación que estábamos prestando al formar la Fuerza Aérea Revolucionaria. Siguió largo rato alabando nuestra labor y lo que ella significaba para la Revolución. Yo no lo escuchaba. Lo observaba detenida y fijamente. Por primera vez en mi vida tenía ante mí a un verdadero guerrero, a un revolucionario; al patriota que había arrancado de las garras del tirano Batista al pueblo oprimido de Cuba. Al hombre que había hecho realidad el sueño de una nación; al líder que conduciría a ese pueblo por los senderos de la libertad, de la democracia y felicidad, para ejemplo de todas las naciones latinoamericanas. Así lo había prometido des-

de la Sierra Maestra, y ahora las promesas se convertirían en realidad. Bastaba mirar a ese enorme titán, escuchar su voz encendida de fe y esperanza, para reconocer que el pueblo cubano no se había equivocado esta vez; y que, por fin, había encontrado y elegido al hombre que todo pueblo desea seguir, para bien de todos y en beneficio de todos...

Pensaba en eso cuando Fidel, con las manos en la cintura –gesto muy característico de él en aquel entonces–, nos preguntó a boca de jarro:

–Bueno, señores, ustedes conocen más que nadie la situación de la Fuerza Aérea Rebelde –se detuvo un instante mirando pensativamente la punta de su enorme tabaco, para después proseguir–, y como ustedes saben eso, yo quisiera saber –una nueva pausa–, ¿qué actitud asumirían ustedes, digamos, en una emergencia interna o externa? –Se paró con las piernas abiertas y su penetrante mirada trató de leer la respuesta a su pregunta en nuestros rostros–. Ustedes saben –agregó– que no tenemos pilotos experimentados y con la experiencia que ustedes poseen...

Un silencio molesto se interpuso entre nosotros, hasta que Carlos Riderelli se atrevió a contestar por el grupo.

–Comandante, considerando que la "Misión Chilena" es estrictamente profesional y técnica, lamentamos decirle que no podemos tomar parte activa en los asuntos internos de la Revolución.

Un gesto de desagrado y desilusión ensombreció el rostro de Fidel; sin decir ni una sola palabra más, haciendo una pequeña venia, se alejó seguido por sus guardaespaldas y una nube de aduladores, que no lo dejaban ni a sol ni a sombra.

Al término de esa reunión, y completamente conquistado por las palabras, gestos y presencia del Comandante Fidel Castro, me sentí avergonzado. Nos había pedido nuestra ayuda nada menos que el Primer Ministro de la Revolución Cubana, y nosotros se la habíamos negado. Considerando que yo no pertenecía al grupo de la "Misión Chilena", tomé inmediatamente una resolución que me dictaba mi conciencia: escribí una carta al Comandante Juan Almeida Bosque, Jefe de

la Fuerza Aérea Revolucionaria, a quien le expuse sencilla y concretamente que consideraría un honor si la Fuerza Aérea solicitaba mis servicios en cualquiera emergencia.

Fue así como en agosto de 1959 fui llamado por el Comandante Almeida para llevar soldados, armas y personal médico al pueblo de Trinidad, al sur de Las Villas; cuando el Generalísimo Trujillo envió desde Santo Domingo una expedición dirigida por el cura Velasco. Fue mi bautismo de fuego al servicio de la Revolución Cubana. Llevaba treinta y seis horas sin dormir, cuando al regreso de uno de mis vuelos, a las tres de la mañana, Almeida me ordenó prepararme para efectuar un vuelo en tres horas más a... Santiago de Chile. Creí al principio que se trataba de una broma, pues lo único que deseaba en ese momento era un buen baño y tenderme en la cama a dormir un par de días. Estaba completamente agotado. Pero... no era broma.

A las cinco en punto estaba listo para salir con destino a mi lejana patria, en un viaje que hizo historia, ya que, al parecer, Almeida confundió Santiago de Cuba con Santiago de Chile o, lisa y llanamente, no tenía la más remota idea de la ubicación de Chile. Como salimos sin formalidades ni autorización de ninguna especie, estuvimos detenidos en Panamá, Perú y Chile. En el Grupo 10, en Los Cerrillos, se desató un enorme escándalo cuando nos vieron bajar del avión vistiendo uniformes verde olivo, sin los correspondientes permisos, sin documentación y con un cajón lleno de pistolas y subametralladoras. Traté de explicarle al General Jenkins que las armas para el Ejército Rebelde en esos días eran más importantes que los pantalones. Las entregué al Oficial de Guardia levantando un acta de dicha entrega.

Los soldados, clases y oficiales de la Fuerza Aérea de Chile nos atendieron con la característica hospitalidad y generosidad de nuestra tierra. Regresamos de nuevo a Cuba después de haber permanecido diez horas en Santiago. Durante esas horas fuimos visitados por el Embajador de Cuba en Lima, don Carlos Lechuga; por el Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, don Raúl Roa, quienes se encontra-

ban de paso por Chile a raíz de la Conferencia de Cancilleres que se desarrollaba por esos días en esta capital. También fue el Senador Salvador Allende a interesarse por nuestra situación. Después de despedirme de mis hermanos René y Poly, despegué de nuevo con rumbo a La Habana.

Al llegar de regreso a Cuba, me encontré con la sorpresa de que varios compañeros chilenos querían renunciar y regresar a Chile, pues como decía el "Capitán" Andrés Andrade, no estaban acostumbrados a vivir en un país incivilizado, ya que en cualquier momento podían ser alcanzados por las balas en las calles de La Habana. Mucho me dolió que dijera esas palabras, pues yo empezaba a sentir la Revolución Cubana como cosa propia. Y así se lo manifesté. Esto me indujo a presentar de inmediato mi renuncia indeclinable, como Instructor Extranjero, poniéndome incondicionalmente y sin restricción alguna, al servicio de la Revolución. El Comandante Sergio del Valle Jiménez, Jefe del Estado Mayor General, agradeció personalmente el gesto y por Decreto Presidencial, fui nombrado Capitán de la Fuerza Aérea Rebelde, miembro del Ejército Revolucionario.

La noche cedía paso lenta pero inexorablemente al nuevo día. Una suave y tenue luz se empieza a divisar por el Oriente y un precioso e inolvidable espectáculo me vuelve a la realidad, sacándome de mis tristes recuerdos y contemplo maravillado, un nuevo amanecer en la bella y desdichada Cuba. Sentí correr un escalofrío por la espalda. Tenía frío. Había pasado largas horas ensimismado por completo en mis pensamientos; bebí el último trago que quedaba en la botella de ron y la arrojé lejos a la playa, como queriendo así, lanzar lejos también, todas mis amarguras, desilusiones y sueños destrozados por la triste realidad. Encendí otro cigarro y partí lentamente de regreso al hotel. Ya era de día. Cuando llegué al hotel un grupo de empleados me esperaba ansioso. Entre ellos estaba el amable Lucifer, quien a simple vista, mostraba las huellas de la preocupación y el insomnio. Estacioné el automóvil y me dirigí hacia ellos.

—Por Dios, Capitán. Do - do - don - de se - se me - tió usted— tartamudeó Lucifer; el pobre estaba terrible y lastimosamente nervioso —lo - lo hemos bu - bu - buscado to to toda la noche.

Todos me miraban como a un resucitado. Se notaba que ellos sabían del incidente ocurrido la noche anterior en *La Catana* y, temían por mi vida. Eran mis amigos.

—No te preocupes, Lucifer —le contesté palmoteando cariñosamente su espalda —Por favor, llévame unas cervezas heladitas al cuarto, me muero de sed.

Con paso cansado y fumando serenamente otro cigarro recién encendido, subí a mis habitaciones ante la mirada inquieta del personal del hotel. Preparé un baño bien caliente y me dispuse a dormir. Necesitaba descansar.

El día amaneció magnífico para coger carretera. La mañana estaba fresca y el camino despejado. El Oldsmobile rugía poderosamente por el camino a más de 120 kilómetros por hora. Me gustaba correr y ese día más que nunca; deseaba sentir nuevamente la sensación de peligro y por eso tomaba las curvas sin quitar el pie del acelerador; y cuando las ruedas chirriaban como un gemido de desesperación, por el esfuerzo a que eran sometidas, sentía una sensación de placer.

A medio camino detuve el automóvil en una pequeña cafetería. Tomé un sorbo del fragante y delicioso café cubano y compré varios tabacos H. Hupmann número cuatro, que ya empezaban a desaparecer del mercado. Encendí uno y aspiré con fruición el fuerte y grueso humo. No sé por qué, esa mañana me sentía con deseos de vivir, de echarme todas las amarguras a la espalda y rehacer mi vida de alguna u otra forma. Sí, era lo más cuerdo y sensato después de todo. Todavía podía empezar de nuevo en cualquier otro lugar del mundo. Total, en mi profesión había adquirido gran experiencia en los últimos dos años que llevaba volando en Cuba; y por último, si era necesario, me volvería a embarcar como Radiotelegrafista en la Marina Mercante. Todo esto pensaba alegremente mientras el automóvil se deslizaba velozmente hacia... Playa Girón.

Ahora iba por tierra y en son de turista. Quería ver por mis propios ojos y desde cerca, el escenario de mis combates. Al llegar al entronque, en donde se juntan los caminos que vienen de San Blas y Cayo Ramona, detuve mi coche. Recordaba perfectamente el lugar en donde había dejado caer las bombas el martes 18 de abril, a mediodía. Sólo tuve que caminar unos cien metros para llegar a un enorme cráter que tenía como cincuenta metros de diámetro. Todavía quedaban pedazos destrozados de fusiles, trípodes de ametralladoras, cajuelas de balas y.... cuerpos humanos, hechos jirones, con la sangre coagulada y en completo estado de putrefacción. Mis ojos contemplaron horrorizados un pedazo de cabeza que me miraba con su solo ojo vacío. Un escalofrío de terror me hizo temblar de pie a cabeza. Corrí como un loco hacia el automóvil, pues el mal olor y la macabra visión, parecían seguirme. Casi me arrojé dentro del coche y arranqué a toda velocidad, sin siquiera darme cuenta hacia dónde me dirigía.

¿Por qué había ido a ese lugar? ¿Qué buscaba en ese sitio, que en vez de traer paz y sosiego a mi atribulada mente, la alteraba aún más? No lo sé. Pero nunca he podido encontrar una explicación al morboso deseo que sentí ese día de continuar y ver por mis propios ojos, el daño que le había causado al enemigo en aquellos dramáticos días de mis combates. Llegué a Playa Girón y vi destrucción, muerte y dolor. Varias casas se mantenían aún en pie, por un verdadero milagro de equilibrio. Otras habían sido arrasadas y sólo quedaban las cabillas retorcidas y calcinadas, que se mostraban como esqueletos al ardiente sol tropical; como garras de un moribundo que inútilmente trata de aferrarse a la vida, cuando ya todo está perdido. En donde había funcionado el Estado Mayor Enemigo, sólo quedaba un hoyo de casi dos metros de profundidad y quince de diámetro. Tenía como tres pies de agua. También había olor a muerte y dolor.... ¡Me sentí como el criminal, que había regresado al lugar del crimen!

Partí como un sonámbulo de regreso a Varadero. No quería ver más esas dantescas escenas que se grabaron con caracteres de fuego y sangre en mi mente. ¡¡¡Maldita guerra!! ¿Cómo era posible que un hombre hiciera eso? ¡Sentí asco y repulsión hacia mí mismo! Detuve el automóvil a la orilla de la desierta carretera y.... me puse a vomitar. Muchas noches pasé sin dormir; y cuando mi cansado cuerpo lograba dominar a mi atormentada mente, despertaba gritando y cubierto de sudor. Ese ojo vacío que me miraba, sin verme; y ese pedazo de mano que me apuntaba con su dedo acusador, no me dejaban conciliar el sueño. Desde el más allá, se vengaban macabramente.

III

HIJOS DEL ESTADO

Al día siguiente me levanté de madrugada; me había sido imposible conciliar el sueño. Caminé por la hermosa plaza de Varadero, hasta casi caer extenuado por el calor y el cansancio. Pasé todo el día bajo un pequeño arbusto que ligeramente me protegía de los ardientes rayos del sol y, cuando este empezó a ocultarse en el horizonte, volví sobre mis pasos, caminando como un zoombi, por la desierta playa.

Al llegar al hotel, fui directamente a la piscina y me lancé con verdadero placer a las tibias aguas. Después vine a darme cuenta que no había ingerido ningún alimento en todo el día, pero no tenía apetito; eso sí, una horrible sed que me abrasaba la garganta. Pedí una botella de Ron Bacardí Añejo, un cubo de hielo y varias sodas. Tomando una mesita que daba hacia el mar, quedé nuevamente envuelto en la soledad de mis pensamientos. Cayó la noche.

—Qué tal, Capitán. Cómo anda eso —una voz partió de las sombras. Era Luis, un simpático reportero de CMQ Televisión, quien días atrás me había entrevistado.

—Aquí, Lucho. Viviendo y dejando vivir —las palabras me sonaron irónicas y vacías. Sonreí con amargura.

—Venga, Capitán. Quiero presentarle a mi señora y a una amiguita que lo quiere conocer.

Nos dirigimos al bar y en un asiento que daba a la Playa, había dos mujeres. Una de ellas de edad mediana, corpulenta y bien formada. Era la señora de Luis; la otra, de

unos treinta años bien llevados, delgada, esbelta y a simple vista, una mujer educada, culta e inteligente: era María. En seguida nos hicimos amigos. Ella tenía un dejo de amargura en su manera de hablar. Sonreía con sus finos labios, pero no con los ojos. Aún más, sus negros ojos daban la impresión de estar siempre a punto de llorar o haber llorado recién. Pasamos momentos muy agradables a partir de ese día y ella, se esforzaba por hacerme reír; su intuición de mujer le decía que yo sufría; y la pobre, olvidándose de sus propias amarguras y sinsabores, trataba de alegrarme.

Me contó el fracaso de su vida. Se había casado con un rico latifundista, perteneciendo ella a la rancia aristocracia cubana. Habían llegado al fin de un matrimonio, que nunca debió efectuarse. Ella vivía con su hijita de catorce años, una bella adolescente que empezaba la vida rodeada de inquietudes, obligaciones y malos ejemplos. Ambas se desempeñaban como alfabetizadoras en Varadero; amaban la Revolución y se sacrificaban al máximo por ella; pero, también miraban con asombro, incredulidad y amargura, lo que estaba sucediendo en esos días. A pesar de haber abandonado la tranquilidad y comodidad de su hogar, para sumarse a los miles de cubanos que acudieron al llamado patriótico para alfabetizar en los campos, ciudades y lejanas sierras de Cuba, en donde carecían de las más elementales comodidades, ya estaban sintiendo en carne propia el latigazo del desprecio y del insulto grosero y cobarde por ser: "unas condenadas burguesas". Eran las nuevas víctimas de la lucha de clases, el "odio de clases", como había dicho Fidel. Como bien sabíamos que Fidel había dicho que él era contrario a "toda clase de odios", teníamos confianza y plena fe, de que apenas nuestro líder se enterase de lo que estaba sucediendo, las cosas cambiarían. También me contaba María, que estaba cansada y aburrida de lo que estaba haciendo, porque la responsabilidad era enorme. Ya que no sólo tenían que luchar para mantener el orden y la disciplina, sino que además, cuidar de las muchachitas alfabetizadas, que eran muy propensas a los peligros a que estaban expuestas, por lo que se habían presentado muchos casos trágicos, sin solución posible. Y ante los hechos consumados, tenía que afrontar ella la penosa obligación de tratar de tranquilizar a los furibundos padres, para quienes no había explicación aceptable. Era un mal ejemplo para su pequeña hija que no comprendía aún, las realidades de la vida.

Había miles de muchachos y muchachitas en Veradero, de edades que fluctuaban entre los doce y veinte años. Era lógico que eso sucediera. No había vigilancia posible que los mantuviera alejados. Era el trópico y la sangre ardiente del pueblo cubano, que mucho antes de tiempo, hace mujeres a las niñas y hombres a los adolescentes.

¡¡Así nacieron los primeros hijos sin padres, de la Revolución!!

¡¡Así nacieron los hijos por orden del Estado!!

IV

LICENCIADO "POR ERROR"

Cumplidos los quince días de vacaciones, regresé a la Base Aérea de San Antonio de los Baños. Apenas traspasé las puertas de la Base, me di cuenta de que todo estaba cambiado. Detuve el automóvil frente al Casino de los Soldados; acercándome lentamente al mesón pedí un café. Los muchachos que atendían el mesón se acercaron solícitos al verme de nuevo, para saludarme con grandes manifestaciones de alegría, simpatía y aprecio. De repente apareció un Sargento a quien llamábamos "Patria o Muerte". Había peleado con las fuerzas de Raúl Castro en la Sierra Cristal, ganándose un bien merecido mérito como combatiente, valiente, capaz, audaz y temerario en el combate. A pesar de que nunca habíamos tenido mucho contacto en nuestra vida cotidiana en la Base, sabía que él me estimaba. Al verme casi gritó de alegría. Echándome los brazos al cuello, empezó a darme grandes palmazos en la espalda, a la vez que decía:

—Coño, Capitán. No sabe la alegría que me da el volver a ver a un verdadero revolucionario. A un hombre que se ha jugado entero por la Revolución y sólo ha recibido patadas por el traste. Y sin embargo, aquí está como siempre: "Patria o Muerte" —era su frase favorita, que había motivado su apodo.

Devolví calurosamente su bienvenida, sin poder articular palabra alguna que expresara lo que realmente sentía en ese momento; a tal punto me emocionó el espontáneo y sincero

gesto del Sargento Pérez, uno de los pocos soldados Rebeldes que estaban quedando en la Base. Muchas caras desconocidas se volvieron para mirarnos y al momento aparecieron unos pocos soldados Rebeldes, ex-miembros de la Policía Militar, quienes también se acercaron para saludarme y preguntar si volvía de nuevo a la Base.

—Usted no sabe, Capitán, la que estamos pasando ahora —me dijo uno con amargura, y agregó —esto se ha llenado de una tracalada de *Melones** que no nos dejan vivir en paz; la han agarrado con nosotros —terminó con una sonrisa que más que sonrisa parecía un sollozo de impotencia y desesperación.

El Sargento "Patria o Muerte", que no me quitaba el brazo que tenía sobre mis hombros, levantó la voz y prácticamente empezó a gritar, para ser oído por todos.

—Ustedes no saben, compañeros, quién es el Capitán Lagas. —Hizo una pausa para tomar aliento, y luego de un pequeño silencio, continuó: —Este Capitán que ven aquí, compañeros camaradas, es chileno. Vino desde lejos a luchar por esta Revolución; ganaba ochocientos dólares y renunció a ellos para vivir igual que nosotros, y cuando llegó la hora de los tiros, hizo lo que ningún cubano se atrevió a hacer. Voló los B-26 que se estaban cayendo a pedazos; efectuó ocho misiones sobre Playa Girón y les partió el carapacho a los invasores, y ahora, lo tienen relegado porque es demasiado hombre para soportar las porquerías que están sucediendo.

Muchos soldados se habían reunido para escuchar la potente voz del Sargento; soldados que me miraban con asombro e incredulidad. Eran nuevos los pobres y no sabían lo que había sucedido hacía tan sólo quince días atrás; y como no lo sabían, no lo comprendían.

Varias caras conocidas se aproximaron. Eran miembros del G-2, Policía Política de la base. Entre ellos vi al Sargento Pedrera, ex-mecánico de mi Escuadrón, quien fingiéndose gran amigo se acercó para saludarme, y alargándome la mano exclamó:

—¿Qué tal, Capitán, cómo anda eso?

Ignorando la mano que me tendía y mirándolo fijamente a los ojos, le contesté:

—Bastante bien. Pedrera, mal que le pese a algunos.

Se puso blanco como un papel y empezó a tartamudear sandeces que no escuché, pues le volví la espalda. Luego aparecieron los Capitanes Arturo Lince y Enrique Varona, acompañados de los Tenientes Gustavo Bourzac y Alberto Fernández, quienes, según supe después, traían la misión de detenerme y llevarme a la Jefatura de la Base, en donde me esperaban el Capitán Víctor Pina y el Teniente Arnaldo Fraguella Quivira. Al verlos que se dirigían hacía mí con paso inseguro, tranquilamente quité el pasador a la cartuchera, y acerqué la mano izquierda a la pistola. Todos los muchachos que me rodeaban guardaron un respetuoso silencio; presentían que iban a ser testigo de algo importante. El Teniente Alberto Fernández, que venía al centro de todo el grupo, adivinó mis intenciones y mi decisión. Se puso pálido y a pesar de ser mulato, se le notó; pues su cara se tornó color gris. Con finguida voz disfrazando sus intenciones, me saludó respetuosamente.

—Qué tal, Capitán, qué placer tenerlo de vuelta con nosotros.

—Negativo, Teniente; no vuelvo con ustedes; solo vengo a saludar a mis muchachos —le contesté en forma despectiva, y agregué —por aquí se siente mucho olor a excremento humano y yo soy muy delicado de olfato para soportarlo —terminé mirando fija e irónicamente al Capitán Lince y al Capitán Varona, ignorando por completo al batistiano Teniente Gustavo Bourzac.

Sin esperar respuesta, me encaminé tranquila y despaciosamente hacia mi automóvil, sin apartar en ningún momento la mano de la pistola; conocía a esos canallas y sabía que eran capaces de todo. Pero felizmente, había muchos soldados presentes. No se atrevieron a nada.

* *Melón*: Nombre de la fruta que en Chile y otros países del continente se denomina "sandía". Se aplica a los comunistas que visten el uniforme verde olivo del Ejército Rebelde, para significar que son "verdes por fuera y rojos por dentro".

Seguí directamente hacia los hangares de los B-26, para saludar a mi gente. Ahí estaban los fieles soldados; pero no trabajando ,sino que echados a la sombra del edificio algunos, otros estaban durmiendo dentro del jeep y los de más allá cocinaban algo en una olla. Al verme llegar todos se dirigieron presurosos a mi encuentro. Nuevos abrazos y estrechones de mano. Sonreían y se notaban sinceramente felices al verme de nuevo. Luego empezaron las novedades.

—Esto está terrible, Capitán —decía uno.

—No podemos seguir así —gritaba otro.

—Yo quiero licenciarme y regresar a Oriente.

—¡Qué se han imaginado estos tipejos! —se quejaba aquel.

—Un momento, muchachos, vamos por partes para entender la *malanga* (*) —les interrumpí.

Pero en ese momento llegó a toda velocidad un automóvil Chevrolet verde claro, tripulado por dos individuos que yo sabía eran del G-2 de la Base. Inmediatamente comprendí. ME HABIA LLEGADO EL TURNO.

—Capitán, lo andábamos buscando —dijo uno de ellos, con cara de felicidad.

—¿Qué pasa, muchachos? —respondí tranquilamente, pero dirigiéndome al otro, a quien conocía desde meses atrás.

Este individuo bajó la cabeza y no quiso o no pudo mirarme a los ojos. Ya sabía a qué atenerme. Lo mismo pasó con todos mis muchachos, que se apretujaron amenazadoramente a mi alrededor. Querían protejerme mis valientes y leales soldados.

—Lo necesitan en la Oficina, Jefe —habló de nuevo el primero.

—¿Se puede saber por qué?

—La verdad que no lo sé, Jefe, —mintió descaradamente el muy canalla, y agregó —Pero el Teniente Centeno nos dijo que lo acompañáramos. Parece urgente.

---

* *Malanga*: Nombre de un tubérculo aborigen de Cuba, y de uso muy corriente con el significado de: Lío, trifulca, barullo.

—Dígale que voy en seguida, apenas termine de saludar a mi Escuadrón.

—Pero es urgente, Capitán —insistió el cara de rata.

—Mire, soldadito, iré cuando estime conveniente. ¿O acaso estoy detenido? —pregunté indignado, a la vez que gritaba fuera de mí—. ¡No se olvide que está hablando con un Capitán!

—Está bien, Jefe —dijo el otro a la vez que hacía partir violentamente el automóvil.

Me pareció que ese soldado sentía vergüenza de lo que estaba haciendo; por lo menos no se notaba feliz como el otro advenedizo. Miré tranquila y serenamente a todos y cada uno de mis soldados, y uno de ellos, poco menos que gritando, se dirigió al resto:

—¿Vamos a ser tan cobardes que vamos a dejar al Capitán solo ahora?

Comprendí las intenciones de ese noble soldado y fiel amigo. Para evitar que siguiera arengando a la gente y quizás con qué funestos resultados para ellos, lo interrumpí.

—No se preocupen, niños; debe de ser para algo que ustedes no se imaginan. Espérenme aquí que les contaré lo sucedido más tarde. No debe de ser nada grave —concluí para tranquilizarlos. Y dirigiéndome al que primero había hablado, le pedí que me acompañara en el automóvil.

Cuando ya estábamos lejos del hangar, paré un momento para ofrecerle un cigarro, a la vez que yo encendía otro. Lo miré detenidamente a los ojos y le pregunté a boca de jarro:

—¿Domingo, quieres hacerme un favor?

—Mande, Capitán.

—No, flaquito, es un favor. No una orden.

—Lo que usted diga, Capitán; mi pistola y mi vida le pertenecen; con eso le digo todo. Pues si lo van a detener, salimos a tiro limpio por la posta y nos vamos al carajo.

—Gracias, mi amigo. Sé que lo dices porque lo sientes. Pero no hace falta. Lo único que te pido que hagas es que, si me detienen, llames a estos números. El primero es el de

mi Embajada y el segundo, de una escritora chilena llamada Matilde Ladrón de Guevara, de paso por Cuba.

—¿Y qué les digo, Capitán?

—Que me detuvieron en el G-2 de la Base, y ten cuidado —agregué—; llama desde un teléfono público y sin dar tu nombre; tú sabes que todos esos teléfonos están intervenidos.

—Pierda cuidado, Capitán. Vaya tranquilo. Y si lo detienen estas porquerías, le aseguro que aquí hay muchos que se harían matar gustosos por usted.

—Lo sé, flaquito, y lo agradezco; pero no va a ser necesario. Pues no vive el hombre que me meta entre rejas. Además —agregué—, no existe motivo para ello. Tú bien lo sabes. Ahora regresa tranquilo al hangar, y para bien la oreja.

Le estreché firmemente su curtida mano, y sin decirnos ni una sola palabra más, nos separamos. El regresó a pie hacia los hangares y yo continué hacia donde me esperaba una de las sorpresas más grandes de mi vida.

Apenas entré en las oficinas del G-2 de la Base, me di cuenta que mis presentimientos no habían estado mal fundados; varios soldados que escribían a máquina, al verme entrar, bajaron la cabeza y se mostraron demasiado ocupados en lo que estaban haciendo. El cara de rata que con tanto placer había ido a notificarme a los hangares, desapareció tras una puerta; para volver casi de inmediato a decirme que el Teniente Centeno esperaba en la otra oficina. Crucé con paso firme y seguro la puerta.

El Teniente Antonio Pérez Centeno, individuo de físico insignificante, delgado, pálido, con una barbita incipiente y gruesos anteojos colgando de su nariz, que más que nariz parecía el pico de una ave de rapiña, era un oficial que siempre me había tratado con mucha deferencia y respeto; por lo menos así lo había fingido. Ahora lo encontré sentado frente a su escritorio, con los pies encima del mismo. Fumaba desplicentemente el pucho de un tabaco y parece que el humo que despedía le llamaba mucho la atención. Ni siquiera levantó la vista cuando yo entré. Pasaron unos minutos durante los cuales tuve que apelar a toda mi fuerza de voluntad para no dar un puntapié a su silla, que se balanceaba peligrosa y tentadoramente en dos patas, invitándome a hacerlo. Por fin, levantó la vista y con un tono muy estudiado y como gozando de la situación, graznó:

—¿Usted sabe que está licenciado, Capitán? —junto con hacerme la pregunta me entregaba una copia de la orden por la que se me licenciaba a contar del 30 de junio de aquel año.

—Negativo; primera noticia que tengo al respecto. Pero hace tiempo que estaba esperando una noticia como ésta, Centeno.

—¿Por qué dice eso? —preguntó violentamente y perdiendo la compostura, como si no le hubiera agradado mi respuesta.

—Muy sencillo, Centeno. No soy ciego ni estúpido. He estado observando todo lo que ha pasado últimamente en la Base; y no sólo aquí, sino que en todo el Ejército Rebelde. El traslado de todos los oficiales Rebeldes y la llegada de oficiales que no conocemos ni en matanzas de perros, pues dudo que sean capaces incluso de matar un perro cara a cara. Pero —agregué— eso ya no me interesa. ¿Se podría saber los motivos por los cuales he sido licenciado?

La cara se le iluminó de alegría al muy cretino.

—Muy sencillo, Capitán. Usted es un tipo que ha vivido de panza, usted es un individuo de mentalidad burguesa —me observaba fríamente por sobre los espejuelos para ver mis reacciones, mientras continuaba gozando con sus mismas palabras—; usted, Capitán, es un mercenario, nazi, espía, pro-yanqui...

No pude soportar más y dando un fuerte golpe con el puño sobre el escritorio, grité fuera de control:

—Para ahí, Centeno. Tú no tienes la suficiente estatura física ni moral para tratar de escupirme a la cara.

El cara de rata acompañado de otro soldado, a quien tampoco yo había visto jamás, aparecieron de improviso en la oficina como llamados por un secreto y silencioso timbre. Ambos aparecieron con la mano derecha apoyada sobre las cachas de sus pistolas y con caras de valentones, pero yo sabía que

les temblaban las piernas. Retrocedí un par de pasos y apoyé la espalda en la pared, teniendo a mi izquierda a Centeno y a la derecha al par de esbirros que querían intimidarme; proseguí mi catilinaria, sin perder de vista al tan selecto trío.

—¿Dónde estabas tú, cubano desnaturalizado, cuando este chileno combatía por la Revolución Cubana? Lo que tú me has dicho en esta oficina, me lo va a tener que repetir una persona más responsable y honorable que un renacuajo cobarde como tú, ¡cabrón!

Hice el ademán de dar media vuelta para alejarme, pero Centeno, casi con un grito histérico, me atajó:

—Un momento, Capitán. Antes de salir por esa puerta tiene que entregarme la pistola.

Eso era lo que yo quería oír. Eso era lo que yo esperaba. Me invadió el mismo estado de frialdad y serenidad que había sentido en combate muchas veces. Sentí deseos de matar. Quería matar a esa rata, y él se dio cuenta o lo leyó en mis ojos. Con toda tranquilidad saqué el seguro a la cartuchera que yo siempre usaba en la cadera izquierda. Volviéndome hacia Centeno y casi con una sonrisa de placer en los labios, pero no en la mirada, tranquilamente dije:

—Quítamela, Centeno; pero la tienes que tomar por el cañón.

El Teniente Antonio Pérez Centeno se quedó inmóvil, con la mano derecha en alto sosteniendo el cabo del tabaco, que ya le quemaba los dedos, pero sin atreverse a hacer ningún movimiento que me diera motivo para sacar el arma y disparar. El sabía que yo lo iba a matar como a un perro, si movía tan sólo un dedo. Al ver que el renacuajo adoptaba esa actitud, me enfurecí. No podía controlarme y casi gritando de furia y dolor, le escupí en la cara.

—¡¡Mueve un dedo aunque sea, MARICON!! ¡¡Baja la mano y demuéstrame que eres tan hombre como pretendes ser, mal nacido!!

Los soldados, acólitos de Centeno, se dieron cuenta que la cosa iba en serio y se quedaron mirando, trémulos y nerviosos, la triste y ridícula postura en que estaba su cobarde jefe.

Pasaron unos minutos de terrible suspenso. Yo estaba con la espalda pegada contra la pared y podía mirar casi de frente al jefecillo y de reojo, a sus cómplices. Bien sabía que si me descuidaba, tenían toda la razón del mundo para entrarme a tiros. Total, ellos eran omnipotentes y estaban bien respaldados. Yo era tan sólo un maldito oficial Rebelde, y para remate, chileno y no cubano. Nada pasó. Nuevamente me dirigí a Centeno.

—Recuerde, Centeno, que estoy licenciado con fecha 30 de junio y estamos a 28, o sea, que todavía soy Capitán de la Fuerza Aérea Rebelde. Por lo cual le exijo que me trate con el respeto y consideración que mi grado y rango me confieren. Y perdone que le tire mis galones por la cabeza —agregué irónicamente—. Pero da la casualidad —continué— que estos grados han sido confirmados por Decreto Presidencial, por mis méritos de combate, y no por el Partido. Caso contrario, hablaré con Fidel si es necesario, para que él sepa lo que les está sucediendo a sus Instituciones Armadas, a los que lucharon por llevarlo al poder y combaten por la Revolución.

Un largo y pesado silencio siguió a estas palabras. Centeno, con la mano en alto, sosteniendo su apestoso cabo de tabaco, carraspeó con nerviosismo; luego, alzando la cabeza y mirándome por sobre los ridículos espejuelos que se balanceaban peligrosamente en la punta de su afilada nariz, sacó el habla.

—Bien —dijo con un hilito de voz—. Puede salir, pero no entrar más a la Base.

—Eso lo vamos a ver. Y si usted quiere impedírmelo, póngase delante del automóvil para tener el gusto de arrollarlo como a un quiltro sarnoso.

Di media vuelta y subiendo al automóvil, salí con el pie metido en el acelerador. Las ruedas rechinaron al patinar sobre la tierra suelta, dejando una enorme polvareda que cubrió a los atónitos soldados, testigos de tan poco edificante espectáculo. Paré de golpe y con un fuerte chirrido de las gomas al patinar en el pavimento. Varios soldados que estaban alrededor de la Oficina de Operaciones miraron asombrados cuan-

do bajé del automóvil, dando un fuerte portazo. Dirigiéndome al más cercano, le pregunté si había visto al Comandante Maro. Contestó que estaba en la oficina, donde llegué en el mismo momento que Maro salía.

—Oye, Maro, tengo que hablar contigo de algo realmente serio —le dije a la vez que lo tomaba del brazo. Bruscamente y sin esperar respuesta, le largué a boca de jarro—: ¿Tú sabes que me acaban de licenciar?

—Lagas, estas no son horas para hacer bromas —contestó con su sonrisa de niño.

—No, Maro. Te estoy hablando en serio y no quiero que tú rehuyas responsabilidades, como hasta el momento lo has hecho.

En ese momento salía el Capitán Raúl Curbelo Morales, quien también trató de sacarle el cuerpo a la bronca que se avecinaba. Sin soltar a Maro del brazo, lo llamé.

—Oiga, Curbelo, también quiero hablar con usted. ¿Sabe que me acaban de licenciar?

—¿Cómo se le ocurre tal cosa, Lagas? ¿De dónde sacó esa bola?

—Qué bola ni qué cuartos, Curbelo. ¿Qué monos pinta usted y qué diablos haces tú, Maro, que no saben lo que está ocurriendo en la Base? El Jefe y el segundo Jefe de la Fuerza Aérea Rebelde no tienen la más remota idea de lo que está sucediendo. Si a ustedes los tienen como palos blancos —agregué con rabia—, por favor, renuncien, señores. Renuncien por dignidad, por hombría y como revolucionarios. No dejen que ese montón de canallas hagan de las suyas, utilizando vuestros nombres y rango.

—Mire, Lagas, yo le voy a explicar... —tartamudeó Curbelo, mientras Maro agachaba la cabeza.

—Usted no me tiene que explicar nada, señor —grité indignado—. Un oficialillo de porquería me acaba de humillar, vejar de hecho y de palabra y yo no me voy a quedar así. Exijo que se llame al Teniente Centeno y que haga los cargos que tiene contra mí, en presencia de ustedes. Exijo, además, que se levante un acta de este incidente. Caso contrario, a partir de este momento empiezo una huelga de hambre y me van a tener que sacar de aquí, o muerto de hambre o con un tiro en la cabeza, pues, sin el acta, yo no salgo de esta Base.

Rápidamente se mandó a buscar al Teniente Centeno. A la vez, apareció por obra de magia el Capitán Víctor Pina, acompañado de dos milicianos a quienes por primera vez veía en la Base. Al parecer, también eran hombres importantes... "ahora".

El Teniente Centeno, en presencia de todos los presentes, empezó a repetir las acusaciones como quien recita una poesía bien aprendida de memoria. Se notaba a simple vista que lo habían instruido bastante bien al respecto. Categóricamente me acusó de: mercenario, nazi, espía, pro-yanqui y "anticomunista".

No pude soportar más esa horrible y asquerosa escena. Sin darme cuenta me puse de pie y, con una voz que no era la mía y con una calma que no sentía, dije tranquilamente:

—Mira, Centeno. La cosa va en serio y, por lo que veo, es un asunto estrictamente personal entre tú y yo. Por favor, salgamos afuera y terminemos esto de una vez por todas, y como tú quieras. Pues me basta una mano para matarte y te juro que lo deseo más que nada en la vida. Porque, si no te mato ahora, algún día lo haré. Te lo juro y prometo, como hombre que soy. No moriré tranquilo sabiéndote vivo. ¡¡¡Canalla!!!

El Comandante Raúl Guerra Bermejo, Maro, volvió la cabeza avergonzado y miró hacia un punto lejano por la ventana. El había sido mi amigo hasta ese preciso instante. El sabía lo que yo sentía y cuán profundo me habían herido, pero ni siquiera fue capaz de articular tan sólo una palabra en defensa de su ex-amigo y subordinado. El que había sido tan valiente en la Sierra, se acobardó. ¿Por qué? Con el tiempo lo sabría.

El Capitán Raúl Curbelo Morales tomó la mano que yo, sin darme cuenta, había colocado sobre la cacha de mi pistola, que prácticamente ya tenía medio desenfundada. A la vez que me la pedía, mandaba salir a Centeno.

Una vez que el Jefe de la Policía Política de la Fuerza Aérea Rebelde abandonó la oficina, Curbelo me pidió con suave voz que me sentara y que lo esperara un minuto. Salió y yo me quedé con la cabeza hundida entre los hombros y con la mente perdida no sé en dónde. Según me dijeron después, sollozaba. Sí, a lo mejor sollocé o lloré de rabia, de impotencia, amargura y dolor. No podía concebir tan gratuita humillación, tanta canallada y tanta ruindad. Hubiera preferido mil veces la muerte en el campo de batalla. Una bala limpia y una muerte digna y no esta humillación cruel, despiadada y premeditada.

Minutos después reapareció el Capitán Curbelo Morales, Segundo Jefe de la Fuerza Aérea Rebelde. El Comandante Raúl Guerra Bermejo, Maro, Jefe de dicha Institución, había desaparecido, avergonzado, quizás, por su complicidad en la oscura maquinación.

—Lagas, acabo de hablar con el Comandante Fidel, quien ha dado la orden de reponerlo de inmediato en su grado y rango. Así es que todo ha sido un error. Tómelo con calma, Capitán —agregó sonriendo amablemente, a la vez que me palmoteaba amistosamente en el hombro—. Vaya a su casa a descansar, que mucha falta le hace.

—Aquí no ha existido ningún error, Curbelo. Todo esto es obra de una maquiavélica disposición. Usted bien sabe que mi caso no es el primero ni el último. Lisa y llanamente, era mi turno. Pero a mí me van a tener que comprobar esos cargos, Curbelo. Y que me fusilen si soy culpable, aunque usted bien sabe el verdadero porqué de esta asquerosa y nauseabunda comedia. Pero, eso sí, no me van a vejar ni humillar más, pues antes me pego un tiro. Y, allá ustedes. Pero lo anticipo, Capitán —agregué—, que no me voy a ir solo y usted sabe a lo que me refiero. En mi casa estaré esperando el resultado de la investigación. Buenos días, Jefe —terminé en forma cortante, dando vuelta la espalda; y sin esperar contestación, me alejé con paso cansado e inseguro.

V

LOS TURISTAS POLITICOS

¿Cómo llegué a mi hogar? Para mí es un misterio. Sólo sé que llegué sin darme cuenta. Como sonámbulo o un borracho a quien guía un sexto sentido. Largas horas estuve tirado en mi cama, fumando incansablemente cigarro tras cigarro, mirando atentamente las blancas volutas de humo que graciosamente se alejaban de mí. Mi mente estaba completamente vacía, un blanco telón había caído sobre ella, envolviéndola piadosamente. Así me quedé todo el día y toda la noche siguiente, con los ojos perdidos, el cuerpo adormecido y aletargado, efecto, quizás, del fuerte shock que había recibido. Así me encontró Marcialito, hijo de la escritora chilena Matilde Ladrón de Guevara, quien se encontraba de paso por Cuba. Al contarle lo que me había sucedido, Marcialito se quedó mirándome con los ojos abiertos de incredulidad y asombro. El me respetaba y admiraba por mi fama de combatiente y el título honorífico de "Héroe de la Revolución Cubana", distinción que me hacía el único chileno que lograba ocupar un puesto en la Historia de Cuba, por sus méritos de combate. Por eso Marcialito se negaba a creer lo que le estaba contando. El también llevaba la Revolución muy dentro de su corazón y de su mente y no podía aceptar tan tremendo error, tamaña injusticia.

Logró convencerme de que abandonara mi involuntario encierro para ir a conversar al respecto con su madre, Matilde. Después de tomar un largo baño frío que me serenó un poco,

me vestí de civil. El uniforme ya empezaba a pesarme un poco. Revisé cuidadosamente la pistola y la coloqué al cinto; no quería que me pillaran desprevenido. A partir de ese momento no sólo me podían matar los contrarrevolucionarios, sino que también los nuevos revolucionarios: los comunistas.

Como siempre, Matilde me recibió afectuosa y cordialmente y al enterarse de lo sucedido, se ofreció para interceder por mí ante el Comandante Ernesto Che Guevara, con quien tenía concertada una entrevista para las diez de la noche ese mismo día. Agradecí su gentileza, pero no creí conveniente, ni lógica, su intervención, pues me exponía a caer en el delito de infidencia militar, y a agravar aún más mi delicada situación. Le rogué que hiciera llegar al Comandante Guevara una carta dirigida al Comandante Raúl Castro Ruz, Ministro de las Fuerzas Armadas, carta que ya había sido enviada por conductos reglamentarios, pero que yo dudaba hubiera llegado a manos de Raúl, por lo que había que solicitarle al Che que, una vez que la leyera, la enviara por algún conducto seguro a su destinatario.

Repentinamente el rostro de Matilde se iluminó al recordar la presencia en Cuba del Senador chileno Salvador Allende, a quien yo conocía personalmente, por haber trabajado por él en su campaña presidencial en Chile, años atrás. Subimos al departamento que tenía Matilde en el *Hotel Habana Libre,* para hablar por teléfono con el Senador Allende. Al establecerse la comunicación, escuché un extraño y molesto monólogo.

–Buenos días, Senador. Le habla Matilde Ladrón de Guevara.

–. . .

–Perdone que lo moleste, pero tengo algo sumamente importante que decirle. Se trata de nuestro compatriota, Capitán de la Fuerza Aérea de Cuba.

–. . .

–Claro, el mismo que usted dice. Como usted sabe, Senador, Lagas ha dejado muy bien puesto el nombre de los chilenos, aquí en Cuba, pues es nada menos que Héroe de la

Revolución Cubana, por su brillante actuación en los combates de Playa Girón, pero ahora tiene un serio problema y necesita de nuestra ayuda.

–. . .

–Pero, Senador, si no se trata de recomendarlo para nada, él solo se ha recomendado y bastante bien, el asunto es que. . .

–. . .

–Eso le pasa por recomendar a los sinvergüenzas y oportunistas. Además, usted sabe que yo no lo molestaría por nada del mundo para pedirle una recomendación para una persona que no merezca mi respeto y consideración, como es el caso del Capitán Lagas.

–. . .

–Pero, Senador, se trata de salvarle la vida a un ciudadano chileno, quien realmente se encuentra en peligro de muerte por una injusticia.

–. . .

Ante el giro que llevaba la conversación, hice señas a Matilde pidiéndole que cortara, pues me molestó la resistencia que hacía el Senador Salvador Allende, quien ni siquiera se interesó por saber de qué se trataba. Sencillamente, y según me contó Matilde después, el Senador Allende se había negado a meter las manos en nada que pudiera comprometerlo "políticamente". Olvidándose que se trataba de salvar una vida, bajo el aspecto humano del asunto; de un chileno en peligro de muerte, en tierras extranjeras, bajo el punto de vista patriótico; y de un hombre que había apoyado sus aspiraciones presidenciales, bajo el punto de vista político. Por supuesto, el Senador Allende no quería molestarse por tal pequeñez, molestia que interrumpiría momentáneamente y por breves segundos su deliciosa estada en La Habana, en donde se paseaba con chofer y escolta en un hermoso Cadillac, que el gobierno cubano había puesto a su disposición, brindándole los honores que le correspondían por ser "el genuino representante del pueblo chileno y futuro Presidente de la República de Chile".

La situación era irónica y desconcertante. El único chile-

no que se había atrevido a defender la Revolución Cubana en los campos de batalla, lanzando bombas y metralla, poniendo su pecho frente a las balas, piloteando aviones que se caían de viejos e inservibles, clamaba ayuda a *uno de los tantos chilenos que ahora apoyaban la Revolución, pronunciando floridos discursos desde cómodos y seguros escenarios, viviendo principescamente y recibiendo honores inmerecidos*; y esta ayuda era negada *por temor a comprometerse políticamente*. En otras palabras: El valor, el noble desinterés y el idealismo puro, frente a la cobardía moral, la mezquina ambición y la demagogia.

VI

UN CORREO DE JERARQUIA

Esa noche fui a dejar a Matilde Ladrón de Guevara y a Eva Vastari, escritora finlandesa que la acompañaba, al Ministerio de Industrias. Faltando pocos minutos para las diez de la noche, llegamos al Ministerio. Matilde llevaba la carta para el Comandante Raúl Castro, que debía entregar al Comandante Ernesto "Che" Guevara, para que éste se la hiciera llegar, después de leerla. Tenía plena confianza, y hasta seguridad, de que apenas el Che se enterara del contenido de la misma, muchas cosas cambiarían, ya que Guevara tenía fama de correcto, justo e imparcial. Además, si Raúl se llegaba a enterar de lo que había sucedido y estaba sucediendo en la Fuerza Aérea Rebelde, con seguridad tomaría cartas en el asunto. No creí jamás, que abierta y descaradamente, reconocería su parte en la maquiavélica confabulación, con el silencio.

Largas horas esperamos, con Marcial, la salida de Matilde y Eva, hasta que por fin aparecieron en la puerta del edificio. Venían felices de haber entrevistado al Che. Ambas coincidían en que era un hombre interesante, inteligente, culto y capaz. Matilde, que había leído la carta, estaba completamente segura, al igual que yo, de que un hombre de la calidad del Comandante Guevara no podía aceptar ni hacerse cómplice de tanta canallada. ¡Qué ingenuos fuimos!

Acompañé a las damas hasta su hotel y yo me dirigí, feliz y esperanzado, a mi hogar. Esa noche me quedé dormido

rápidamente. Tenía fe en el Che, Raúl y Fidel. Las aguas se habían desbordado, pero tomarían de nuevo su cauce. El pedestal más firme de la Revolución Cubana "ERA LA JUSTICIA". Así lo había dicho Fidel en repetidas ocasiones. Yo creía firmemente que esa justicia llegaría y que los culpables de tanta canallada tendrían que rendir cuentas a muy corto plazo.

La carta encomendada al Che Guevara era del siguiente tenor:

La Habana, 19 de junio de 1961.

Al Señor Ministro de Guerra
Comandante Raúl Castro Ruz.
MINFAR

Señor Ministro:

Habiendo agotado todos los conductos regulares para llegar a usted, me permito molestarlo por medio del presente informe confidencial.

El que suscribe, Capitán Piloto de Guerra Jacques Lagas Navarro, se incorporó a la Fuerza Aérea Revolucionaria, al renunciar voluntariamente a su cargo de Instructor Civil, con el cual había sido contratado por el actual Gobierno, con una remuneración de SETECIENTOS DOLARES MENSUALES. Lo hizo impulsado por el afán de ayudar a esta Revolución más efectivamente, ya que en su contrato se estipulaban cláusulas que lo eximían de obligaciones y deberes que prestaba con entusiasmo y por su propia voluntad, pero que el hecho de estar tan bien rentado, disminuía su verdadero valor revolucionario.

Fue así como en agosto de 1959 acudí a cooperar con el en aquel entonces Comandante de la Fuerza Aérea Rebelde, Juan Almeida Bosque, quien solicitó mis servicios como piloto durante la invasión de Trinidad. En ese mismo mes y pocos días después, viajé a Santiago de Chile, con motivo de su viaje a mi país; en donde fui detenido, como a usted le consta.

A mi regreso y al encarar a algunos de mis compañeros chilenos su falta de cooperación, rompí mi contrato y me puse a las órdenes del Comandante Sergio del Valle Jiménez, por intermedio de mi Jefe y amigo Capitán (P.G.) Luis Alfonso Silva Tablada (Q.E.P.D.). Meses después fui incorporado definitivamente, con el grado de Capitán, a la Fuerza Aérea Revolucionaria.

Traté por todos los medios posibles de hacerme acreedor al honor que me confería el Gobierno Revolucionario; y es así como he desempeñado, hasta el momento, los cargos de Piloto Instructor, Piloto de Transporte, Piloto de Guerra, con más de dos mil horas de vuelo, incluyendo en ellas nueve misiones de combate. Además, he sido profesor de Meteorología, Navegación y Mecánica, Jefe de Línea de Vuelo de B-26, Jefe de Operaciones Aéreas, Jefe Base de Santiago, Segundo Jefe del Escuadrón de Bombardeo Ligero y, posteriormente, Jefe del mismo Escuadrón P.S.R., durante los combates de Bahía Cochinos y Playa Girón.

En el desempeño de tan múltiples funciones apliqué, como siempre, todas las normas morales que han regido mi vida, entre ellas, franqueza y lealtad a mis Jefes y subalternos. No obstante, empecé a granjearme enemistades. Como es el caso en que investigué un accidente ocurrido a un B-26 piloteado por el Teniente Enrique Caramé, a quien bajé de vuelo, según consta en sumario archivado en la Auditoria de la Base Aérea de San Antonio de los Baños. Posteriormente fui designado para investigar y dictaminar un "llamado accidente", en el cual perdió la vida un miembro de la dotación de una ametralladora antiaérea, el cual enfrentó valiente y temerariamente al Sea-Fury tripulado por el Teniente Douglas Rood y Sánchez de Mola, sabiendo que este Oficial los había catalogado de cobardes. Me negué categóricamente a aceptar tal responsabilidad, pues, según expuse al Comandante Raúl Guerra Bermejo, yo no estaba autorizado para dictaminar en un hecho que involucraba una investigación criminal.

Pasando por alto varios acontecimientos, para abreviar el presente informe, pongo en su conocimiento los más importantes:

1.—Traté, por todos los medios posibles, de evitar que el Capitán Luis Alfonso Silva Tablada volara el lunes 17 de abril recién pasado. Me constaba que no se encontraba en condiciones físicas ni mentales para realizar tal vuelo. Al regresar de mi primera misión, me enteré de que Silva había salido a bombardear SIN MIRA. Despegué lo más rápidamente posible para tratar de protegerlo, pero voló a mi lado en mil pedazos, alcanzado por impacto directo de los cañones antiaéreos de un destróyer yanqui. Su muerte, prácticamente un suicidio heroico, es de responsabilidad de aquel que envió a un hombre enfermo y bajo los efectos de fuertes sedantes, a combatir en un avión incompleto para tal misión.

2.—En pleno combate, el Capitán Víctor Pina me ordenó entregarle un avión al Teniente Caramé. Me negué rotundamente, ya que dicho Oficial no es capaz de volar ese tipo de avión en vuelo rutinario, menos lo podía hacer en combate. Jamás había lanzado una bomba de práctica, ni disparado las ametralladoras. Mi negativa fue para salvarle la vida a él, y muy especialmente, a los tripulantes, a quienes sabía condenados a una segura muerte.

3.—El martes 18 de abril disponía de tres B-26 listos para salir. No me permitieron volar en la mañana, pues el Capitán Enrique Carrera Rola "estimaba que era muy peligroso", ya que él también tenía que volar ese tipo de avión. Se negó a hacerlo. El Teniente Alvaro Galo y el Capitán Willy Figueroa estaban presos por cobardía ante el enemigo. ¿Por qué no se sancionó por el mismo delito al Capitán Enrique Carrera Rola?

4.—En una pausa que aproveché para dormir entre combate y combate, unos "compañeros" me robaron el portapeine, y las balas de mi pistola; privándome así de la posibilidad de

defenderme o matarme si era necesario, en caso de ser derribado en la zona de combate. Increpé duramente a los culpables Capitanes Enrique Varona y Rafael Milán y Cadete Ballester. El delito era más grave aún, dado que los nombrados —todos cubanos— permanecieron muy cómodamente y bien seguros en la Base, cuando el que suscribe, de nacionalidad chilena, defendía la Revolución Cubana en el campo de batalla.

5.—Al regresar de una misión, me fue denunciado el hecho de que a los tíos del Cadete Alfredo Noa Díaz, los cuales habían escuchado rumores de que el sobrino había muerto heroicamente en combate, motivo que los impulsó a ir a la Base, se les había requisado el automóvil Fiat 600 en el cual se trasladaron hasta San Antonio de los Baños. Me informé al respecto, deduciendo:

a) El automóvil había sido adquirido en transacción privada por el Cadete Alfredo Noa Díaz;

b) No había intercedido en esa operación ningún organismo del Estado;

c) El Cadete Noa pertenecía a la Base de Mariel;

d) Se presentó voluntariamente, muriendo en su primera misión en el avión piloteado por el Capitán Luis A. Silva Tablada.

Todos estos puntos se los expuse al Teniente Abelardo Díaz Meléndez, exigiendo de inmediato la devolución del automóvil a sus legítimos dueños, quienes, además del dolor vivido por la confirmación de la muerte del sobrino, sufrían las consecuencias de tan drástica, injusta y baja acción del mencionado Oficial. Apelé, incluso, a los sentimientos mínimos de caballerosidad, compañerismo y humanidad que debía tener un Oficial con los parientes de un compañero muerto en combate, para que les permitiera regresar en su automóvil, ya que no existían otros medios de locomoción en esos días, y llevaban más de cinco horas esperando algo en que regresar al hogar. El Teniente Abelardo Díaz Meléndez se negó a devolver el automóvil.

Me dirigí al despacho del Teniente Arnaldo Fraguella

Quivira, a quien enteré de tal anomalía, anticipándole que si él no impartía inmediatamente la orden para que se devolviera el automóvil a sus legítimos dueños, lo haría personalmente, aunque fuera empleando la violencia, pues me daba lo mismo morir en la Base cumpliendo con un deber humano, como en el campo de batalla minutos más tarde. No podía aceptar la injusticia, inmoralidad y rapiña propia de chacales y no de hombres, y menos de parte de un Oficial del Ejército Rebelde. El automóvil fue devuelto.

6.–El Capitán Víctor Pina me ordenó nuevamente darles instrucción a cuatro pilotos de Cubana de Aviación: Luis Alvarez Tavio, César Alarcón, Alberto Semiday y Héctor Hernández Osses. Rechacé tal petición, aduciendo las siguientes razones:

a) Cada piloto necesitaba por lo menos 10 a 15 horas de instrucción en B-26;

b) Yo estaba efectuando misiones de combate y no podía realizar ambas cosas a la vez;

c) Al insinuar uno de ellos que yo me negaba a darles instrucción, le contesté que hacía más de un año que yo estaba solicitando la cooperación de los pilotos de Cubana;

d) Que dichos pilotos jamás habían hecho acto de presencia en la FAR, sabiendo que tarde o temprano sus servicios serían requeridos;

e) Que si en ese momento lo hacían era únicamente porque sabían de antemano que no iban a combatir;

f) Que no teniendo un B-26 con doble comando (901 destruido en Santiago de Cuba y 935, acribillado a balazos en la Base) dicha instrucción era imposible.

7.–Al asumir las responsabilidades de Jefe de Línea de Vuelo de los B-26, con motivo del apresamiento del Capitán Evans Rosales Bresler, el lunes 17 de abril noté la ausencia de tres mecánicos, temiendo la deserción de los mismos (Sargentos René Cotilla y Coll, Gerardo Pérez y Dagoberto Cabre-

ras). Encontré al Sargento René Cotilla Coll sentado en un automóvil, fumando tranquilamente y escuchando música. Al increparlo duramente por su descaro y cobardía, me contestó que cumplía una misión confidencial a las órdenes del Capitán Enrique Varona, es decir que yo, como Jefe del Escuadrón de Bombardeo Ligero, no tenía autoridad para impartirle órdenes.

....Localicé al Capitán Varona y le recordé que, además de estar completamente solo volando los B-26 en misiones de combate, tenía que dirigir el arreglo y mantención de los mismos. Que para eso necesitaba mis aviones por lo menos en condiciones de volar y que, por lo tanto, necesitaba a mis mecánicos. Que no era justo que él los utilizara para hacer postas en la Base, en un momento tan trascendental para la Revolución Cubana. Le insinué, también, que para la seguridad de la Base estaba la Policía Militar, compuesta en su totalidad de Soldados Rebeldes probados en la Sierra. Me respondió, en forma altanera e insolente, que él requería de hombres "políticamente probados", pues Rebelde era Evans, y estaba preso. Le hice ver que no era el momento apropiado para hablar de política y menos a un piloto que regresaba de una misión para salir en otra minutos después. Que existían varias formas de hacer política y que una de ellas era combatiendo al enemigo, exponiendo al servicio de la Patria y de un ideal: la vida; y otra, sentándose cómodamente en un automóvil a fumar y escuchar música, mientras los compañeros mueren en el frente.

8.–El automóvil del Capitán Luis Alfonso Silva Tablada, muerto en combate, fue requisado por un soldado de la Policía Política, para su uso personal. Dicho automóvil pertenece legalmente a la viuda, señora Edna de Silva Tablada.

9.–El Teniente Alvaro Galo, al regresar de su prisión en La Cabaña, me reportó que su escaparate había sido violado y que le habían sido sustraídos del mismo sesenta pesos, un radio portátil y otras especies. Le informé que dicho delito ha-

bía sido cometido por el Capitán Rafael Milán Santana y el Cadete Alfredo Ballester, quienes habían sido sorprendidos por el Sargento González cuando se dedicaban a robar los escaparates de los compañeros muertos en combate y de los que habían sido detenidos y enviados a La Cabaña en el transcurso de los mismos. Le agregué que yo no podía hacer nada al respecto, ya que había renunciado a la Jefatura del Escuadrón por las discrepancias tenidas con el Capitán Víctor Pina.

10.—Censuré y di cuenta que el Teniente Rafael del Pino había ametrallado a un piloto enemigo que se lanzó en paracaídas desde su avión envuelto en llamas, tres millas al sur de Playa Girón, el lunes 17 de abril; acusándolo por esa acción, de criminal de guerra.

11.—Renuncié a la Jefatura del Escuadrón de Bombardeo Ligero por carecer de atribuciones para frenar las injusticias cometidas por el Capitán Víctor Pina y los Tenientes Arnaldo Fraguella Quivira y Antonio Pérez Centeno.

Los incidentes mencionados son sólo parte de los ocurridos en la Base últimamente. Las personas que aludo, aprovechándose de bajas "influencias políticas", prácticamente se han convertido en amos de la Fuerza Aérea Revolucionaria, cometiendo un y mil atropellos, vejando y persiguiendo en forma sistemática a los que no se pliegan o se entregan servilmente a sus mezquinas intenciones.

Comandante Castro, creo que usted conoce bastante bien mi actuación y desempeño como Oficial de la Fuerza Aérea Rebelde, y así como no temí por mi vida cuando salí a presentarle combate a dos aviones supersónicos yanquis al sur de Santiago, en marzo del presente año, ante sus propios ojos, volando un destartalado y viejo B-26 contra dos poderosas y modernas máquinas, y luego después, en las ocho misiones de combate en Playa Girón, volando un tipo de avión que "ningún otro piloto cubano se atrevió a volar", salvo el Capitán Luis Alfonso Silva Tablada, muerto heroicamente el 17 de abril; ya que el Capitán Enrique Carrera Rola se negó a entrar en combate piloteando un B-26, y el Teniente Alvaro Galo hubo de ser enviado a La Cabaña, por cobarde; me es profundamente doloroso y no acepto por ningún motivo la forma degradante e insidiosa en que he sido tratado por algunos Oficiales de mi Institución. Si a esos señores no les basta que yo haya expuesto mi vida, no una, sino que cientos de veces; no sólo en combate, sino que volando aviones prácticamente inservibles; la verdad, señor Comandante, es que no sé cómo satisfacerlos. Cuando yo combatía al enemigo, con bombas y balas, ellos me combatían a mí, desde sus escritorios flamantes y cómodos, con calumnias, pequeñez y saña increíbles.

Si combatí, fue demostrando con ello mi amor y entrega total a la causa de la Revolución, que como usted me dijo un día: "es la Revolución Latinoamericana". Sabiendo, además, que todos somos iguales, pues Latinoamérica empieza al sur del Río Grande y termina en la Antártica chilena y que el "imperialismo" es tan enemigo del pueblo cubano como lo es del pueblo chileno; y mi pueblo que anhela, busca, espera y admira la "Revolución Cubana", ha hecho de mí un "Héroe" y se siente orgulloso de que un humilde hijo de la Patria de O'Higgins haya cooperado en algo para consolidar la Revolución. El Comandante Fidel Castro Ruz nos ha honrado con el título de "Héroes de la Revolución Cubana" motivo por el cual me siento doblemente orgulloso, llevando mi uniforme y mis galones como algo que realmente me he ganado en el campo de batalla; y por eso no puedo aceptar que Oficiales de galones sin gloria me humillen en la forma que lo han hecho. Por último, si les molesta mi nacionalidad, renunciaré al Ejército Rebelde con dolor, amargura y desilusión, para así conservar mi honor y dignidad de chileno.

Por todo lo anteriormente expuesto, agradeceré tenga a bien ordenar una investigación amplia y completa, haciendo declarar a todos los aquí nombrados y, también, a todo el personal del Escuadrón de Bombardeo Ligero que estuvo bajo

mis órdenes hasta el 20 de abril de 1961, testigos todos ellos de lo que a usted expongo.

Sin otro particular saluda atentamente a usted.

Jacques Lagas Navarro
Capitán Piloto de Guerra.

Una carta de este tenor no podía quedar sin respuesta; como no se podía subestimar lo que en ella se decía, ya que había cargos categóricos de robo a compañeros muertos en acción de guerra, actos de irresponsabilidad criminal; más aún, homicidio premeditado y asesinato de un piloto enemigo que se lanzó en paracaídas, ignorando el ejecutor los más sagrados principios de la guerra, que incluso están estipulados en la Convención Internacional de Ginebra; demostrando con ello su cobardía y bajeza moral. Callar o ignorar tales acontecimientos era hacerse cómplice de ellos; así lo comprendía yo, pero el tiempo me confirmaría que mis jefes no pensaban igual.

Temprano, al día siguiente, fui por última vez a la Base Aérea de San Antonio de los Baños. Los Escuadrones estaban vacíos, el casino cerrado. Uno que otro soldado se divisaba dormitando bajo las palmeras. Todo era desorden y desconcierto. La basura amontonada en las veredas indicaba que la suciedad moral había contagiado físicamente a la Base.

Caminé lenta y tristemente hacia los hangares...

VII

FUEGO AL AMANECER

Los aviones, cual cóndores petrificados, reposan majestuosamente en sus parqueos; sus flamantes pinturas brillan al sol como el negro plumaje de la feroz ave. Sus ametralladoras, cual garras silenciosas, recuerdan con nostalgia el fragor del combate, y sus motores callados, tristes quizás, porque saben que ya no impulsarán más rugiendo por el espacio, a tan poderosa nave. Todo es silencio, tristeza y amargura.

El hangar vacío trae a mi memoria a esos pueblos mineros, perdidos en el desierto chileno. En donde una vez hubo vida, animación, lágrimas y risas, penas y alegrías, hoy sólo queda un silencio sepulcral, una tristeza que acongoja y una amargura que corroe el alma. La vida es así, cruel, dura e implacable; pero a la vez, justa y bella. El que fue ayer un campo de batalla, donde rugían los cañones, bramaban las bombas y silbaba la metralla, desgarrando cuerpos, mutilando seres, segando vidas, hoy es un campo verde cuajado de flores y sólo se escucha el armonioso trinar de un ave pasajera que canta a la vida, que canta al amor... Donde hubo muerte, dolor y desesperación, hoy existe la vida, la esperanza y fe en el porvenir.

Así ha sido, es y será la vida hasta que los hombres comprendan que no pueden seguir destrozándose como bestias salvajes y se convenzan que pueden y deben vivir en paz, antes que sea demasiado tarde y nos destruyamos por completo. La historia del mundo, desde que es mundo, está bañada en san-

gre, dolor y muerte. Y hasta que nos llegue el anhelado día en que realmente exista la paz entre los hombres, los soldados tendremos que prepararnos para matar o morir, en defensa de nuestros pueblos, hogares, familias y manera de vivir.

La venerada figura de mi padre viene a mi memoria y recuerdo con nostalgia cuando esos días de lluvia y frío nos obligaban a buscar abrigo frente a la chimenea de nuestra casa en Santiago de Chile, para entretejer largas conversaciones, que él siempre terminaba con su frase favorita: "El día que la tolerancia sustituya al fanatismo y la verdad a la mentira, recién, entonces, existirá la Humanidad, hijo mío".

Sin darme cuenta he estado parado a pleno sol largo rato. A pesar de que aún es temprano, el calor me obliga a buscar refugio bajo el ala protectora del temible B-26 931, mi avión favorito. Con el cual, un día no lejano, temerariamente, traté de presentarle combate a dos aviones supersónicos yanquis, al sur de Santiago de Cuba, cuando volaban dentro de los límites de las aguas jurisdiccionales.

Me siento en el duro suelo y enciendo un cigarro que aspiro con avidez, mientras los minutos pasan lentamente. Apoyo la cabeza en una de las ruedas del noble avión y nuevamente me dejo envolver por los recuerdos.

Me parece mentira que mi Escuadrón ya no exista. Me niego a aceptar algo que es un hecho, pues uno a veces se aferra a ciertas cosas como el moribundo trata desesperadamente de agarrarse a la vida, como el náufrago abraza febrilmente la débil astilla que, momentáneamente, lo sostiene, como la ola acaricia tierna y firmemente la tibia playa, antes de retroceder y perderse para siempre en la profundidad de los océanos... Me parece ver en ese momento la figura recia y fuerte del que fuera mi mecánico jefe, al Sargento José González Amores; el hombre de la voluntad de hierro, para quien no existían imposibles en el trabajo; cuyo único propósito, su soñada meta, era tener los aviones en las mejores condiciones posibles para el vuelo. No importaba el trabajo, el sacrificio; si era de día o de noche; si estaba enfermo o saludable. Ahí estaba él con su sonrisa de niño humilde, como pidiendo per-

dón con la mirada cuando no lograba superar un imposible. Con tesón y paciencia de hormiga, rebuscaba entre los hierros viejos amontonados en el hangar hasta encontrar la pieza, el instrumento o el repuesto que necesitaba para *poner de alta** un avión. Entonces reía, reía con la risa fresca y alegre de un niño que ha satisfecho su antojo y ve cumplido un deseo.

Sonrío al pensar que nunca pude hacer de él un verdadero jefe, pues no le gustaba mandar. Muchas veces los soldados a sus órdenes no cumplían con sus obligaciones y deberes; entonces él, entre maldición y maldición, ejecutaba el trabajo que no le correspondía. Y al terminar el día de agotadora labor, se montaba en un avión para probar sus motores, y al observarlo, me parecía que gozaba con el rugido parejo y uniforme de las potentes máquinas, como si escuchara una sinfonía que traía paz y sosiego a su alma de niño. ¡Entonces eras feliz, Sargento Amores; entonces yo era feliz!

Sí, esas fueron horas felices, horas tristes, horas de angustia y tensión, pero..., horas llenas de vida. Con paso lento y cansado y envuelto aún en mis recuerdos, regreso a mi automóvil.

Recorro con la vista, por última vez, esos lugares que cientos, miles de veces me han visto pasar. Observo con dolor aquellos aviones que en silencio parecen decirme adiós, como si yo formara parte de ellos, como si comprendieran mi amargura, mi tristeza y mi soledad.

—Ya no volaremos más, viejos amigos —murmuro en silencio—; ya no surcaremos más en audaces vuelos estos bellos cielos de Cuba, desafiando peligros, tormentas y metralla. Los cielos de Cuba fueron testigos de nuestras proezas, las balas enemigas no detuvieron nuestro raudo vuelo. Sí, viejos y queridos aviones míos, juntos hemos escrito una página en la historia latinoamericana.

Cruzo las pistas y una profunda emoción me embarga.

---

* *Poner de alta*: Dejar en condiciones de vuelo.

Me alejo de mis aviones sin mirar hacia atrás, como quien se aleja del olvido, como quien se aleja de la muerte.

Los creían demasiados viejos, anticuados e inservibles; a pesar de que aún no desaparecían los ecos de sus brillantes hazañas en el mundo entero y sus gloriosas heridas se mostraban abiertas para ejemplo y constancia de sus combates. Nos habían retirado del servicio por creer que ya no éramos necesarios, como se ancla un barco en una bahía, cuando su debilitado casco ya no puede resistir la furia del mar, para morir después olvidado e ignorado, convertido en un montón de hierro viejo y chatarra inservible.

Pausadamente, me acerco a un grupo de mecánicos y artilleros del desintegrado Escuadrón de Bombardeo Ligero; me causa extrañeza su silencio y concentración. Veo en ellos fiereza en los ojos, lágrimas contenidas; y a más de uno se le escapa un sollozo viril, tierno y sincero. ¿Qué pasa? Han puesto uno de mis viejos bombarderos como blanco para hacer prácticas de tiro con los nuevos aviones que han llegado de Rusia, los Mig-15.

Ahí está el 921, posando en medio del campo, indefenso como un ave herida. Sus motores callados y silenciosos presienten el injusto fin que les espera. Sus ametralladoras han sido desmontadas; ni tan siquiera podrá defenderse.

Pronto es herido por los certeros impactos de los Mig-15, por las primeras balas rusas que se disparaban en tierra cubana, contra algo cubano. Giro la cabeza para evitar que mis soldados vean mis ojos empañados por las lágrimas. Sentí en ese momento, los mismo que siente un marino cuando ve desaparecer su barco tragado por el inmenso mar. Impotencia, dolor y angustia al ver destruido algo que nos pertenece y digno de un final más sensato, útil y eficaz.

¡Cuántos servicios podrían haber prestado estos magníficos aviones! Aunque hubiera sido para formar nuevos pilotos, para foguearlos en una máquina veloz, celosa y potente. Para patrullas, observación, rescate e incluso, para combatir como habían hecho en Playa Girón, sembrando el pánico y

el desconcierto en las filas enemigas con sus bombardeos de precisión y ametrallamientos a baja altura.

Pero no, tenían que morir destrozados. Despedazados con saña vengativa por orden de aquel que nunca los supo dominar, por orden de aquel que temió llevarlos a combate y ahora los destruía, como quien destruye algo que no pudo alcanzar. Me imaginé al Capitán Enrique Carrera Rola gozando con el dantesco espectáculo que ponía fin a su complejo, demasiado conocido por todos los miembros de la Fuerza Aérea Rebelde.

Me retiro, pues no quiero continuar siendo testigo de lo que está ocurriendo. Por última vez vuelvo la cabeza y veo a Pedro Delgado, Adriano Sánchez, Miguel Matamoros, Reynaldo González, Raúl Calzado y otros de mis ex-soldados, que contemplan fascinados las llamas del B-26, como despidiendo por última vez a un ser querido.

Regreso presuroso y pensativo a mi hogar, si a esto puedo llamar hogar, pues sólo me rodean mis libros, mis viejos discos y. . . mis recuerdos. Contemplo un globo terráqueo que tengo en la sala. Al hacerlo girar, recorro con la vista los distintos mares y países que he navegado y conocido en mi aventurera vida.

Añoro aquellos días en que siendo tan sólo un niño, forjaba mi alma y templaba mi cuerpo en las minas de oro de Andacollo, en mi patria lejana y querida. Cuando tenía que recorrer decenas de kilómetros diariamente, cargado con dinamita, pólvora, guías, herramientas y alimentos para los mineros que ansiosos esperaban mi llegada. Durante meses mis espaldas juveniles se arquearon con esa pesada carga, hasta que mi padre logró reunir lo suficiente para comprar un burro. *Ese fue mi primer y mejor amigo.* Jamás he tenido ni tendré amigo más fiel y paciente; mientras siga palpando las ruindades humanas, con más cariño y afecto añoraré a aquel sabio y astuto animal.

En las largas caminatas por los pequeños senderos de la montañas, acompañados tan sólo por la majestuosa e imponente belleza de la Cordillera de los Andes, sostenía grandes

conversaciones con mi dócil asno. Mucho aprendí de él, pero tengo que reconocer con hidalguía, que sólo fui un alumno mediocre, pues mi querido Conejo, que así se llamaba, jamás tropezaba dos veces en la misma piedra. Condición especial de ese noble animal, por la cual se diferencia de nosotros, los seres humanos, que vivimos cometiendo los mismos errores. El siempre escogía los senderos más cortos y seguros, los pastos más tiernos y las aguas cristalinas; desconfiaba hasta de su propia sombra y siempre estaba atento y alerta, moviendo sus largas orejas como antenas de radar, para localizar a un probable enemigo y así darle frente, por más burro que fuera. Tampoco aprendí esa lección y el tiempo demostraría mi error, ya que ahora nuevamente, sentía en carne propia, las garras de la traición.

Pasan rápidamente los recuerdos por mi mente y sin quererlo aflora una sonrisa a mis labios, al pensar en las noches de juerga, amor y pendencia, en mi agitada vida de marinero. Era una vida de aventuras plenas, inquietudes y, también, sinsabores. Siempre pensando en un puerto lejano donde nos esperaban los labios ardientes de una mujer, una botella de licor extraño y a lo mejor, una buena pelea en un callejón cualquiera. Vida aquella de la cual también aprendí, pero tampoco lo necesario; eso sí, experimenté la verdadera sensación del significado de la amistad, la lealtad y la hombría. Donde los hombres eran más hombres y las mujeres más mujeres. Donde el canalla, el delator y el arribista no tenían cabida, pues nuestro desprecio y puños, eran barreras infranqueables, para esa bazofia humana. En la Marina de Guerra de Chile supe lo que era hambre, frío, calor y sed; vida y muerte, pues muchas veces por cualquier motivo estúpido y sin importancia alguna, nos jugábamos la vida con una despreocupación insensata y con una pasión digna de mejor causa.

Cuando por fin me convencí de que era una nave sin rumbo y que estaba en un círculo sin principio ni fin, decidí levar anclas y aproarme hacia nuevas inquietudes y responsabilidades morales. Fueron momentos duros y difíciles. Principalmente cuando reclamé con firmeza un derecho adquirido, al obtener el Primer Puesto en todos los ramos Técnicos y Humanísticos en la Escuela De Grumetes de la Marina de Guerra de Chile, por lo que se me había otorgado el Gran Premio del curso del año 1941, dos medallas de plata, seis diplomas, una maleta de cuero, un juego de lapiceras, un reloj y tres premios en dinero efectivo, un viaje al extranjero en el Petrolero Rancagua, y el honor de haber sido el único caso en esa Escuela, en que un alumno se adjudicase todos los galardones en un año. Además, me hice acreedor a una beca para la Escuela de Oficiales. Beca que jamás me fue concedida. ¡Por reclamar ese derecho, empecé a experimentar en mi vida, las amarguras de la injusticia!

Algunos señores oficiales de la Armada, productos genuinos de un sistema castrense aristocrático, no concebían que un hombre pudiera surgir en la vida por sus esfuerzos, conocimientos, sacrificios y espíritu de superación. No lo concebían, y a la vez se oponían a ello con todo el peso de la autoridad que sus grados y rangos les conferían. Cuando, por fin, me convencí de que era inútil insistir en mi petición, solicité la licencia. Por este delito, fui condenado por primera vez a quince días de arresto, empezando desde ese momento mi largo calvario. Todos los sábados a las 11.30 horas de la mañana, impecablemente uniformado, asistía a una formación llamada: "PETICIONES Y JUSTICIA", ahí estaba también un Teniente impecablemente uniformado, a quien nosotros llamábamos: "El Cara de Guagua". El diálogo era siempre igual. Apenas me veía en las filas, su cara imberbe se iluminaba con una sádica sonrisa. El muy cretino sabía el motivo por el cual yo me encontraba en esa formación.

—¿Qué desea, Lagas?

Yo contestaba con palabra fuerte, clara y cortante, como corresponde a la rigurosa disciplina de nuestra Marina de Guerra.

—La licencia, mi Teniente. (Así, sin tomar aliento y de corrido).

—Quince días. Fila. (También de corrido y sin siquiera mirarme).

Yo efectuaba un perfecto giro y me incorporaba a la fila, sin pronunciar palabra; es decir, sin pronunciar palabra en voz alta, pues si el Teniente hubiera escuchado mi repertorio en ese momento, con seguridad me habría hecho fusilar.

Así pasaron largos e interminables meses, en que todos los santos sábados a las 11,30 horas, se repetía la misma escena. El Tenientito gozaba y yo, enriquecía mis amplios conocimiento en materia de maldiciones, y "garabatos".

Lo divertido del caso ocurrió un día en que me fugué en Punta Arenas y regresé, más bien dicho "me regresaron" a bordo, con una borrachera de padre y señor mío. Me olvidé entonces de decir silenciosamente lo que sentía por ese desalmado y lo dije en voz alta. La que se armó, fue del diablo. Feliz y finalmente, logré mi ansiada libertad, después de meses de injustos castigos.

Sin darme cuenta, las horas han pasado. Ya es de noche, una suave y amable oscuridad me envuelve y el silencio nocturno es interrumpido a ratos por las voces de unos trasnochadores que regresan a sus casas felices y contentos o se dirigen a otro lugar, a continuar la farra.

Siento deseos de comer algo, pero de sólo pensar que tengo que bajar al *Marakas* en donde con toda seguridad, y como siempre, encontraré amigos con los cuales tendré que conversar y a lo mejor, reír, desisto de ello. No tengo deseos de conversar y menos, de reír. Enciendo un cigarrillo para engañar al estómago y aclarar un poco la mente, pero vuelvo a caer en los recuerdos.

El día que formé en la cubierta del Acorazado "Almirante Latorre", para desembarcar definitivamente e incorporarme a la vida civil, estaba de Oficial de Guardia, el mismo Teniente que tan "grata" vida me había hecho pasar en los últimos dos años a bordo. Me miró con su eterno gesto despectivo e hiriente. Para él, como para muchos oficiales de aquel

entonces, nosotros no éramos marineros, seres humanos de carne y hueso, sino que, bazofia, escoria humana, sub-hombres. Y como tales, nos trataban. El "Cara de Guagua" se dio el gusto de *mosquearme** por última vez, como con un salivazo, al decir entre dientes:

—Ya te veré pidiendo limosna por las calles y después, solicitando de rodillas que te reincorporen a la Armada. ¡Carne de prostíbulo!

Fue la primera vez en mi vida que deseé matar a un hombre. Tenía tan sólo veinte años.

Recorrí incansablemente las calles de Santiago de Chile, con mis diplomas bajo el brazo, una sonrisa en los labios y una seguridad absoluta de vencer. Sólo necesitaba una oportunidad en la vida.

Más de una vez me paré frente a la vidriera de un restaurant, para admirar unas bellas langostas que parecían burlarse del hambre que sentía, muy bien protegidas por el vidrio que nos separaba. O esos preciosos filetes, rojos como una rosa, que hacía tiempo no saboreaba y que en esos momentos, me contentaba con mirar. Así empecé, hasta que poco a poco fui encontrando el rumbo previamente previsto.

Y llegó el soñado día en que piloteando un frágil Aeronca en el Club Aéreo Civil de Chile, me sentí más valiente, temerario y audaz que Charles Lindbergh. Había sido mi primer peldaño ascendente, en esa escala giratoria que lo lleva a uno hacia abajo, y que uno se esfuerza por subir; desgarrándose y dejando huellas de tan titánico esfuerzo, a lo largo de ella. Esa ruta angustiosa que se llama: VIDA. Con una nitidez y claridad asombrosas, recuerdo incidentes ya casi olvidados, casos y cosas que pertenecen al pasado, pero que vuelvo a vivir en ese instante de soledad y tristeza. Como aquel accidente ocurrido en Talara, Perú, cuando tuvimos que aterrizar un C-46 cargado de pasajeros, en una sola rueda. De noche y con mal tiempo, con el Capitán Sergio Smith, valiente y querido compañero. ¿Dónde estará ahora ese chico? Ha pasado

* *Mosquear*: Molestar.

tanto tiempo... ¿Qué será de Reed?... Reed murió y también Alamos... González... Pedrito Oteiza... Chejo Huidobro... Napoleón Diego... Poppe... Pablito Rojas... De Varen... Oreste Acosta... Martín Klein... Arce... Sí, ¡Todos están muertos! Hay rostros confusos, caras sin nombres que me miran con sus ojos fijos como de muertos. Sí, están muertos. Son mis compañeros caídos. Caras sin nombres... nombres sin caras...

A ellos se habían sumado el Capitán Luis Alfonso Silva Tablada, el cadete Alfredo Noa Díaz, el Teniente Carlos Ulloa y los Sargentos Martín Torres y Reinaldo González Calainana. Todos muertos en los últimos combates de Girón. La lista se alargaba.

Sonrío al recordar el ruidoso despertar que tuve el sábado 15 de abril, cuando amanecimos bajo una lluvia de balas y bombas, que nos cortó bruscamente el sueño. Ese día fueron atacadas simultáneamente las Bases de Santiago de Cuba, Libertad y San Antonio de los Baños. Los B-26 venían pintados exactamente igual que los nuestros, lo que causó gran sorpresa y desconcierto en el personal de las baterías antiaéreas, motivo por el cual no abrieron fuego, hasta que los aviones enemigos lo hicieron.

En Santiago de Cuba se encontraba en la Base todo el Estado Mayor del Ejército de Oriente, pues esa madrugada había desaparecido el Capitán Oreste Acosta, quien murió al explotar su T-33 en el aire, cuando se disponía a aterrizar en ese aeropuerto.

Al abrir fuego los aviones atacantes, la gente no se dio cuenta al principio de lo que estaba sucediendo, y se quedaron indecisos. Luego, todo el mundo corrió a buscar protección, pues la puntería y precisión de los rockets, balas y bombas convirtieron muy pronto la Base en un infierno. Después de unos veinte minutos de ataque, los aviones se retiraron, pero uno de ellos se alejó hacia el sur, dejando una negra estela de humo. Había sido tocado. Aparentemente, cayó al mar.

En el aeropuerto Maceo, ardían un DC-3 de Cubana de

Aviación, un Catalina, un B-26, el Aerocomander personal del Comandante Raúl Castro, varios aviones pequeños y el hangar de la Moa Minning Company. Felizmente no hubo bajas personales.

En la Base Aérea de Ciudad Libertad, en La Habana, sucedía lo mismo. Dos B-26 atacaban furiosamente dicha Base. Después de largos minutos se alejaron también, dejando grandes daños materiales, pues lograron incendiar varias rastras que se encontraban a la interperie, cargadas con balas de ametralladoras y munición menor. Varios muertos y numerosos heridos, fueron las bajas personales.

En San Antonio de los Baños y a la misma hora, nos batíamos desesperadamente contra tres o cuatro B-26 que nos acosaban por todos los lados. El personal disparaba con toda arma de fuego disponible. Tronaban las cuatro bocas, los cañones de 20 mm., las 50 e incluso, armas menores, que muchos soldados incesantemente vaciaban contra los aviones atacantes, en un vano intento de ocasionarles algún daño.

En el techo del Escuadrón, personalmente había instalado dos ametralladoras calibre 50 mm. desde hacía mucho tiempo atrás. Aferrado a una de ellas, sentí por primera vez en mi vida, la sensación del combate. Al principio, y cuando sentí las balas enemigas pasar peligrosamente cerca de mi cabeza para rebotar a pocos metros de donde yo estaba, las piernas me flaquearon y en silencio pensé: ¿Quién diablos me había mandado meterme en ese lío? Pero luego, el miedo se transformó en una especie de placer, al ver las trazadoras del arma que manejaba pasar casi rozando el fuselaje de un avión atacante. En ese duelo a muerte estuvimos largos e incontables minutos, hasta que los aviones se alejaron dejando un saldo de varias máquinas destruidas en tierra. Felizmente, sólo tuvimos un herido que lamentar.

El Domingo 16 de abril de 1961, fue un día inactivo, lleno de preocupaciones, de rabia sorda y contenida. En todos nuestros pechos se anidaban deseos de venganza, de desquite y revancha. Los soldados nos miraban deseando ser mandados a hacer algo que los mantuviera ocupados para despe-

jar sus mentes atormentadas. A preparar los aviones, revisar el armamento, cargar las bombas; cualquiera cosa que significara preparación para la guerra. Nada de eso se ordenó; el Estado Mayor guardó un silencio absoluto, como que si nada hubiese ocurrido, como si nada fuese a ocurrir. Estaban desconcertados.

Escuchamos y vimos por televisión a nuestro máximo líder, Comandante Fidel Castro Ruz, cuando despedía a las víctimas del artero ataque. Palpábamos su emoción, indignación y rabia contenida. Parecía que hablaba por nosotros, que hacía llegar al mundo lo que en ese momento nosotros sentíamos, lo que nosotros pensábamos y deseábamos. Tal era su identificación con el pueblo.

Reclinado en su sillón y fumando nerviosamente, a pesar de que le estaba prohibido por prescripción médica, el Capitán Luis Alfonso Silva Tablada, Jefe del Escuadrón de Bombardeo Ligero, bebía las palabras y no perdía un gesto del Comandante Fidel. Cuando el líder fue interrumpido por un miembro de su escolta para recibir una noticia al oído, observamos en la pantalla las caras de las personas que lo rodeaban. Inmediatamente atrás del Comandante Fidel, había un miliciano que durante todo el acto se había mostrado muy locuaz, despreocupado y demasiado sonriente; tal parecía, que hacía propaganda a alguna pasta dentífrica, por su perfecta dentadura que mostraba a cada rato, sin darse cuenta que el motivo del acto a que asistía era de dolor y congoja.

La cara del Comandante Fidel, no mostró cambio alguno; ni un solo músculo de sus facciones talladas en piedra, se movió. Sólo dijo dos o tres palabras a su interruptor y se quedó un instante cabizbajo y pensativo. El miliciano dejó de sonreír y miró asustado hacia los lados. Al terminar Fidel su discurso haciendo un llamado a ocupar los puestos de combate, Silva Tablada dio un brinco y casi gritando, dijo:

—Se armó la *malanga,* flaco.

Apagamos el televisor y yo me dirigí a la cocina a preparar algo de comer. Mientras comíamos, comentábamos el discurso y lo que habíamos visto en la pantalla. Silva entusiasmado, llegó a la conclusión de que ahora la cosa iba en serio. Yo lo miraba extrañado, preguntándome en silencio: ¿Cómo es posible que lo estusiasme la cercanía del combate. Más tarde experimentaría ese mismo deseo de combatir, pasado el nerviosismo y la duda que nos atenaza en el primer combate.

Sabiendo que Silva no se encontraba bien de salud, pues una úlcera lo atormentaba día y noche, le insinué que se quedara a dormir en su casa, para regresar yo al Escuadrón y estar con mis muchachos. Se negó categóricamente. Juntos retornamos en mi automóvil, con las luces apagadas.

¡Había algo raro en el ambiente! Todo estaba completamente oscuro. Una que otra lámpara de luz mortecina, desfiguraba las sombras y daba la sensación de misterio y de angustiosa espera. Entre los árboles se escuchaban voces. Eran mis muchachos que preferían la seguridad de las trincheras, a la comodidad del Escuadrón. Una que otra risa apagada perforaba tenuemente la oscuridad y el silencio de la noche, como si quien reía, temiera ser descubierto o escuchado por el enemigo.

El Sargento Primero de Unidad, Domingo González, a quien cariñosamente llamábamos "Toro Sentado", nos preparó un poco de café, y luego, tomando su carabina M-1, nos dirigió un sonoro: "Buenas noches". Con su característico paso calmado y tranquilo, se perdió en las sombras, dirigiéndose también, hacia las trincheras.

Nos quedamos solos con Silva en el edificio. El se quedó dormido inmediatamente; dormía con la tranquilidad de un niño, tranquilidad característica de un veterano de guerra a quien no le preocupa el combate del día siguiente, y sabe que tiene que reponer fuerzas para lo que le espera. Yo estaba nervioso, intranquilo y preocupado. Presentía que algo nuevo y desconocido iba a ocurrir. Era la víspera del combate.

A las dos de la madrugada del lunes 17 de abril de 1961, cundo aún no lograba conciliar el sueño, llegó el Comandante Raúl Guerra Bermejo —Maro— acompañado del Capitán Luis Bu Travieso.

—Levantarse niños y preparar los aviones —ordenó.

—¿Qué aviones? —le respondo de mal humor—. Tenemos tan sólo el mío, el 937, en condiciones de volar, los otros estan *de baja**.

—¿Cómo me habían dicho que había tres B-26 *de alta*?

—Negativo, Comandante —le contesto categóricamente. Bien sabía yo que eso iba a ocurrir. Habíamos pasado todo el día domingo esperando órdenes al respecto y ahora, como siempre, pedían un imposible.

Agrupo a los mecánicos y artilleros que a grandes voces empecé a llamar, para despertarlos y poder encontrarlos en los hoyos que se habían cavado frente al Escuadrón. Partimos en el automóvil hacia los hangares. Le ordeno al Jefe de Artilleros, Sargento Roberto Gómez, que revise las ametralladoras y aumente el parque, y al Sargento Geolo Barríos, que revise los estanques de gasolina y aceite del B-26 Nº 937, el único avión en condiciones de vuelo del Escuadrón de que disponíamos esa fría mañana.

En ese momento todo era confusión, todo el mundo daba órdenes, los vehículos corrían en todas direcciones, como hormigas que en la noche tratan infructuosamente de encontrar su punto de destino. Los motores de los pocos aviones disponibles herían el silencio del amanecer, cuando los mecánicos hacían las pruebas de potencia máxima.

Subo a mi avión personal que es una especie de B-26. Tiene mi nombre y rango pintados al costado de la cabina, con una pequeña banderita chilena al lado. En la nariz un rayo rojo y en el mismo, con letra dorada y pequeña, el lema de nuestro escudo: "Por la razón o la fuerza". Este avión era motivo de orgullo para mí, pues lo hice prácticamente de nuevo al recogerlo del excluido en donde había estado botado por largos años. Jamás había volado desde que lo habían traído del norte, para emplearlo como fuente de repuestos, para el Escuadrón de Bombardeo Ligero.

La primera vez que quisimos trabajar en él, tuvimos que

* *De baja*: Imposibilitados para volar.

ahuyentar las abejas que habían hecho sus panales en el interior del fuselaje. Luego, con paciencia, sacrificios y esfuerzos, logramos ponerlo en condiciones de vuelo. Le hice colocar dos buenos motores, instalarle seis ametralladoras calibre cincuenta en la nariz y un equipo de radio-comunicaciones, que era el mejor entre todos los de los aviones de la Fuerza Aérea Rebelde, pues tenía hasta Radio-telegrafía que yo operaba con un manipulador de pierna.

A las 05.00 horas de esa fatídica mañana, tenía mi avión listo para entrar en combate. Contaba en ese momento el Escuadrón de Bombardeo Ligero, CON TRES PILOTOS Y UN AVION.

Fui a la Oficina de Operaciones para recibir las últimas instrucciones, ya que todavía ni siquiera sabíamos lo que estaba pasando y cuál era el motivo de la emergencia. Cambiaba impresiones al respecto, cuando siento el bramar de los potentes motores de mi avión. Salgo presuroso y veo a la luz mortecina del alba, la silueta del B-26 Nº 937, que se perdía en la distancia. Al averiguar, se confirmaron mis sospechas. Era el Capitán Silva Tablada, que en un arranque muy característico de él, había aprovechado mi ausencia para coger mi avión y tener así el privilegio de entrar en combate primero, en su calidad de Jefe del Escuadrón, como lo confesaría después. Detrás de él y escoltándolo, partieron el Capitán Enrique Carrera Rola en un T-33 y el Teniente Gustavo Bourzac, piloteando un Sea Fury.

En los hangares la gente se devanaba los sesos, pues nuevamente se les pedía un imposible: poner en condiciones de vuelo en un par de horas esos aviones. Sin repuestos e incluso, con escasez de herramientas. El Sargento Amores, Francisco Carratalá, Filiberto Cantillo y todos en general, trabajan ordenadamente (corrían, maldecían y sudaban por el esfuerzo, a pesar de que la mañana era fresca aún, y el sol todavía no aparecía.

Minutos después sentí el rugir de los aviones que regresaban de su primera misión; había sido corta por la poca autonomía del T-33 que piloteaba Carrera, quien había diri-

gido el ataque. Los resultados habían sido magníficos, pues un barco –el "Hudson"– había sido seriamente dañado y varias barcasas llenas de soldados invasores, yacían en el fondo del mar. Al acercarme al Capitán Silva Tablada, lo increpé severamente por su insensatez al robarse mi avión, ya que dicha máquina tenía condiciones anormales de vuelo; además, sabía a ciencia cierta que él no se encontraba bien de salud; muy especialmente su vista que ya no era apta para volar, y menos en combate. Muchas veces había propuesto yo a la Jefatura, que le concedieran un descanso prolongado ya que los dolores que lo aquejaban por efecto de las úlceras, a veces le hacían perder el conocimiento. Si ese dolor le venía en vuelo, algo más que probable durante un combate, por la enorme tensión nerviosa a que es sometido el organismo, las consecuencias serían desastrosas para él, su avión y sus tripulantes. En unas palabras, mandarlo a combatir era categóricamente un crimen. Así se lo hice saber a los Capitanes Pina, Curbelo y Guerra Bermejo, quienes dirigían –desde tierra, por supuesto– las operaciones aéreas en esos días. Me prometieron formalmente no hacerlo y con esa confianza despegué en mi primera misión de ese día.

El B-26 Nº 937 despegó fácil y graciosamente rumbo al combate. El Sargento Gerardo Pérez me acompañaba como mecánico. Volaba con rumbo este y el sol que aparecía por Oriente daba de lleno en mis ojos. Esto me puso nervioso, ya que mi avión no tenía torretas traseras ni artillero que protegiera mis espaldas. Volaba además, sin escolta, en un cielo infestado de aviones enemigos, que, según pronto nos enteraríamos, eran dieciséis en total. Dieciséis contra uno. La cosa era seria. Empecé a volar en zig-zag para evitar un ataque sorpresivo por la cola. Sabía que estaba en inferioridad de condiciones frente al enemigo; entregado por completo a mi suerte. Montado en mi viejo cachalote, solo, rumbo a la muerte. Mi mente saltaba ágilmente de un pensamiento a otro. Llevaba seis ametralladoras con 1.800 tiros calibre 50 mm. para un probable duelo contra los aviones enemigos que volaban en la zona, perfectamente armados y en óptimas condiciones de vuelo. Con seguridad se iban a divertir de lo lindo con mi viejo armastoste. Sin bombas, sin rockets, en un avión viejo y destartalado y con orden de atacar los barcos. Confiaba en la velocidad del B-26 para arrancar y evadir el combate si era atacado por algún avión enemigo. No tenía otra alternativa. Era la única salvación; rehuir un combate aéreo en tan desiguales condiciones.

Los motores trabajaban rítmica y cadenciosamente. Los instrumentos indicaban que todo estaba normal. Verdaderamente Cuba vista desde arriba era de una belleza indiscriptible. Un paisaje paradisíaco. Una sinfonía en verde, incrustada en un mar azul turquí. Enciendo un cigarrillo y aspiro el humo con gran deleite. A lo mejor, es el último que fumo en mi vida. Recorro con la vista el horizonte; miro hacia arriba, hacia abajo. Giro en noventa grados a la izquierda, miro hacia atrás... Nada. Tomo nuevamente el rumbo hacia el objetivo. Aparentemente era el único ser viviente que surcaba el espacio, pero la realidad era otra.

Con nostalgia añoro fugazmente las plateadas cumbres de la cordillera chilena. ¿Las volvería a ver? Deseé ir volando en ese momento en un Sea-Fury o un T-33; aviones rápidos, potentes y maniobrables. Sonreí al pensar y recordar que inclusive tenían aire acondicionado y yo me estaba asando dentro de ese ataúd con alas, que volaba más que nada, por la terquedad de un viejo piloto; un piloto viejo. Deseaba sentirme superior al enemigo, no inferior. Comprendí en ese momento por qué el Capitán Enrique Carrera Rola se había negado a volar en B-26 y también, la cobardía del Teniente Alvaro Galo, quien se encontraba preso en ese momento. Pero vivo...

A lo lejos diviso la Bahía de Cochinos; pongo los estanques principales de gasolina; mezclas ricas, 2.400 revoluciones por minuto en los motores y 42 pulgadas de presión en el *manifold**. Preparo el avión para el combate. Observo las temperaturas y las presiones. Todo conforme. Velocidad: 260

* *Manifold*: Instrumento que indica presión.

millas por hora. Sonrío satisfecho; mi noble y viejo avión respondía. Hago las conexiones eléctricas de las ametralladoras y presiono suavemente el gatillo. Un acompasado y rítmico tableteo indica que las armas funcionan bien. La cabina se llena de un humo acre y picante que penetra en los pulmones y hace lagrimear mis ojos: es la pólvora. Abro la ventanilla de ventilación para expulsar el humo de la cabina, y... ya estamos sobre la zona de combate.

Tenía orden de atacar y hundir los barcos que se encontraban en la Bahía de Cochinos y en Playa Girón. Sin bombas ni rockets. Era cosa de locos, y yo era más loco que todos, por intentarlo. El corazón aumenta su ritmo, siento que golpea fuertemente dentro del pecho. Siento un gusto amargo y desagradable en la boca y el sudor corre abundante por la frente. Los nervios tensos como las cuerdas de un violín agarrotan mis manos. Miro hacia abajo y cuento los barcos. "Trece en total". ¿Será buena o mala suerte?... ¡Bah! Esas son cosas de viejas conventilleras. Dos destroyers se deslizan raudos por el mar, dejando una larga estela que indica su alta velocidad. Maquinal y mentalmente la calculo entre veinticinco y treinta nudos. Una corbeta también inicia maniobras tácticas de evasión. "Deben de ser yanquis" pienso alarmado, pues bien sabía que esos tipos de barcos no podían ser tripulados por personal improvisado. "¿Y qué diablos hacen los gringos aquí? ¿Nos habrán declarado la guerra?

Mi mente es un torbellino. No comprendo lo que está sucediendo. "La verdad es que esto está del carajo" es mi conclusión. Ya no podía echar pie atrás. Estaba en el macho y tenía que amansarlo. Veo un barco descargando camiones Comando. "Ese es mío". Le indico al Sargento mecánico que vigile los instrumentos; reduzco presión en el *manifold* a 35 pulgadas y lanzo el avión en una virtiginosa y pronunciada picada... 320 millas por hora, indica el velocímetro. Blanco en la mira... "Dispara estúpido. ¡No. todavía no!.. Más cerca... Más cerca..." El viejo avión silba por todos lados por efectos de la enorme velocidad. Cual potro salvaje trata de encabritarse y tengo que dominarlo con mano firme. Miro el velocímetro... 430 millas por hora; reduzco potencia y levanto un poco la nariz del avión. Nuevamente tengo el barco en la mira. De pronto, una cerrada cortina de fuego antiaéreo oculta momentáneamente mi presa. Presiono fieramente el gatillo de las ametralladoras; el avión tiembla como un potro nervioso, vomitando metralla por sus seis ametralladoras, que entonan un himno de muerte.

Las balas trazadoras de las ametralladoras del barco y las mías, se encuentran en el espacio. Sigo con el dedo apretado como garra sobre el gatillo, entusiasmado al ver mi puntería de novato, transformado de improviso en veterano de guerra; cuyas balas caían de lleno en ese barco inmóvil, cual ballena moribunda. Violentamente tiro del bastón y paso rozando los mástiles del barco... ¡¡Maldición!!... Había cometido el imperdonable error de pegarme a la mira, sin darme cuenta que de haber seguido así, fracciones de segundos más, me habría estrellado irremediablemente contra el barco enemigo.

El avión inicia una pronunciada trepada. El variómetro indica una razón de ascenso superior a los seis mil pies por minuto. Coloco nuevamente toda la potencia a los motores y miro la velocidad: 240 millas por hora, disminuyendo. Por los costados del avión pasan miles de lengüetas de fuego, que parecen lamer las alas. El enemigo, en un desesperado esfuerzo por derribarme, dispara con todo lo que tenía a mano.

Saco un cigarrillo y lo enciendo con mano firme y segura. Una sonrisa ilumina mi rostro al darme cuenta que había pasado la prueba suprema de un hombre en la vida: Reírse de la muerte en sus mismas barbas. Era extraño, pero me sentía feliz. Feliz de haberme demostrado a mí mismo, que a pesar del intenso miedo que había sentido en los primeros momentos, había logrado vencerlo y pasaba la prueba, sin un rasguño siquiera.

Empiezo un giro cerrado para atacar de nuevo a la presa herida. Bajo ligeramente la nariz del avión para aumentar la velocidad y así enfriar las ametralladoras, que se disparan solas por el calentamiento producido con las ráfagas tan pro-

longadas. Vuelvo la cabeza para ubicar el barco y diviso unas barcazas que desesperadamente tratan de ganar la playa. Apunto con tranquilidad y disparo a menos de trescientos pies de distancia. Era un blanco seguro...

El mecánico golpea nerviosamente mi hombro, a la vez que me indica con la mano un punto en el horizonte. Era un B-26 enemigo, volando exactamente sobre el pueblo de Playa Girón, rumbo a Playa Larga. Sin pensarlo dos veces, mecánicamente tiro fuertemente del bastón para tomar altura, iniciando a la vez, un cerrado giro ascendente para colocarme a la cola del avión enemigo. Coloco máxima potencia en los motores, que rugen en señal de protesta. El avión inicia un prolongado y pronunciado ascenso, que me permite situarme arriba y atrás de mi adversario. Tengo el sol a la espalda, y fuertes rayos me envuelven como un manto protector, impidiendo al artillero de cola del otro avión, avistarme y derribarme con su mortal y efectivo fuego. Me acerco velozmente acortando distancia. Diviso perfectamente las franjas azules en en sus alas. El avión enemigo sigue volando tranquilamente, efectuando pequeños giros sobre la carretera, aparentemente ametrallando el camino, pues el artillero no me presta ninguna atención. En ese momento yo era una presa fácil para él.

Mil pies de distancia me separan solamente del B-26 enemigo. Es un blanco fácil. El dedo se crispa sobre el gatillo y tengo que hacer un esfuerzo supremo para no disparar... 800 pies... "Ya, dispara, flaco... No, todavía no,.. Aguanta un poco y acércate un poco más, cobarde –me insulto mentalmente–. Pero si el artillero nos ve, nos acribilla, jetón" –me grita el otro yo, casi con desesperación y angustiosamente... 600 pies... El sudor empapa mi rostro... 500 pies... Tengo otra vez la boca amarga como la hiel y la lengua se me pega al paladar... 400 pies... 300... 200..., En ese momento el enemigo ladea las alas para iniciar un giro y veo la cara del piloto que mira espantado mi avión. Mi dedo se crispa y presiona automáticamente el gatillo y sin darme cuenta las ametralladoras lanzan una ráfaga corta y dispareja. Veo las trazadoras inscrustarse en el espinazo del B-26; donde las alas hacen cruz con el fuselaje. Saltan pequeños pedazos de sus alas y luego... silencio. Un silencio aterrador que crispa mis nervios...

¿Por qué la sinfonía macabra se había detenido? ¿Qué había pasado con mis ametralladoras? Furiosa y desesperadamente tiro del bastón, pasando peligrosamente cerca del otro avión. ¿Por qué el artillero no me disparó? ¿Acaso había muerto a consecuencia de los impactos que había hecho en el avión? Sea lo que fuere, jamás podrá contar a nadie cómo fue derribado. Aumento potencia en forma brusca y los motores rugen con desesperación. Inicio un giro de ciento ochenta grados cerrados y ascendentemente hacia la izquierda; las puntas de las alas dejan un halo blanco y el avión tiembla como un perro mojado. Aflojo un poco el bastón y gano altura rápidamente, mientras el B-26 enemigo, levantando la nariz, dispara una larga ráfaga con sus ametralladoras de nariz y ala. Un chorro de balas pasa peligrosamente por arriba de mi avión. Comprendo que el enemigo no puede mantener ese ángulo de trepada tan pronunciado, y en vez de descender para huir a las balas, empujo todas las llaves hacia adelante, aplicando el máximo de potencia a los motores, que pueden soportar por tan sólo dos escasos minutos. Trepo hasta que el avión vuelve a encabritarse por falta de velocidad. Bajo suavemente la nariz, nivelo y reduzco potencia. Giro y miro hacia atrás; ahí estaba el enemigo cual perro de presa que no quiere dejar escapar, algo que ya consideraba como seguro. Pero... el motor izquierdo va dejando una larga y espesa nube de humo negro y gris claro; está averiado, mortalmente herido. El piloto en su afán de derribarme, no se da cuenta del peligro que corre al tratar de darme caza con su avión averiado. Era un hombre valiente.

Bajo con rabia y desesperación la nariz de mi avión para tomar velocidad; giro en noventa grados inclinando peligrosamente las alas. Otra ráfaga pasa por los costados de mi avión, y otra más pasa lamiendo las alas. Tiro violentamente del bastón iniciando un nuevo giro, a la vez que mentalmente empiezo a insultarme: "Imbécil, estúpido, en la que me he

metido por puro gusto... ¿En qué habíamos quedado animal? ¿No sabías que no tenías ni una posibilidad en cien? Si ese artillero de cola hubiese estado más alerta, ya estarías muerto". Mi otro yo se desquitaba con saña y cruel insistencia... Muerdo los labios con rabia y desesperación: "Acabarse las balas cuando más las necesitaba". Había sido presa fácil, era mío; y ahora tenía que correr como un cobarde, para salvar mi cochino pellejo.

Aumento la potencia a 2.550 revoluciones por minuto y aplico 45 pulgadas de presión... Velocidad: 320 millas por hora. Hago otro giro cerrado a la izquierda y pico nuevamente el avión para tratar de sacarme de la espalda a mi tenaz perseguidor. Mi viejo caballo de guerra tiembla y se sacude con rabia al pasar de su máxima velocidad permitida. Suavemente tiro del bastón, ayudándome con el estabilizador, ya que estaba muy pesado de comandos por la excesiva velocidad. "Se pueden desprender las alas –pienso instintivamente; pero otra ráfaga que pasa muy cerca, me hace exclamar–: "¡Al diablo las alas!". Tiro del bastón con las dos manos, sabiendo que lo único que podía salvarme era la razón de ascenso de mi avión, ya que era mucho más liviano que el B-26 enemigo. Vuelvo a girar y miro hacia atrás. Veo con alegría que el B-26 se dirige rumbo a la pista de Playa Girón. El motor izquierdo larga bocanadas de humo y la hélice prácticamente está detenida. Regresa como un animal herido que agotó sus últimas fuerzas en una persecución imposible. El piloto desesperadamente intentaba un aterrizaje de emergencia en esa pista. Desee tener aunque fuera un par de balas en mis ametralladoras, para liquidar de una vez por todas el asunto. Pensé incluso bajar el tren de aterrizaje de mi avión, para destruir con las ruedas la hélice de su único motor que funcionaba. Pero en ese momento escucho una voz conocida por los audífonos. Era el Teniente Alberto Fernández, que volaba en la zona piloteando un T-33. Lo llamé por radio dándole la posición y situación del avión enemigo, que estaba en ese momento con el tren de aterrizaje y los flaps fuera, listo para aterrizar en la pista de Playa Girón. Vi cuando el T-33 se lanzó sobre esa nave herida.

Largas líneas de fuego salieron de sus ametralladoras para incrustarse justamente sobre la cabina del piloto del B-26. El avión se estrelló y quedó envuelto en una enorme nube de llamas. Ante mis ojos nuevamente veía a la muerte cobrar su sangriento tributo. Era una victoria que dejaba un sabor amargo. Por radio comuniqué las alternativas de mi primera misión. Un barco ametrallado, tres barcazas hundidas y un B-26 mortalmente herido y, luego, derribado.

Al aterrizar en la Base Aérea de San Antonio de los Baños, toda mi gente rodeó el avión. Estaban embargados de una loca alegría; me abrazaban y felicitaban por mi primera hazaña. En un jeep me trasladaron a la Oficina de Operaciones, en donde Fernández, que ya se encontraba de vuelta; el Capitán Alvaro Prendes y el Teniente Ernesto Guerrero –bravo piloto nicaragüense– se sumaron a los elogios del Comandante Raúl Guerra Bermejo, el Capitán Raúl Curbelo Morales y el Capitán Luis Bu Travieso.

Pasado el momento de euforia y alegría, me extrañó no ver la inconfundible figura de mi jefe, el Capitán Luis Alfonso Silva Tablada, y la del Capitán Evans Rosales Bressler. Me informaron que el Capitán Silva había despegado minutos antes en el B-26 Nº 923, rumbo al combate, y que el Capitán Evans había sido detenido y enviado a La Cabaña, por haber envenenado la comida de la Base. Sentí una extraña sensación. En primer lugar, porque habían mandado a una muerte segura a Silva y sus tripulantes, y en segundo, algo me avisó que una oculta y poderosa garra se había apoderado de la Fuerza Aérea Rebelde, en los momentos más críticos y cruciales para la Revolución Cubana. Quedé completamente anonadado y un extraño temblor sacudió mis cansadas piernas.

Al levantar la vista, me encontré ante la siniestra figura del Capitán Víctor Pina, quien parecía gozar al verme estupefacto. A su lado, y como siempre, estaban el Teniente Douglas Rood y Sánchez de Mola, el Capitán Fausto Rodríguez y el Teniente Antonio Pérez Centeno; quienes me observaban detenidamente. Ellos sabían lo que yo pensaba en esos mo-

mentos, pues los miré profundamente en los ojos, con desprecio y repugnancia.

Ordené de inmediato que volvieran a preparar mi avión, para salir apenas estuviera listo; a la vez que me informaba que Silva llevaba cuatro bombas de quinientas libras cada una para bombardear los barcos enemigos, que ya iniciaban la retirada de nuestras costas.

—¿Quién va de bombardero? —pregunté ansioso.

Solícito me entrega una lista de tripulantes un compañero, soldado y amigo del Departamento de Operaciones, quien había sido el único herido en nuestra Base, durante el ataque del sábado 15; y que ahora, con el pecho vendado, prestaba sus servicios normalmente cuando la Revolución más lo necesitaba. Le llamábamos "Boca Chula". Impacientemente leo: Bombardero, Cadete Alfredo Noa Díaz; Mecánico, Sargento Reynaldo González Calainana; Artillero, Sargento Martín Torres Ruiz. Al mismo soldado le pido:

—Por favor, compañero, mande a buscar al Sargento Roberto Gómez. Que se presente de inmediato en esta oficina.

Enciendo un cigarro y aspiro con ansiedad el humo que penetra fuertemente en el pecho. Quedo observando pensativa y detenidamente las caprichosas figuras que forma al expulsarlo suavemente por la boca y nariz. Tomo asiento en un cómodo sillón de cuero y estiro las piernas para relajar un poco la tensión nerviosa que me invade. Enciendo otro cigarro y los minutos me parecen siglos, y como Gómez se demora en llegar, empiezo a pasearme impacientemente por la oficina. Una intensa ansiedad me embarga, una terrible duda me atormenta; más que duda, era una obsesión que se transformaba en certidumbre. Minutos después se presenta el Sargento Roberto Gómez, Jefe del Personal de Artilleros del Escuadrón de Bombardeo Ligero, sobreviviente de un trágico accidente de un B-26 en Camagüey, en el cual perdió la vida el Teniente de Varens.

—Roberto, ¿quién colocó la mira de bombardeo en el 923? —le pregunto apenas llega.

—Nadie, Capitán —responde, bajando la vista.

—¿Cómo que nadie? —grito incrédulo

—Se fue sin mira, Capitán —afirma Gómez, nervioso.

—¡Pero cómo es posible que manden a un piloto a hacer un bombardeo de precisión, sobre un blanco móvil, con bombas de quinientas libras y sin mira para bombardear! —exclamo desesperadamente, mirando a todos los que se encontraban en la Oficina de Operaciones en ese momento. Curbelo agachó la cabeza para mirar un mapa que tenía al revés; el Comandante Raúl Guerra Bermejo, como siempre, buscó la puerta y desapareció; el Capitán Víctor Pina encendió un cigarro y nada dijo. Nadie respondió, por supuesto.

Todos querían dar órdenes. Todos querían sentirse importantes en sus cómodos y seguros escritorios, sin darse cuenta en su ignorancia, en su total y absoluta falta de capacidad y conocimientos, de que estaban mandando a la muerte a sus propios compañeros. Total, si triunfábamos, ellos se llevarían la gloria, y nosotros, la muerte y el olvido. Cuántas muertes habíamos tenido que lamentar y tendríamos que seguir deplorando por esa criminal irresponsabilidad.

Sin pedir nuevas instrucciones, ni solicitar permiso, corro hacia mi avión que está nuevamente listo para entrar en combate. Despego sin probar motores y me dirijo otra vez a Playa Girón. Silva llevaba una ventaja de más de media hora de vuelo, o sea, en ese momento debía estar ya sobre el objetivo.

Coloqué potencia de guerra, para llegar lo más rápidamente posible al sector de combate. No me importaba el consumo de combustible, que reduciría considerablemente el radio de acción. Deseaba encontrar a Silva antes de que fuera demasiado tarde. El cielo estaba cubierto con seis octavos de nubes bajas (SC), que dificultaban la interceptación y reducían la visibilidad. Volé en zig-zag por la costa, pegado a la base de las nubes en busca de protección, ya que nuevamente iba sin escolta. Era algo insólito enviar un avión solitario a combate, especialmente cuando el enemigo tenía la supremacía del aire. Menos mal que ya me estaba acostumbrando a esa soledad. Me tranquilizaba un poco saber que Silva llevaba un Sea-Fury de escolta.

Como a los cincuenta minutos de vuelo escucho por radio la voz característica de Silva. El alma me vuelve al cuerpo y alegremente tomo el micrófono, para ponerme en comunicación con él.

—Abuelo, Abuelo, aquí te llama el Flaco. Te ando buscando. No —repito—, no me digas tu posición. Te encontraré. Cambio.

—Conforme, Flaquito —contesta lacónicamente Silva.

Mis ojos buscaban con ansiedad en el horizonte, mirando hacia arriba, hacia abajo. Lo único que deseaba era encontrarlo luego para protegerlo de cualquier manera posible, aunque fuera para dividir el fuego antiaéreo enemigo o para distraer la atención de algún B-26 contrario, que yo sabía volando por esa zona. Yo no volaba un avión de combate ni mucho menos, pero algo se me ocurriría, llegado el momento. Lo principal era encontrarlo en ese inmenso cielo.

Llegué hasta la altura de Cienfuegos con resultados negativos. Inicié un suave giro hacia la derecha para abrirme un poco mar afuera; eso me significaba perder la única protección que tenía, en un posible encuentro con aviones enemigos, teniendo en consideración inclusive que sólo volaba a 3.500 pies de altura sobre el nivel del mar. En otras palabras, tenía todas las posibilidades en mi contra, poca altura, escasa velocidad y sin artillero de cola. Al sur de Cienfuegos y a unas 25 millas náuticas, diviso manchas claras en el mar. En total eran siete. "Ya quedan menos", pensé. Cuatro barcos eran del tipo de transporte de tropas y carga, de color gris claro, y estaban fuertemente artillados con ametralladoras antiaéreas. Dos destructores y una corbeta, grises, sin identificación alguna, sin bandera, pero fácilmente reconocibles. Eran los mismos que había visto en la mañana en Bahía Cochinos.

Los buques de guerra me habían avistado hacía mucho rato, con seguridad después de detectarme con radar, pues apenas asomé la nariz, abrieron fuego haciéndome un caluroso recibimiento; a la vez que describían círculos y zig-zag entre los barcos de transporte. Estaba observando estas maniobras, cuando noté que dos líneas blancas y paralelas que nacían

desde un destructor, pasaban demasiado cerca de mi avión, y se perdían a mucha mayor altura que la mía. Con seguridad eran producidas por la condensación de los proyectiles de los cañones antiaéreos de cuatro pulgadas que llevaban esas naves. ¿"O serían cohetes antiaéreos"? Se estaban acercando peligrosamente, por lo que decidí abrirme un poco hacia la derecha, ya que en ese momento, para los artilleros que operaban dichas armas, debo de haber parecido un señuelo de tiro al blanco, pues no tenía con qué contestar tan efusiva bienvenida.

Por haber navegado en barcos similares a esos en la Marina de Guerra de Chile, sabía lo mortífero y certero que era ese fuego antiaéreo. Si yo me decidía a atacarlos, tenía que bajar a menos de dos mil pies de altura, para así poder abrirle fuego con las ametralladoras... para encontrar sólo la muerte. Muy diferente hubiese sido si mi avión hubiera tenido los últimos rockets que el Teniente Alvaro Galo había disparado al agua. (Por este motivo fue detenido y enviado a La Cabaña. Por cobarde). "Ametralladoras contra cañones: negativo, compañero", pensé jocosamente.

Todo esto lo pensé fugazmente y sin perder de vista la formación cerrada de los barcos, que se habían concentrado para hacer más efectivo el fuego antiaéreo. Cuando de pronto, abajo, como a dos mil pies de altura sobre el nivel del mar, veo un B-26 que se acerca a la formación de barcos enemigos. ¡Sin velocidad, sin ángulo de ataque, ni altura! Volando tan serenamente y con una tranquilidad tan asombrosa que llego a pensar que es un avión enemigo. Mecánicamente acaricio el gatillo de mis armas. No termino de darme cuenta aún, cuando dicho avión explota en el aire, alcanzado por un impacto directo de los cañones antiaéreos del destructor. La fuerza de la explosión invirtió totalmente mi avión; al controlarlo de nuevo, observo angustiado que en el lugar en donde había divisado por última vez el B-26 que creí enemigo, había tan sólo una nube negra en forma de hongo, cuya base estaba al nivel del mar y su tope sobrepasaba mi altura, 3.2000 pies.

Involuntariamente los ojos se me llenan de lágrimas, a tal

punto que me dificultan la visión. Algo me decía que ese era el 923, el avión de Silva. Pero me negaba a aceptar lo que mis ojos habían visto. De repente y con salvaje alegría, imaginé que ese humo era producido por algún barco alcanzado por las bombas que había arrojado el Capitán Silva. Tomo el micrófono y empiezo a llamarlo por la radio.

—Abuelo, Abuelo, Abuelo; aquí te llama el Flaco. Flaco llamando al Abuelo, si me escuchas, adelante. Cambio.

Llamé y volví a llamar. Diez, cien veces. No me acuerdo. Mientras llamaba observando el mar, miraba el horizonte, hacia arriba, hacia abajo, y. . . nada. Creía que a lo mejor se le había descompuesto el equipo de radio y que por eso no contestaba. Cuando de pronto, una voz desconocida me contestó:

—¡Pregúntale a tu madre por tu abuelo, hijo de puta!

Bien sabía yo que los enemigos estaban en nuestras frecuencias, ya que jamás habíamos cambiado los cristales de los equipos de radio, a pesar de haberlo solicitado infinidad de veces al Estado Mayor. Como siempre, los que cometían los errores no sufrían las consecuencias. La respuesta que acababa de escuchar y la visión del dantesco espectáculo producido por la explosión del 923, me produjeron una especie de shock. Quedé completamente atontado. No podía pensar, discernir, ni tomar ninguna resolución. Maquinalmente, nivelé el avión y tomé rumbo a la Base. En ese momento diviso el Sea-Fury que escoltaba a Silva perderse en un manto de nubes rumbo norte.

Llevaba más de dos horas volando con potencia de guerra y el combustible se había consumido rápidamente, por la potencia aplicada. Volaba como un autómata, sin preocuparme absolutamente nada; ni la cercanía del enemigo, ni los combates pasados, ni los por venir. Un blanco telón había caído sobre mi mente. Volaba así cuando el Teniente Caramé, que ocupaba el puesto de mecánico de vuelo, señaló un B-26 enemigo que volaba pegado a la base de las nubes rumbo este. Se notaba a simple vista que el piloto era un experto. Tomaba toda clase de precauciones. Hago un esfuerzo mental para concentrarme y lograr la lucidez necesaria para entrar

nuevamente en combate, contra un avión que triplicaba mi poder de fuego. Tomo un rumbo de noventa grados con respecto al avión enemigo. Aumento potencia a los motores y tomando altura rápidamente, atravieso la capa de nubes, para luego girar noventa grados a la derecha y tomar el rumbo que el enemigo llevaba.

Esperaba encontrar un claro entre las nubes para poder atacarlo desde arriba, sabiendo de antemano que mi aparato iba a ser fácil presa si el artillero del otro avión me divisaba primero. No esperaba que se repitiera la suerte que había tenido en el primer combate de la mañana. Al no divisarlo durante unos minutos de vuelo, pues la capa de nubes estaba cerrada y compacta, maldije mi suerte y me lancé hacia abajo como un bólido, atravesando completamente a ciegas la capa de nubes, en una maniobra estúpida, audaz y suicida; ya que mi única posibilidad de ataque era por sorpresa, con altura y velocidad. De lo contrario, quedaba completamente a merced del artillero de cola del otro avión. El podía apuntarme desde cualquier ángulo y altura con sus torretas dobles, que disparaban en los 360 grados. Yo, forzosamente, tenía que aproarme, cosa imposible si me encontraba volando más bajo que mi adversario.

Rompo las nubes a dos mil cuatrocientos pies de altura sobre el nivel del mar. Inicio un giro de 360 grados para tratar de localizar al enemigo, vuelo con rumbo a Cienfuegos, por la costa. Regreso, vuelo en zig-zag y. . . nada. Presumo que ha tomado altura y nuevamente aplico toda la potencia a los motores trepando con el máximo de ángulo de ascenso, que mi viejo y destartalado avión permitía. Vuelo a ciegas por varios minutos y me sorprende no romper el tope hasta los 7.000 pies; unos cúmulos potentes se han asociado a la capa baja y tengo turbulencia fuerte. Domino serenamente el avión.

La claridad del sol hiere repentinamente mis ojos, cegándome momentáneamente. Giro en ciento ochenta grados, a la derecha, busco hacia arriba, hacia abajo. Giro a la izquierda. Me duelen los ojos con el resplandor del sol sobre las blancas nubes. Miro y vuelvo a mirar. Nada. La desesperación, rabia

e impotencia me dominan. ¿Dónde se habrá metido? Me imagino al piloto enemigo escondido con su avión entre las nubes, riéndose por su macabra broma, al contestarme tal canallada por la radio. La frase se repetía con mil ecos en el cerebro, a tal punto que creía que iba a enloquecer. Sentía un sudor frío que empapaba el uniforme y que hacían resbalar mis manos sobre el mojado timón. Tenía deseos de gritar mi dolor para mitigar en algo la opresión que sentía en el pecho. Deseaba matar o, a lo mejor, morir. Lanzo mi avión en una vertiginosa picada, atravesando las nubes en todas direcciones. Hacia arriba, hacia abajo, a la izquierda, a la derecha. Subo, bajo, giro y vuelvo a girar; embargado de una furia homicida y suicida. Había perdido por completo el control de mis nervios. ¿Cuánto tiempo estuve en ese loco vuelo? ¿Qué pretendía revolcándome en las nubes, cual perro rabioso? ¿Por qué perdí el control de mis nervios, siempre tan serenos? ¿Quería embestir al enemigo en ese vuelo total y completamente a ciegas? Creo que sí.

Repasando con tranquilidad esas horas de angustia y dolor, vividas ese día que jamás se borrará de mi mente, he llegado a esa terrible conclusión. Sí, quería embestirlo, quería matarlo sin darme cuenta que, en ese intento, también iba mi vida. Hay momentos en la existencia de un hombre en que la vida carece por completo de valor. No era la primera vez que eso me sucedía, ni sería la última.

Aterricé como un autómata en la Base. Me sentía exactamente igual como en aquel lejano día en que volví de un nockout, en un ring de Valparaíso. Sin poder recuperarme del golpe sufrido, no atinaba a bajar del avión, como el boxeador no atina a encontrar su esquina mirando estúpidamente al público, como preguntándole, ¿qué pasó? Los mecánicos me contarían después que bajé demacrado, tembloroso y vacilante y con la mirada perdida en el vacío.

Me llevaron hasta la Oficina de Operaciones en un jeep; pero en vez de entrar para rendir el informe, seguí derecho hasta la parte trasera del edificio y sentándome en el suelo, me puse a llorar. Sí, a llorar. Como lloran los hombres, cuando en su impotencia humana, en su pequeñez física, son incapaces de vencer o torcer el destino. Lágrimas frías y silenciosas caían de mis cansados ojos y se deslizaron lentamente por mi curtido rostro. No era llanto, no eran sollozos, eran más que nada lágrimas vertidas calladamente como un postrer homenaje a los compañeros que en ese momento descansaban para siempre en el fondo del mar. Los había visto explotar y morir a mi lado. Silva, Noa, González Calainana y Martín Torres, con quienes había vivido y alternado durante los últimos tres años, llegando a apreciarlos y quererlos como amigos, compañeros, hermanos o hijos. ¿Cómo olvidar jamás a Reynaldo González Calainana? Era un simpático muchacho de raza negra, todo desfigurado por las torturas que sufrió en manos de los esbirros de Batista, y quien cariñosa y sinceramente me decía que yo era su padre.

Estuve largo rato silencioso, solo y abismado en mis recuerdos. Alejado de los compañeros, quienes, respetando mi dolor, observaban desde lejos. Cuando por fin pude dominar mi emoción, me dirigí a la Oficina de Operaciones a rendir el informe de lo que había sucedido en la segunda misión de ese día. Tenía los ojos secos y era otro hombre. Tenía unos deseos locos de venganza, deseos insanos de matar, destruir, herir y aplastar a aquellos que tanto dolor me habían causado. Hasta ese momento había combatido sin rencor ni odio, tan sólo como quien cumple con un deber. A partir de ese momento fui otra bestia más. Sedienta de sangre. Sin darme cuenta en ese momento que yo también haría sentir y pensar igual a otros hombres. ¡Maldita guerra!

En Operaciones rendí un informe exacto y preciso de lo sucedido. Con extrañeza y estupefacción veo que el Teniente Gustavo Bourzac había informado a la Jefatura del hundimiento del barco que había derribado a Silva. Jactándose de ello estaba frente a un grupo de soldados y oficiales; con grandes gestos explicaba cómo se había lanzado en heroica picada sobre el enemigo, para hundirlo con sus rockets. Agregaba después que había permanecido en el lugar hasta que dicho barco se perdió en la profundidad del mar.

No pude contener mi indignación. Y ante el asombro de los que ahí se encontraban, lo increpé duramente por su falta de honestidad, de hombría y honor profesional.

—¿Cuándo y con qué lo hundiste, cobarde? —grité exasperado—. Anda a ver tu avión y verás que aún tiene los rockets que, imaginariamente, disparaste contra el barco enemigo cuando huías.

Toda la gente se dirigió al Sea-Fury y comprobaron que, realmente, el Teniente Bourzac había aterrizado con la totalidad de los rockets, sin darse cuenta en su "apuro" del enorme peligro que había corrido al aterrizar con ellos bajo las alas. A partir de ese día, dicho oficial fue motivo de constantes bromas al respecto. Y cuando llegaron los Mig-15, que tienen una cámara fotográfica montada en la mira, que opera cuando las armas del avión abren fuego, a dicha mira se le llamó: "Anti-Bauzá", ya que "Bauzá" era como pronunciaban el apellido Bourzac. Ya no podrás pelear más con la imaginación, amigo Bourzac.

Como a las cuatro de la tarde del lunes 17 de abril de 1961, se presentaron "voluntariamente" los "Capitanes" Alberto Semiday, César Alarcón, Luis Alvarez Tavío y el "Teniente" Héctor Hernández Osses, enviados por el "Capitán" Víctor Pina. Pina me pidió amable y cortésmente que diera un par de "vueltecitas" a dichos "Oficiales", para que se llevaran un B-26. Lo miré incrédulo y sorprendido; no podía concebir que una persona que se autotitulaba un "experto en aviación" dijera tal estupidez.

—Lo que usted me está pidiendo, Pina, es un imposible. Porque según me han dicho usted es piloto, y como piloto debe comprender que un B-26 no se lleva con "una vueltecita". Se necesitan por lo menos de ocho a quince horas por alumno para dejarlo en condiciones de combatir en este tipo de avión. Eso, en primer lugar. Y en segundo —añadí—, por si usted no lo sabe, el B-26 Nº 901 fue totalmente destruido durante el ataque a Santiago de Cuba, y el 935 está acribillado a balazos en esta Base. En otras palabras, no hay un B-26 con doble comando para dar instrucción. Y tercero —concluí

irónicamente—, hace más de un año que hemos estado solicitando la cooperación de los pilotos de Cubana de Aviación, principalmente de los que "visten uniforme de la Fuerza Aérea Rebelde", para que se sometieran a instrucción en aviones de guerra. Estos señores sabían que tarde o temprano sus servicios serían solicitados, pero se negaron a colaborar desde entonces y si hoy se presentan "voluntariamente" —agregué con una sonrisa despectiva—, es lisa y llanamente porque saben que sólo están haciendo teatro, pues no tienen la menor intención ni deseo de poner su pecho frente a las balas enemigas.

El Capitán Alberto Semiday, esbirro batistiano, infló su enorme pecho y casi hace saltar los botones de la camisa de su flamante uniforme, más bien dicho, disfraz. Con profunda voz y con gesto teatral exclamó:

—A mí me sobra experiencia para llevar a combate una porquería de esas.

—Con todo gusto, Capitán —contesté—. Si le sobra experiencia y capacidad y tiene lo "necesario" para hacerlo, escoja cualquier avión que le plazca. Hay cuatro B-26 listos para despegar.

Semiday y César Alarcón giraron sobre sus talones y abandonaron la oficina, no en dirección a los aviones. Nuevamente iban a esconderse tras las faldas de sus mujeres. Sonreí con desprecio.

VIII

BOMBARDEO SOBRE PLAYA GIRON

Amanece el martes 18 de abril de 1961. Son las cuatro de la madrugada. Hace frío. Como todas las mañanas empiezo a preparar café. Pronto asoman sus narices varios de mis soldados, atraídos por la fragancia. Se sientan con toda tranquilidad y la mayor naturalidad en mi catre de campaña, esperando que les reparta su correspondiente "buchito". Los miro detenidamente uno por uno. Veo en ellos un respeto natural, mezcla de cariño y aprecio. Yo era el Capitán, el Jefe del Escuadrón de Bombardeo Ligero P.S.R., pero a la vez era el amigo, el "padre", como decía el "Habanerito"; que muchas veces tenía que castigarlos en contra de mi voluntad, en beneficio de la disciplina. Ellos lo sabían y comprendían. Tenían confianza en mí.

Después de beber el reconfortante brevaje, nos dirigimos de nuevo a los hangares. Era aún de noche. Me sorprende ver luces y sombras que se mueven dibujando figuras grotescas en las paredes y en el suelo. Son los mecánicos que han trabajado toda la noche para depararme una sorpresa: *Tenían listos cuatro aviones para entrar en combate,* el 909, el 915, el 917 y mi viejo caballo, el 937.

Mandé a buscar a los Cadetes que junto con Noa se habían presentado voluntariamente para combatir. Estos muchachos habían sido separados de la Fuerza Aérea Rebelde, y enviados a trabajar "voluntariamente" en la construcción de viviendas campesinas, "por no haber estado lo suficientemente

claros políticamente", según un informe entregado por los *chivatos** del Partido, Capitanes Enrique Varona y Rafael Milán Santana y Cadete Alfredo Ballester. Durante más de un año, un selecto grupo de soldados Rebeldes tuvo que probar una vez más su adhesión a la Revolución, con el pico y la pala, trabajando de sol a sol en la construcción de casas, en caminos, plantaciones experimentales, etc. Ya lo habían hecho antes, en la Sierra Maestra, en la Sierra Cristal, el Escambray y las calles de La Habana, con el fusil en la mano, luchando heroicamente para lograr el triunfo de la Revolución y de Fidel. Cuando la victoria coronó sus esfuerzos y derrocaron al tirano Batista y a los esbirros que lo apoyaban, entre ellos un conocido grupo formado por miembros del Partido Comunista cubano, éstos, como siempre, y como eternos camaleones, se asimilaron al glorioso verde olivo, para ubicarse después, con el beneplácito de Fidel, en los mismos puestos y gozar de las mismas prebendas –y aun mayores– que tenían con el dictador Fulgencio Batista y Zaldívar. Y tan pronto se afianzaron en la Revolución, con el total respaldo de Raúl Castro, pidieron cuentas a los soldados Rebeldes, que tan malos ratos los habían hecho pasar. Se vengaron, condenándolos prácticamente a trabajos forzados, bajo la terrible acusación de "no estar políticamente claros".

Cuando los Cadetes Víctor Hernández Sánchez y Juan Suárez Plaza se presentaron, sabía que esos muchachos habían sido separados del curso de bombarderos, cuando recién lo empezaban, y habían sido enviados a los Batallones del Trabajo. Al verlos, les pregunto a quemarropa:

–¿Cómo andan esos conocimientos, muchachos?

Ambos se miraron un momento, como consultándose entre ellos con la mirada.

–La verdad, Capitán, tendríamos que repasar un poco –contesta Suárez.

–Hace casi dos años que no tenemos una mira de bombardeo entre las manos –agrega Víctor en voz baja.

---

* *Chivato*: **Delator, soplón.**

Quedo pensativo un rato. Serias dudas me atormentan. ¿Cómo iba a cumplir con el deber en el campo de batalla si tenía que bombardear con bombarderos graduados de "albañil"? Muchachos que lo único que tenían era coraje y deseos de servir a la Revolución, cuyos rudimentarios conocimientos del difícil arte de bombardear se habían ido olvidando cada vez que daban una palada de tierra, bajo un ardiente sol tropical, durante más de un año. Nuevamente los estúpidos, los incapaces causantes y culpables de estos errores e injusticias no pagaban las consecuencias.

Con una forzada sonrisa aliento a los muchachos:

–Miren, niños, en este Escuadrón la palabra "imposible" no se conoce. Vayan al cuarto de miras, repasen todo lo que se les ha enseñado y si tienen alguna duda, me llaman; veremos qué se puede hacer.

–¿Quién tiene la llave del cuarto? –pregunta tímidamente Suárez.

–¡Qué llave ni qué cuatro cuartos! Si está con llave, echen la puerta abajo. Estamos en guerra, niños. Ah... otra cosa, Suárez, escójame las tres mejores miras que pueda encontrar y las instala en el 909, en el 915 y en el 917. ¿Conforme?

–Conforme, Capitán.

Me alejo profiriendo maldiciones en cubano y en chileno. Quisiera llevar en mi avión al Capitán Víctor Pina, para que se diera cuenta ese *melón* cuán caro pagábamos los combatientes sus maquiavélicas maquinaciones y su falta total y absoluta de conocimientos de aviación.

Recorro la Base para ubicar al Comandante Raúl Guerra Bermejo, a quien pongo en conocimiento de la situación, le pido que mande a buscar inmediatamente al Cadete José González Roche, quien se encontraba en comisión de servicio en Santiago de Cuba, pues dicho muchacho estaba un poco más al día en el manejo y operación de las miras.

En la Oficina de Operaciones informo sobre el estado y cantidad de aviones que tenía listos para entrar en combate. El Capitán Raúl Curbelo Morales había sido nombrado Jefe de Operaciones y Enlace por el Comandante Fidel Castro Ruz.

Dicho oficial me comunica que el Teniente Alvaro Galo, nicaragüense, ha sido retirado de vuelo, detenido y enviado a La Cabaña, bajo la acusación de cobardía; como asimismo el Capitán Willy Figueroa, causante indirecto de la muerte del Teniente Carlos Ulloa Rauz, nicaragüense, a quien abandonó en pleno combate huyendo en su T-33 hacia la Base, sin disparar ni un solo tiro. Ulloa murió heroicamente lejos de su patria, defendiendo la Revolución Cubana. Hoy lo lloran su mujer y seis hijos en Nicaragua, quienes tuvieron que abandonar Cuba por carecer de medios de subsistencia. La gloria de su esposo muerto no le bastaba para alimentar a sus hijos.

Muerto Silva y preso Galo, sólo quedábamos el Capitán Enrique Carrera Rola y yo, como pilotos de B-26. Dos pilotos para cuatro aviones. Pero ahí no habían terminado las sorpresas de ese día. El Capitán Carrera consideraba muy peligroso volar dicho tipo de avión en combate, pues como el enemigo había pintado sus aviones B-26 exactamente igual a los nuestros, sorprendiendo a nuestras tropas, el Estado Mayor había dado orden de disparar contra cualquier avión de esas características. Por ese motivo, lisa y llanamente habían retirado de operaciones el Escuadrón de Bombardeo Ligero. Al comunicarme tal orden, dictada por insinuación de Carrera, no pude contener mi indignación.

—¿Qué diablos pasa aquí? —protesté airado.

—Mira, flaco —respondió Carrera—, las tropas nuestras tienen orden de disparar contra todo B-26 que ande por la zona de operaciones; tú bien sabes que los B-26 enemigos vinieron pintados como los nuestros, causando grandes bajas en nuestra infantería con ese engaño.

—Esas son cosas de la guerra, Carrera —repliqué—. Al combate se va a tirar y a recibir; a matar o morir. Por eso yo no encuentro lógico que retiren mi Escuadrón de operaciones por temor. Y digámoslo más claro aún: por cobardía —terminé exasperado, pues sabía el verdadero motivo que tenía Carrera para apoyar la medida. En ese momento había ocho pilotos para cuatro aviones del Escuadrón de Interceptación y Combate, y sólo dos pilotos para cuatro aviones del Escuadrón de

Bombardeo Ligero. Carrera no quería volar B-26. Prefería su confortable y veloz T-33. El hombre quería ir a la segura; no quería exponer su pellejo volando un avión inferior a los que tenía el enemigo.

Al escuchar el tono airado de mi voz, se acercó el Capitán Curbelo.

—Mire, Lagas —terció con voz calmada y autoritaria, como si realmente comprendiera lo que estaba diciendo—. Los vuelos se van a hacer única y exclusivamente con los Sea-Fury y T-33 para evitar más confusiones, pues el Capitán Carrera estima muy peligroso enviar B-26, por las razones que usted ya conoce.

Comprendí que nada ganaría con protestar. Salí enfurecido e indignado de la Oficina de Operaciones. Encontré al Capitán Luis Bu Travieso a la salida, quien al verme tan irritado, quiso saber los motivos. Se los expliqué rápidamente, recalcándole que tenía cuatro aviones listos para salir, con cuatro bombas de quinientas libras cada uno, miras instaladas y tripulaciones al pie de cada máquina.

—Lo del peligro que encierra volar en las circunstancias actuales en dicho tipo de avión, es asunto mío, y no de Carrera. Si él tiene miedo, yo no lo tengo —exclamé en alta voz.

Al ver que la gente reunida frente a la oficina me había escuchado y nos miraban extrañados, bajé la voz y tomando del brazo a Bu, lo alejé un poco.

—Bu, es el colmo de los colmos que tenga que pedirte este favor. Es insólito, estúpido e increíble; pero, por favor, chico, anda ahí dentro y trata de conseguir que me dejen combatir —le pedí casi suplicando.

Sin decir palabra y comprendiendo lo que yo trataba de decirle, Bu entró en la Oficina de Operaciones. Yo me quedé paseando con pasos cortos y rápidos, pensando en que la cobardía de un hombre, la incapacidad y desconocimiento de otro, ponían en peligro el triunfo de nuestra causa. Cada segundo, cada minuto que pasaba, era cuestión de vida o muerte para nuestros soldados en el frente. Nuestros hombres morían o se desangraban, sin pensar un solo instante en el pe-

ligro que encerraban los combates. Eran soldados. Yo también lo era.

Minutos después apareció Bu. No fue necesario que dijera nada; su cara, siempre inmutable, era ahora un fiel espejo de lo que pensaba, de lo que sentía. Subí al automóvil y empecé a recorrer la Base para recoger a los tripulantes que se encontraban en los aviones. Los B-26 estaban diseminados en el amplio perímetro de la Base y lejos de toda comunicación posible, por lo que mi gente ignoraba lo que estaba sucediendo. Cuando me vieron llegar se alegraron y algunos empezaron a subir presurosos a sus puestos en sus respectivos aviones, creyendo que, por fin, íbamos a combatir. Traté de hacerles comprender lo que había ocurrido, pero no pude. Sencillamente, yo tampoco comprendía. Eran las doce y cuarenta y cinco minutos del martes 18 de abril de 1961.

Estaba en la cocina de la casa del Capitán Silva, preparando un par de huevos fritos y un poco de café. No había comido nada en las últimas veinticuatro horas y llevaba más de cuarenta y ocho sin dormir. Me sentía agotado y nervioso y como siempre que me encontraba en ese estado de ánimo, empecé a hablar solo, en voz baja. Cierto era que los B-26 enemigos, por venir pintados exactamente igual que los nuestros, habían aprovechado su disfraz para engañar a nuestras tropas, provocando gran cantidad de bajas. Los milicianos, policías y soldados Rebeldes gritaron de alegría al verlos llegar a la zona de combate; completamente convencidos de que eran aviones de la Fuerza Aérea Revolucionaria que iban a apoyar su avance; cometiendo el error de salir a las carreteras para saludarlos con gritos y vítores, exteriorizando así su júbilo. Los aviones enemigos correspondieron la bienvenida moviendo amistosamente las alas, para luego precipitarse sobre nuestras asombradas tropas vomitando bombas, rockets y balas; sembrando la muerte entre aquellos valientes soldados, muchos de los cuales murieron sin llegar a comprender lo que pasaba, con una fraternal sonrisa en los labios.

Terminado el ligero refrigerio, trataba de conciliar el sueño, cuando se hizo presente el Capitán Carrera. Venía a decirme que debía partir de inmediato en una misión, pues las fuerzas nuestras que avanzaban desde San Blas habían encontrado una fuerte resistencia en el entronque de los caminos de San Blas y Cayo Ramona, en el lugar donde se juntan con el camino que viene de Playa Girón. En ese punto el enemigo había colocado nidos de ametralladoras que "peinaban el camino". Yo tenía que destruirlos. No me extrañó en absoluto el cambio de órdenes. Bien sabía, como Carrera, que con dos T-33, con una capacidad exigua en el poder de fuego, y con dos Sea-Fury, no iba a ser posible detener la invasión. Sólo que me dieron deseos de preguntarle por qué no iba él, en su calidad de cubano, ya que tenía su avión y tripulación listas para partir. Le di las gracias por el "honor" que me concedía y partí en dirección a mi avión, el 915.

La tripulación estaba impaciente por salir. Extendí el mapa en el suelo y di las últimas instrucciones a los muchachos. Los informé de la posición de nuestras tropas y de la ubicación del enemigo, para que se orientaran en caso de ser derribados... y si quedaban con vida.

Puse en marcha los motores. Hice un completo y minucioso chequeo de toda la cabina. Verificamos las intercomunicaciones con el artillero, el bombardero y el mecánico. Aparentemente, todo estaba perfecto. Empecé a taxear lentamente y al pasar cerca de un grupo de mecánicos y artilleros que trabajaban en tierra, éstos nos despidieron con emocionados saludos de brazos, pañuelos y gorras al aire. Nos envidiaban y nos compadecían. ¡Ibamos a matar o morir!

Tomo la cabecera de la pista 36, aplico potencia en los motores y el avión empieza a deslizarse lentamente al principio, hasta adquirir la velocidad necesaria para el despegue. Levanto suavemente la nariz del avión y éste se resiste a abandonar el suelo. Está terriblemente pesado. Tengo que obligarlo ayudándome con el estabilizador, para no estrellarme al final con el pueblo de San Antonio de los Baños. Felizmente logro despegarlo a la mínima velocidad, pues ya no quedaba

más pista. Pasé rozando las casas del pueblito, cuyos habitantes miraban con caras asustadas hacia el cielo. Una falla de motor en ese momento hubiera sido fatal para nosotros los tripulantes y también para ellos.

Recorro con la vista todos los instrumentos. Casi doy un brinco en el asiento al ver la presión de gasolina del motor izquierdo, que subía visiblemente a pesar de haber quitado las bombas auxiliares. Rápidamente cambio de estanque para ver si la bomba del principal se había pegado. La presión sigue subiendo. Con toda seguridad debe de ser una obstrucción en la cañería o en el filtro. Tengo que regresar. Pero al pensar en el peligro de un aterrizaje sobrecargado de bombas, gasolina y balas, desisto de ello. La única solución era dejar caer las bombas sin preparar las espoletas, pero de todas maneras hubiera puesto en peligro a gente inocente. Tranquilamente tomo el micrófono y llamo:

—Antonio, aquí Maya.

—Maya, aquí Antonio. Adelante.

—Antonio, aquí Maya. Informo: presión gasolina motor izquierdo muy alta. Repito: muy alta. Peligro incendio inmediato. Trataré llegar Girón. Repito: trataré llegar Girón. Adelante, cambio.

—Maya, aquí Antonio. Conforme, copiado todo conforme. Buena suerte.

En ese momento contesta por radio un compañero que andaba por la zona de combate en un Sea-Fury. Era el Teniente Ernesto Guerrero; me siento más confiado y seguro. Si me llega a suceder algo antes de llegar a Girón, podré ponerme en contacto con él. Llamo al artillero de cola.

—Pedro, observe con cuidado el motor izquierdo. Dígame si ve algo anormal.

Pasaron algunos segundos.

—No se ve nada raro, Capitán —afirma Pedro por el intercomunicador.

—No lo pierda de vista y avíseme cualquiera novedad.

—Conforme, Jefe.

El indicador de presión de gasolina marcaba el máximo

de su lectura, 25 libras por pulgada cuadrada. Si alguna conexión cedía, tendría un incendio en ese motor, imposible de controlar, por no tener corta fuego, válvulas shut off ni extinguidores. Encima de todo eso, cargado con bombas, balas y 900 galones de combustible; en territorio enemigo y sin escolta. Era una locura. Los motores trabajaban parejos y sincronizados, como queriendo darme confianza y seguridad de que no fallarían. Mentalmente empiezo a monologar de nuevo: "Aguanta un poco más, viejo... Ya nos queda poco, y te llevo enterito a casa... Aguanta, noble viejo". Los motores responden con su rítmico rugido. Estamos inmediatamente al norte de la Bahía Cochinos.

—Artillero de Piloto.

—Piloto de Artillero. Adelante.

—Pruebe las ametralladoras, don Pedro, y mucho ojo con la cola. Estamos en zona enemiga —advierto a mi artillero.

—Conforme, Capitán.

—Piloto de Bombardero —llama Juan Suárez Plaza.

—Bombardero de Piloto. Adelante.

La voz un poco distorsionada de Suárez, indica su nerviosismo, pero a la vez, su determinación. Era el primer vuelo de este valiente muchacho, que se distinguiría luego por su temple, coraje y puntería; graduándose así con honores en pleno combate.

—Conecte circuito maestro, Capitán.

—Conforme, conectado.

—Bombas traseras y delanteras, en ambas.

—Conforme, en ambas.

Preparo el avión para el combate y... ya estamos bajo el fuerte fuego anti-aéreo enemigo.

—Bombardero de Piloto.

—Diga, Capitán.

—Juan, coloque dos bombas pegadas al entronque que tenemos fácilmente visible por la proa. ¿Lo ve?

—Sí, Capitán.

—Las otras dos las deja caer una a una a los costados del camino. Repito: a los costados del camino, con un intervalo

de doscientos pies entre cada una. Vamos a bombardear a 4.000 pies de altura, a una velocidad de 240 millas por hora. El viento es del norte con 15 nudos. Volaré de norte a sur, para que no tenga que corregir deriva. ¿Conforme, Juan?

—Conforme, Jefe —responde lacónicamente Suárez.

—Abro el compartimiento de bombas y... el avión es suyo.

—Conforme, Capitán.

Bajo la vista y me concentro por completo en volar el avión enteramente por instrumentos, lo más suave y coordinadamente posible. 4.000 pies... 240 millas por hora... alas niveladas... palo y bola al medio... variómetro en cero... sigo el *PDI** .Hay un poco de aire arrachado y el avión tiende a encabritarse y partir por su lado, como si quisiera huir del fuego enemigo. Suavemente lo hago obedecer, operando los controles de mando, casi con la punta de los dedos, pues tenía los nervios tensos, como las jarcias de un buque. Este era el momento que tanto había temido. ¿Sería capaz? ¿Daríamos en el blanco? En ese momento siento un pequeño y brusco movimiento ascendente del avión. Al momento Suárez advierte:

—Dos bombas fuera, Capitán.

—Conforme, Juan.

Aprovecho de mirar con el rabillo del ojo hacia afuera. Lo que veo me pone el corazón en la boca. Volábamos metidos dentro de una espesa cortina de fuego anti-aéreo. Las trazadoras de las balas enemigas y de nuestros emplazamientos de cuatro bocas, según supe después, dibujaban el cielo con sus pinceladas de muerte. A pesar de todo, era bello e impresionante. Las trazadoras describían hermosas curvas, uniformes y paralelas, como si procedieran del surtidero de una fuente de fuego. ¡Lástima que algo tan hermoso fuera mortal! Nosotros teníamos que seguir en un vuelo recto y nivelado, sin poder cambiar de altura, rumbo ni velocidad, para confundir y tratar de engañar en algo, tanto a los artilleros enemigos como a los de nuestro bando, dadas las órdenes del Estado Mayor. ¡Qué diferencia entrar en combate con un avión Caza! En ese tipo de avión uno estaba tan sólo unos pocos segundos en la mira de los artilleros, para luego desaparecer como un caballo loco en el horizonte.

—Artillero de Piloto.

—Piloto de Artillero. Adelante.

—¿Qué le pasa, don Pedro, que está tan silencioso? —pregunto a mi joven artillero—. Meta plomo, señor, haga sonar la "trutruca"*, mi amigo, que para eso la tiene.

Sin contestar siquiera, Delgado empezó su siniestra sinfonía. Largas ráfagas de sus ametralladoras me indicaron que miles de balas regaban en ese momento las posiciones enemigas. "Si tan solo fuéramos dos o tres aviones, ese fuego mortal que está concentrado en nosotros, se dividiría" rumiaba preocupado y en silencio. Otro pequeño brinco del avión indica la salida de otra bomba.

—Bomba fuera, Capitán —confirma Suárez—. Queda una sola.

—Conforme, Juan. Afine la puntería.

Las ametralladoras del artillero de cola sonaban rítmica y acompasadamente, en ráfagas cortas y mortales. En ese momento siento que la última bomba ha sido lanzada. Inmediatamente una voz, vibrante por la emoción, llega por el intercomunicador.

—Capitán, todas las bombas fuera. Parece que cayeron bien —informa, alegremente, el bombardero.

—Conforme, Juan —contesto; a la vez que opero el contacto para cerrar las puertas del compartimiento de bombas. Lanzo el avión en una violenta y pronunciada picada. Quería huir rápidamente de ese lugar, que ya estaba resultando insoportable, por lo prolongado que había resultado el primer experimento de este grupo de novatos en la ciencia de bombardear. Meses más tarde el Capitán Diocles Torrealba, quien se encontraba al mando del Batallón detenido por el intenso

* *P. D. I.*: Instrumento que indica al piloto la dirección del objetivo.

* *Trutruca*: Instrumento musical araucano.

fuego enemigo en el entronque, me contaría que las dos primeras bombas lanzadas en ese raid, habían caído en el centro del emplazamiento de ametralladoras que les imposibilitaba el avance; quedando en ese lugar, tan sólo dos enormes cráteres.

Al pasar sobre Girón rumbo al mar, seguía el intenso fuego anti-aéreo. Sin pensarlo dos veces y deseoso de aflojar un poco la tensión producida por ese vuelo, atravesando el infierno, inicio un giro cerrado hacia la derecha descendiendo cual ave de rapiña sobre su presa. Abro fuego con las seis calibre cincuenta de las alas, en contra de un emplazamiento de ametralladoras que me hostilizaba con sus escupitajos de fuego y muerte. Se entabla un duelo que duró sólo unos segundos.

De la carretera que sale de Girón hacia Playa Larga, abren fuego intenso desde varios puntos ubicados cerca y un poco al norte del camino. A los pocos segundos estoy bajo el fuego rabioso, histérico y nervioso del enemigo. Sonrío al pensar que la treta había resultado. Porque estaban haciendo precisamente lo que yo deseaba. Indicaban claramente sus posiciones. Aumento violentamente la potencia de los motores. El avión salta hacia adelante, cual potro herido por torturantes espuelas. Localizo un emplazamiento claramente visible. Presiono con salvaje alegría el gatillo que opera las ametralladoras. Una ráfaga larga y pareja sirve de fondo musical a la dramática escena. Y como un eco lejano, siento el ronco acompañamiento de las ametralladoras de mi artillero que se sumaba a esa sinfonía mortal. Paso rozando con el vientre de mi caballo de guerra la manigua que pretendió proteger y ocultar a aquel emplazamiento, ahora silencioso. Tiro violentamente del bastón e inicio un giro muy cerrado que hace vibrar peligrosamente las alas del avión. Aflojo ligeramente la presión y bajo la nariz para pegarme a las azules aguas del mar; engañando así una vez más, a esos entrenados y expertos artilleros.

Procedente de Girón aparece un camión tipo Comando; corre vertiginosamente por la carretera a la vez que sus tres

ametralladoras instaladas en la parte trasera del mismo, vomitan fuego y metralla. Corría velozmente hacia la muerte. En ese momento estoy volando demasiado bajo, aproximadamente unos treinta o cincuenta pies del suelo. Abro fuego con las ametralladoras y las trazadoras pasan por arriba del camión. "¡Maldición!" Bajo bruscamente la nariz del avión y nuevamente truenan las armas, a ras del suelo. Saltan por el aire, pedazos del camión, alcanzado de lleno por el fuego de mis seis ametralladoras; y queda detenido cual cadáver destrozado, en esa solitaria carretera. Después me diría Pedro, mi artillero, que lo había dejado pegado a la mira, con la violenta picada.

Balas van, balas vienen. Ya no sé cuáles trazadoras son las mías y cuáles las del enemigo. Es un duelo a muerte. Las ráfagas se cruzan como los aceros de valientes espadachines, lanzando destellos que hieren, que matan... El mecánico, Adrián Sánchez, testigo mudo de esta orgía de sangre, no pudo contenerse más, y tomando el micrófono, empieza a gritar:

—Chino, Chino, (apodo de Pedro), a las tres, Chino, a las tres—. Indicaba así una posición enemiga que nosotros no habíamos visto por la velocidad y poca altura a que volábamos. Era un grupo de invasores que trataban de cambiar de posición para protegerse mejor, creyendo poder hacerlo, sin ser vistos. Las ametralladoras de Pedro rugieron dos o tres veces, y su voz se escuchó por el intercomunicador:

—¡Les di, mierda... les di!

—Dale candela, Chino, dale candela —gritaba desaforado Adriano—. Métale duro Capitán, métale duro —seguía entusiasmado.

Lo miro y le sonrío. Comprendo su actitud. Me maravilla su valentía y aplomo. Mientras nosotros desahogábamos nuestra tensión, él tenía que permanecer inactivo, confiado por entero a mis manos, e incluso, casi sin poder mirar hacia afuera, por tener que preocuparse de los instrumentos de los motores.

Desde una pequeña casa ubicada al costado norte de la

carretera y como a un kilómetro de Girón, hacen fuego insistentemente. Giro por tercera o cuarta vez. Trepo a unos mil quinientos pies de altura y me precipito sobre ella haciendo fuego a boca de jarro, rociando con metralla ese humilde bohío, convertido en un nido de ametralladoras. Veo claramente incrustarse las balas en sus paredes de barro y *guano**. Luego... nada.

Veo pasar unas trazadoras muy cerca de mi avión. Localizo un punto ubicado como a cincuenta o cien metros al noreste de la ahora silenciosa casa. Las ráfagas indican claramente el lugar preciso de donde proceden. Tomo altura y regreso para lanzarme en picada violenta sobre el emplazamiento. Nuestras balas se encuentran en el aire siguiendo rumbos opuestos. Recibo varios impactos en la nariz del avión. Mis ametralladoras quedan silenciosas... se han acabado las balas otra vez. Tiro del bastón y Pedro sigue disparando con fiereza desde la cola contra el mismo lugar, rematando mi tarea. La muerte me había vuelto a rozar. Sabiéndome sin balas, le comunico al artillero mi decisión de volver a la Base para cambiar de avión.

—Vamos a casa, don Pedro —digo por el intercomunicador.

—Capitán, por favor, haga otro pasecito —pide suplicante.

—Bueno, allá va eso, don Pedro, dese gusto.

Efectúo el nuevo pase y... nada. Nadie dispara un solo tiro. Todo es silencio en ese lugar donde minutos antes habíamos sostenido tan despiadado duelo. ¿Qué había pasado? Nada más teníamos que hacer en ese lugar. Todo había terminado. Regresamos a la Base.

Al aterrizar me dirigí de inmediato a la Oficina de Operaciones y reporté la misión cumplida; la que ya había sido confirmada por nuestro Estado Mayor en el Frente. Todos nos alegramos al saber que nuestras tropas avanzaban rápidamente, gracias a los efectos del bombardeo de precisión efectuado.

---

* *Guano*: Totora.

IX

VUELOS Y DISPAROS PERDIDOS

Minutos después de haber aterrizado en la Base, me ordenan preparame para una nueva misión y a la vez disponer otro B-26, que pilotearía el Capitán Carrera. En esta misión volaríamos dos B-26, convenientemente escoltados por dos Sea-Fury y dos T-33. Así daba gusto volar y entrar en combate, con las espaldas bien protegidas.

Dispongo el 909 con el Sargento Domingo Martínez G. de mecánico, Raúl Calzado de artillero y el Cadete Víctor Hernández S. de bombardero. Ese avión lo iba a pilotear el Capitán Carrera. Yo escojo el 917, con el Cadete Juan Suárez Plaza de bombardero, Eloy Vero Vento de mecánico y Pedro Delgado Lugo, de artillero. Al 915, con el cual había hecho la última misión, le estaban revisando y curando sus heridas.

Aproximadamente a las 16.00 horas de ese día, despega Carrera. Yo le sigo. Sin saber lo que íbamos a hacer, cuál era nuestro objetivo, ni haber recibido ninguna orden que indicara el porqué de nuestra misión. Sencillamente el Capitán Carrera se había llenado de coraje, y como era él el que asesoraba a Curbelo, había decidido dirigir una misión con todos los efectivos que en ese momento contaba la Fuerza Aérea Rebelde. Quería dar un golpe de efecto, por supuesto, bien protegido. A pesar de que hasta ese momento no se había atrevido a volar un B-26 en combate, salió como líder de la formación.

Apenas despego formo inmediatamente atrás y a la dere-

cha del 909. Volamos así, describiendo círculos alrededor de la Base, por más de cuarenta minutos. Esperando la famosa escolta de los Sea-Fury y de los T-33, que no llegaron a despegar por motivos desconocidos. Le insinué a Carrera que partiéramos los dos solos rumbo al objetivo; total, yo ya llevaba varias misiones completamente solo y no creía imprescindible la escolta. Carrera se negó a ello y siguió dando vueltas. Para adelantar algo, empiezo a conectar los circuitos de las bombas, cuando de pronto, la cabina se empezó a llenar de un humo blanco y acre, característica inconfundible de corto-circuito y peligro de incendio inmediato. Miro los amperímetros y estos indicaban una carga superior a los cien amperes cada uno. Corto rápidamente los generadores y llamo a la torre.

—Antonio, aquí Maya.

—Maya, aquí Antonio. Adelante.

—Antonio, Maya informa incendio en la cabina. Aterrizo de inmediato. Repito. Emergencia. Corto.

Apagué todos los circuitos eléctricos del avión, batería, generadores, equipos de radio, etc. Efectúo el tráfico normal para la pista 36 y alisto el avión para aterrizar. Me preocupa enormemente la mortífera carga de bombas que llevaba el avión en su vientre. Tenía que hacer un aterrizaje lo más suave posible y sin *Flaps**, lo que aumentaría considerablemente la velocidad. Cruzo la cabecera de la pista como a 150 millas por hora. El avión estaba peligrosamente pesado de cola. Cada vez que cortaba o disminuía la potencia en los motores, levantaba la nariz, como queriendo irse de espaldas. Lo fui acercando con motor hasta que toqué suavemente el suelo. Dejo escapar un profundo suspiro de alivio y miro a Eloy, quien estaba pálido, pero tranquilo. Enciendo un cigarro y le paso otro a mi mecánico. Nos dirigimos rápidamente a la plataforma para ver si los mecánicos podían solucionar la falla de inmediato y así, poder cumplir esa misión. Desgraciadamente el corto-circuito era en el circuito maestro de lanzar

* *Flaps*: Superficies o dispositivos que disminuyen la velocidad de un avión.

las bombas. Era imposible poder localizar la falla, sin un diagrama y para eso necesitábamos un experto, que no teníamos. Cancelé el vuelo. A todo eso, Carrera seguía dando vueltas sobre la Base, esperando la escolta. Llevaba casi una hora en el circuito y aún no se atrevía a partir solo a combate. Hasta que por último pretextando una falla en las compresoras de las ametralladoras, aterrizó. También canceló el vuelo. Eran exactamente las 17.30 del martes 18 de abril de 1961.

Ese día, como a las nueve de la noche, nos encontrábamos viendo la televisión con los muchachos. Era una vieja película de Luis Sandrini, cuando de pronto, se sintió una sorda y lejana explosión. Las paredes repitieron el eco lejano y en la oscuridad de la noche, se sintió un potente grito: ¡¡¡AVIOOOOONNNN!!! Inmediatamente apagué el televisor y al notar que la gente empezaba a dar señales de pánico, los llamo a la calma y cordura.

—Calma niños. No se apuren, hay tiempo de sobra, diríjanse a las tricheras y bajen las cabezas.

Salen ordenadamente en busca de la segura protección de las profundas trincheras. Reviso el edificio para cerciorarme que todas las luces están apagadas. Me dirijo a la escalera de mano que había hecho colocar para subir al tejado, en donde teníamos dos ametralladoras calibre cincuenta, emplazadas para defensa anti-aérea. No termino de llegar arriba, cuando se inicia un infernal tiroteo en toda la Base. Todo el mundo disparaba hacia un enemigo invisible. Tronaron las cuatro bocas 12.7 mm., los cañones anti-aéreos de 72 mm., las Fal, Garand, M-1, Springfield, Metralletas, Thomson y hasta las Pistolas calibre 45. Era un desenfrenado e incontrolable tiroteo. Menos mal que el enemigo no supo aprovechar tan estúpido error, producto de un nerviosismo histérico y falta de disciplina entre soldados, clases y oficiales, en general.

Cuando llegué al tejado junto a la ametralladora, encuentro en ella al Sargento Pedrera que luchaba y maldecía en alta voz, pues el arma se le había escasquillado. Enciendo mi linterna y dirijo un débil rayo de luz al mecanismo del

cierre, pudiendo así el Sargento, subsanar el problema inmediatamente. El cielo estaba cuajado de miles y miles de trazadoras de todos los calibres, que parecían tentáculos de fuego tratando de agarrar a su presa. Pero, ¿dónde estaba esa presa invisible? Me di cuenta que el avión enemigo no estaba a la vista y que, incluso, pudo haber dejado caer las bombas para producir ese tiroteo y así ubicar fácilmente en la oscuridad de la noche la Base; usando la misma treta que yo había utilizado para ubicar al enemigo por las trazadoras. Maldije ese desorden y ordené perentoriamente a Pedrera:

—No dispares hasta ver el avión. No dispares hasta ver el blanco.

—Conforme, Capitán.

Girábamos en los 360 grados del horizonte, tratando de ver algo. Pero no había absolutamente nada. Sólo trazadoras y miles de balas perdidas, innecesariamente. Las balas silbaban muy de cerca de nuestras cabezas, molestaban igual, o más, que esos malditos mosquitos que se metían por algún pequeño agujero del mosquitero y que inútilmente tratamos de cojer en la oscuridad de la noche, dando manotones de ahogado. "Debe de ser la maldita cincuenta instalada cerca de la piscina —razono mentalmente—. El muy bribón está disparando casi rasante. Ojalá le caiga una bomba en la cabeza por estúpido, antes que nos mate a nosotros". Fueron varios minutos de intenso fuego graneado y seguido. Tenía que sujetar al Sargento Pedrera, para que no se sumara a ese desahogo colectivo, histérico e incontrolable.

Alguien gritó en la oscuridad. Me parece que fue la voz del Teniente Ramón Arias, más conocido por "Mongo Arias".

ALTO EL FUEGO —repitió— ALTOOOO EL FUEGOOOOOOOO.

Varias voces se sumaron a dicha orden y desde diferentes lugares repitieron lo mismo.

—¡¡¡ALTO EL FUEGOOOOOOO!!!

Bajó un poco la intensidad del tiroteo. Pero aquí o allá, seguían disparando, especialmente con pistolas y metralletas; sin saber los inexpertos soldados que se iban a quedar sin

balas, por puro gusto. Se fueron silenciando las armas y sólo se escuchaban algunos disparos aislados, con toda seguridad de fusil Garand o pistola 45. Cómo hacerles entender que a un B-26 que vuela a cuatro o seis mil pies de altura, ni con mil Garands le pueden hacer daño! En fin, ya aprenderían. Poco a poco vuelve la calma a la Base. Y entonces, los comentarios.

—Yo le vi la cara al piloto —decía uno.

—Las luces de la cabina se veían perfectamente —decía otro.

—Era un B-26 plateado con alas negras —afirmaba aquel.

En los comedores del personal, se había producido tal alboroto, que todo el mundo se arrojó bajo las mesas y nadie se atrevió a levantarse para apagar las luces. Las apagaron con tiros de Garand y pistolas, sin darse cuenta aquellos bárbaros del peligro que eso encerraba, por el rebote de las balas. Después, el Capitán Carrera, el Teniente Rood, el Teniente del Pino y el Teniente Bourzac y muchos otros, mostraban los impactos en el techo del comedor y trataban de convencer a la gente, de que eran las balas del B-26 atacante. Esa noche, nadie durmió.

X

NUEVOS BOMBARDEOS

El miércoles 19 de abril de 1961, a las cuatro de la mañana, todo el mundo estaba en pie y completamente despierto. Nos esperaba otro día de combate... ¿A quién le tocaría hoy? Dejé apostados seis hombres, tres para cada ametralladora, con el especial encargo, de que redoblaran la vigilancia cuando empezara a despuntar el alba, la hora más propicia y probable para un nuevo ataque. En la oficina me dispuse, rutinariamente, a preparar un poco de café. Poco a poco empiezan a llegar mis invitados de siempre. Ahí está don Domingo "Toro Sentado", Elier Domínguez, Domingo Martínez, Geolo Barríos y Eliodoro Sánchez; todos sentados y silenciosos. Demasiado silenciosos, quizás. Me sorprende e intranquiliza esa actitud; los observo cautelosamente desde la esquina en que me encuentro, casi en la oscuridad. Miro a los ojos de Geolo y éste baja la vista, observando una invisible mancha en el piso. Miro a Calzado y empieza a seguir el vuelo de una mosca que sólo existe en su imaginación, Roberto Gómez, carraspea y pestañea rápidamente, cuando le dirijo la mirada. ¿Qué diablos pasa?

Momentos después vine a darme cuenta, cuando sorprendí en algunos de ellos, ciertas miradas de inquietud, de compasión. Sabían que yo era el único piloto que quedaba en el Escuadrón, pues ya habían descartado a Carrera, por el acto de cobardía del día anterior. Llevaba dos días combatiendo y mis aviones habían llegado con varios impactos bien

dirigidos, y todos ellos en la nariz del aparato. Mi suerte no podía seguir por mucho tiempo. Según ellos, no tenía alternativa. Con seguridad, aplicaban la conocida sentencia: "Tanto va el cántaro al agua, que por fin sale sin orejas". Sentí un extraño escalofrío en la espina dorsal.

Apenas despuntó el alba, despego nuevamente en el B-26 915 que ha sido reparado y parchado en varias partes. Llevo a Suárez como bombardero, a Pedro Delgado como artillero y Adriano Sánchez como mecánico. Nuestra misión es ahora bombardear el camino que baja del entronque hacia Girón, tratando en lo posible, de no cortarlo. Y, por supuesto, ametrallar todo lo que se mueva en el sector. Los motores del avión suenan parejos y suaves. Todos los instrumentos marcan sus lecturas normales y la nave se desliza ágilmente. El día amanece completamente despejado, la visibilidad es magnífica y la temperatura en la cabina es agradable.

Los bellos campos de esta verde isla, salpicados aquí y allá por pequeños pueblos limpios y ordenados, entonan un himno a la vida, un himno a la paz... Me parece ver la cara de los humildes guajiros, al volver éstos los rostros al cielo, para observar el paso raudo y veloz de mi avión de guerra, que vuela majestuosa y serenamente rumbo a la gloria, rumbo a la muerte. Enciendo un cigarro y lo aspiro con deleite. Adriano me mira ofendido. Le paso uno. Los motores trabajan tan parejos y suaves que invitan al ensueño y a pensar en algo más agradable que la muerte probable que nos espera. Pienso en Suárez, Sánchez y Delgado, mis confiados tripulantes y compañeros de estas difíciles horas. Tres muchachos que empiezan a vivir, que tienen toda la vida por delante. El mundo debiera ser para ellos y no estar contra ellos. Y helos aquí, tripulando una nave de guerra rumbo al combate, con una seguridad y tranquilidad asombrosas, como si en vez de ir a matar o morir, fueran a un baile, o a una cita de amor. En ningún momento pasa por mi mente el hecho de que yo sea un extranjero en esta tierra, pues aquí he encontrado cariño, afecto y comprensión. Y estos muchachos que tan confiadamente entregan sus vidas en mis manos, me tratan con el respeto y consideración que sólo se brinda a un padre.

Adriano me saca de mis ensueños, para mostrarme a lo lejos una espesa cortina de humo y de polvo. Es el campo de batalla. Con seguridad es la artillería nuestra que le está dando duro al enemigo. Una voz lejana me llama.

—Piloto de Bombardero.

—Bombardero de Piloto. Adelante.

—Conecte los *chuchos**, Capitán.

—Conforme, Suárez. Chequeo: circuito maestro, conectado; delanteras y traseras, conectadas; nariz y cola, conectado. Todo conforme.

Preparo el avión para el combate y pruebo las ametralladoras.

—Don Pedro, pruebe los hierros y vigile la cola.

—Conforme, Capitán.

Escucho una corta ráfaga y luego otra. Pedro había probado sus instrumentos de muerte. Estamos listos para cumplir nuevamente con nuestra mortal tarea. Aproximo por el norte para evitar el fuego anti-aéreo enemigo, concentrado en Playa Girón.

—Bombardero de Piloto.

—Piloto de Bombardero. Adelante.

—Juan, vamos a Bombardear a 6.000 pies de altura; velocidad, 250 millas por hora; el viento en tierra es calmo. No hay corrección de deriva.

—Conforme, Capitán —contesta tranquila y serenamente mi bombardero: ya era un veterano del aire.

Empieza el jaleo. A las trazadoras estoy acostumbrado; indican fuego de ametralladoras y no les hago caso. Sé positivamente que al avión no le hacen mucho daño, salvo que el impacto sea en una parte vital. Pero, ¿qué diablos es esto? Siento que el avión empieza a dar unos brinquitos desacostumbrados. Creo al principio que es turbulencia. Pero, ¿cómo va a ser

* *Chuchos*: Interruptores.

eso si no hay una nube en el cielo y el aire está completamente en calma? No, no puede ser. Miro preocupado hacia los lados, y veo: ¡Fuego anti-aéreo con cañones! Los brinquitos del avión se debían a las granadas anti-aéreas que explotaban peligrosamente cerca. ¡Pero si el enemigo no tiene cañones anti-aéreos! ¿Quién diablos me está tirando? "Esto sí que está bueno". Sonrío al pensar lo irónico de la situación. Tienen que ser los muchachos de la Escuela de Artillería Anti-Aérea del Gramma, a quienes yo les iba a volar un avión especial, remolcando una manga, para que practicaran con sus ametralladoras y cañones. Ahora practicaban directamente en mi avión y con malas intenciones. ¡Supieran los pobres quién era la víctima de sus mortales disparos!

Las granadas explotan demasiado cerca, dejando pequeñas manchitas en forma de blancos algodones, que parecen flotar en el aire, arriba y abajo, a la derecha y a la izquierda del avión. Me están *ploteando**. Si llegan a calcular exactamente la altura y velocidad del avión, soy hombre muerto. Se notaba que los muchachos no querían saber nada con los B-26. Nos estaban tirando con todo lo que tenían a mano, sumándose a los enemigos, quienes con seguridad estarían muertos de la risa en ese momento, al ver ese enredo que tanto les favorecía. Si parecía que hubiera existido una apuesta a quién me derribaba primero, o el enemigo, o mis compañeros. La verdad era que por empeño, ninguno se quedaba atrás. ¿Quién diablos entendía esa *malanga*?

Lo principal era salir luego de ese infierno. Pero lo que más me indignó, era la posibilidad de ser derribado por las baterías anti-aéreas nuestras. Era increíble que el Estado Mayor aún no pudiera coordinar las órdenes. Ellos bien sabían que desde el día anterior no se habían visto nuevos aviones invasores por la zona de combate. Todos habían sido derribados. Y aún más, sabían perfectamente la hora y lugar, en donde yo tenía que bombardear. Nada les costaba prevenir

---

* *Plotear:* Ubicar el objetivo mediante disparos aproximados.

a nuestras fuerzas para evitar lo que estaba sucediendo. Eso pasaba por poner gente inexperta e incapacitada al mando de algo que que ni remotamente conocían.

–Bombardero de Piloto.

–Piloto de Bombardero. Adelante.

–Compartimiento de bombas abierto, Juan. El avión es suyo.

–Conforme, Capitán.

–Oígame bien, Juan. Largue las bombas una a una con un espacio de doscientos pies cada una. Tome como referencia el camino y, si es posible, que caigan a los costados. Repito: A los costados. Ahí está la cosa.

–Conforme, Capitán, trataré.

–Artillero de Piloto.

–Piloto de Artillero. Adelante.

–Don Pedro, meta plomo para abajo. Dispare todo lo que tenga a los costados del camino y a cualquier emplazamiento visible. Pueda ser que eso les quite los deseos de derribarnos.

–Conforme, Capitán.

Bajo el asiento para concentrarme nuevamente en el vuelo por instrumentos del avión. Altura 6.000 pies (menos mal que ahora estamos más alto en esta misión) ... velocidad 250 millas por hora... palo y bola al medio... variómetro en cero... sigo el *PDI*. El avión vuela recto y nivelado, como haciéndole muecas de desprecio a la metralla enemiga y... amiga. Pedro dispara como un loco hacia abajo. Siento sus largas ráfagas, que con toda seguridad están dando en el blanco, pues el fuego anti-aéreo disminuye un poco. Además, ya estamos fuera del alcance de los cañones de nuestras tropas. Siento el característico brinco del avión al caer una bomba, luego otra, otra y la última abandona el vientre del avión. Dejo escapar un suspiro de alivio.

–Cuatro bombas fuera, Capitán.

–Conforme, Juan.

Cierro el compartimiento de bombas y picando el avión, me sumo al concierto de Pedro con las seis calibre cincuenta

de las alas. Abanicamos el camino con nuestra metralla, destruyendo varios camiones que ciegamente corrían por la carretera. Desde uno de ellos, que bruscamente se detiene y busca la frágil e inútil protección de la manigua, abren fuego con desesperación. Corrijo la puntería lanzando pequeñas y cortas ráfagas hasta ver el camión completamente envuelto en llamas. Sigo disparando a lo largo y a los costado del camino, hasta que las balas se agotan. Decido regresar para cambiar de avión. Retorno a la Base e informo de la acción.

Me ordenan prepararme de inmediato para otra misión, apenas ingiera algunos alimentos. Llevo a mis tripulantes al comedor y me dirijo al Escuadrón. No tenía deseos de comer. Me encontraba terriblemente cansado. Me di una fuerte ducha helada, recuperando un poco las energías; además, tomé una doble ración de café fuerte, con unas cuantas gotas de ron. Rápidamente me quedé dormido. Disponía tan sólo de algunos minutos. Al despertar vi a algunos de mis muchachos que, sin darme yo cuenta, habían preparado otro poco de café. Me senté un rato en la cama y encendí un fragante habano, obsequio del Sargento Manuel Solares López. Todos se mostraban demasiado solícitos, tratando de entablar conversaciones completamente ajenas a los combates. Comprendí agradecido el esfuerzo de esos nobles muchachos. Ellos se daban cuenta del estado mental y físico en que me encontraba. Domingo "Toro Sentado" me alargó un jarrito con café, a la vez que encendía su enorme tabaco y me cobraba una cuenta atrasada. Aparentemente todo seguía igual en el Escuadrón, pero realmente no era así. Tenía que salir en otra misión. El cántaro nuevamente iba al agua. ¿Saldría con orejas? . . . Todos me miraron silenciosamente y con respeto cuando consulté el reloj y me puse de pie. Tranquilamente ajusté el cinturón con la pistola.

—Don Domingo, tenga cuidado con las ametralladoras de arriba. No las dejen solas, y usted, no se mueva de aquí. Queda al mando del Escuadrón en mi ausencia.

—Conforme, Capitán. Estése tranquilo —respondió en voz

baja—. Aquí estaré cuando usted vuelva. —Sin agregar una palabra, estrechó mi mano.

A las 13.00 horas despegué rumbo al combate otra vez. Iba en el 909, avión que había pertenecido al Capitán Silva. Su color negro brillaba con los rayos del sol. Hacía un calor infernal en la cabina. El sudor corría abundantemente por la cara, acumulándose en la barbilla, desde donde caían gruesas gotas, que empapaban la camisa. Era la peor hora para efectuar un bombardeo de precisión, dada la turbulencia producida por el calor tropical, que hacía completamente inestable el vuelo. Para colmo había una capa de nubes de 4.000 pies de altura, lo que me obligaba a volar demasiado bajo. Los artilleros se podrían dar gusto conmigo en esta misión. No había otra alternativa. Nuestra misión ahora, era bombardear un punto ubicado entre la pista, el camino y el pueblo de Playa Girón. Lugar en que el enemigo hacía fuerte resistencia a nuestras tropas. Al parecer tenían emplazados morteros pesados en ese lugar, que hostilizaban duramente a nuestras fuerzas que debían avanzar por el angosto camino con destino a Playa Girón.

Al calcular que ya estaba cercano al objetivo, abandono la capa protectora de nubes en la que volaba por instrumentos. Al romper en la base de las nubes, me encuentro volando sobre Bahía Cochinos, y al mirar hacia el este, diviso dos destructores acercándose a toda velocidad hacia Girón. Mi primer impulso fue dirigirme hacia ellos para dejarles caer los presentes que llevaba en la barriga del avión, pero pudo más el sentido del deber y de la disciplina. Decidí cumplir la orden de bombardear el punto previamente fijado.

El Cadete Juan Suárez Plaza, acertó nuevamente en el blanco con las dos primeras bombas, haciendo dos impactos directos. Las otras dos, mordieron los extremos de la cabecera sur, en la pista de Girón. Felizmente no la inutilizamos, pues nos sería de gran utilidad después, para evacuar a nuestros heridos. El Sargento Pedro Delgado Lugo, hacía cantar las ametralladoras, silenciando el fuego anti-aéreo y barriendo el sector con su mortífera metralla. Varias lanchas trata-

ban infructuosamente de alcanzar los destructores, que en ningún momento detuvieron su veloz carrera, para evitar así ser atacados por nosotros. En este punto, recibo orden de regresar a la Base, para cumplir nuevas órdenes.

Al entrar en la Oficina de Operaciones, el Capitán Curbelo, me llama y me informa de la situación. Sobre un mapa extendido me indica la posición de nuestras tropas. Están detenidas a kilómetro y medio por el norte, este y oeste de Playa Girón. Se les ha impartido órdenes de mantener sus posiciones, para evitar mayores pérdidas de vidas, pues el final de los invasores, ya se vislumbra. El enemigo se hace fuerte en el mismo pueblo de Playa Girón, haciendo feroz resistencia y hay que liquidar esta batalla, antes que caiga la noche; de lo contrario, pueden reembarcar o recibir refuerzos al amparo de la oscuridad. Existían dos criterios respecto a los destructores que habíamos visto en las cercanías de la playa. El Teniente Bourzac insistía en que estaban desembarcando gente; por supuesto, "él los había visto"; criterio del cual yo disentía, pues en primer lugar era imposible desembarcar gente a una velocidad de 30 nudos, ya que en ningún momento dichos barcos habían detenido su marcha; y en segundo, por haber navegado en el mismo tipo de barco, sabía que no tenían capacidad para llevar tropas. Como nuestros jefes sabían tanto de aviación como yo de panadero, quedó la incertidumbre. Los hechos confirmarían después, que los mencionados destructores trataron de sacar o reembarcar a gente importante. Quienes, felizmente para ellos, no se embarcaron en las lanchas que trataron de acercarse a los barcos; pues todas fueron a parar al fondo del mar.

Después de enterarme detalladamente de la ubicación de nuestras tropas, el Capitán Curbelo quiso saber si era posible bombardear Girón, sin peligro para nuestros soldados y milicianos, considerando la pequeña distancia que los separaba del objetivo. Le contesté que estaba completamente seguro de dar en el blanco, si antes no me derribaban, ya que tenía que soportar el fuego anti-aéreo de todas las armas que se encontraban en el frente, incluyendo las de nuestras tropas. Argumenté también que estaba terriblemente cansado y que necesitaba dormir por lo menos unos diez minutos, ya que hacía varios días que no dormía un par de horas seguidas. En los últimos tres días no sólo había combatido, sino que, había dirigido el arreglo y mantención de los aviones, con motivo del arresto de Evans; había hecho guardias todas las noches al pie de las ametralladoras en nuestro Escuadrón y sólo había ingerido uno que otro alimento, más que nada café y cigarrillos. Al exponer estos impedimentos a Curbelo, miré fija y detenidamente al Capitán Carrera, quien se encontraba como siempre muy bañadito y perfumado. El día anterior no había cumplido ninguna misión, por tener su T-33 averiado. En circunstancias que sobraban los B-26 y faltaban pilotos. Curbelo comprendió la indirecta, y miró a Carrera. Este argumentó que me iba a escoltar en su T-33, por lo cual no podía volar en el B-26.

—Pero, Carrera, deja que vuele Guerrero, Fernández, Del Pino, Prendes, Rood o Bourzac de escolta. Para los T-33 y Sea-Fury sobran pilotos, ya que tienen sólo cuatro aviones, mientras que el Escuadrón de Bombardeo Ligero tiene siete aviones disponibles y un solo piloto, que soy yo. Y te juro que no doy más.

La situación me agradaba, sabía que yo tenía que hacer la misión, pero quería poner en apuros al "varonil y apuesto" Capitán Carrera. No era la primera vez que lo hacía. Mirando a Curbelo con una sonrisa despectiva, me alejé rumbo al avión.

Nuevamente llevaba como mecánico a Adriano Sánchez, a Pedro Delgado como artillero y ahora iba como bombardero, el Cadete José González Roche. A las 16.50 horas despego por tercera vez ese día. Teníamos noticias de que aviones yanquis volaban en la zona de combate; motivo por el cual desvié un poco la ruta hacia el sur, para entrar después desde ese punto rumbo al objetivo. Además, serviría para hacer una aproximación directa hacia el blanco elegido y así facilitar la tarea a mi nuevo bombardero, novato aún. En ese momento teníamos todos nuestros efectivos en el aire; había

que liquidar el problemita antes que el sol se ocultara en el horizonte, que por esas raras coincidencias de la vida, mostraba un color rojo sangre, que se reflejaba en las blancas nubes.

La visibilidad no estaba buena. La tarde era brumosa, sumándose a eso, una enorme cantidad de humo y polvo que flotaba en el ambiente. El avión respondía como un fino reloj, los motores rugían parejos y potentes con el caballaje aplicado. Era un poco excesivo, pero tenía que recuperar tiempo, ya que la orden del Comandante Fidel indicaba claramente, "estar sobre el blanco a las 17.30 horas". No me importaba consumir apreciable cantidad de combustible en poco tiempo; total, la misión iba a ser corta. Ojalá no demasiado.

Me aproximaba volando por el extremo sur de la Península de Zapata, a unos mil pies de altura, cuando diviso pequeñas lanchas, en las cuales fácilmente se puede apreciar la presencia de algunos individuos que remaban desesperadamente, tratando de ocultarse entre los pequeños canales. Acaricio mecánicamente el gatillo de las ametralladoras, pero desisto de atacarlos, pues veo claramente que no tienen salvación alguna. Hubiera sido como cazar patos en una laguna. Jamás se imaginarían esos pobres, lo cerca que estuvieron de la muerte. Mi nuevo bombardero va muy calladito. Me intranquiliza ese silencio.

—Bombardero de Piloto.

—Piloto de Bombardero. Adelante.

—¿Cómo se encuentra, Cuadrado? —lo llamo por su popular apodo.

—Bien, Jefe. Un poco nervioso, pero ya se me pasará.

—Mire, Cuadrado. Tome nota tranquilamente. Vamos a bombardear a 6.000 pies de altura. De sur a norte, con una velocidad de 250 millas por hora; el viento es del norte de 15 nudos. No hay deriva. ¿Entendido bien?

—Sí, Capitán. Copiado todo correcto.

—Bueno, ahora fúmese un cigarro y haga cuenta que este vuelo es de práctica. No le haga caso a los fuegos artificiales con que nos van a recibir, y recuerde, Cuadrado —agre-

go— o pone las cuatro bombas en el pueblo, o le parto la *siquitrilla** llegando a la base.

Gonzáles Roche largó una sonora carcajada por el intercomunicador; era precisamente lo que yo quería, pues eso demostraba que la tensión nerviosa aflojaba. Yo sabía perfectamente bien cómo se sentía él. Me había pasado lo mismo en el primer combate.

—Artillero de Piloto.

—Piloto de Artillero. Adelante.

—Don Pedro, acuérdese que nuestras tropas están a kilómetro y medio por las tres carreteras que llegan a Girón. Afine la puntería y no riegue las balas.

—Conforme, Capitán. Pierda cuidado.

A diez millas a la izquerda se ve Playa Girón, rodeada de una espesa cortina de humo y polvo. Era nuestra artillería que les seguía dando duro. Efectúo un viraje suave a la izquierda y enfilo rumbo directo hacia el norte, teniendo a Girón, inmediatamente por la proa del avión. Me acuerdo de los F-86 y nuevamente llamo al artillero.

—Pedro, pruebe las ametralladoras y vigile bien la cola. Tenga cuidado que por ahí andan unos F-86 americanos. Si se acercan, métales duro y no se olvide de avisarme.

—Conforme, Capitán.

—Tenga cuidado también con un T-33 nuestro. No lo vaya a confundir y le meta plomo.

—Hace rato que estoy tratando de ubicarlo, Capitán. Pero hasta el momento no lo he podido ver. Debe andar muy alto por ahí —informa Pedro.

—Conforme, Pedro. Ya sabe. Cualquier cosa rara que vea por la cola me avisa. —Cuelgo el micrófono y sonrío al pensar que Carrera, a quien suponía mi escolta, andaba tan alto, que seguro ni me veía. Se cuidaba el hombre.

—Bombardero de Piloto.

---

* *Siquitrilla*: El nombre de este hueso característico de las aves, se usa en Cuba con el significado de algo muy vital y delicado en las personas. Así, "romper la siquitrilla" da la idea de aplicar un castigo muy riguroso o de inferir un daño irreparable.

—Piloto de Bombardero. Adelante.

—Cuadrado, lo que ve directamente adelante y pegado a la costa es Girón. De aquí ya se puede apreciar el pueblo, la pista y el camino. ¿Lo ve?

—Sí, Jefe.

—Perfecto. Ahora voy a conectar los circuitos, y recuerde: tómelo con calma.

—Pierda cuidado, Capitán —contesta Cuadrado, inspirándome confianza y seguridad. Bien sabía yo que no me iba a dejar mal en ese momento...

—Conforme, Cuadrado. Todos los circuitos conectados. Ahora abro el compartimento de bombas y el avión es suyo. Recuerde, le pago una botella del mejor ron que podamos encontrar, si da en el blanco; de lo contrario, ya sabe lo que le espera a la vuelta.

—Descuide, Jefe. La verdad es que me va a deber dos botellas, pues ya me debe una desde Santiago. ¿Se acuerda?

Tenía razón el muy bandido. Me había ganado una apuesta en Santiago de Cuba y yo la había olvidado. Si salíamos con vida de esa misión, no faltaría ocasión ni motivo para darle curso a la deuda. Miro tranquilo y confiado hacia adelante. Y, ¿qué veo? "¡No. No puede ser!" Las balas trazadoras que salían del pueblo de Girón formaban una muralla impenetrable, y de los costados, un fuego cruzado de ametralladoras y cañones anti-aéreos de nuestras tropas. Otra vez esos malditos cañones. ¿Cómo era posible que aún no les hubiesen avisado? ¿Qué diablos hacía el Estado Mayor, que permitía esa estupidez sin nombre? No. Eso sí que no. Meterse ahí era lisa y llanamente un suicidio...

Era una verdadera pirámide de fuego anti-aéreo. Parecía una muralla incandescente que daba la impresión de ser sólida, como una plancha de hierro al rojo vivo, atravesada en mi camino y que de continuar volando con el rumbo que llevaba, fatalmente me estrellaría contra ella. Lo que más me inquietaba eran esas volutas de humo blanco y negro que aparecían por doquier. Eran granadas que estaban explotando a diferentes alturas, lanzando miles de fragmentos de metralla en todas direcciones. "Regresar en este momento no sería cobardía" pienso inquieto, tratando de convencerme a mí mismo para abandonar esa descabellada misión. Total, una cosa es combatir y otra, suicidarse estúpidamente. Los caballeros que estaban dirigiendo los combates, desde sus seguras oficinas, no se daban cuenta a qué extremos llegaban su incapacidad y desconocimiento del arte de la guerra. O a lo mejor, creían que yo era un Piloto Kamikaze.

En ese momento, todas las armas que existían en el campo de batalla, disparaban contra el solitario 915. Me daba rabia pensar que mientras yo estaba metido entre las balas, mi escolta volaba seguro y tranquilo como a 30.000 pies de altura. Por lo menos debiera bajar para distraer con su veloz avión a los artilleros que se estaban ensañando con el pobre B-26. Meses después conversé y cambié impresiones con los milicianos, soldados y policías revolucionarios, quienes entre carcajada y carcajada, me confirmaron ese pequeño detallito.

—No sólo con las cuatro bocas y los cañones le tiramos, Capitán. Yo tenía una Fal y casi la fundo ese día, tirándole a usted —afirmaba uno sonriente.

Otro compañero que había pertenecido a la Fuerza Aérea Revolucionaria y que un día volaba conmigo, cuando se me incendió un avión en las cercanías de Camagüey metido en una tormenta de lluvia, granizos y relámpagos y que después fue trasladado a la Policía Revolucionaria, riéndose contó.

—La verdad, Capitán, que cuando aparecía su catana en el aire, le tirábamos con todo. De haber sabido que era usted, no lo habríamos hecho —terminó diciendo, a la vez que me ofrecía un cafecito como desagravio. Este muchacho fue gravemente herido en el transcurso de esa batalla, quedando inutilizado para toda la vida.

A todo esto y sin darme cuenta, estaba nuevamente bajo el fuerte fuego anti-aéreo. Hago un esfuerzo inhumano para concentrarme en el pilotaje del avión y tratar en lo posible de olvidarme del peligro que corría. Prefería morir en pleno combate, a tener que enfrentar un pelotón de fusilamiento, si re-

gresaba. "Velocidad... VELOCIDAD... VELOCIDAD, ANIMAL... Vas muy rápido..." Reduzco potencia... "Ahora sí, 250 millas por hora... Altura... Altura, BRUTO; son 6.000 pies y no 5.000. Parece mentira, eres un novato de porquería, y así te las das de PILOTAZO... 6.000 pies, muchachote. Así... así, flaquito... Nivela las alas, flaquito, Palo y Bola al medio... Ahí está la cosa... Velocidaaaaaaaaa". Coloco otro poco de potencia y el avión recupera la velocidad prevista, 250 millas por hora. Variómetro en cero... "Perfecto, huevoncito..." Todo en orden siguiendo el *PDI*. Me siento un poco más tranquilo al ver que mis dos yo se están poniendo de acuerdo. Sonrío al darme cuenta que ya se están tratando en forma más cordial. Tenía que monologar mentalmente para no explotar en forma histérica. "¡COJONES; esa granada explotó demasiado cerca!" El avión levanta bruscamente un ala, como queriendo hacer el quite a las esquirlas.

—¿Lo sintió, Capitán? —pregunta Pedro.

No puedo contestar para no distraerme del vuelo. Sigo con los ojos pegados en el panel de instrumentos. Quiero echar una mirada hacia afuera con el rabillo del ojo. "NEGATIVO COMPAÑERO, —salta el otro yo— preocúpese de su trabajo, "IÑOR". El otro yo mezclaba el modo de hablar cubano con el de un roto chileno. "Esto sí que se está poniendo bueno".

La conversación que sostenía conmigo mismo, mantenía ocupada mi mente y me alejaba de la terrible realidad. Nos estábamos paseando entre las balas y la metralla. Parecíamos grandes personalidades sentados en un lujoso automóvil, que rodaba majestuosamente por una calle principal, mientras una gran multitud nos arrojaba confeti y serpentinas con grandes fuegos artificiales, como telón de fondo. La única diferencia era, que el confeti y serpentinas que nos lanzaban no eran de papel, eran de plomo y acero... Y los fuegos artificiales, eran balas trazadoras. No, la verdad es que no sentía deseos de agradecer tan magnífica recepción. "¿Hasta cuándo va a durar esto?" Me parece que han pasado horas de interminable agonía; que hace días que estoy parado ahí en el aire, en medio de las balas. "¿Qué le habrá pasado a Cuadrado? ¿Se habrá dormido ese bribón? No, imposible con tanto ruido". "¡Quién me mandaría ser piloto, cuando en la Marina se pasaba bien después de todo!" Esto me pasaba por meterme en camisas de once varas. "¡YA PUS, ÑO; deje caer eso" poco menos que digo en voz alta y con desesperación.

Repentinamente el avión se encabrita como un potro salvaje. Doy un violento brinco hacia arriba y agarro los comandos con desesperación. Creí que había sido alcanzado por algún impacto de cañón, cuando por el intercomunicador llega la voz tensa de Cuadrado.

—Cuatro bombas fuera, Capitán. Cayeron medio a medio en el pueblo —agrega a media voz, a lo mejor sintiendo lo que habíamos hecho.

Sin contestar nada, cierro el compartimiento de bombas y lanzo el avión en una violenta y vertiginosa picada, iniciando un giro cerrado hacia la derecha. El velocímetro registra el aumento rápido de la velocidad. 300 millas por hora... 350... 400... 450 millas por hora. Había sobrepasado la máxima velocidad permisible para el avión. Reduzco potencia y empiezo a nivelar suavemente. A los dos mil pies sobre el nivel del mar tenía nuevamente el avión bajo control. Había escapado otra vez a las garras de la muerte.

Miro hacia Girón. El pueblo no se ve; está envuelto en una inmensa nube blanca que se eleva a más de dos mil pies de altura. Las cuatro bombas de quinientas libras cada una hicieron blanco directo. Son las 17:35 horas del miércoles 19 de abril de 1961. Según supe después, el enemigo se rindió incondicionalmente a las 17:40 horas de ese mismo día. Exactamente cinco minutos después del bombardeo.

Observaba atentamente, con el corazón sobrecogido, los mortales efectos del bombardeo, cuando del centro y de los alrededores de Girón abren fuego rabiosamente varios emplazamientos enemigos. Aplico potencia bruscamente a los motores y enfilo el avión hacia uno de ellos, el más cercano, en pleno centro del pueblo, en donde estaba concentrado el enemigo y en donde, también, ya todo era muerte, desorden y desesperación. En ese momento un valiente artillero contesta

certeramente el ataque. Veo sus balas trazadoras cruzarse con las mías. Las balas enemigas rebotan primero en la nariz del avión e instantáneamente destrozan por completo el parabrisa. Mecánica y bruscamente giro la cabeza hacia la derecha en un movimiento instintivo de protección. Sentí un terrible dolor en el cuello. Tiré con fuerza el bastón para sacar al avión de la mortal picada. Estábamos como a cinco metros del suelo cuando logré recuperarlo, arrastrando casi la barriga sobre las palmeras. Inicié un pronunciado ascenso y en ese momento oigo rugir las ametralladoras de Pedro, en una ráfaga larga y continuada. Me había vengado.

Haciendo un suave giro hacia la izquierda y trepando a la mínima velocidad posible, busco la protección de una densa bruma que envuelve la zona. Recién entonces saco la mano izquierda que fuertemente apretaba contra el cuello. La sentía mojada y pegajosa, lo que me confirmaba la gravedad de la herida. "Ojalá alcance a llegar a la Base y no me desangre por el camino", pensaba tristemente. Menos mal que ya teníamos la altura suficiente para que la tripulación saltara en paracaídas si algo me acontecía. "Qué cosa más grande, caballero —saltó el otro yo—, ser herido en el último combate". Eso ya era el colmo de la mala suerte.

Retiro suavemente la mano y la quedo mirando atónito y asombrado. Estaba empapada en sudor y grasa. ¡NO ESTABA HERIDO! La humedad pegajosa que había sentido entre los dedos y que en un principio creí que era sangre, era sólo la transpiración que empapaba mi cuerpo, y el dolor, era producido por un tendón torcido en el brusco movimiento que había hecho con la cabeza. Adriano Sánchez, mi mecánico, que hasta ese momento me había mirado con ojos llenos de espanto y preocupación, no lograba entender lo que sucedía. Tuvo que tocarme y observar detenidamente el lugar de la supuesta herida para convencerse que estaba completamente ileso.

Reduje la velocidad al mínimo posible para evitar que el vidrio cediera por completo por efectos de la velocidad, pues, en ese caso y con toda seguridad, quedaría gravemente herido, y hasta ciego. Pequeñas astillas azotaban fuertemente mi

rostro. Bajé el asiento hasta el fondo y seguí volando por instrumentos rumbo a la Base. Con grandes dificultades pude aterrizar en San Antonio de los Baños, pues el viento cegaba con lágrimas mis ojos.

Cuando detuve los motores en la plataforma de Operaciones, todo el personal de la Base se dirigió a recibirme. Entre vítores y aclamaciones fui bajado del avión. Yo estaba atontado. No sabía aún lo que había acontecido. EL ENEMIGO SE HABIA RENDIDO.

Todos atribuían la rendición a los efectos de mi bombardeo. Los pilotos de Persecución y Combate que habían presenciado la dantesca escena lo confirmaban. El personal, eufórico, gritaba, bailaba, e incluso mis propios soldados, olvidándose de mi enorme cansancio, me zarandearon vivamente. La alegría fue total cuando llegó la confirmación del frente de combate. El enemigo se había entregado, incondicionalmente. Exactamente eran las 18:15 horas.

Esa memorable noche todo fue alegría y loca euforia en la Base de San Antonio de los Baños. Comimos con champaña y después de comida nos regalamos con unos excelentes tabacos Romeo y Julieta, acompañados de tragos de Terry 103. Todo el mundo estaba feliz. Prendes, Rood, del Pino, Guerrero, Bourzac y Fernández relataban sus combates en voz alta y acompañándose de amplios gestos. Bourzac y del Pino no dejaban hablar a nadie, con sus descontrolados gritos; Bourzac, olvidándose de mi presencia, relataba nuevamente cómo había hundido el barco que había derribado a Silva. Del Pino reía a grandes carcajadas al narrar de qué manera había ametrallado en el aire al piloto enemigo que se había lanzado en paracaídas. Prendes se empinaba sobre sus botas "crecedoras", tratando de llamar la atención. Carrera caminaba "varonilmente" de un lado para otro, repartiendo sonrisas. Douglas Rood conversaba animadamente con el Capitán Víctor Pino, tejiendo planes, como siempre. El Teniente Fernández callaba y el Teniente Ernesto Guerrero (nicaragüense), no pudiendo soportar más tal espectáculo, bebió de un solo trago su vaso de cogñac, y sin decir palabra se alejó.

Cansado de escuchar tantas estupideces y fanfarronadas, con toda tranquilidad tomé varios tabacos de una caja, cogí una botella de añejo Bacardí y partí rumbo a mi Escuadrón. Tanta alegría me hacía daño, me molestaba. Necesitaba aislarme, estar solo, en tranquilidad y silencio. Subí un colchón al tejado del edificio, al pie de una ametralladora que también ahora estaba silenciosa y abandonada, con su negra boca apuntando hacia el cielo. Me agradó su silenciosa actitud. Me coloqué una gruesa chaqueta de cuero y me dispuse a pasar la noche solo y olvidado.

A pesar de no haber luna, la noche era clara. El cielo estaba cuajado de estrellas y sin una sola nube en el horizonte. Observé detenidamente las diversas constelaciones, como cientos de veces lo había hecho en mi juventud, cuando navegaba. A lo lejos se divisaban de nuevo las alegres luces de La Habana, me imaginé cómo estarían las calles llenas de gente, celebrando nuestra victoria. Después de tantas horas de angustia, era justo celebrar el final de la pesadilla.

Me hubiera gustado ir a mi apartamento para darme un buen baño, afeitarme y cambiar de ropa. Para después dormir y darle un poco de descanso a mi maltratado cuerpo, así como a mi alterada mente. Desde el sábado 15 no sabía lo que era dormir una hora seguida. Pasaba la noche lenta y tranquilamente. El silencio envolvía la Base. No puedo apartar la mente de la horrible escena de aquella explosión, trágica para nuestra Fuerza Aérea y para varios hogares. Habíamos dejado cinco compañeros en el campo de batalla. Me imagino cómo estarán en casa de Silva, Noa, Torres y Calainana, y también en el hogar del Teniente Ulloa, el "Pollito", como cariñosamente lo llamábamos y quien había sido mi alumno en B-26, pero que nunca lo llegó a volar solo, pues el Alto Mando, más bien dicho Pina, temía que se fugara en uno de ellos, rumbo a Nicaragua. Por ese motivo me habían ordenado suspender o alargarle indefinidamente la instrucción. ¡Pobre Pollito!; con su heroica muerte había probado al fin que era digno de toda confianza. Era triste saber que ese fogueado combatiente de la lucha por la libertad de Nicaragua, a quien la muerte había respetado infinidad de veces, había caído para siempre, lejos de su patria.

Una extraña tranquilidad envuelve todos los edificios de la Base, brindando merecido descanso y reposo a los soldados, que ahora duermen confiadamente y en sus camas, abandonando la incomodidad de las trincheras. A pesar de que hay rumores de un bombardeo e invasión directa de los yanquis, nadie los cree.

De espaldas sobre el duro colchón, contemplando el cielo, pensaba en mi madre, mis hermanos, los amigos y mi querida y lejana patria. Qué distante me parecía todo aquello, como si perteneciera a otra vida, como si lo hubiese leído en algún libro. Me parecía que todos los recuerdos eran fruto de una fantasía, o de un sueño. Que ahora mismo estaba soñando. Encendí un cigarro para convencerme de que estaba despierto. Todo era real, los combates, los bombardeos, las ametralladoras y la terrible desaparición de mis amigos. Bien dicen que a veces la realidad supera la fantasía.

Mis cansados ojos se cierran tratando de conciliar el sueño reparador, que mi atormentada mente me niega. Me acordaba de una frase de Sandoval Rojas, que había leído en un libro hacía tiempo atrás: "El que ha muerto entró en la paz. Víctima es el que vive muchos años, por más que haya dejado el alma en la tragedia".

Son las cuatro de la mañana. Empieza a despertar de nuevo la vida en la Base. ¿Qué me deparará este nuevo amanecer?

Jueves 20 de abril de 1961. A las 5:30 horas despego en el 937, rumbo directo al sur, para patrullar Isla de Pinos e islotes adyacentes. Llevo como mecánico a Eloy Vera Vento. Patrullo toda la costa oriental de Isla de Pinos y después tomo rumbo al este para sobrevolar los Cayos hasta la altura de Cienfuegos, en busca de algún enemigo oculto que nos pudiera deparar alguna desagradable sorpresa.

Después de varios minutos de vuelo, observo unos pequeños puntos deslizándose rápidamente por el mar, dejando largas y pronunciadas estelas. Inmediatamente me doy cuenta

que son barcos enemigos. Coloco potencia de guerra y el avión brinca brioso hacia adelante. El velocímetro avanza inmediatamente: 240 millas por hora... 260... 300 millas por hora; el avión tiembla y ruge nervioso. Los comandos se ponen duros por la velocidad. Alisto y pruebo las ametralladoras.

Ya estoy más cerca y puedo apreciar fácilmente la silueta de los barcos enemigos. Son dos barcos típicos de transporte de tropas de la Marina yanqui, aproximadamente de 5.000 a 6.000 toneladas cada uno, de color gris claro, sin identificación ni bandera alguna; capaces de transportar de cuatro a seis mil hombres. Fuertemente artillados con ametralladoras y cañones antiaéreos, navegaban a unos 15 nudos con rumbo decidido al sureste, alejándose rápidamente de nuestras costas. Los otros dos eran destructores de unas 1.200 a 1.500 toneladas de desplazamiento cada uno, grises claros, sin bandera ni identificación. Temibles naves de guerra por su armamento y velocidad. Sus cañones de cuatro pulgadas y su facilidad de maniobra, los hacía difícil presa para un solitario avión, armado tan sólo con seis ametralladoras de calibre cincuenta.

Los barcos me habían detectado hacía mucho rato con sus potentes equipos de radar, pues cuando yo aún me encontraba lejos, ellos maniobraban para despistarme, describiendo amplios círculos entre los dos barcos de transporte, protegiéndolos de un probable ataque. La posición exacta era: 25 millas náuticas al sur de Girón, a la cuadra de Cayo Guano; la hora, 06:40. Seguramente estas naves esperaban órdenes para reembarcar a las destrozadas tropas invasoras, o más bien, desembarcar los refuerzos que el enemigo tan ansiosamente esperaba. Esto último era lo más factible. Presurosamente regresé a la Base con el informe y a solicitar nuevas instrucciones. La orden era permanecer en estado de alerta; las operaciones se habían suspendido. A las 16:00 horas despegué en un T-33 acompañado del Capitán Alvaro Prendes, a patrullar la costa sur. Regresamos a las 17:10 horas sin ninguna novedad. El enemigo no se avistaba por ninguna parte. Se suspendieron

total y absolutamente las operaciones aéreas. "LA BATALLA DE GIRON HABIA CONCLUIDO".

Los ocho pilotos sobrevivientes, siete del Escuadrón de Persecución y Combate y uno del Escuadrón de Bombardeo Ligero: seis cubanos, un nicaragüense y un chileno, fueron proclamados "Héroes de la Revolución" y propuestos para la máxima condecoración que el Gobierno Revolucionario de Cuba otorga: "La Orden de Girón". El 17 de abril fue oficialmente designado como: "Día de la Fuerza Aérea Revolucionaria".

El mundo entero se maravilló de las proezas y heroísmo de ese puñado de pilotos inexpertos, que, volando aviones prácticamente inservibles, había obtenido tan brillante victoria. La prensa internacional lo atribuía a la intervención de pilotos checos, rusos y chinos. La verdad era otra: sólo se había derramado sangre latinoamericana, en defensa de una revolución latinoamericana, por lo menos, lo era hasta ese entonces.

El Ejército Rebelde y el pueblo de Cuba habían combatido por "ULTIMA VEZ", defendiendo su Revolución, defendiendo a Cuba. La Historia seguía su marcha inexorablemente . . .

XI

CUBA SOCIALISTA

El 1º de mayo de 1961, en una magna concentración, Fidel proclamó que la Revolución Cubana era Socialista. Nueva sorpresa, porque el año 1959 había sido Humanista, el año 1960, Nacionalista y ahora resultaba que también había cambiado.

En verdad, la Revolución era un verdadero tren que estaba arrollando con todo y con todos. No importaba que a lo largo del camino quedaran los mejores y más fieles combatientes, revolucionarios, e incluso, amigos personales de Fidel. Los que un día creyeron sinceramente al máximo líder, cuando éste dijo: "La Revolución Cubana es Verde Olivo, tan verde como las palmas y tan cubana como la Bandera misma", agregando después: "La primera Ley fundamental de la República será: La plena dignidad del individuo", y terminaba: "Ni pan sin libertad, ni libertad sin pan".

En su viaje a los Estados Unidos en abril de 1959, en una transmisión por radio y televisión de costa a costa, reafirmó y definió la filosofía Humanista.

Humanismo quiere decir que para satisfacer las necesidades materiales del hombre, no hay que sacrificar los anhelos más caros del hombre, que son sus libertades. Pero las libertades más esenciales del hombre nada significan si no son satisfechas también las necesidades materiales de los hombres. Humanismo significa lo que por democracia se entiende, pero

no democracia teórica, sino democracia real; derechos humanos con satisfacción de las necesidades del hombre... Con hambre y miseria se podrá erigir una oligarquía, una tiranía, pero jamás una verdadera democracia.

Postulo una doctrina que es la antítesis del "marxismo" y levanto ante los pueblos de América una bandera capaz de cobijar a todos los hombres, a todas las patrias y a todas las clases.

¡¡¡Ni dictaduras de hombres ni dictaduras de clases!!!
¡¡¡Ni dictaduras de grupos ni dictaduras de castas!!!
¡¡¡Ni dictaduras de clases ni oligarquías de clases!!!
¡¡¡Ni pan sin libertad ni libertad sin pan!!!
¡¡¡Gobierno de pueblo sin dictaduras y sin oligarquías!!!
¡¡¡Libertad con pan y sin terror!!!
¡¡¡¡¡ESO ES HUMANISMO!!!!!

No vine aquí a mentir; no vine a ocultar nada, porque nuestra Revolución nada tiene que ocultar. No vine aquí a pedir nada, porque nuestra Revolución no tiene nada que pedir, como no sea amistad y comprensión.

Así habló el Comandante Fidel Castro Ruz, en el Parque Central de la ciudad de Hudson, U.S.A., el viernes 17 de abril de 1959. Sus palabras de aquel entonces constituyen hoy una autoacusación histórica, y con seguridad, la Historia NO LO ABSOLVERA.

A la vez que agregaba: "Soy anticomunista y regresaré a Cuba a combatir el comunismo, no con leyes represivas, sino con realidades".

En abril de 1959, los comunistas habían tratado de infiltrarse en la Revolución, cuando por primera y última vez en la historia de Cuba se efectuaron elecciones libres en la Central de Trabajadores y en la Federación Estudiantil Universitaria. Fueron total y absolutamente derrotados, ya que no lograron sacar ni siquiera a un representante. Así el pueblo de Cuba le había manifestado a ese partido político su total y completo repudio. No podían olvidar tan pronto que los comunistas se habían mantenido hasta el último momento junto a Batista, en la larga y sangrienta lucha por la liberación de

Cuba. Para nadie era un secreto que altos dirigentes del Partido, como Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez, habían sido Ministros de ese odiado régimen, cuando los más altos exponentes del Movimiento 26 de Julio eran acribillados a balazos por las hordas batistianas. Así murieron hombres como Frank y Josué País, ambos ministros protestantes; José Antonio Echeverría, líder estudiantil católico; Pepito Tey, Tony Alomá y miles de jóvenes más, que murieron por la causa sagrada del Movimiento del 26 de Julio; únicas agrupaciones, ésta y el Directorio Revolucionario, formado por los estudiantes de las Universidades de La Habana y Las Villas, que fueron capaces de hacer frente a la tiranía del General Batista y Zaldívar.

Y ahora resultaba que los enemigos de ayer, los aliados y cómplices del tirano, desplazaban a los que tuvieron la suficiente hombría, la claridad histórica y moral revolucionaria, para hacer frente, con escasos elementos bélicos y humanos, a todo un ejército regular, y derrotarlo después de largos y sangrientos años de lucha; cubriendo con sus ensangrentados cuerpos las calles de las ciudades, pueblos y campos de Cuba. Era irónico e incomprensible, y aún más... doloroso.

La razzia continuó con verdadera saña. Fueron cayendo en desgracia todos los altos jefes del Ejército Rebelde, como los Comandantes Juan Almeida Bosque, Efigenio Almejeira, Víctor Bordón, Savorí, Pilón, etc. Otros eran fusilados, como los Comandantes Sorí Marín, Carrera, William Morgan; y los restantes, encarcelados. Las cárceles de Cuba se abrieron de par en par para recibir a los gloriosos miembros del Ejército Rebelde, que se creyeron con el suficiente respaldo moral para denunciar a viva voz la traición que se aproximaba. Fueron a hacerle compañía al heroico Comandante Hubert Mattos, a los Capitanes Triana, Miró, Blásquez, Blanco, Llano, Lane, y cientos de oficiales más, que habían cometido el mismo delito. No estaban lo "suficientemente claros políticamente". ¡Eran anticomunistas!

Ese 1º de mayo vimos con asombro que las calles de La Habana se adornaban con enormes retratos de Lenin, Marx,

Engels, Kruschov y Gagarin. Por cada bandera cubana, flameaban diez de la Unión Soviética, y todo el mundo andaba con un pañuelito rojo al cuello; en lugar de la medallita de la Virgen del Cobre o del Rosario, que con tanto orgullo llevaban cuando habían bajado de la Sierra los Rebeldes. Incluso Fidel.

En las oficinas públicas, instituciones militares, hospitales, escuelas, tiendas, etc., se descolgaron los viejos retratos de los grandes Héroes de la Independencia, como Maceo, Martí, Agramonte, Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez y Mariana Grajales. En su lugar aparecieron cuadros con los líderes de la Revolución Rusa y del Partido Comunista cubano.

Era algo desconcertante ese fanatismo espontáneo o dirigido. Pero mostraba, una vez más, la volubilidad de las masas, la inconsciencia de un pueblo, que tan pronto adora a un ídolo, a una causa, como le da la espalda y reniega de ello. Caro pagaría el pueblo cubano esa vehemencia tropical.

El sitio de reunión forzada que teníamos todos los desplazados o caídos en desgracia era frente al *Marakas* ubicado en calle 0 entre 23 y 25, en el Vedado. Ahí íbamos a escuchar las últimas noticias y rumores del día. Teníamos nuestro servicio especial de información, que muchas veces era más efectivo y seguro que la prensa misma... la que ya había caído en manos del "compañero camarada" César Escalante, "hermanísimo" del omnipotente y poderoso camarada Aníbal Escalante, estando, por lo tanto, sometida a una censura tan eficaz y estúpida, como sólo un miembro del Partido podría imponerla. Todo, absolutamente todo lo que se publicaba, escribía y decía por radio y televisión, e incluso las películas que se exhibían, pasaban por el ojo experto de censores que formaban el "Comité de Divulgación Revolucionaria", dependiente de la Organización Revolucionaria Integrada –ORI–; en otras palabras, el Partido Comunista cubano.

–¿Sabes la última, chico?

–No.

–Fíjate que al Capitán Orlandito Lara lo designaron interventor de una fábrica de blumers (calzones de señoras).

–Coño, eso es un insulto. Cómo van a nombrar a Larita para esa porquería de puesto.

Todos daban su opinión a grandes gritos, manera característica de los cubanos para hacerse entender mejor. ¿Quién no conocía a Larita en Cuba? Un famoso y legendario Rebelde que se ganó los galones tiro a tiro, combate a combate y cuya calidad de revolucionario puede apreciarse por hecho de que en los tiempos de la insurrección, Batista puso precio a su cabeza. Llegó a conquistar el título de "León del Llano", por haber librado todos sus combates en la zona del Río Cauto, tan llana como la palma de la mano. Desafió, combatió y resistió toda la furia del Ejército batistiano, sin tener a su favor las montañas, tan necesarias e imprescindibles en la lucha de guerrillas. En los llanos del Cauto se mantuvo hasta que llegó con refuerzos el Comandante Camilo Cienfuegos, ya en el año 1958, al final de la lucha.

–Eso no es nada, compay –terció uno por ahí–. A los Tenientes Mongo Arias y Angelito Reyes los mandaron a incorporarse a las Batallones de Trabajo Voluntario y a toda la gente de la Policía Militar de la Base de San Antonio de los Baños, a dar pico y pala en una Granja Experimental que está por Jovellanos.

–Al Comandante Nieves lo colocaron de interventor en una fábrica de zapatos –decía aquél–. Y al Capitán Nury lo pusieron a cargo de las *guaguas*.

–Bueno, ¿y quién queda en el Ejército Rebelde? –preguntó otro–. Porque yo sé que al Comandante Tony Castell lo tienen de Jefe de los Bomberos.

–Yo creo que el Ejército Rebelde ya no existe –dijo un ex Capitán–. Pues yo sé que el Comandante Savori, el Comandante Víctor Bordón, y el mismo Crescencio Pérez, están matando moscas en sus casas. Pero si llega a haber otro Girón –agregó–, con seguridad los mandan a buscar, pues los milicianos casi todos son ex *casquitos**, y esos cobardes no fueron capaces para nosotros en la Sierra...

* *Casquitos*: Soldados del Ejército batistiano.

—¿Tú no sabes lo que le pasó al Capitán Mulato Polanco con los milicianos, esos que decían que habían defendido la micro-onda en Playa Larga, hasta el último tiro?

—No.

—Pues, que los encontró muy limpiecitos y peinaditos. Tan limpios como las metralletas que no habían disparado ni un solo tiro. Los muy cobardes se rindieron apenas empezó la *malanga*.

Esas conversaciones se repetían noche a noche y siempre nos dejaban con la boca amarga, que en vano tratábamos de endulzar con buchitos de café y aromáticos tabacos H, Hupmann o Partagás de veinte *kilos**. Después cada uno partía por su lado, tratando de encontrar una justificación posible a tanta injusticia, tanta canallada y, más aún, ingratitud para con esos pobres hombres, que tanto habían hecho por Cuba. ¿Constituía acaso un delito el no ser políticos afiliados al Partido? ¿Tenían que ser castigados por ello? ¿Cuándo en la Sierra se habló de política, si incluso estaba prohibido? Todos los Rebeldes habían luchado guiados tan sólo por un ideal patriótico; querían ver libre a su patria de toda esa cáfila de politiqueros asquerosos y corrompidos, entre los que estaban, por supuesto, los miembros del Partido Comunista, tan dignamente representados por figuras como Carlos Rafael Rodríguez y Juan Marinello; el primero, Ministro sin Cartera del régimen batistiano, y el segundo, un aristócrata "botado a comunista", quien había sido confirmado en su puesto de Rector de la Universidad de La Habana por el General Batista en persona. Marinello, al agradecer ese día, 8 de noviembre de 1958, la confianza del General depositada en él, en un florido y poético discurso, proclamó al General Batista, Presidente de la República de Cuba, como el más democrático de todos los Presidentes que registraba la Historia Cubana y como: "PADRE DEL COMUNISMO CUBANO".

Los veinte mil muertos que ya costaba a Cuba la Revolución, eran fieles testigos y dignos exponentes de tan bellas

* *Kilos*: Centavos.

palabras. Hoy, esos patriotas soldados que lucharon por la libertad de Cuba, se deben estar revolcando de ira en sus tumbas, al ver a Juan Marinello en el mismo puesto en que lo dejó Batista; ahora, confirmado por Fidel Castro Ruz.

Una noche, como siempre, llegó mi fiel amigo Rubén Cárdenas, ingeniero peruano que trabajaba en el Instituto Cubano de Petróleo. Rubén, miembro del APRA en su país, era un hombre de firmes ideales políticos y trataba, por todos los medios posibles, de convencerme de que todo lo que estaba sucediendo en ese momento en la Revolución Cubana era producto del desarrollo mismo de la Revolución. Decía que todas las revoluciones eran como un parto y que en ese momento todavía estábamos en el de la placenta. Empleaba un y mil argumentos y se remontaba a las más remotas fechas de sucesos revolucionarios que en el mundo habían acontecido.

Tenía la característica manera de hablar de los peruanos y su cara redonda de ojos mongólicos, adoptaba un aire de misterio, para tratar cualquier tema, por sencillo o sin importancia que fuera. Bajaba la voz, y sus labios se movían tan rápidamente, que casi siempre sólo le entendía la mitad de lo que decía. Esa noche empezó a hablarme de asuntos relacionados con su trabajo. Yo, como siempre, trataba de seguir su conversación, agudizando el oído o tratando de leer en sus labios lo que decía. Pero ese día el enojado era él. Lo tuve que hacer repetir varias veces para tratar de entenderle. Por último, ya exasperado, le dije:

—Habla más alto, viejo; no entiendo ni jota lo que estás diciendo.

—Mira, chileno "pelotudo"... —al decirme esto, la cara se le iluminó con una sonrisa, dulce, apacible y melancólica. Le gustaba bromear conmigo—. Te estaba diciendo que en el ICP también se está armando la grande. Ahí hay *piñitas** que dirige un argentino de apellido Barzzollo, quien se cree dueño

* *Piñas*: Grupos, clanes.

del Instituto por ser amigo de confianza del Che Guevara. Se aumentan los sueldos a su antojo. Toman y despiden gente sin tener en cuenta capacidad o conocimientos. Para mí, que también es asunto de sectarismo. Las inmoralidades que estoy viendo ya me dan asco y estoy por creer todo lo que tú me has dicho. "Esto está podrido".

—Bueno, ¿y de qué te quejas ahora? —le respondí—. ¿No me decías que sólo estábamos en la placenta de la Revolución?

—Sí, pero, viejito; hay cosas que se pueden aceptar y otras no. Nosotros, los verdaderos revolucionarios, hemos venido a ayudar y no a llenarnos los bolsillos con dólares, como están haciendo estos carajos.

—Cierto es, Rubén, que muchos latinoamericanos han venido en calidad de técnicos y únicamente como profesionales. Bastante falta hacen a la Revolución. Esos no se meten en política; son los menos; se podrían contar con los dedos de la mano. Pero, como te lo he dicho mil veces, hay otros que vienen con suculentos contratos en dólares, casas y automóviles entregados por el gobierno para su uso personal y, lo que es más importante hoy en día, *no están sujetos al racionamiento, que está matando de hambre al pueblo cubano.* En otras palabras, los nuevos privilegiados, los pancistas, los arribistas que siempre se pliegan a las revoluciones triunfantes. Que lo hagan los cubanos, conforme. Pero, ¿por qué vamos a soportar que individuos extranjeros como nosotros, con la única diferencia de que ellos nada, absolutamente nada, han hecho por esta causa, vengan después poco menos que a pisotearnos, desplazarnos e incluso censurarnos porque nos atrevemos a decir la verdad y reclamar contra las injusticias y canalladas que ahora son pan del día. Por mí, ya pueden empezar por irse a la misma... —terminé colérico.

—Mira, flaquito. Yo todavía creo que estas cosas no están en conocimiento del Comandante Che Guevara. Yo voy a pedir una entrevista con él y le voy a llevar un amplio informe sobre lo que está sucediendo en el ICP.

—Ojalá que tu informe tenga más suerte que el que yo le envié al Comandante Raúl Castro, por intermedio del Che.

Para mí, que esas cosas se quedan en algún colador. No hay otra explicación posible. No puedo concebir que Fidel, Raúl y el Che se hagan cómplices de todas estas canalladas, haciéndose los desentendidos. Y otra cosa, flaco —agregué—; hoy día he escuchado varias noticias malas, así es que no quiero oír ni una más. Te invito a la "Gruta" a darnos unos buenos tragos, que bastante falta nos hace a los dos; y por favor, no me hables más de política o te rompo la crisma —terminé riendo.

Bajamos tranquilamente a la calle 23 esquina 0. Pasaban en ese momento dos bellas y cimbreantes cubanitas. Tuve poco menos que agarrar de los fondillos del pantalón a Rubén para que no partiera como perrito callejero tras ellas; mi amigo peruano era más enamorado que yo.

Entre humo, risas y ron, con el fondo musical del famoso pianista y compositor Frank Domínguez, pasamos largas horas tratando de hacer recuerdos gratos de nuestros respectivos países. Nos sentíamos tristes y nostálgicos. Amanecía, cuando con pasos vacilantes y con una falsa alegría dibujada en los rostros, nos dirigimos a nuestros respectivos hogares.

—Chao, flaco.

—Hasta más rato, chilenito.

Una destartalada y vieja camioneta de la Fuerza Aérea Revolucionaria se estacionó frente a la *Cafetería Wakamba.* De ella bajó, sonriente y con la mano amistosamente estirada, un ex Sargento del Escuadrón de Bombardeo Ligero, a quien nosotros llamábamos cariñosamente "Caballo Loco".

—Qué tal, Capitán. ¿Cómo anda eso?

—Aquí, flaquito. Sin novedad en el frente —contesté alegremente a mi ex soldado.

En ese momento bajó de la camioneta una señorita a quien yo no conocía. Cortésmente, Caballo Loco la presentó. Ella era una muchachita de cutis blanco, cabellos negros y ondulados, grandes ojos negros con una expresión triste. Tenía una figura fina y delicada. A simple vista me agradó. Sonreí al pensarlo: me estaba volviendo viejo; me empezaban a gustar jovencitas; era mala seña. Cambiamos varias palabras cor-

teses y amables, sin importancia. Ella se alejó tal como había venido. Sin darme cuenta.

Seguía pensando en ella cuando detuve mi automóvil en las puertas del *Hotel Habana Libre*. Matilde Ladrón de Guevara, Marcialito, su hijo, y Eva Vastari me esperaban impacientes. Enfilé el automóvil por la Vía Blanca, y felices nos dirigimos a pasar un día fuera de La Habana.

El sol caía a plomo, pero a nosotros no nos incomodaba. El poderoso equipo de aire acondicionado de mi automóvil nos hacía sentirnos en otro mundo. Sintonicé una música suave de una radioestación de Key West y seguimos raudos por la amplia y hermosa carretera. Nos detuvimos en un pueblecito llamado Boca de Jaruco para almorzar y tuvimos el gran privilegio de bebernos la última botella de vino francés que quedaba en ese negocio. Seguimos rumbo a Varadero y después de mucho escoger, encontramos una playita aislada al final de esa bella península. Fue un día agradable y pacífico. Un día de bien merecido descanso.

A la vuelta pasamos a ver a María, a quien yo tenía mucho interés de presentar a Matilde. Como siempre, la encontramos en su albergue, cuidando de las alfabetizadoras que pronto partirían rumbo a la Sierra, en su humanitaria labor. Se cumplían ya las últimas etapas de la Campaña de Alfabetización; María nos confesó que se alegraba de ello, pues también había tropezado con grandes dificultades en los últimos días, ya que la habían acusado de "burguesa y no estar políticamente clara". El mal se extendía como un cáncer, y nadie lo podía atajar. Atacando a diestra y siniestra a gente que todo lo había dado y todo lo daba por la Revolución, y nada pedía en cambio. Sólo consideración y respeto; muy difícil de encontrar entre los resentidos o desplazados sociales. Nos despedimos con tristeza de esa abnegada mujer. Nunca más la volvería a ver.

De regreso a La Habana, pasábamos frente al Cuartel del Ejército Rebelde de Matanzas, cuando se reventó la rueda trasera del automóvil. Se sintió una fuerte explosión e inmediatamente aparecieron dos soldados armados con Fal, creyendo

quizás, que había explotado una bomba cerca del cuartel. Les tranquilicé, a la vez que me identificaba. Gustosos me facilitaron un jeep, para llevar la goma de repuesto que también la tenía *ponchada**, a un gomero en la ciudad, distante como tres kilómetros del lugar en que nos encontrábamos. Matilde y Eva se quedaron escuchando un concierto por radio mientras Marcial y yo partíamos hacia la ciudad. Cuando le fui a pagar al hombre que había sacado la panne de la goma, éste no quiso aceptarme el dinero. Era un ex-soldado Rebelde que me conocía. Me estiró su maciza y nudosa mano sucia, a la vez que decía:

—Que va, Capitán. El negocio es suyo cuando quiera. Y me hizo un guiño con el ojo.

Llegamos tarde esa noche a La Habana, pero felices y contentos por haber vivido un día tranquilo, junto a la naturaleza y alejados de la ruindad humana. Dejé a Matilde, Eva y Marcialito en el *Habana Libre* y regresé de nuevo a mi solitario hogar. Después de darme un baño caliente me acosté. A los pocos minutos estaba profundamente dormido. Sentía a lo lejos y muy distante, la campanilla del teléfono que sonaba insistentemente; parecía que habían pasado sólo unos segundos desde el instante en que había puesto la cabeza en la almohada, pero eran las tres de la mañana. Medio dormido, encendí la luz de la cabecera y me levanté para atender la llamada.

—Oigo.

—¿Quién habla? ¿El Capitán Lagas?

—El mismo.

—Bueno, Capitán. No sabe el gusto que tengo en decirle que me cago en el corazón de su madre. Y cortó de inmediato.

Yo me quedé helado, estupefacto, mirando el auricular que aún sostenía en la mano. Despacio colgué el aparato, encendí un cigarro y automáticamente tomé una botella de ron de la mesa. Llené un vaso hasta el borde. De tres

* *Ponchada*: En "panne" por pinchadura.

tragos vacié el contenido. El líquido color ámbar, espeso y fuerte, pasó por mi garganta como un sorbo de agua; no lo sentí; pero su efecto casi instantáneamente me despertó. Las palabras rebotaban en mi mente y se repetían con mil ecos. No lo podía comprender. Al principio creí que se trataba de una broma de mal gusto, pero deseché de inmediato esa idea, ya que toda la gente que me conocía me respetaba. No, no era posible que fuera una broma. Eso tenía que ser obra de algún contra-revolucionario, que de una manera u otra, trataba de vengarse así. Apagué tranquilamente el cigarro en el cenicero y me dispuse a dormir. Pero de nuevo empezó a sonar el teléfono. No quise atender al principio, pero la maldita campanilla me despertó de tal manera, que ya no pude conciliar el sueño. Sonaba, sonaba y sonaba. Así pasaron como quince minutos. Nuevamente levanté el auricular y, escuché un borbotón de insultos soeces y cobardes. Puse atención y guardé silencio. Al otro lado de la línea, la "valiente" persona que me insultaba, protegiéndose en el anonimato, se empezó a exasperar porque yo no le contestaba nada; me inducía a ello llamándome de mil maneras vejatorias, hasta que se descubrió.

—Mercenario . . . traidor . . . anti-comunista.

Sentí una especie de latigazo en el cerebro. La boca se me llenó de un líquido amargo como la hiel. Empecé a temblar como un perro rabioso y no pudiendo contenerme más, le grité con desesperación:

—¡¡¡Y tú, que eres tan valiente, MARICON!!!, ¿por qué no vienes a insultarme a la cara? Sabes dónde vivo. Te espero en la puerta de mi casa y ven armado. ¡¡¡*ÑANGARA* DE MIERDA!!!

Al oír esto, el pseudo revolucionario que en forma tan digna y demostrando tanto coraje, me insultaba desde lejos, colgó el auricular. Me vestí en unos minutos, tomé la pistola de reglamento que colgaba en un perchero, la saqué de su cartuchera y la revisé cuidadosamente. Rastrillé el arma y sacando el peine, le coloqué otra bala más. La aseguré y me la puse al cinto, comprobando que podía salir fácilmente. Apagué todas las luces del apartamento y bajé en el ascensor. Abrí la puerta y observé. La calle estaba desierta; sólo se divisaba uno que otro trasnochador que regresaba presuroso a su hogar. Tranquilamente me senté a la puerta del edificio en que yo vivía. Encendí un cigarro y tuve especial cuidado de taparlo con la mano, cada vez que lo llevaba a la boca. El canalla que me había insultado, sería capaz con toda seguridad, de pegarme un tiro sin dar la cara y sin que yo lo advirtiera.

Las horas pasaban y nada sucedía. Cada vez que sentía el ruido de algún automóvil, automáticamente cogía la 45 y le quitaba el seguro. ¿Cuántas veces lo hice? No recuerdo. Cuando ya el horizonte se empezó a teñir de un celeste claro y limpio, comprendí que el canalla no iba a venir. No tenía el coraje necesario. Un hombre que es capaz de insultar a otro hombre valiéndose del anonimato y de la segura protección física que le proporcionan cientos o miles de metros de distancia, no es capaz de insultar frente a frente.

Al darme cuenta de lo estúpido que había sido al pasar toda la noche esperando a alguien que jamás pensó venir, regresé a mi apartamento. Estaba calado hasta los huesos, pues había permanecido varias horas completamente inmóvil y sólo me había puesto una liviana camisa de verano. Envuelto en las tibias sábanas, rápidamente me quedé dormido.

Esas llamadas se repetirían a partir de ese día, con una crueldad tan sistemática, que casi consiguen lo que pretendían: Volverme loco. Se notaba que detrás de ese sádico tratamiento, había alguien con la mente lo suficientemente maquiavélica y pervertida como para dirigir un ataque destinado única y exclusivamente a destrozar a un hombre.

Dormí hasta tarde. Cuando desperté eran ya casi las doce del día. Una larga y fría ducha me revivió. Rápidamente me afeité y vestí de civil. Colocándome la pistola 45 al cinto, salí a la calle. A partir de ese día, nunca más me separaría de un arma, que para mí llegó a constituir una prenda más de vestir. Ya sabía a qué atenerme, tenía enemigos al frente, y los más peligrosos, a la espalda. Mis antiguos compa-

ñeros, que ahora me echaban en cara mi nacionalidad y "bajo nivel político". La vorágine me había alcanzado. El sectarismo seguía su marcha destructora y cruel.

Matilde Ladrón de Guevara y Eva Vastari esperaban en el vestíbulo del hotel. Hacía un calor horrible, por lo que decidimos almorzar en el *Polinésico;* éste era uno de los pocos locales que estaban quedando en Cuba con aire acondicionado. Tuvimos que hacer cola y esperar pacientemente que se desocupara una mesa. Finalmente, encontramos una en un rinconcito apartado. Pedimos un Chop-Suey de camarones y tres coca-colas. Misteriosamente Matilde sacó lo que nosotros llamábamos "tónico para el pecho". Era sencillamente Añejo Bacardí, que Matilde llevaba en una botellita que antes había contenido algún perfume. Ella, con toda tranquilidad y ante los ojos asombrados del mozo, nos echó una cucharadita en cada vaso. Por lo menos, se le cambiaba el gusto a esa agua con azúcar prieta, que pomposamente llamaban Coca-cola. La verdadera, ya había desaparecido hacía tiempo de Cuba.

Mientras comíamos, relaté a Matilde y a Eva lo que me había sucedido la noche anterior. Felizmente ellas tenían una entrevista con Manressa, Secretario Privado del Comandante Ernesto Che Guevara, y me insinuaron que hablara con él y le expusiera los acontecimientos para tratar de conseguir una entrevista con el Che. Accedí y convinimos en que las acompañaría al edificio del Ministerio de Industrias.

Manressa recibió de inmediato a las damas. Yo me quedé esperando en la oficina de la Secretaria de Manressa, hasta que Matilde salió para avisarme que éste me esperaba y deseaba hablar conmigo.

Me recibió cortésmente, manifestando su pesar por no encontrarse ese día el Comandante Guevara en el Ministerio para que hablara directamente con él. Se interesó vivamente al saber quién era yo, pues, según me afirmó, me admiraba y conocía por mis hazañas en Playa Girón. Confesó tenerme envidia por mis méritos de combatiente aéreo, ya que él también era un enamorado de la aviación. Conversamos largo rato de mis experiencias en combate, pero me di cuenta fácilmente que él alargaba la conversación innecesariamente para ganar tiempo, ya que a los pocos minutos empezaron a llegar varios soldados vestidos de verde olivo; ninguno de ellos tenía grados a la vista y yo jamás los había visto antes. Sin lugar a dudas, eran miembros de la temida y poderosa Policía Política, el famoso G-2. Cuando entramos en materia, en presencia de los recién llegados, les narré lo mismo que había puesto en el informe al Comandante Raúl Castro Ruz, enviado por intermedio del Che y con la cooperación de Matilde. Se mostraron asombrados e incrédulos. Tan grave consideraron el asunto, que Manressa prometió hablar al respecto con el Comandante Guevara, apenas éste llegara. Pidió mi dirección y número de teléfono, a la vez que me rogó permanecer en la casa ese día desde las diez de la noche en adelante, pues él creía que con toda seguridad, el Comandante Ernesto Che Guevara me mandaría a buscar en cuanto se enterara de lo ocurrido. Me advirtió que, incluso, no debía extrañarme si me llamaban a altas horas de la noche o en las primeras de la madrugada, ya que el Comandante trabajaba hasta las tres o cuatro de la mañana. Nos despedimos amablemente y partí con el corazón lleno de esperanzas. Así se lo manifesté a Matilde en el trayecto hacia el hotel. Confiaba en que ahora el río cogería su cauce.

A partir de ese día esperé noche tras noche la ansiada llamada del Che. Me llamaron cientos de veces, pero no de la oficina de Guevara. Eran los canallas que cobardemente me seguían insultando por teléfono, agregando a sus ruines insultos, una invitación formal a abandonar el país, amenazándome que en caso contrario, tendría que sufrir las consecuencias. Yo contestaba como siempre, invitando a esos bribones a que dieran la cara como hombres y repitieran esas palabras en mi presencia, que los enfrentaría dónde, cuándo y cómo ellos quisieran. Jamás se atrevieron. Pero consiguieron en parte lo que se habían propuesto. Mis nervios tan serenos en combate y en cientos de emergencias en el aire, empezaron a fallarme.

Mientras pasaban los días y los meses, esperando una justicia o una condena que nunca llegó, me encerré voluntariamente en el apartamento donde vivía, pues sentí unos deseos insanos de buscar a los causantes de tanta ignominia y hacer justicia por mi propia mano. Llegué a gastar las armas de tanto limpiarlas y prepararlas para el momento deseado, disfrutando mentalmente al pensar lo que sucedería si llegaba a poner mano encima de alguno de esos canallas. Me paseaba como un león enjaulado en el pequeño apartamento y sólo abría la puerta para dejar entrar al fiel mozo, que hacía limpieza en el edificio, llamado Raúl, quien me llevaba alimentos, cigarros, café y ron; ya que sólo podía hacer descansar mi atormentada mente, embotándola con licor. Mi voluntad también me había abandonado.

Para no caer en la insanía total, empecé a escribir mi primer libro, en el cual relataba la vida de mi Escuadrón a lo largo de tres años de lucha y sacrificios, salpicado aquí y allá, de las inevitables anécdotas en la vida de los soldados; culminando con los combates suicidas en Playa Girón y Bahía Cochinos. Pasaba catorce y hasta veinticuatro horas sentado frente a la mesa que me servía de escritorio, escribiendo a mano. Más de una vez me quedé total y profundamente dormido sobre la mesa, y casi siempre, despertaba con el estridente sonido del timbre del teléfono, para recibir, no la esperada llamada que había prometido el Secretario del Che, sino que nuevos insultos, más vejaciones. Me daba cuenta cabal que era blanco de una persecución sistemática y organizada. Trataban por todos los medios posibles de aplastarme, desmoralizarme y llevarme a la desesperación. Ponían especial cuidado en cambiar y disimular la voz, pero poco a poco fui descartando uno a uno los nombres de una larga lista de individuos conocidos que por sus bajas condiciones morales podían prestarse para tal canallada. Ardía en deseos de lograr mi objetivo; bien sabía que apenas tuviera la completa seguridad de identificar por alguna palabra, frase o manera de expresarse a uno de esos microbios, no duraría veinticuatro horas vivo. Fue para mí casi un reto, y cada vez que sonaba el teléfono corría a descolgarlo para escuchar con atención la voz y las palabras del que tanto daño me hacía. Llegó a constituir casi una especie de entretención morbosa, que poco a poco fue minando mi descontrolada mente.

Cierta vez pasé tres días sin ingerir alimento alguno; estaba intoxicado con café, cigarros y ron. Después de mucho pensarlo decidí bajar a comer algo en el *Wakamba* o en el *Marakas,* restaurants de los cuales era antiguo cliente. Como no tenía ninguna camisa tropical para ponerme fuera del pantalón, elegí una blanca de vestir, pero al tratar de colocarme la pistola al cinto, observé que hacía mucho bulto; por lo que decidí vestir el uniforme para poder llevar el arma más a mano.

Después de almorzar nos reunimos varios amigos, todos ex-soldados y oficiales del Ejército Rebelde. Mientras conversaba animadamente con ellos, sentía la sensación de que alguien me miraba fijamente por la espalda. Tenía en ese momento ambas manos colocadas en la cintura, en una actitud habitual y característica en mí, que a la vez permitía tener las manos cerca de la pistola. Con todo disimulo saqué el pasador de la cartuchera con el dedo meñique de la mano izquierda y lentamente empecé a girar el cuello para darle el frente al supuesto enemigo. Me avergoncé de inmediato de mis infundados temores, pues quien me miraba tranquila y serenamente, era una jovencita esbelta, de cutis blanco como la porcelana, ojos grandes y melancólicos, cabello negro y ondulado. Mecánicamente hice una inclinación de cabeza para saludarla, a la vez que trataba de recordar en dónde la había visto antes. Me parecía conocerla; ella sonrió enigmáticamente, siguió caminando y entró en el *Hotel St. Jhons.* Quedé intrigado y desconcertado.

Días después un amigo común nos presentó. Estaba confuso, ya que tenía casi la completa seguridad de haberla visto y conocido en alguna parte. Ella, sonreía, dándose cuenta de mi incómoda situación, y callaba.

Nos empezamos a ver con frecuencia. Sostuvimos largas

conversaciones, hasta que recordé que era la misma muchachita que me había presentado meses atrás, el Sargento "Caballo Loco". Ibamos al cine, a la playa y salíamos a comer juntos. Me aferraba a ella como a una última esperanza. La necesitaba. Era para mí como un oasis de tranquilidad, ternura y cariño en el inmenso infierno en que mi alma y mente se debatían. Muchas mujeres había tenido en mi vida; pero ninguna como ella me trajo sosiego, paz y comprensión en un momento tan crucial de mi existencia; en que más atracción sentía por la muerte, que por la vida. Así lo comprendió ella y no me abandonó jamás. Fue a partir de ese momento mi compañera, enfermera y después, amantísima esposa; hoy, madre de mi adorado hijo.

Ambos me rehicieron como hombre, me enseñaron a vivir y a querer la vida de nuevo. Me dieron nuevas armas para luchar y un motivo para ello; me mostraron, al fin, el lado bueno de la vida: la paz, la comprensión, el verdadero amor. Las grandes fuerzas que hacen posible la existencia en nuestro aterrorizado mundo. ¿Cómo olvidar jamás aquellas noches que despertaba gritando histéricamente, bajo la influencia de la enorme presión nerviosa a que estaba sometido? Adriana hacía esfuerzos sobrehumanos para calmarme y después, con suave y tierna voz, me adormecía entre sus tibios brazos hasta que la tranquilidad volvía a mi atormentada mente.

Cómo olvidar ese día en que, decidido a terminar de una vez y por todas con mi existencia, cogí resueltamente el revólver que guardaba en la mesa de noche, para volarme los sesos, pero al mirar a mi pequeño hijo que tranquilamente dormía en su cuna, y en su apacible sueño sonreía, sentí vergüenza, reconociendo la cobardía que encerraba mi intención. Tenía que vivir como un hombre, y no morir como un cobarde; tenía que seguir luchando o perecer en la lucha. Tenía un motivo para ello: mi hijo. Pensaba en eso, mirando fijamente el arma que tenía entre las manos, cuando entró al dormitorio el Capitán Luis Bu Travieso, quien, sin decirme

ni una palabra, tomó el revólver y lo guardó. Fue la última vez que pensé en la muerte como una puerta de escape.

Es por eso que ahora escribo estas líneas, para decir la verdad. La terrible y cruel verdad. No quiero que otros incautos idealistas como yo, sirvan de instrumento a ruines propósitos, bajas pasiones, falsos líderes y huecas palabras; a los eternos "Héroes de Barro". Que mi sufrimiento, desilusión y amargura, sirva de triste experiencia a aquellos nobles corazones tan llenos de bellos propósitos y buenas intenciones, pero, desgraciadamente, por eso mismo, tan fáciles de engañar.

Alrededor de las doce de la noche del 26 de julio de 1961, empezó a sonar insistentemente el maldito teléfono. De mala gana me levanté con el ánimo predispuesto para escuchar de nuevo, las ya repetidas sartas de maldiciones e insultos a que estaba acostumbrándome y con los cuales me honraban mis anónimos, pero conocidos enemigos.

Una voz de mujer, trémula de emoción y nerviosismo, se escuchó por el auricular. Era Matilde Ladrón de Guevara.

–Lagas, por favor. Venga inmediatamente. Me ha sucedido algo horrible.

–¿Qué pasa Matilde? Serénese y dígame con calma qué ha sucedido.

–Acabo de salir del G-2. Me tenían presa –exclamó casi llorando–. Me han tenido detenida todo el día y recién en este momento, me han dejado en libertad –terminó amargamente.

–¡No puede ser! –afirmé incrédulo–. Tiene que haber sido un error por algún estúpido, de los que tanto abundan por ahí en estos momentos –agregué convencido de mis propias palabras.

–Creo que todo fue premeditado. Por favor, Lagas. Venga inmediatamente, estoy terriblemente nerviosa –clamó Matilde con desesperación.

–Conforme, estaré allá en diez minutos.

Rápidamente me puse el uniforme y partí hacia el *Hotel Habana Libre, ex-Habana Hilton.* En el vestíbulo la encontré

vestida con traje blanco, sucio y ajado. Me llamó la atención, ya que conocía la sencilla, pero impecable elegancia de Matilde en el vestir. Apenas me vio, se dirigió hacia mí y tomándome fuertemente del brazo —como buscando protección— me pidió que la acompañara a tomar un café y comer algo, pues, —según me dijo— no había comido en todo el día. En el *Restaurant Polinésico*, único lugar abierto a esas horas, sólo pudieron servirnos café. Era lo único que quedaba. Entre sorbo y sorbo del reconfortante brebaje, Matilde, extenuada, me contó lo que le había sucedido. Había ido a la concentración de la Plaza de la Revolución, acompañada del Cónsul General de Chile en Cuba, don Antonio de Undurraga. Cuando se encontraban sentados en la tribuna diplomática, fue invitada a la tribuna de la prensa, donde se le acercó un funcionario que le pidió que la acompañara. Una vez fuera del recinto, este señor se identificó como miembro del G-2 y le dio a entender que por orden superior, debía acompañarla al tenebroso recinto de dicha Policía Política, ubicado en 5ª avenida y calle 14, barrio de Miramar. Ahí permaneció encerrada con varias mujeres más. Hasta que fue puesta en libertad, sin explicación alguna.

Traté por todos los medios posibles de consolarla y tranquilizarla. Estaba herida y con justa razón. Le dije que con seguridad era venganza personal de alguna persona conocida, pero que si pedía y exigía explicaciones, tendrían que dárselas, ya que se trataba de una extranjera que se encontraba en ese momento acompañada nada menos que por el Cónsul de su país, y además, no una extranjera cualquiera, sino que, una escritora de nombre y prestigio internacional. Quedó un poco más tranquila cuando nos separamos. Hicimos planes para hablar con el Comandante Guevara, en quien ambos habíamos depositado nuestra confianza, pues lo considerábamos un caballero, justo, imparcial y buen revolucionario. Con seguridad él se encargaría de averiguar ese inexplicable y estúpido atropello; castigaría a los culpables y se darían las explicaciones y disculpas que el caso requería.

Pasaron también los días, y al atropello, se sumó el insulto

del silencio. Matilde sufría en carne propia, lo que yo estaba sufriendo. Fueron días aciagos para nosotros.

Por fin, después de mil conjeturas y trámites, con tristeza por un lado y tranquilidad por otra parte, vi partir de Cuba a Matilde, compañera y víctima también de momentos duros, injustos e inmerecidos. La Revolución Cubana seguía perdiendo a sus más abnegados y desinteresados servidores.

Pasaban los días con una lentitud inexorable y lacerante. La angustiosa espera era rota de vez en cuando por la presencia de buenos amigos y compañeros de armas, entre quienes nos buscábamos para contarnos nuestras desilusiones, amarguras y desesperanzas. Tratábamos de darnos aliento y confortarnos unos a otros. Nos transmitíamos las últimas novedades del día y las "bolas de moda". Pretendiendo así distraernos y vengarnos en cierta manera, de la canalla que nos había arrollado.

Un amigo que frecuentaba mi casa era miembro del G-2 y viejo militante del Partido Comunista. Un teórico de la política, pues hacía clases de Marxismo-Leninismo en la Organización Revolucionaria Integrada —la famosa ORI—, la Candela, como la motejaban, pues ahí se quemaba cualquiera, o más bien dicho, quemaban a cualquiera. Manolo, que así se llamaba este compañero, había participado en la Guerra Civil Española, pero jamás hacía alarde de ello; muy por el contrario, no le gustaba hablar de sus experiencias bélicas. Muchas veces traté de sacarle algo al respecto, y él evadía el tema. Muy especialmente cuando yo le preguntaba si era cierto que en la Guerra Civil Española, había ocurrido lo mismo que estaba pasando en ese momento en Cuba, es decir, que los comunistas españoles habían tratado a los combatientes Republicanos, de la misma manera que lo estaban haciendo ahora los comunistas cubanos con los Rebeldes. El me contestaba que esas eran cosas de política que yo no entendía. A lo que yo siempre replicaba socarronamente:

—Me honro en ser combatiente y no político.

Manolo se empeñó en que estudiara Marxismo-Leninis-

mo, y en parte lo consiguió. Me llenó la casa con libros sobre la materia. Leí incansablemente a Mao Tse Tung, Lenin, Marx y Engels; sintiendo una marcada preferencia por Mao, dada su manera sencilla y franca de exponer las cosas. En cambio a Lenin y a Marx no los comprendía. Eran demasiado profundos y complicados en su manera de plantear sus ideas. Así lo hice saber un día a Manolo, quien me llevó otro libro para que me sirviera de introducción al Marxismo, el Tratado Elemental de Filosofía, de Pulitzer.

Una noche llegó como siempre, a ver cómo iban mis progresos en la materia. Mientras sacaba sus gruesos anteojos y los limpiaba, me dijo con aire doctoral:

—A ver, flaco. ¿Cuál es tu problema?

—Mira, Manolo. La verdad es que mientras más estudio, menos entiendo la *malanga*.

—¿Por qué —preguntó levantando una ceja, en un gesto muy característico de él.

—Para empezar, veamos esto. Según Lenin, al terminar la Revolución en Rusia, él se negó a que se abrieran las inscripciones en el Partido, para que —según él mismo dice—: "No se incorporaran los parásitos, arribistas, la escoria del pueblo, más bien digna de la horca y del fusilamiento. La chusma, esa turba que siempre se pliega a cualquiera revolución triunfante" —le dije esgrimiendo en mi mano el libro escrito por Lenin, titulado: "La enfermedad infantil de izquierdismo en el Comunismo"—. Por lo que estoy viendo aquí en Cuba, en este momento, están haciendo todas las cosas al revés. Y tú bien sabes por qué digo esto, Manolo —agregué—. Para nadie es un secreto que ustedes están metiendo a Pedro, Juan y Diego en el Partido, sin tener en cuenta esta recomendación del propio camarada Lenin —terminé riendo.

—A ver, menciona un caso —protestó Manolo, molesto.

—No sólo puedo mencionar uno. Te cito cien, si tú quieres. Para empezar te voy a nombrar a los siguientes bichos —le adelanté, mientras sacaba la copia del informe que meses atrás había enviado a Raúl Castro—. Tú leíste esto, en su momento oportuno. ¿Te acuerdas?

—Sí, tú me lo mostraste.

—Bueno. ¿Qué te parecen el Capitán Rafael Milán Santana y el Cadete Alfredo Ballester? Estos dignos "camaradas" fueron sorprendidos robando en el escaparate del Teniente Alvaro Galo, cuando éste fue detenido y enviado a La Cabaña. El Capitán Enrique Varona me robó las balas de los peines y de la pistola, cuando yo dormía entre combates. El Teniente Abelardo Díaz Meléndez se apropió por la fuerza del automóvil Fiat 600, perteneciente al Cadete Alfredo Noa Díaz, gloriosamente muerto en combate en la batalla de Girón, el...

—Un momento, flaco. ¿Cómo fue eso?. Yo no he sabido nada al respecto —interrumpió Manolo.

—Te lo voy a explicar en pocos palabras. El lunes 17 de abril cuando regresé de mi segunda misión, se me acercó un primo hermano del Cadete Noa, acompañado del Cadete Juan Suárez Plaza, quienes me comunicaron el incidente ocurrido: Los tíos de Alfredo Noa (prácticamente los padres de ese muchacho, pues Alfredo era huérfano de madre y su padre se encuentra refugiado en Miami), al enterarse de la muerte de Noa en combate, acudieron a la Base con la esperanza de confirmar lo contrario. Desgraciadamente, la noticia era exacta, Alfredo había muerto. Para trasladarse hasta la Base, utilizaron el automóvil que pocos días atrás había comprado Alfredo. Lo venía manejando el primo hermano de él. Cuando el Teniente Abelardo Díaz Meléndez, vio esa maquinita tan bonita y nueva, se interesó por saber a quién pertenecía. Al saber que era propiedad del Cadete Noa, arbitraria y descaradamente, se apropió de ella. Se la quitó a punta de pistola a esos pobres viejos, que sin reponerse aún por la noticia recibida, no podían comprender lo que estaba sucediendo. Este hecho indigno me fue comunicado por los Cadetes antes mencionados. Tuve que intervenir enérgicamente, para lograr sacar a ese desalmado del interior del Fiat, en el cual ya se encontraba sentado, acompañado por tres acólitos, todos armados con metralletas. Eso para mí no tiene nombre, Ma-

nolo. Si realmente estamos construyendo un mundo mejor, como dicen ahora ustedes, ¿se justifican tales actitudes?

—Por supuesto que no —respondió Manolo, alargando mecánicamente la mano, para tomar la botella de ron. Llenó el vaso y lo vació de un golpe.

—¿Y qué me dices del caso del Teniente Douglas Rood y Sánchez de Mola, ese aristocrático y batistiano camarada tuyo? ¿Tú crees que ese asesino debió ser absuelto? Tú sabes perfectamente cómo fue ese incidente. ¿Y qué hicieron? ¿Lo castigaron por haber dado muerte a sangre fría al soldado Rebelde? No, por supuesto que no. Ahora es asesor del Jefe de la Fuerza Aérea.

—Eso fue un accidente —interrumpió débilmente Manolo.

—¡Qué accidente ni qué cuatro cuartos! ¿Con quién crees que estás hablando, flaco? ¿No te acuerdas que me nombraron como investigador del supuesto "accidente" y que yo me negué a convertirme en cómplice del mismo?

Manolo se movió incómodo en el sillón, agachó la cabeza y encendió otro cigarro en la colilla que tenía en la mano. Nada respondió

—Ahora veamos el caso del Teniente Rafael del Pino —continué complacido al ver el giro que había tomado la conversación—. El lunes 17 de abril ametralló a un piloto que se lanzó en paracaídas, tres millas al Sur de Girón. Tú sabes perfectamente que eso va contra todas las leyes y convenciones. Incluso, está estipulado en la Convención Internacional de Ginebra, que todo aquel que ametralle a un Piloto de Guerra que se vea forzado a abandonar su avión en combate, utilizando el paracaídas, tiene que ser sometido de inmediato a un Consejo de Guerra y fusilado dentro de las veinticuatro horas, como Criminal de Guerra. ¿Hicieron eso con el Teniente del Pino? Lo premiaron nombrándolo Jefe de la Base de San Julián, en Pinar del Río. Todo lo que te acabo de relatar, Manolo, es sólo parte de lo que está sucediendo en este momento en nuestras Fuerzas Armadas y con seguridad, debe de pasar lo mismo en otras Instituciones. Te lo digo francamente; me da asco y no lo puedo aceptar.

Adriana, mi mujer, fumaba en silencio. Observaba a Manolo a la vez que me hacía una disimulada seña, para que yo cambiara de tema. Pero yo quería conocer la opinión sincera de ese hombre que sabía mi amigo. Lo consideraba lo suficientemente hombre para soportarme una catilinaria de tal envergadura y, a la vez, guardar silencio y no denunciarme por lo que yo estaba diciendo.

—¿Y qué te parecen esos bellos ejemplares del Partido como, el Capitán Víctor Pina, Capitán Teruel, Tenientes Arnaldo Fraguella y Antonio Pérez Centeno? ¿Es necesario que te diga quiénes y qué son?

—Pero esa gente es sólo transitoria en la Revolución, flaco. Tú bien sabes que tenemos que recurrir a ellos, pues no tenemos más.

—¿Tú los consideras indispensables? ¿Para qué o por qué? Que yo sepa, no ocupan ningún puesto ni cargo de importancia. Lo único que hacen es sembrar el odio, la desconfianza cia. y el rencor. En otras palabras, son unos perfectos y descarados canallas. Como decía tu amigo Lenin: "Carne de patíbulo". Si algún día los fusilan, te juro Manolo que yo, personalmente, me haré cargo de los funerales. Les voy a mandar a hacer unos ataúdes esféricos.

—¿Esféricos? —exclama asombrado Manolo.

—Sí, flaquito, esféricos. Para llevarlos a patada limpia hasta el cementerio.

—Esos hombres pasan, Lagas. La Revolución sigue adelante...

—Sí, por supuesto que pasan —le interrumpí enérgicamente—, pero mientras ,tienen el apoyo incondicional del Partido y de los jefes de la Revolución, y hacen más mal que los contra-revolucionarios. No te ciegues, Manolo; mira un poco a tu alrededor y verás que vamos de fracaso en fracaso, y todo por culpa de una tracalada de incapaces, inmorales y estúpidos sectarios.

Manolo secó de un golpe el último vaso de ron, tomó la botella y la observó larga y detenidamente, como tratando de obtener alguna respuesta del interior de ella. Sus ojos esta-

ban un poco brillantes y se notaba a simple vista que no quería seguir la conversación. Hubo un pesado silencio; de pronto se puso de pie, manifestando intenciones de partir. Se despidió cortés y amablemente de Adriana, y ya una vez en la puerta, a la vez que me estrechaba fuertemente la mano, exclamó:

—Lagas. Soy y seré tu amigo. Pase lo que pase. A pesar de que estamos en bandos opuestos, respeto tus puntos de vista. Eres hombre honrado en tu manera de vivir y expresarte. Lamento y siento pensar que te estamos perdiendo. No te censuro, pues estás soportando una paliza que no te mereces y que pocos cubanos han aguantado con tanta dignidad y valentía. Te estás jugando la vida con pleno conocimiento de causa y por eso, te admiro.

Sonrió tristemente y se alejó. Nunca más lo volví a ver, a pesar de que sabía que él siempre preguntaba y se interesaba por mí. Lo recuerdo como a un gran y fiel amigo. Fue mi primer y único amigo comunista.

Esa noche no pude conciliar el sueño. Cada vez que lo lograba por escasos minutos, empezaba a soñar de nuevo con mis combates y despertaba gritando y empapado de sudor. Adriana me echaba los brazos al cuello y trataba de calmarme con suaves palabras y tiernas caricias. Para no molestarla más, opté por levantarme. Eran las tres de la mañana Tomé un cafe bien fuerte y arropándome con la bata, me dispuse a trabajar. Traté de continuar escribiendo mi libro, pero tampoco pude. Lo dejé a un lado y empecé la siguiente carta:

La Habana, 7 de Agosto de 1961.

Señor Ministro Fuerzas Armadas
Comandante Raúl Castro Ruz
Santiago de Cuba.

Señor:

Con fecha 17 de Junio recién pasado, envié a usted una carta en la que exponía serias irregularidades acaecidas últimamente en la Base Aérea de San Antonio de los Baños. Posteriormente fui licenciado por ERROR, del Servicio, por lo que presumo que dicho informe no ha llegado a sus manos. Se me hicieron varias acusaciones que para mí carecen en absoluto de valor moral alguno, viniendo de quienes vienen y sabiendo de antemano, las bajas pasiones que las guían. Pero una no la puedo aceptar y la rechazo decidida y categóricamente, y es que se me catalogue como MERCENARIO. Nadie ignora en Cuba que yo vine a este país, contratado como técnico con un sueldo de SETECIENTOS DOLARES MENSUALES, a los cuales RENUNCIE VOLUNTARIAMENTE, para poder tomar parte activa en esta Revolución; y es así, que después de casi tres años de sacrificios espontáneos, de nueve misiones de combate, en las cuales puse mi vida al servicio de esta noble causa, se me viene a echar en cara mi nacionalidad. No olvidaré jamás cuando usted personalmente, señor comandante, al reprenderme por haberle presentado combate a dos aviones yanquis al sur de Santiago de Cuba, en Marzo del año en curso, me recordó que América Latina era una sola, como así nuestra Revolución. Pensando en eso fui a combatir, sin imaginarme jamás, que mis actuaciones y acciones iban a herir tanto, no al enemigo, sino que, a mis propios compañeros de armas. Comprendo que la vanidad y el amor propio de algunas personas, no tienen límite. Pero así como se me concedió el derecho a morir por Cuba y la Revolución, creo haberme ganado también el derecho de vivir con dignidad y sin humillaciones, que es la única forma en que estoy acostumbrado a vivir.

Mucho le agradeceré, señor Comandante, informarse al respecto con los Comandantes Juan Almeida, Sergio del Valle y, muy especialmente, Raúl Guerra Bermejo. Como así mismo, con el Capitán Luis Bu Travieso, ahora Jefe de la División 32 de Las Villas, y con el Capitán Diocles Torrealba, Ayudante del Comandante Juan Almeida, en Santa Clara, quienes conocen mi actuación y desempeño como Oficial de la Fuerza Aérea Revolucionaria, desde que ingresé, a la fecha. Como así mismo, si fuera posible, concederme una audiencia para aclarar esta situación injusta y poder luego llevar a cabo, una determinación ya tomada.

Sé, Señor Comandante, que sus múltiples obligaciones le impiden preocuparse de estas pequeñeces, pero si a los invasores se les otorgó el derecho de hablar y defenderse, creo que a un soldado que combatió por la libertad de Cuba y su Revolución, no se le debe negar el mismo derecho, siendo, por supuesto, las condiciones completamente diferentes y diametralmente opuestas.

Saluda respetuosamente a usted.

CAP. (PG) Jacques Lagas Navarro.

En esta oportunidad, para asegurarme de que la carta no se perdiera en el laberito de que estaba adoleciendo la Revolución, envié el sobre por correo certificado, a pesar de que tenía la certeza de que la otra carta había llegado a su destino, pues era demasiado importante como para perderse. Aún más, sabía que había sido leída por el Che Guevara, ya que se la había dejado con el sobre abierto con ese premeditado propósito, para que después la enviara al Comandante Raúl Castro Ruz. ¿Le estarían "echando tierra" al asunto? Total, ellos tenían que proteger a su gente; eran del Partido y yo no lo era ni lo sería jamás. Eso también lo sabían.

Después de poner la carta en el correo, partí en mi automóvil hacia Santa Clara. Tenía que hablar con el Comandante Juan Almeida; él me conocía y estaba en antecedentes del caso. Sabía también que Almeida había tenido varios y fuertes roces con los comunistas, motivo por el cual había dejado de ser el Comandante en Jefe del Ejército Rebelde y lo habían rebajado a Jefe del Ejército de las Villas. Todos los Oficiales Rebeldes creíamos que si nos uníamos y planteábamos el caso concreto al Comandante Fidel Castro Ruz, quien con toda seguridad no estaría en antecedentes de lo que estaba ocurriendo con sus soldados, nos escucharía y tomaría cartas en el asunto. Antes de que fuera demasiado tarde. Era su ejército, los hombres que lo habían llevado al poder, los soldados que armados con machetes, escopetas y otras armas deficientes, habían derrotado a Batista y su ejército regular. Eran sus compañeros de inquietudes, sacrificios y batallas, los que ahora estaban siendo desplazados, perseguidos y castigados, por un grupo de individuos desprestigiados, inmorales, politicastros que tan sólo ayer habían sido enemigos declarados de la Revolución y aliados de Batista hasta el final. Teníamos plena confianza en Fidel: "él no era comunista".

A mediodía llegué a Santa Clara. Inmediatamente me dirigí al Estado Mayor; me recibió el Capitán Diocles Torrealba, Ayudante del Comandante Almeida, con quien entablé una animada charla, haciendo recuerdos de los combates de Girón.

—Oye, Lagas. La verdad es que te la comiste ese día que bombardeaste el entronque de San Blas y Cayo Ramona —comentó alegremente Diocles—. Yo estaba con mi gente completamente inmovilizado, como a trescientos metros de un emplazamiento de ametralladoras. No podíamos avanzar ni retroceder, pues el enemigo tenía emplazadas las armas como a diez centímetros del suelo. Cuando íbamos a avanzar nos abrieron fuego. Nos tiramos de hocico al suelo y ahí nos tuvimos que quedar hasta que tú llegaste con tu catana vieja —terminó riendo Diocles—. Fueron las horas más largas de mi vida.

—Y qué dijeras tú ahora, flaco, si yo te contara que bombardeé con un muchacho que ni siquiera había terminado el

curso de bombardero. E incluso –agregué– hacía más de un año que estaba dando pica y pala en las construcciones de Aguacate. Fíjate, que antes de partir en esa misión, tuve que enseñarle casi todo de nuevo en tan sólo quince minutos de repaso. O sea, que las bombas cayeron en el blanco de pura buena suerte. Te pusiste dichoso ese día, Diocles. –terminé con una carcajada.

–Coño, flaquito, pero si las pusiste todas en el blanco. Cuando explotó la primera, nosotros estábamos, como te dije, a trescientos metros del lugar del impacto. Saltamos como medio metro hacia arriba y quedamos cerca de diez minutos atontados, sin saber qué hacer, ni lo que había sucedido. Después cuando miramos hacia el lugar en donde había estado el emplazamiento, vimos una enorme nube blanca. Esperamos como quince minutos más, hasta que la nube se despejó y lo que vimos nos puso la carne de gallina. Había un enorme cráter y nada más. Imagínate si las bombas caen un poquito corridas. De la que nos escapamos –exclamó estremeciéndose involuntariamente, a la vez que encendía un cigarro y me ofrecía un café.

Cerré los ojos un rato y la horrible visión de esa escena, que días atrás había comprobado personalmente, me hizo sentir un escalofrío por la espalda. Cambié rápidamente el tema y fui al grano. Informé al Capitán Diocles Torrealba de lo que estaba sucediendo en la Fuerza Aérea. Cómo todos los oficiales que habían pertenecido al Ejército Rebelde estaban siendo trasladados a la Sierra Maestra, a dar pico y pala. Otros, a los batallones de Trabajo Voluntario y la mayoría, licenciados del servicio. Un grupo de oficiales encabezados por Víctor Pina, Fausto Rodríguez, Arnaldo Fraguella, Eugenio Teruel, Antonio Pérez Centeno, Douglas Rood y otros, designados por el Partido, estaban realizando una verdadera "purga" en nuestra Institución, lanzando a la miseria, hambre y desesperación a tan nobles y valientes Revolucionarios. Le expuse las acusaciones que me había formulado el Teniente Antonio Pérez Centeno, y cómo en una maniobra super-maquiávelica, habían logrado licenciarme de la FAR por unos

escasos minutos solamente; gracias a la oportuna intervención de Fidel. Le hice ver en forma clara y precisa que yo no estaba de acuerdo con tanta injusticia y canallada, y por eso quería hablar con Almeida, para ver si él podía hacer algo al respecto, ya que todas las otras puertas se habían cerrado.

Cuando terminé de hablar, Diocles se quedó pensativo y en silencio largo rato, mientras jugaba con un lápiz. Se notaba que no encontraba palabras para calmar mis inquietudes. Luego, pausadamente y en voz muy baja, respondió:

–Lagas, ese problema también lo tenemos aquí. El Comandante Almeida no puede hacer nada al respecto. A él también lo tienen "por las cuerdas", por si no lo sabes.

Quedé completamente desconcertado y confuso. Creía firmemente que Almeida hubiese podido hacer algo. Me negaba a creer que un hombre que había acompañado a Fidel desde un principio, desde el asalto al Cuartel Moncada el 26 de Julio de 1953, al presidio, al exilio y después en el desembarco del Gramma, uno de los Doce Apóstoles de la Revolución, como nosotros llamábamos a los doce sobrevivientes de tan gloriosa gesta, estuviera también en desgracia. Si eso era verídico, entonces qué podíamos hacer nosotros. Especialmente, yo, extranjero que se había sumado a la Revolución, cuando ésta ya había triunfado. Quedé largo rato pensativo y sin saber qué decir.

–No te preocupes tanto, Lagas. Verás como todo se arregla en el camino. Esto no puede seguir así –dijo Diocles, sin poder aparentar mayor optimismo.

–La verdad es que me dejaste frío, flaquito. Ahora no sé qué hacer ni qué pensar. Confiaba ciegamente en que Almeida todavía gozaba de la confianza de Fidel.

En ese momento entró "Angelito". Este era un español de unos cincuenta y cinco años, canoso y de cara sanguínea. Vestía el uniforme verde olivo del Ejército Rebelde, pero nosotros sabíamos que era Teniente Coronel del Ejército Ruso. Había peleado en España y en Corea y ahora se desempeñaba como profesor y asesor del Estado Mayor de Las Vi-

llas. Era el que manejaba los hilos secretos del Ejército, en esa Provincia. Diocles me presentó y ambos le planteamos el problema. "Angelito" esquivó hábilmente pronunciarse al respecto y me sugirió que hablara con el compañero camarada Aníbal Escalante, profesor de Marxismo-Leninismo del Estado Mayor. Me dio la dirección y el número de su teléfono privado, asegurándome, que el camarada Escalante, era un individuo muy poderoso en la organización interna de la Revolución. (Llegó a ser tan poderoso, que Fidel tuvo que deportarlo a Rusia, meses después. Ese camarada no aceptaba papeles segundones, e hizo lo imposible para desplazar a Fidel, con el beneplácito traidor de Raúl Castro Ruz y el Embajador de Rusia en Cuba).

Días después, vistiendo impecable uniforme, llevando con orgullo una insignia de Piloto de Guerra con estrella y laureles que me habían regalado mis muchachos del Escuadrón de Bombardeo Ligero, la cual yo lucía como una verdadera condecoración, llegué al edificio de la ORI. Al traspasar la puerta fui interrogado por un miliciano, quien deseaba enterarse del asunto que iba a tratar y con quién iba a hablar. Le contesté que tenía una entrevista privada y personal con el camarada Aníbal Escalante, quien me esperaba a las diez en punto. Por un intercomunicador confirmaron mi cita. Al ir a tomar el ascensor para subir al quinto piso, se me acercó un negro vestido de civil.

—Para *subir arriba* tiene que dejar la pistola aquí, Capitán —dijo sin siquiera identificarse.

—¿Usted sabe lo que está haciendo y diciendo, compañero? —le contesté recalcando la última palabra—. Por si usted no lo sabe, compañero —insistí con ironía—, este uniforme es del Ejército Rebelde. Estas tiritas que tengo en los hombros quieren decir que soy Capitán —proseguí indignado—, y un Capitán, mi amigo, no tiene por qué entregarle su arma a un desconocido.

—Lo siento, Capitán. Pero a mí me dijeron que nadie podía subir armado.

—¿Y a qué le tienen tanto miedo, camarada? Esto está más

armado y protegido que La Cabaña —aseguré amoscado—. Mire, llame a Escalante y dígale que el Capitán Lagas no puede subir, pues se niega a entregar el arma —terminé cortante. Tomé asiento tranquilamente y, encendiendo un cigarro, me dispuse a esperar.

Momentos después se acercó otro miliciano para decirme que podía subir. El poderoso Escalante me esperaba.

Cuando traspasaba la puerta del ascensor, el "civil" me miró con odio contenido. Le contesté con una sonrisa despectiva mirándolo de arriba a abajo. El ascensorista iba armado de pistola de reglamento y metralleta colgando del hombro. Lo acompañaba otro individuo armado hasta los dientes. En el quinto piso, en cada puerta había un miliciano con arma larga. Me pareció ridículo y vergonzoso. Esta gente demostraba con eso que estaban más asustados que un niño recién nacido y, lo que era peor, no tenían la conciencia tranquila.

Después de corta antesala, me recibió el camarada Aníbal Escalante. Entré en una oficina enorme y detrás de un kilométrico escritorio había un insignificante individuo. Hablamos casi dos horas del asunto que a mí me concernía. Mostré papeles, cartas y documentos; cité casos y cosas que parecía imposible e increíble que sucedieran en una Revolución que se autotitulaba como la más justiciera, digna y limpia de todas. Escalante tomaba datos y anotaba frases ilegibles en un papel. Levantó incrédulamente una ceja cuando le hablé de los robos a compañeros muertos en combate y su cara se tornó violácea cuando le relaté la forma en que habían desvalijado el cadáver del Capitán Martín Klein, muerto en Varadero por la estupidez, inconciencia y cobardía de los milicianos que defendían ese aeropuerto, quienes, después de identificarlo como piloto de la Fuerza Aérea Rebelde, le robaron la cartera, la pistola, su insignia de piloto y, para apoderarse de su anillo de matrimonio: LE AMPUTARON EL DEDO... Formulé acusaciones nombrando a testigos de los hechos. Pedí una severa investigación para castigar a los culpables, haciéndome responsable de las acusaciones, a la vez que dejaba constancia que el hecho de haber protestado y denunciado en su

debida oportunidad tan vandálicos hechos era el motivo por el cual tenía que soportar, en ese momento, la persecución sistemática y organizada de "tan dignos camaradas". Cuando había agotado el tema, hubo un largo y prolongado silencio... Y vino la bofetada.

—¿Qué es lo que usted categóricamente quiere, Capitán?

La pregunta fue hecha de una manera y tono insultantes, como ofreciendo algo a costa de mi silencio y complicidad. No la entendí al principio, pero al darme cuenta de la intención que encerraban las palabras del camarada Aníbal Escalante, sentí asco y desprecio hacia el hombre que pretendía comprar mi silencio. Por supuesto, él también quería echarle tierra al asunto, para que no trascendiera una investigación de hechos cuyos principales culpables eran miembros del Partido Comunista. Sin poder contenerme y mirándolo despreciativamente, le contesté:

—Lo que yo quiero, "categóricamente", camarada, es muy sencillo. Se lo voy a definir en una sola palabra —hice una pausa para recobrar el aliento, a la vez que miraba fijamente a los ojos de tan despreciable bicho—. Lo que yo quiero, camarada —repetí—, es JUSTICIA. Es increíble que usted no me haya comprendido después de más de dos horas de conversación. Creo que los chilenos hablamos un castellano lo suficientemente claro y comprensible. Y quiero que sepa también, compañero Escalante, que es muy duro tener que andar mendigando justicia, en una Revolución cuyo más firme pedestal es: "La Justicia"; por lo menos, así lo dicen ustedes. En otras palabras, "ustedes" —recalqué con ironía— predican pero no practican —terminé en forma cortante, a la vez que tomaba la gorra, los papeles y documentos, disponiéndome a partir.

El hombre sintió la estocada. Al levantarse de "su trono", me pidió mi dirección y número de teléfono, prometiendo llamarme más adelante. Nos despedimos cortés y fríamente. Yo ya sabía a qué atenerme.

Salí indignado del Kremlin cubano. Acababa de hablar con su máximo exponente; con el omnipotente y poderoso camarada Aníbal Escalante, el hombre que llegó a tener a Cuba

en un puño, ya que nada se hacía, ocurría o decía en el país que no pasara antes por su mano o conocimiento. Pero su ambición lo perdió. Escapó milagrosamente de la muerte, pues Fidel quiso fusilarlo al comprobar que le había arrebatado el poder. Lo salvó el Partido.

Esa misma noche pasaron a buscarme el Capitán Maceo y el Teniente Fonseca. Maceo es un mulato de cuerpo atlético, de unos seis pies de estatura y ciento ochenta libras de peso. Simpático, agradable a simple vista; tenía fama de valiente y por eso llegó a ser el Segundo Jefe de la Vanguardia de Fidel en Sierra Maestra. Su cuerpo llevaba, como imborrables condecoraciones, ocho heridas de bala, señal inequívoca de su bravura en los combates. Lo había conocido en la Base Aérea de San Antonio de los Baños, cuando era Jefe de la Policía Militar, allá por el año 1959. El también había caído "por su bajo nivel político"

El Teniente Fonseca, joven, grueso y alegre, natural de Niquero, Oriente, había luchado bajo las órdenes del Comandante Juan Almeida. Había sido cuartelmaestre de la Base de San Antonio de los Baños y estaba en esos días en una Escuela de Superación Política para Oficiales.

Los tres vestíamos de civil y andábamos con deseos de echar unas canas al aire. Todo iba bien y habíamos eludido hasta el momento, con bastante maestría, el tema obligado: "la política". Desgraciadamente a Maceo se le empezaron a subir los tragos a la cabeza y, a pesar de que hice cuanto pude para evitarlo, inició una fuerte discusión con Fonseca. Empezaron a hablar de cosas sin importancia al principio, para caer luego de lleno en el asunto del viraje político de la Revolución. Los ánimos se fueron alterando. Las "señoritas" que nos acompañaban trataron de distraer la atención de ambos, sacándolos a bailar. La calma se restableció en la mesa por algunos minutos, pero volvieron a empezar.

—Mira, Fonseca —dijo Maceo con voz pastosa—; tú bien sabes que cuando estábamos en la Sierra teníamos un solo propósito: derrotar a Batista. Jamás se habló de política, y aún

más, estaba prohibido. Acuérdate de la bronca que armó Almeida cuando sorprendió a esos cuatro *ñángaras* creando problemas. Casi los fusila.

—Sí, pero eso fue al principio de la Revolución, y las revoluciones tienen que seguir adelante, o si no, pierden el impulso y mueren —protestó filosóficamente Fonseca.

—Yo no digo que la Revolución tiene que pararse, ni un carajo —interrumpió violentamente Maceo—. Lo que yo no permito ni acepto es que se nos haya engañado. Pues, si a mí me dicen que esto iba a terminar en comunismo, me quedo tranquilamente en la casa. Lo mismo habrías hecho tú y todos los Rebeldes. Muy especialmente tú, Fonseca, que eras un niñito *bitongo**, y vivías muy sabrosón. ¡Cabrón!

—Coño, Maceo. No es necesario que me insultes por eso.

—Como no te voy a insultar, si estoy viendo que te has convertido en un *melón* cualquiera. Parece mentira que tú hayas sido mi compañero...

Al ver que la cosa se estaba caldeando demasiado, traté de intervenir:

—Oye, chico —me dirigí al Teniente Fonseca—. Deja la discusión para mañana, cuando estén sobrios. Total, yo vengo a divertirme y ya estoy cansado de escuchar este famoso temita, y además —añadí—, ¿cómo es posible que dos compañeros y amigos se disgusten por una estupidez?

—No es ninguna estupidez lo que estamos hablando, Lagas —afirmó bruscamente el Teniente Fonseca—. Lo que pasa es que en estos momentos hay que estar políticamente claros.

Maceo se paró como impulsado por un rayo. Dando un fuerte golpe con su enorme puño sobre la mesa, que disparó lejos la botella de ron, volcando los vasos, bramó:

—Mira, Fonseca. Te consideraba mi amigo y por eso te voy a decir una cosa: "Me siento engañado y traicionado". Lo mismo deberías decir tú; pero eres muy poco hombre para reconocerlo. —Diciendo esto dio media vuelta y se marchó, con paso inseguro y la mirada perdida.

---

* *Bitongo*: De familia acomodada.

Me sentí molesto y asqueado por lo que acababa de presenciar y escuchar. ¿Cómo era posible que dos íntimos amigos se separaran, convertidos en enemigos por una discrepancia política? ¿Qué fuerzas tan poderosas existían para distanciar a dos hombres que habían luchado codo a codo contra un enemigo común? Hombres que habían afrontado la muerte con una sonrisa en los labios; que habían pasado sed, hambre, frío y calor, hasta obtener el triunfo tan merecido. Y ahora, vencedores de una lucha titánica y desigual, cuando debieran estar más unidos que nunca, hermanados por la muerte que los había respetado, se levantaba entre ellos un muro infranqueable: "la intolerancia, la estupidez, el fanatismo".

Me di cuenta que Maceo había ido demasiado lejos, al sincerarse de esa manera con el Teniente Fonseca, quien ya mostraba las huellas inequívocas del sectarismo. Lo había herido, ya que Maceo se las había cantado bien claro y sin pelos en la lengua. Había dado un paso en falso, había sido demasiado imprudente, impulsado quizás por el alcohol, o por su valentía innata. Valentía que le impedía callar cuando su corazón sangraba de dolor y amargura al sentirse engañado y traicionado por el cambio brusco de la Revolución y... por algunos de sus compañeros, que no comprendían, o no querían comprender, por conveniencia personal, sus sinceros y limpios sentimientos. Si Fonseca no callaba, con seguridad sus palabras traerían muy malas consecuencias a Maceo; por algo era todavía un Capitán del Ejército Rebelde. Rápidamente pagué la cuenta al mozo y seguí a Fonseca, que abandonaba en ese momento el local. Lo alcancé llegando a la esquina. Iba malhumorado y se le notaban a simple vista los efectos del licor.

—Oye, flaquito. Vamos a tomar un café —le dije tomándolo suave pero firmemente del brazo.

Me miró un instante con ojos brillantes y enrojecidos. Agachó la cabeza y me siguió sin pronunciar ni una palabra. Bebimos un espeso y reconfortante café y después seguimos caminando en dirección al lugar en donde tenía estacionado su pequeño automóvil Fiat, que estaba junto al mío. Nos sen-

tamos sin intercambiar ni una sola palabra, pero él, como yo, sabía que después de lo sucedido faltaba algo por decir aún.

—Fonseca —empecé a hablar sin saber lo que iba a decir. Hubo un pequeño y embarozoso silencio—. No le hagas caso a Maceo. Total, estaba con tragos igual que tú y que yo. Vas a ver que mañana ni se va a acordar de lo que dijo momentos atrás.

—Los niños y los borrachos dicen la verdad, Lagas —interrumpió, belicosamente y en alta voz.

—Conforme. ¿Pero qué sacas con darle vueltas al asunto? Ya todo pasó y yo ni me acuerdo de lo que dijo; además, estaba muy ocupado conversando con la *jevita* que estaba a mi lado, para escuchar la sarta de estupideces que ustedes estaban hablando —argumenté con una sonrisa, para restarle importancia al asunto.

—Tú escuchaste bastante bien lo que dijo —exclamó Fonseca con furia—. Tú bien sabes que hablar así es traición y nosotros, como oficiales del Ejército, tenemos que dar cuenta de lo sucedido.

—Estás equivocado, Fonseca. Te puedo asegurar que nada escuché; y si algo oí, ya se me olvidó por completo. Y aún más —agregué con repugnancia y desprecio, adivinando las intenciones del que hasta ese preciso instante había sido mi amigo—; si tú dices algo al respecto y me pones como testigo, lo niego todo, absolutamente todo. ¿Comprendes? En algo estamos de acuerdo, Teniente —dije abriendo la puerta del automóvil—: somos oficiales del Ejército, pero no *"chivatos"*.

Cerré violentamente la puerta y me alejé en dirección a un bar conocido. Necesitaba desinfectarme. Era más limpio y honorable el roce con una prostituta que con un oficialillo de esa calaña.

Meses después, supe que el valiente compañero y amigo, el Capitán Maceo, se había tenido que asilar en una Embajada para salvar su vida. Vino a mi memoria el incidente del cual había sido testigo y partícipe. La amistad era una palabra, que pronto desaparecería del vocabulario de los cubanos marxistas-leninistas. Tanta canallada, bajeza e inmundicia hu-

manas me estaban asfixiando. Los odios, ambiciones y las más ruines pasiones se habían desatado. Muchos que hasta esos momentos habían mantenido una actitud digna, se vendían por una prebenda o mancillaban su honor por una franquicia, un grado, un puesto, e incluso, por tan sólo una mirada o un gesto del jefe inmediato. Era una carrera loca para tomar posiciones y ocupar puestos inmerecidos. La escoria humana, cual fango arrollador, arrasaba y desplazaba a todo aquel o aquello que obstruía su paso.

Sólo quedaron algunos hombres que se mantuvieron erguidos, rectos y verticales; igual que troncos de nobles árboles, siempre apuntando hacia el cielo, hacia lo alto. Esos troncos, esos hombres que jamás se inclinan ante nada ni nadie, prefiriendo antes la muerte a la sumisión servil y cobarde. Caminaban erguidos y con la frente alta, sabiéndose traicionados y no traidores; hombres y no bestias domesticadas. Fueron pocos, pero valían por toda esa turba enloquecida, fanática, voluble y cobarde. Turba, chusma, populacho que siempre está con el vencedor, sea quien éste sea; sin detenerse un instante a pensar que muchas veces el vencido conserva el honor y no así el vencedor. Habían aplaudido a Grau, Prío, Batista, Fidel y al Ejército Rebelde; ahora, cual eternos gusanos que a través de la Historia no han hecho otra cosa que arrastrarse servil y cobardemente, inclinaban sus inmundas frentes a los nuevos amos que una potencia extranjera les imponía: Marx, Engels, Lenin, Kruschov y el Partido Comunista internacional. Y lo que era más deshonroso aún, renegaban y volvían sus espaldas de esclavos a los máximos Héroes de la Independencia de Cuba. Ya no eran martianos; ahora eran marxistas-leninistas. Ya no eran Rebeldes; ahora eran domesticados comunistas.

Pasaron los días y los meses sin tener noticias del Comandante Raúl Castro Ruz, ni de Ernesto Che Guevara, ni del amo del Kremlin cubano, el camarada Aníbal Escalante. Llevaba cinco meses encerrado en mi casa esperando el resultado de la investigación que me había prometido el Capitán Raúl Curbelo Morales, Jefe de la Fuerza Aérea Revolucio-

naria de Cuba. Como deseaba dar un corte definitivo al asunto para regresar a mi patria, redacté nuevamente otra carta, dirigida al Jefe de la FAR, renunciando por enésima vez al Ejército Rebelde. Tampoco recibí respuesta.

Raúl era un individuo delgado, de cara y nariz rojiza. Carácter suave, tranquilo y leal. Era el encargado del edificio en el cual yo vivía y el amigo fiel que muchas veces me llevó un plato de comida preparado por su mano, forzándome para que lo comiera en su presencia, pues bien sabía él que muchas veces yo pasaba días enteros sin probar un bocado. Era tanta la repugnancia que sentía hacia todo y por todo, que igual me daba comer que no comer. Vivir que morir.

Siempre tenía largas conversaciones con ese amigo verdadero. El me contaba sus inquietudes, esperanzas y desilusiones. También había sido un gran admirador de Fidel, pero había cambiado de parecer, como la gran mayoría del pueblo cubano, al ver y palpar en carne propia la traición del que un día había sido un adorado líder. Conversaba conmigo de hombre a hombre, sabiendo perfectamente que yo era un Oficial Superior de la Fuerza Aérea, pero también sabía que, antes que nada, yo era hombre; por eso confiaba en mí. Yo trataba por todos los medios posibles de devolverle algo de la fe perdida y él siempre me contestaba, sonriendo tristemente:

—Usted es bueno de adentro, Capitán. Por eso piensa así.

Aquel día lo noté terriblemente nervioso. Se veía a simple vista que había bebido más de la cuenta. Comprendiendo su estado de ánimo, empecé a hablarle de Chile, sus bellezas naturales, sus costumbres, su política y el grado que había alcanzado su democracia. Cuando le contaba que en pleno centro de Santiago se discutían abierta y libremente todos los problemas de actualidad nacional e internacional, censurando o criticando al Presidente de la República, Senadores o Diputados, ante la mirada paciente y comprensiva de los Carabineros de servicio; como asimismo, que el Presidente Alessandri iba de su domicilio privado al Palacio de Gobierno, a pie y sin escolta de ninguna clase, sonreía con amargura y manifestaba sus deseos de vivir algún día en un país como Chile.

Después de mucho hablarle para sacarlo de su estado depresivo, me di cuenta que casi no me escuchaba, que estaba completamente ensimismado en sus negros pensamientos. Lo que necesitaba era un buen trago e irse a dormir. Era lo único que yo podía hacer por él en ese momento. Tomé una botella de Bacardí y dos vasos y me senté frente a Raúl. Antes de terminar de hacerlo, me dijo a quemarropa:

—Capitán, vengo a despedirme de usted.

Seguí llenando tranquilamente los vasos sin levantar la vista, haciéndome el desentendido.

—¿Cuándo vuelve, Raúl?

—No vuelvo más, Capitán. Mañana me voy en una lancha, con varios amigos más. No podía irme sin despedirme de usted. Quiero que sepa que pase lo que pase, suceda lo que suceda, jamás nuestra amistad será empañada por nada ni por nadie. A lo mejor nos vemos en Chile algún día —agregó tristemente—. Yo sé que usted no está de acuerdo con muchas cosas que están sucediendo. Y va a llegar el día en que también va a partir. Felizmente, usted tiene una patria donde llegar —concluyó con amargura.

Lo miré fija y detenidamente. No podía creer lo que estaba escuchando. Raúl era un hombre tímido, incapaz de embarcarse en una aventura tan peligrosa; traté de calmarlo aconsejándole que se fuera a dormir un poco y que al día siguiente conversaríamos al respecto. Pensaba disuadirlo de su locura, pues era una locura pensar escapar de esa manera. Bien conocía yo la estrecha y cerrada vigilancia que se ejercía a lo largo de las costas de Cuba. Se despidió terriblemente emocionado. Había lágrimas en sus ojos; yo las atribuí al exceso de copas, pero eran sinceras.

Pasaron muchos días sin saber de él; no le di mayor importancia, ni me preocupé mayormente. Raúl tenía por costumbre desaparecer por varios días cada vez que agarraba una borrachera. Esa noche escribía tranquilamente, cuando golpearon a la puerta. Era un chofer de taxi. Un negrito delgado,

excelente amigo con quien habíamos salido muchas veces junto con Raúl a farrear a las Playas de Guanabo, y entre trago y trago, guaracha y danzón, reíamos... cuando la alegría todavía era una cosa normal en Cuba; cuando la alegría nada tenía que ver con la política, ni con el Estado. Después también sería un delito político reír; ser alegres sin consentimiento del Partido. Ambas cosas serían también racionadas y privilegio de los elegidos. Luis se sentó despaciosamente, a la vez que encendía un cigarro. Sin decirle media palabra, empecé a servirle un añejo con soda y hielo: su trago preferido.

—Guachito, ¿has visto a Raúl en estos días?

—No, flaquito —contesté tranquilamente.

—¿No sabes lo que pasó?

—No, Luis.

—Está preso. Le tiraron veinte años y, para remate, perdió un ojo. Le pegaron un tiro.

Di un brinco derramando el contenido de la copa en el suelo. No me había preocupado por Raúl, porque sinceramente creía que había estado hablando por hablar cuando me anunció su partida. Sabía también, que le tenía un miedo atroz a los tiros y a las armas. Muchas veces lo había visto temblar de espanto, cuando sonaban algunos disparos en las cercanías. No era un hombre para empuñar un arma y matar. ¿Qué fuerza tan grande lo había impulsado al extremo de arriesgar tan estúpidamente su vida? Un año más tarde, encontré la respuesta. Era el instinto natural del hombre, que se rebela contra las cadenas invisibles que lo aprisionan. Era el deseo de recuperar la libertad perdida. Un pesado e inconfortable silencio nos envolvió. Luis me miraba con sus grandes ojos empañados por las lágrimas que no podía contener y sus gruesos y morados labios, temblaban de emoción en un sollozo contenido. El apreciaba a Raúl igual o más que yo.

—Trataron de tomarse un avión que iba para Isla de Pinos. Hubo seis muertos, entre ellos, el piloto del avión, —dijo mirando al suelo.

—¿Cómo un avión? —pregunté incrédulo. Raúl me había dicho que se iba a ir en un bote.

—Sí, Chama, un avión. Tomaron a todos prisioneros, menos a los muertos. Esos se escaparon para siempre y jamás los volverán a agarrar. Por lo menos, son libres —concluyó con una triste y desgarradora sonrisa.

No quise seguir en el apartamento, que me asfixiaba. Lo invité a salir y nos pasamos toda la noche de bar en bar. Sin darnos cuenta, visitamos todos los bares que juntos habíamos recorrido muchas veces con Raúl. Fue como una especie de despedida al amigo que ahora purgaba entre rejas, su enorme y gran delito: anhelar la libertad y no estar de acuerdo con el régimen. Veinte largos años tendría para meditar al respecto. La muerte había sido cruel con él: lo había respetado y ahora estaba enterrado en vida.

Muchas veces traté de ponerme en contacto con él, hacerle llegar alguna misiva, algún recado, algún consuelo. Sólo supe por un carcelero, que el único preso a quien faltaba un ojo en la Isla de Pinos, un hombre flaco de cara y nariz rojiza, era un ser triste y melancólico que en nada se metía y siempre vagaba completamente solo, buscando los lugares más apartados, en donde se quedaba largas horas, acompañado tan sólo por sus tristes recuerdos, soñando quizás con la libertad perdida...

¿Qué estaba pasando con nuestra Revolución? ¿Por qué se le negaba el derecho a un hombre, a pensar como un hombre? ¿Por qué si una persona no estaba de acuerdo con lo que estaba sucediendo, automáticamente lo convertían en un enemigo de la Revolución? ¿No había dicho Fidel, que el día en que hubiese un sólo cubano que no estuviese de acuerdo con él, renunciaría? ¿Sabía Fidel lo que estaba sucediendo? Muchas noches me desvelé tratando de encontrar respuestas a tantas dudas y en el fondo empezaba a sentirme culpable,

cómplice de tanta canallada. ¿En qué o cuánto había contribuido yo para que sucediera todo eso? ¿Servía a la Revolución Cubana, o al Partido Comunista Internacional? Miles de preguntas sin respuesta atormentaban mi mente y muchas veces traté de encontrar la solución, en el fondo de una botella de ron. Pero lo único que hacía y conseguía, era huir cobardemente de la terrible realidad.

Me hice un propósito. La respuesta me la daría personalmente Fidel.

XII

LA LARGA ESPERA

El edificio donde estaba ubicado el Estado Mayor General, llamado Punto Uno, era una hermosa mansión de lujo, que con seguridad debió de pertenecer algún día, a un magnate asilado ahora en el extranjero.

Pasé por la posta de vigilancia de la puerta exterior del palacete, después de identificarme y solicitar permiso para hablar con el Comandante Sergio del Valle Jiménez, Jefe del Estado Mayor General del Ejército Rebelde. Este me recibió cortés y cordialmente. Le expliqué el motivo de mi presencia y la necesidad imperiosa que tenía de hablar personalmente con el Comandante Fidel Castro Ruz, ya que hasta ese momento, nadie se había preocupado del asunto que me concernía y, considerando la gravedad del mismo, exigía que el propio Comandante en Jefe del Ejército Rebelde, el máximo líder de la Revolución, aclarara mis dudas. Apelé a mi condición de extranjero y combatiente voluntario de la Revolución Cubana, a mis méritos de combate, mi grado y rango. Del Valle accedió y prometió interceder para que dicha entrevista se efectuara. Sólo tendría que esperar el momento oportuno, en que Fidel dispusiera de algunos minutos, para atenderme.

Así empezó una larga y exasperante espera.

Todos los días, a las ocho en punto de la mañana, entraba por la posta. Doce horas después, salía cabizbajo, meditabundo y malhumorado. Pasaron los días en angustiosa sucesión. Contaba los segundos, los minutos, las horas, y seguía es-

perando. Bien parecía que la prolongada espera era más que nada un deliberado suplicio, para que desistiera de mi propósito. ¡Qué poco me conocían!

Muchas veces vi pasar por mi lado a Fidel. Intercambiamos saludos de cortesía militar, pero, al parecer, siempre estaba muy ocupado para detenerse y depararme algunos minutos de atención. Pasaba de largo, rodeado de su cohorte de aduladores y guardaespaldas y altos Jefes del Ejército Revolucionario; entre otros, los Comandantes Pedro Miret, Piñeiro, el Che, Guillermo García y otros. Y siempre llegaba, también con una puntualidad cronométrica, un grupo de oficiales rusos, vestidos de civil. Eran los nuevos Instructores del Estado Mayor. Los "Asesores Técnicos" que Rusia había enviado.

Nunca faltaban tampoco los Capitanes Flavio Bravo y Joaquín Ordoqui, un viejo decrépito que arrastraba los pies por el suelo al andar y que usaba una enorme pistola rusa, en la forma más antirreglamentaria posible: la portaba entre las nalgas. Ordoqui, era el Jefe de Abastecimientos y Transporte Rodado de todo el Ejército, a lo largo de la Isla. Pobre Ejército, si algún día tiene que depender de los suministros de ese "ágil camarada". Tanto Flavio Bravo como Ordoqui, habían sido leales e incondicionales batistianos. Nuestros antiguos y eternos enemigos ahora eran "Capitanes" por obra y gracia del Partido Comunista; miembros del Ejército contra el cual habían despotricado años atrás cuando defendían y apoyaban al "Padre del Comunismo Cubano", como llamaba al General Fulgencio Batista y Zaldívar el aristocrático comunista y actual Rector de la Universidad de la Habana, Juan Marinello. ¡Pobre Cuba! ¡Pobre Revolución! ¡En qué manos estaban cayendo!

Los soldados del Estado Mayor se acostumbraron a verme sentado, tranquila y serenamente, esperando día tras días; con una aparente paciencia, inspirada en mi terquedad. Me había propuesto hablar con Fidel, y con Fidel hablaría, aunque pasara un año esperando. Me invitaban gentilmente café, jugos de frutas y, muchas veces, a almorzar y a comer. Se daban cuenta perfectamente bien, que lo único que ingería como

alimento en el día, era una buena dosis de nicotina, al fumar cigarro tras cigarro. También se daban cuenta que era uno de los tantos oficiales caídos en desgracia, pues la larga espera era como un castigo. Un desprecio hiriente.

Cierto día se me acercó el Comandante Guillermo García, Jefe del Ejército de Pinar del Río. Me conocía por referencias y quiso saber el motivo de mi insistente espera. Se lo manifesté sincera y varonilmente, sin omitir detalle alguno; total, tiempo me sobraba para ello. Al enterarse, movió lentamente la cabeza, a la vez que dijo:

—Diablos, Capitán. Por lo que estoy viendo y escuchando últimamente, me doy cuenta que la Revolución se está convirtiendo en una verdadera escuela de contra-revolución. Le admiro el aguante y la paciencia. —Sus palabras eran sinceras; por lo menos así me parecieron.

Pronto me di cuenta que había otro personaje en escena y en la misma condición mía. Era nada menos, que el famoso y legendario Comandante Efigenio Almejeira, corajudo cambatiente de la Sierra Cristal, quien se había ganado sus galones en actos de guerra, realmente suicidas. Ese Comandante, junto con el Comandante Camilo Cienfuegos —desaparecido misteriosamente en un accidente de aviación— y el Capitán Orlando Lara, eran los combatientes más distinguidos y nombrados de la Revolución.

Ese día Efigenio se paseaba como un león enjaulado. Fumando incansablemente y dando grandes zancadas recorría una y otra vez la sala de espera. Durante largas horas siguió su nervioso paseo, hasta, que por último, no pudiendo soportar más, se alejó y no regresó durante ese día.

Me acostumbré a su presencia y a su nervioso caminar, ya que durante varios días fue mi silencioso acompañante. Hasta que cierta vez le vi llegar completamente desencajado, pálido y con los ojos brillantes de furia. Observé que el seguro de su cartuchera, estaba quitado, y, mecánicamente, acariciaba la cacha de su pistola. Estuvo como dos o tres horas esperando, hasta que llegó Fidel. De inmediato se encerraron en la Oficina del Comandante del Valle y, empezaron los

gritos. Los soldados se miraban inquietos. Hubo un momento de suspenso y tensión. De repente se abrió la puerta de la oficina y se escuchó clara y nítidamente la voz de Efigenio, cuando, gritó:

—¡COJONES!, cuando hay que combatir y arriesgar el pellejo, Efigenio acá, Efigenio allá. Cuando pasan los combates, sucede que soy un ignorante y un "come mierda" cualquiera...

La puerta se cerró de golpe. La voz se perdió y sólo se escucharon gritos destemplados que no se entendían. A los pocos minutos pasó un soldado con un carrito de mano, llevando café y una enorme caja de tabacos H. Hupmann. Estaban apaciguando al Comandante Almejeira. Como a la hora después, salió de la oficina de del Valle, el Capitán Abrahantes —conocido *melón*—. Con voz autoritaria pidió al telefonista que le comunicara con el G-2. Tomando bruscamente el auricular, dijo:

—Mire compañero, aquí habla el Capitán Abrahantes. —Saboreó la frase un momento y después continuó—: De orden del Comandante Fidel, traigan los prisioneros. Las armas que fueron confiscadas, las traen en una caja. Tienen tres minutos para cumplir la orden —terminó tajante, como si estuviera dirigiendo una carga a bayoneta calada. Se alejó, moviendo candenciosa y rítmicamente sus insinuantes caderas...

—¡Mariconazo! —exclamé casi sin darme cuenta. Sonreí sin querer y una miliciana que se encontraba presente, interpretó mi sonrisa, haciéndome un gesto amistoso con la cabeza.

Como a los diez minutos, potentes sirenas rompieron el silencio del atardecer. Hubo un gran revuelo y pronto se sintieron los ecos de pesadas botas, que rebotaban en el pulido parquet. En doble fila venía un grupo de Oficiales Rebeldes. Todos ellos pertenecían a la tropa de Efigenio. Vestían pantalón verde olivo y camisas deportivas de civil. Estaban desarmados. No así sus custodios, armados hasta los dientes con pistolas de reglamento, metralletas checas y, algunos, con arma larga. Pasaron alegres y despreocupados, como si vinieran

o fueran a un pic-nic. Eran valientes los muchachos. Se sabían detenidos y en manos del temible G-2, "la casa del jabonero" como burlonamente llamábamos nosotros, al edificio de Quinta y Catorce, en Miramar. A ellos parecía no preocuparlos ni intranquilizarlos; no le habían temido a la represión batistiana, menos le temían ahora... a los mismos batistianos, disfrazados de revolucionarios. Detrás de ellos pasó un soldado con una enorme caja de cartón, que originalmente fue hecha para transportar los deliciosos cigarrillos Phillips Morris, y que ahora iba llena de pistolas Colts con sus respectivas cartucheras.

La puerta de la oficina del Comandante del Valle se volvió a cerrar. El silencio envolvió el enorme edificio. Varias veces pasó el ordenanza llevando café, cigarrillos, tabacos y jugos de frutas, hasta que por último, se volvieron a abrir las puertas de la oficina del Comandante del Valle y aparecieron los oficiales. Algunos portaban sus respectivas pistolas al cinto, otros, venían desarmados, pero se notaba a simple vista, que ya no estaban detenidos. Los escoltas se habían retirado. Varios muchachos se acercaron a saludarme con sinceras manifestaciones de alegría. Uno de ellos, que no portaba armas, me palmoteó amistosamente la espalda, preguntándome:

—¿Cómo va eso, Lagas?

—Aquí, compay. Esperando desde hace un mes para hablar con Fidel.

—No me digas que a ti también te cogió la *piña* —exclamó incrédulamente.

—Desgraciadamente, así es, mi amigo. Con las acusaciones que me han hecho, me extraña estar vivo. —En pocas palabras, lo enteré del asunto.

—No se te dé nada, Lagas. A nosotros nos habían acusado de estar conspirando contra el régimen, en la Escuela de Oficiales de Matanzas. Como puedes ver, los *melones* no nos perdonan haber pertenecido al Ejército Rebelde y haberlos combatido cuando estaban mamando con Batista, y después, cuando quisieron traicionar la Revolución, en abril de 1959.

Ahora siguen con la teta en la boca. Francamente, no me explico qué le pasa a Fidel —protestó con amargura.

—¿Y en qué terminó el asunto? —pregunté asombrado.

—Bueno. Fidel nos dio una *coba**; pero yo no la acepto. Renuncio al Ejército y regreso a mi hogar en Oriente. Hoy en día vale más la palabra de un *chivato*, que la de un oficial del Ejército Rebelde. Que se quede con sus *melones;* ya le pesará algún día. Pero cuando ese día llegue, va a ser demasiado tarde; ya nosotros no creemos en cantos de sirena. Bastante mierda hemos comido, para seguir soportando más humillaciones. ¡A lo que hemos llegado, Capitán! Y permítame darle un consejo: usted no tiene por qué aceptar lo que le están haciendo; mande al carajo todo y regrese a su país; todavía es tiempo y... si algún día va por Oriente, sepa que allá tiene un amigo que lo quiere y respeta.

Se alejó con las manos en los bolsillos, la cabeza sumida en los hombros y una triste y amarga expresión en su moreno rostro. Jamás lo volvería a ver. Así vi desfilar a numerosos oficiales del Ejército Rebelde, que un día bajaron de la Sierra Maestra cubiertos de gloria, honores, respeto y consideración. Admirados y venerados por el pueblo de Cuba, y hoy, desplazados por sus enemigos de ayer. Era duro, desconcertante, increíble, insólito y doloroso. Bien decía Fouché, que jamás las revoluciones pertenecen a quienes las hacen; siempre los verdaderos revolucionarios son desplazados por la escoria humana, los cobardes, los oportunistas de siempre.

La gran espera llegó a su fin. Fidel estaba en el patio conversando con el Comandante Sergio del Valle. De vez en cuando, ambos dirigían la vista hacia donde yo me encontraba, y seguían después hablando animadamente, haciendo amplios gestos con las manos. Por último, se me acercó del Valle para decirme que el Comandante Fidel Castro Ruz deseaba hablar conmigo.

Por un momento olvidé el motivo por el cual yo había

* *Coba*: Explicación **hipócrita**

solicitado la entrevista. Había pasado tanto tiempo haciendo antesala y repitiendo mentalmente lo que tenía que decir y en ese momento, víctima de un nerviosismo estúpido, no sabía cómo empezar. De todas maneras, avancé decidido, con paso firme; saludando militarmente, me presenté:

—Capitán Lagas, a sus órdenes, Comandante.

Fidel me miró detenidamente unos segundos; parecía sorprendido por la forma militar y correcta de mi presentación; no estaba acostumbrado a esos formulismos, tan característicos de nuestras Instituciones Armadas en Chile. Ignorando mi saludo, colocó familiarmente su blanca y larga mano sobre mi hombro, preguntándome de inmediato, cuál era mi problema.

—El motivo que tengo para hablar con usted, Comandante es bastante complicado, difícil y largo de explicar, pues ni yo mismo lo comprendo. Necesitaría entrar en detalles para que usted me comprendiera y explicara ciertas dudas.

Nos dirigimos al fondo del jardín, bajo la mirada vigilante y recelosa de su guarda-espaldas de turno, el Capitán Abrahantes, quien, en forma muy disimulada, mantenía la mano peligrosamente cerca de su pistola. Yo no hallaba dónde colocar mis manos, pues bien sabía que cualquier movimiento sospechoso que hiciera involuntariamente, sería el último de mi vida. Parece que Fidel se percató de ello y ordenó a Abrahantes que se fuera a tomar un café y nos dejara solos.

Quedamos completamente aislados y lejos del resto de los oficiales que en ese momento estaban en el recinto, pero vigilados por cien ojos inquietos. Consciente de ello, alejé mis manos del Colt 38 que portaba en el cinto y crucé los brazos a la espalda.

—¿Cuál crees tú que es el origen de todos los ataques que te han hecho últimamente? —preguntó Fidel, tratando de ordenar sus cabellos con la mano derecha—. Bien sé —agregó— que te han dado duro, Lagas.

—Muy sencillo, Comandante —contesté lacónicamente—. Todo lo atribuyo lisa y llanamente, a un estúpido sectaris-

mo destructivo. Usted habla de unidad e integración de todas las fuerzas revolucionarias, y esta gente, lo único que hace es desunir, sembrar el desconcierto, el rencor y el odio...

—¿A qué gente te refieres en particular?

—A los comunistas, Comandante.

—¿Por qué tú crees eso?

—Porque lo estoy viendo y palpando en carne propia, señor. Y aún más, mi caso es uno entre miles, pues quiero que sepa, por si no lo sabe ya, que cientos de soldados y oficiales miembros todos del Ejército Rebelde, están en las mismas condiciones o peores que la mía. Son vejados, humillados y perseguidos sistemáticamente, por el solo delito de no estar afiliados al Partido.

—Sí, algo me han contado al respecto. Pero parece que los muchachos están cometiendo muchos errores últimamente y por eso es que son castigados o separados de sus puestos —contestó Fidel acariciándose la barba y mirando pensativamente el suelo, seguramente tratando de convencerse a sí mismo de lo que estaba diciendo, sabiendo muy bien que no era verdad.

—Ahí está el detalle, Comandante —le interrumpí sin poder detenerme—. Usted escucha a una parte, pero no a la otra; y es por eso que se están cometiendo tantas injusticias y canalladas, muchas de ellas irreparables.

Fidel cortó de golpe la conversación, sintiéndose molesto por lo que acababa de escuchar. Empezó a caminar y tuve que apresurar el paso para no quedarme atrás; a pesar de ser relativamente alto y largo de piernas, no podía igualar las enormes zancadas que daba Fidel. Dimos como dos o tres vueltas por el jardín, sin pronunciar palabra. De repente Fidel se detuvo en seco y mirándome fijamente a los ojos, exclamó:

—Mira, Lagas. Yo sé que tú combatiste en Girón y lo hiciste bien, sé también que has quedado con los nervios muy alterados después de los combates; sé, incluso, que últimamente atentaste contra tu propia vida. ¿Por qué no escoges un lugar en Cuba, para darte una casa y un automóvil y así descansas sin problema alguno? Y cuando estés bien repuesto, te reincorporas a tus actividades. ¿Qué te parece la idea?

—En primer lugar, Comandante, según el médico que me está atendiendo, sufro de una aguda psicosis de guerra, pero ésta se ha complicado últimamente, por las canalladas de que he sido víctima. En segundo lugar, tengo casa y automóvil propio; y en tercero, señor, no puedo vivir en un país en el cual me están persiguiendo y acorralando como a una bestia. Quiero saber a qué atenerme, antes de tomar cualquiera resolución.

—¿Y quién te persigue? —preguntó asombado.

—Usted debiera saberlo, Comandante. ¿A qué atribuye usted esa persecución sistemática de que he sido víctima? Súmela a todas las estupidas acusaciones que me han hecho y que me han llevado al borde del paredón, del suicidio o la locura; decenas de llamadas telefónicas, anónimas por supuesto, insultándome, amenazándome de muerte e invitándome a abandonar el país, entre otras cosas. ¿Qué es eso sino una persecución dirigida por una mente maquiavélica y enfermiza? ¿Qué se proponen? ¿Volverme loco, acaso? ¿Que mate a alguien para darles así una excusa para enviarme al paredón? ¿Es así como pagan mis servicios voluntarios y desinteresados, por los cuales usted mismo, Comandante, me ha proclamado ante el pueblo de Cuba y el mundo entero, como un Héroe de la Revolución? Si eso no es persecución, ¿qué es entonces?

—Eso tiene que ser obra de un contra-revolucionario, hombre —afirmó categóricamente Fidel, poniendo de nuevo amistosamente su brazo sobre mis hombros, y agregó—: Tú te has conquistado un lugar en la Historia de la Revolución Cubana; a pesar de ser un extranjero, has combatido más y mejor que muchos cubanos. Ningún revolucionario podrá negarte ese honor; y menos, tratar de perseguirte. Te repito, tiene que ser obra de algún contra-revolucionario.

—No señor, y permítame que discrepe con usted, aunque en el fondo usted tiene la razón. "No puede ser un revolucionario el ejecutor o instigador de tal bajeza y cobardía". Pero eso sí, y estoy completamente seguro de ello: viste como nos-

otros y pertenece a las filas de la Revolución. Pues, hay mucho de envidia y rencor en esas llamadas; parece que temieran mi presencia en este país y en las filas de la Fuerza Aérea.

—¿Por qué van a temer? —preguntó molesto Fidel— ¿Qué tú sabes, para que ellos te teman?

—Muchas cosas, Comandante.

—¿Como ser . . . ?

Vacilé un poco. Temí haber ido demasiado lejos, pero ya estaba montado en el macho y tenía que amansarlo. No había esperado casi dos meses para decir lo que tenía que decir, e iba ahora a callarme por cobardía.

—Comandante, —empecé haciendo una pausa para ordenar mis pensamientos—, yo era Jefe del Escuadrón de Bombardeo Ligero en los combates de Playa Girón, después de morir el Capitán Silva Tablada. Jefe y único piloto con siete aviones a mi disposición y con todos ellos fui a combate, pues, de los otros dos pilotos de B-26, uno fue encarcelado por cobardía (el Teniente Alvaro Galo); y el otro, el Capitán Enrique Carrera Rola, se negó categóricamente a combatir en ese tipo de avión, por considerar, según él, que era muy peligroso. Cuarenta días exactos después de los combates, fui licenciado de la Fuerza Aérea por orden del Capitán Víctor Pina; más bien dicho, por orden del Partido. Usted intervino personalmente y frustró esa vil maniobra; pero, quedaron pendientes las acusaciones por las cuales esos señores decían que me habían licenciado. Le exigí al Capitán Raúl Curbelo Morales, Jefe de la Fuerza Aérea, que iniciara una investigación para determinar la veracidad de las mismas. Sabía que me exponía a la pena máxima, si mis detractores lograban reunir las suficientes pruebas "falsas" para condenarme. Pero solicité también, el mismo castigo que ellos pedían para mí —es decir, el paredón— por los delitos de calumnia, injuria, vejación y humillación de hecho y de palabra. Han pasado más de cinco meses y . . . nada. Lo mismo ha sucedido con una carta que le envié al Comandante Raúl Castro, en la cual denunciaba delitos de robo a compañeros

muertos en combate, usurpación de atribuciones, abuso de autoridad y crímenes de guerra . . .

—¿Cómo crímenes de guerra? —interrumpió violentamente.

—Sí, señor. "Crímenes de guerra". Ametrallar a un piloto enemigo que se lanza en paracaídas desde su avión envuelto en llamas, es un crimen de guerra, según la Convención Internacional de Ginebra —afirmé decididamente.

Fidel sacó un enorme tabaco del bolsillo de la camisa, mordió con rabia un extremo y escupió con furia un pedazo de tabaco.

—¿Cómo sabes tú eso? —preguntó mirándome fija y detenidamente, con marcado enojo.

—Fui testigo del crimen, Comandante. Me encontraba en el frente de combate en ese momento. Soy soldado, señor; y esas cosas me repugnan. Más aún, cuando el canalla ejecutor de tan infame acto, se jacta de ello como si hubiese cometido una acción heroica en el campo de batalla.

—¿Quién fue?

—El Teniente Rafael del Pino, señor. Ametralló al piloto enemigo desde un T-33. El pobre diablo se precipitó a tierra como un saco de papas; felizmente, parece que las balas del Teniente del Pino además de destrozarle el paracaídas, se apiadaron del infeliz, y este murió antes de estrellarse en el suelo.

Fidel exhaló un largo suspiro, mesándose los cabellos y la barba con desesperación. Se notaba a simple vista que estaba molesto y próximo a una de sus tan conocidas explosiones de mal humor. Pero se dominó y lanzando una larga bocanada de humo, se encaró nuevamente conmigo.

—¿Que más ha sucedido en la Fuerza Aérea? —preguntó acremente.

—Bueno, Comandante. Le voy a hablar de mi Escuadrón. Como usted sabe el Escuadrón de Bombardeo Ligero, fue dado de baja en su totalidad; a pesar de tener trece aviones en condiciones de vuelo, doce motores R-2.800 completamente nuevos y repuestos suficientes, para operar por lo menos,

tres años más. Sin costarle un sólo centavo al Erario Nacional. Tenía...

–¿Cómo que tenías? –interrumpió nuevamente de golpe.

–Sí, señor; tenía –contesté firmemente–. Los motores fueron cargados en un camión de volteo y los fueron a botar dentro de un charco de agua y fango, en la Base Aérea de Libertad. Los repuestos fueron botados en el basural de la Base Aérea de San Antonio de los Baños, en la cabecera de la pista once; las miras de bombardeo, se las llevaron ciertos oficiales para sus respectivas casas, para tenerlas como souvenir de guerra; las gomas, sesenta y tres en total, fueron enviadas a las gomerías para rasparles el caucho...

–No es necesario que exageres, Lagas –bramó con rabia.

–No exagero, Comandante. Si usted duda de mis palabras, vaya por favor, a la Base de San Antonio. Lleve un palito que le va a servir para espantar los puercos y, a la vez, para escarbar la basura. Bajo de ella, encontrará los repuestos de mis aviones, señor –terminé amoscado.

Fidel se dio media vuelta sin pronunciar palabra y empezó a caminar en dirección al edificio. Llamó al Comandante Del Valle y a boca de jarro, lo interpeló:

–¿Tú sabías lo que me está contando Lagas?

–Sí, Comandante –respondió débilmente Sergio.

–¿Y por qué no me lo habías dicho?

–Quería que él mismo te lo dijera –volvió a responder Del Valle con voz insegura.

Miré sorprendido y con incredulidad al Comandante del Valle. No podía comprender su actitud. ¿Había tenido miedo de decirle a Fidel cosas tan graves? ¿Miedo a qué, o a quién? ¿Temió comprometerse y prefirió que yo corriera ese riesgo? ¿A quién o a qué podía temerle nada menos que el Comandante en Jefe del Estado Mayor? El hombre que seguía en jerarquía y rango al Ministro de Guerra. ¿Por qué tuve que ser yo el portador de tan graves acusaciones? Los hechos que sucedieron a partir de ese momento me darían amplias y significativas respuestas. Fidel se quedó largo rato mirando la

punta de sus enormes botas, acariciándose pensativamente la negra barba; por último, pidió a Sergio que llamara al Capitán Raúl Curbelo Morales, Jefe de la Fuerza Aérea. A los pocos segundos apareció ese oficial; pálido, demacrado y con una expresión de miedo en los ojos.

–A sus órdenes, Comandante –balbuceó a media voz.

–¿Tú sabías lo que me está contando Lagas? –preguntó severamente Fidel.

–Sí, señor –respondió de inmediato Curbelo, sin saber siquiera, ni preguntar lo que habíamos conversado. Nuevamente me sorprendí, pero comprendí al instante. Sonreí despectivamente.

–¿Y qué cojones haces tú en la Fuerza Aérea? ¿Qué monos tú pintas? ¿Para qué te tengo ahí entonces, si lo que me debes decir tú me lo tiene que decir otro oficial? –Fidel hablaba en voz baja, pero amenazadora. Curbelo estaba blanco como un cadáver y nada respondió.

–Después hablaremos de esto, Curbelo –terminó Fidel; indicándole así al Jefe de la Fuerza Aérea que nada más tenía que hablar con él.

–¿Qué crees tú de todo esto, Lagas? –preguntó con suave voz, volviéndose hacia mí.

–A mi modesto entender, señor, yo creo que destruir material de guerra, en tiempo de guerra, es sabotaje. –Había pronunciado la última palabra sin darme cuenta. Había sido una estocada a fondo y Fidel la sintió, pero no se dio por aludido–. Lo que yo no puedo concebir, señor –agregué–, es que si le estamos pidiendo dinero al pueblo, para comprar armas y aviones, ¿por qué destruimos lo poco y nada que tenemos? No sólo los repuestos, pues hasta a los aviones le han entrado a hachazo limpio. Eso es muy fácil de comprobarlo. Basta ir y ver...

–¿A dónde quieres ir a descansar, Lagas? –me interrumpió Fidel, desconcertándome por completo–. ¿Por qué no te vas un par de años a los países socialistas?

–Gracias, Comandante. Pero si realmente usted quiere enviarme a descansar, mucho le agradecería me brindara las fa-

cilidades necesarias para ir a mi patria, ya que hace tres años que no veo a mi familia.

—Bien. Llámame a del Valle.

A los pocos segundos regresé acompañado del Comandante del Valle.

—Mira, Sergio. Encárgate de todo para que Lagas y su señora viajen a Chile. Y tú, Lagas, tráeme vino cuando vuelvas. Porque vas a volver, ¿verdad? —me miró tratando de leer la respuesta en mis ojos.

—¿Qué cree usted, señor?

—Mira, Lagas. Si has soportado tanta canallada y aún sigues aquí, estoy seguro que vas a volver. Además —agregó—, esta conversación no la hemos terminado. La continuaremos a tu regreso. Ve a tu tierra y descansa, que te lo has ganado y con creces. Ojalá pudiera hacer yo lo mismo —concluyó, con un dejo de amargura en la voz.

Sentí lástima por él. Se veía cansado, pálido, ojeroso y avejentado. Estiró la mano y estrechó afectuosamente la mía.

—Otra cosa, Capitán, se me había olvidado preguntarte. Me han dicho también que escribiste un libro sobre los combates de Playa Girón. Si escribes tan bien como combates —agregó sonriendo—, debe de ser bueno. Por favor, tráeme una copia y me la dejas con Sergio. Quiero leerlo.

Sin esperar respuesta se alejó con los brazos cruzados en la espalda y se perdió en el fondo del jardín. Yo quedé unos instantes mirando el lugar por donde se había ido. Sentí simpatía, admiración y respeto por ese hombre agobiado por tantos e innumerables problemas. Lo sabía solo, completamente solo; rodeado exclusivamente por un grupo de ambiciosos, figurones, incompetentes e incapaces, que lo único que ponían al servicio de la Revolución eran sus bajas y mezquinas ambiciones. Era triste llegar a ser un gran hombre, se pagaba un precio muy alto por ello. Desde lo más profundo de mi corazón y en silencio, prometí regresar y hacer lo posible para ayudar en lo que fuera y como fuera para desenmascarar a tanto canalla enquistado en las filas de la Revolución y que tanto daño habían hecho y continuaban haciendo.

La conversación sostenida con el Comandante Fidel Castro Ruz me había confirmado una vez más lo que yo siempre había temido, dicho y afirmado: "Había un pugna interna en la Revolución". Por un lado el Ejército Rebelde, fiel a sus deseos de devolver la libertad al país, y por otro, los *ñángaras* que pretendían apoderarse de la Revolución, para llevar a cabo sus inconfesables pero conocidos propósitos: "Convertir a Cuba en una colonia rusa". Sabía perfectamente, ya que Fidel lo había repetido hasta el cansancio, que él era del Movimiento 26 de Julio: verde olivo y no comunista. Eso lo sabía también el pueblo cubano y por eso le seguía prestando su incondicional apoyo, incluso, para justificar muchos de sus errores. Pero también era de mi conocimiento que el Comandante Raúl Castro Ruz era comunista y estaba apoyando abiertamente al Partido y sus militantes, para que éstos tomaran puestos claves en el Gobierno y en las Fuerzas Armadas. Me lo imaginé un Caín y, a partir de ese instante, el aprecio y respeto que por él había sentido se transformó en desprecio.

Partiría a Chile y regresaría. No podíamos entregar con los brazos cruzados la Revolución Cubana, faro y guía para los pueblos latinoamericanos. Los comunistas convertirían en una atroz dictadura los sagrados anhelos de la Revolución, para entregar después esa pequeña y hermosa isla al coloso ruso. Nosotros que habíamos combatido por ella, no aceptaríamos, ya que conocía muy bien al pueblo cubano y a sus combatientes; ellos no habían luchado para quitarle una vez más la libertad a Cuba, muy por el contrario... La Revolución era verde olivo, su filosofía y doctrina: el humanismo, que era diametralmente opuesto al comunismo. Eso no lo habíamos dicho nosotros: lo habían dicho Fidel, Dorticós, Roa, y el mismo Comandante Raúl, en Santiago de Chile en agosto de 1959. Muchas veces me había preguntado qué perseguían el Capitán Víctor Pina y sus secuaces al destruir los pocos aviones que quedaban en la Fuerza Aérea. Ahora lo sabía. Le habían mentido a Fidel, diciéndole que los aviones se habían dado de baja por falta total y absoluta de repuestos; que dichos repuestos no se podían conseguir en ninguna parte y, por lo

tanto, Cuba no tenía Fuerza Aérea. Había que conseguir aviones con urgencia; por supuesto, en Rusia. Había sido una hábil y audaz maniobra. ¿Cómo terminaría eso, ahora que Fidel sabía la verdad?

Días después llegaron a mi hogar un miliciano y una miliciana. Le hicieron entrega a mi señora esposa de un hermoso y artístico juego de prendedor y aretes de marquesinas y de un necessaire para mí. Era un obsequio del Comandante Fidel, que los hizo llegar junto con sus saludos y deseos de un feliz viaje. El gesto me llenó de optimismo. Fidel agradecía mi franqueza y lealtad.

En las oficinas del Estado Mayor, el Teniente Crab, Ayudante del Comandante del Valle, me entregó los pasaportes, los pasajes de ida y vuelta, junto con quinientos dólares para los gastos extras del viaje; como asimismo la autorización para abandonar el país. Aproveché la oportunidad para dejar en su poder copia del libro que había sido solicitado por Fidel, titulado: "Fuego al Amanecer". Para que no tuviera ningún problema con las autoridades de Aduana e Inmigración de Cuba, me entregó el siguiente documento:

La Habana, 20 de noviembre de 1961.

Del: Jefe Estado Mayor Conjunto.
Al: Quien pueda autorizar.
Ast: Autorización.

1.–Sépase por este medio que el portador de la presente, compañero Capitán Piloto de Guerra, E.R. Jacques Lagas Navarro, se encuentra debidamente autorizado por este Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas Revolucionarias para ausentarse temporalmente del país.

2.–Todo lo cual comunico a usted para su conocimiento por ser asuntos de su competencia.

Con saludos revolucionarios
"PATRIA O MUERTE"

Comandante Sergio del Valle Jiménez
Jefe Estado Mayor Conjunto.

XIII

DE VISITA EN MI PATRIA

El 4 de diciembre de 1961 emprendí el viaje con mi señora esposa. Regresaba a Chile, mi patria, después de tres largos años de ausencia; en el transcurso de los cuales había vivido, prácticamente, una vida: Siete meses acuartelado y en pie de guerra desde 1959 a 1960; cinco meses acuartelado del 60 al 61, y en este último lapso había tenido que combatir en nueve misiones aéreas. Volando aviones prácticamente inservibles, tres de los cuales habían recibido el fuerte fuego antiaéreo enemigo. Sí; me consideraba dichoso de estar aún con vida. Como yo siempre decía: "estaba viviendo de prestado". Sumábale a ello seis meses de voluntario encierro y dos intentos de suicidio, motivados por la enorme depresión nerviosa que me habían provocado las vejaciones e injusticias que había tenido que soportar.

Al llegar a Santiago, muchos íntimos y viejos amigos palidecieron. Me creían muerto. Había circulado de tal manera la noticia de mi muerte, que muchos la contaban con lujo de detalles. Según me la narró uno de ellos, en una de mis misiones de combate en Playa Girón había picado sobre un barco enemigo, con tal mala suerte, que al efectuar un giro sobre el mar, había metido una punta de ala en el agua. Mi amigo confesó hidalgamente haber derramado un par de lagrimones al enterarse de la noticia. Otro se indignó al verme vivito y coleando, pues según él, cada vez que se había acordado de mi defunción, le había bajado una sed torturante, motivo por

el cual había gastado casi una fortuna tratando de apagarla con nuestro generoso vino.

Salvo una que otra visita a parientes y amigos, traté por todos los medios posibles de aislarme y pasar desapercibido, ya que necesitaba descanso y reposo absolutos; pero fue completamente imposible. En primer lugar, mis viejos y leales amigos no me dieron tregua; todos querían conversar y enterarse de lo que realmente era la Revolución Cubana. Por otro lado, mis hazañas bélicas ya eran conocidas por el pueblo de Chile ,por medio de un reportaje que fue publicado en el periódico "Clarín" el 13 de mayo de 1961, en el cual, el periodista Román Alegría, decía textualmente: "Héroe de Playa Girón fue el piloto chileno Jacques Lagas"; relatando a continuación detalles y anécdotas de mis misiones. También "El Siglo" había publicado, el lunes 8 del mismo mes y año, en su primera página y a grandes titulares: "Aviador chileno fue el primero que incendió buque yanqui en Cuba"; exponiendo más abajo versiones de la batalla de Girón y la heroicidad de mis hazañas.

Todo esto trajo consigo obligaciones que no pude eludir. Tuve que asistir al Teatro Balmaceda a una concentración que se efectuó en apoyo a la Revolución Cubana, en la cual expliqué con sencillas palabras al público asistente, las grandes realidades conseguidas por la Revolución, como: la Reforma Agraria, Reforma Urbana, Educacional, etc.; teniendo especial cuidado en no pronunciar ni media palabra acerca de los defectos, errores e injusticias cometidas. Creía firmemente que esos detalles serían corregidos y enmendados con el correr del tiempo. "El Siglo", en su edición Nº 3.250 del lunes 11 de diciembre de 1961, nuevamente publicó con grandes letras y en primera plana: "Una ovación atronadora recibió a J. Lagas, aviador chileno que peleó en Playa Girón". Más adelante: "Durante algunos minutos el público, de pie, lo vitoreó ardorosamente". "Vistazo" del 19 de diciembre, por su parte, publicó una extensa entrevista de cuatro páginas y entre otras cosas decía: "Héroe chileno cuenta su increíble hazaña en Playa Girón. ¡EXCLUSIVO! Jacques Lagas, chileno trotamundos

de "visita" en Chile, abrazó la causa de la Revolución Cubana y la defendió a muerte durante la última invasión...".

Durante el mes que permanecí en Santiago me fue completamente imposible evadir toda clase de invitaciones y festejos. Muchas veces tuve que asistir a dos comidas en el mismo día para no agraviar a mis amigos. Era el precio de la fama. En el transcurso de las comidas tenía que repetir, cual disco rayado, una y otra vez, los pormenores de mis combates; explicar los motivos que me habían inducido a hacerlo. Contaba de nuevo las realidades de las Leyes Revolucionarias, que el Movimiento 26 de Julio había implantado en ese país, y siempre llegábamos al mismo tema: "¿Era verdad que Fidel era comunista?".

Para contestar esa pregunta apelaba a mis amplios conocimientos de un libro que llegó a ser para mí como la Biblia; se llamaba: *"Pensamiento Político, Económico y Social de Fidel Castro Ruz"*, editado por la Editorial Lex, de La Habana, el año 1959. Ese libro había sido mi guía espiritual y durante meses y meses de largo acuartelamiento lo estudié y asimilé de tal manera, que me sabía páginas enteras de memoria. Los pensamientos de Fidel concordaban con mis ideales, y por ellos había combatido, como había combatido también todo el pueblo de Cuba. Era la doctrina del Movimiento 26 de Julio; era la filosofía humanista del apóstol, José Martí; eran las ideas y esperanzas de un pueblo, por las cuales tanta sangre se había derramado y se seguiría derramando...

Sabía que Fidel se había declarado anticomunista, no una, sino cientos de veces. Incluso, cuando fue a los Estados Unidos de Norteamérica y habló por una cadena radial y de televisión, de costa a costa, había dicho categóricamente: "No soy comunista; aún más, combatiré el comunismo de la única forma en que hay que hacerlo: con realidades... No soy comunista, porque toda mi vida he combatido las tiranías y las dictaduras; no puedo apoyar ahora una dictadura, aunque sea la del proletariado... La Revolución Cubana no es de proletarios, sino que de pequeños propietarios". Y había cumplido.

En Cuba, quien más quien menos, todos tenían en esa fecha su pedazo de tierra o eran dueños de la casa en que vivían.

Sabía también que Fidel, en su famosa defensa personal en el juicio que se le hizo por el asalto al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, entre otras cosas había dicho: "Los Revolucionarios han de proclamar sus ideales valientemente, definir sus principios y expresar sus intenciones, *para que nadie se engañe, ni amigos ni enemigos*". (*Pensamiento Político, Económico y Social de Fidel Castro Ruz,* página 38).

Las cinco leyes, clara y categóricamente definidas por el Movimiento 26 de Julio y en la confección de las cuales habían trabajado Frank y Josué País, José Antonio Echeverría, Tony Alomá y muchos dirigentes más, todos ellos muertos en plena juventud, acribillados a balazos por los esbirros de Batista, con el beneplácito y cobarde complicidad de los dirigentes comunistas, hacían imposible que dichas leyes, rubricadas con tanta sangre y heroísmo, fueran traicionadas. Sería como traicionar a la Historia.

La primera Ley Revolucionaria *"devolvía al pueblo de Cuba la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera Ley Suprema del Estado"*, en tanto que el pueblo decidiese modificarla o cambiarla, y a los efectos de su implantación y *castigo ejemplar a todos los que la habían traicionado,* no existiendo órganos de elección popular para llevarla a cabo, el Movimiento Revolucionario, *"como encarnación momentánea"* de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades inherentes a ella. "EXCEPTO LA DE MODIFICAR LA PROPIA CONSTITUCION": facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar.

La segunda Ley Revolucionaria *concedía la propiedad inembargable e intransferible* de la tierra a todos los colonos, subcolonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos *caballerías** de tierra, *indemnizando el Estado a sus anteriores propietarios* a base de la renta que devengarían por dichas parcelas, en un promedio de diez años.

* *Caballería*: Medida de superficie que en Cuba equivale aproximadamente a 13,5 hectáreas.

La tercera Ley Revolucionaria *otorgaba a los obreros y empleados el derecho a participar del treinta por ciento de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareras.*

La cuarta Ley Revolucionaria *concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta por ciento del rendimiento de la caña, y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres o más años de establecidos.*

La quinta Ley Revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los Gobiernos. Se declaraba, además, *que la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos "DEMOCRATICOS DEL CONTINENTE" y que LOS PERSEGUIDOS DE LAS "SANGRIENTAS TIRANIAS QUE OPRIMEN A NACIONES HERMANAS"* encontrarían en la Patria de Martí, *NO COMO HOY,* persecución, hambre y TRAICION; sino que *el asilo generoso, hermandad y pan. "CUBA DEBIA DE SER BALUARTE DE LA LIBERTAD Y NO ESLABON VERGONZOSO DE DESPOTISMO".* (Fidel Castro, ob. cit., págs. 39 y 40).

Esas bellas frases, anhelos que fueron convertidos en Leyes por los mártires de la Revolución Cubana y por el propio Fidel, se las repetía a todos mis amigos, incansablemente. Y una noche, después de una comida en *El Pollo Dorado,* acudieron a mi mente unos versos que Fidel declamó en su histórica defensa (pág. 48 del mismo libro).

Cadáveres los que amados un día
Ensueños fuisteis de la Patria mía.
"Arrojad sobre mi frente
Polvo de vuestros huesos carcomidos".
Tocad mi corazón con vuestras manos.
Gemid en mis oídos.

Cada uno ha de ser de mis gemidos
Lágrimas de uno más de los tiranos.
Andad a mi redor; vagad en tanto
Que mi ser vuestro espíritu recibe
Y dadme de las tumbas el espanto
Que es poco ya para llorar el llanto
CUANDO EN INFAME ESCLAVITUD SE VIVE.

Terminé esas bellas y hermosas estrofas con los ojos humedecidos. Me sucedía igual cada vez que a mi mente venían, pues fueron dichas por Fidel en uno de los momentos más dramáticos de su vida; cuando se autodefendía del tirano Batista. Más que una poesía era una promesa y un juramento a los muertos caídos en la lucha por la libertad de Cuba. No podían ni debían ser traicionados... Esa noche fueron premiadas con prolongados y sinceros aplausos. Muchos clientes del mencionado restaurant levantaron la cabeza para fijarse en el grupo de bulliciosos comensales que tanto alborotaban en una mesa adornada con las banderas chilena y cubana.

Me sentía feliz no sólo por estar de nuevo en mi patria, rodeado de viejos y fieles amigos, sino que influía, también, el ambiente de chilenidad, tan característico de ese negocio; las canciones y tonadas magistralmente cantadas y tocadas por el conjunto de Silvia Infantas y, ¿por qué no decirlo?, al estar degustando de nuevo el reconfortante tinto Tarapacá-Zavala, que abundantemente hacía correr por mi garganta. Recordaba tiempos idos. Me sentía feliz y a la vez, triste. Pronto tendría que regresar de nuevo a Cuba... y serias dudas me atormentaban.

Conversé al respecto con varios amigos, entre ellos el inseparable Francisco Palma y el noble Oscar Poblete y también con mis hermanos René y Jorge. Me sinceré abiertamente con ellos contándoles lo que me había sucedido en Cuba; las canalladas, las humillaciones y vejaciones que gratuitamente había tenido que soportar. Cosas que no las atribuía a la Revolución misma, sino que a un grupo de fanáticos, sectarios y dogmáticos; miembros todos del Partido Comunista; cosas que por hidalguía, lealtad y fidelidad a la Revolución había calla-

do a otros. Los temores que tenía de que la Revolución tomara otro giro; muy especialmente después del discurso de Fidel del 2 de diciembre, en el cual reconoció haber sido marxista-leninista toda la vida; admitiendo haber engañado al pueblo cubano para poder llegar al poder. No me gustaba la mentira, el engaño, y menos viniendo de un hombre que era deudor para con la Historia.

Sabía que mis ideas políticas, más bien dicho: mi idealismo, era cosa conocida en las altas esferas de la Revolución. Si realmente Fidel tomaba el camino del comunismo, mi vida correría serio peligro en caso de regresar. Pero, por otra parte, me negaba a huir, a desertar y traicionar también a la Revolución, por la cual tanto me había sacrificado y luchado. Creía haberme ganado por lo menos el derecho de hablar, de influir aunque fuera con mi suicida presencia en Cuba a que la Revolución verde olivo no se transformara en roja. Me negaba a abandonar en momento tan crucial al pueblo de Cuba y al glorioso Ejército Rebelde, aunque en ello me fuera la vida.

Todos me aconsejaron no regresar; aducían incluso el deber que tenía para con mi mujer y el hijo que llevaba en sus entrañas. Yo no quería desertar ni traicionar a la Revolución. No le había temido a las balas en el campo de batalla; menos le temía a los comunistas; aunque esos camaradas empleaban armas más mortales y tácticas más arteras, contra las cuales no había defensa posible. Pero aún no se habían apoderado completamente del gobierno. Aún teníamos a Fidel. A lo mejor era un marxista-leninista, yo también lo había sido al inscribirme en los registros del Partido Socialista de Chile, pero de ahí al comunismo había una gran diferencia. Por lo menos así lo creía en aquel tiempo... Llegaría el día, el momento oportuno en que Fidel reaccionaría y en ese momento necesitaría hombres leales y fieles que lo respaldaran. Había que recuperar esa Revolución costase lo que costase. Estaba convencido de que Fidel no había arrancado al pueblo de las garras de la tiranía batistiana para entregarla sin lucha a otra sangrienta dictadura, la comunista.

Regresé a Cuba.

XIV

PREFIRIO MORIR A VIVIR EN LA MENTIRA

Sabía que el pueblo de Cuba estaba al borde de perder su libertad, tan duramente ganada. Ese pueblo que había sufrido mucho y que si no era feliz, deseaba serlo. Tenía derecho a ello. Lo habían engañado muchas veces y miraba el pasado con terror; creía ciegamente que éste no podría volver; estaba orgulloso de su amor a la libertad y vivía engreído de que ella sería respetada como cosa sagrada; sentía una noble confianza en la seguridad de que nadie se atrevería a cometer el crimen de atentar contra sus instituciones democráticas. Deseaba un cambio, una mejora, un avance, y lo veía cerca. Toda su esperanza estaba en el futuro. (Fidel Castro, ob. cit., pág. 62).

Pero... ¡Pobre pueblo de Cuba!

Una mañana la ciudadanía se despertó estremecida; a las sombras de la noche los espectros del pasado se habían conjurado, mientras ella dormía y ahora la tenían agarrada por las manos, por los pies y por el cuello. Aquellas garras eran conocidas, aquellas guadañas de muerte, aquellas botas... No, no era posible; no era una pesadilla. Se trataba de una triste realidad; un hombre llamado "¿Fulgencio Batista?" acababa de cometer el horrible crimen que nadie esperaba". (Fidel Castro, ob. cit., pág. 62).

Y cuánta charlatanería para justificar lo injustificable,

explicar lo inexplicable y conciliar lo inconciliable. Hasta que dan por fin en afirmar, con suprema razón, "QUE EL HECHO CREA EL DERECHO". Es decir, que el hecho de haber lanzado los tanques a la calle, apoderándose del Palacio Presidencial, la Tesorería de la República y los demás edificios oficiales, y "APUNTAR CON LAS ARMAS AL CORAZON DEL PUEBLO", CREA EL DERECHO A GOBERNARLOS. El mismo argumento pudieron utilizar los nazis que ocuparon naciones enteras de Europa e instalaron en ellas "GOBIERNOS TITERES". (Fidel Castro, ob. cit., pág. 64).

Al partir de La Habana había dejado mi automóvil en un garage, para un arreglo general. El 6 de enero de 1962 fui a buscarlo. Al verme entrar el dueño y varios mecánicos, me quedaron mirando como a un fantasma. Ellos sabían mi manera de pensar, ya que muchas veces habíamos sostenido largas conversaciones.

No se imaginaron jamás que yo me iba a atrever a volver. Uno de ellos, un negro alto como mástil de un barco, de origen haitiano, al cual yo había apadrinado un hijo, se acercó luciendo con orgullo una gorra blanca que le había regalado antes de partir. Dando enormes zancadas y balanceándose como un marinero viejo, cubrió rápidamente la distancia que nos separaba. Una enorme sonrisa, de oreja a oreja, iluminaba su noble rostro color caoba. Dos enormes manazas palmotearon mis espaldas afectuosamente.

—Oiga, compay —dijo sin dejar de sonreír y con su cadenciosa manera de hablar—. ¿Usted es bobo, o qué? ¿Por qué no se quedó por sus terruños?

—¿Por qué, flaquito? ¿No sabes —agregué— que muchas veces me siento más cubano que chileno? Total, por Cuba he hecho mucho más que por mi patria. Aquí me casé y aquí tiene que nacer mi hijo, para que sea cubano. ¿O te molesta que haya regresado? —pregunté maliciosamente.

—Qué va, compay. No se lo digo por eso. Usted sabe que nosotros lo queremos como a un hermano. Y por eso mismo —continuó, mirando cautelosamente hacia los lados para verificar si alguien más escuchaba sus palabras— no queremos que sufra más. Usted es bueno y honrado, Capi, y no puede estar con "esto". Aquí se va a armar la del carajo el día menos pensado y usted va a estar metido al medio. No sea "come miedda", Jefe.

Me di cuenta de lo que él quería decirme. Se lo agradecí sin palabras. Estreché fuertemente su enorme y negra mano y nos miramos serenamente a los ojos. Las palabras estaban de más.

—Toma, flaquito —dije pasándole una botella de vino chileno—; esto es para que te lo bebas en mi nombre con tu mujer y mi ahijado.

—Gracias, Jefe. La guardaré para cuando salga mi negra de la cárcel —contestó amargamente.

—¿Cómo? ¿De la cárcel?

—Sí, Jefe. Me la guardaron por seis meses. Tuve que mandar los negritos a Oriente, a casa de los suegros, poqque como tengo que trabajáa, no los puedo cuidal.

—¿Qué pasó, compadre? ¿Se metió en algún lío tu mujer?

—Bueno, a decí veddá —se quedó largo rato en silencio, como temiendo decir lo que había sucedido; luego, continuó—, parece que la negra *se puso brava** en la pollería. Le dijo unas cuantas cosas a un miliciano, poqque hace más de un mes que no nos dan un pollito, y los negritos no tenían qué comel. Total —agregó con una triste y resignada sonrisa—, la mandaron por seis meses a recoger tomates a Jovellanos.

A todo esto también se habían acercado el dueño del garage y su socio, junto con dos mecánicos más. Todos manifestaron sincera alegría por volver a verme, tratando de ocultar la tristeza que se reflejaba en sus rostros. Don Jorge —el dueño—, un hombre que siempre había sido alegre y parlachín, como buen cubano, estaba ese día desencajado y de mal humor. Le hice bromas al respecto, ignorando la enorme tragedia que en ese momento afligía a mi amigo. El sonrió, o trató de sonreír con una mueca, a la vez que me informaba que

* *Ponerse bravo*: Encolerizarse.

le habían "nacionalizado" el negocio, requisado la cuenta bancaria y ahora tenía que trabajar como simple empleado en su propio garage, fruto de toda una vida dedicada al trabajo y al sacrificio para llegar a poseer algo, que de una plumada se lo quitaban a mano armada, sin indemnización alguna. Volvía a donde había empezado cuarenta años atrás. No tenía nada, absolutamente nada; y, para colmar su amargura y dolor, tenía que trabajar bajo las órdenes de un *ñángara*. De no haber sido tan dramática la situación, hubiera lanzado una carcajada. Le quitaban el negocio; no le daban ni tan siquiera las gracias y encima de todo tenía que recibir órdenes de un incompetente, un arribista, un descarado cualquiera. Era para reír o llorar. Pero don Jorge no fue el único amargado en esos días.

Todo, absolutamente todo, pasaba a manos del Estado. Por insignificante o pequeño que fuera el negocio, todos fueron "nacionalizados" (como que si hubieran estado en poder de extranjeros y no en manos de humildes cubanos). Las tiendas, carnicerías, almacenes de ramos generales, pescaderías, talleres de radio, bares, restaurantes, tiendas de moda, verdulerías, talabarterías, ferreterías, taxis, buses y hasta los puestos de *fritas** que había en las esquinas.

Era la nueva política del Gobierno. "La propiedad privada no podía existir en un régimen comunista, en el paraíso de los trabajadores". Era una política completamente opuesta a lo que Fidel y el Movimiento 26 de Julio habían ofrecido al pueblo de Cuba. La traición seguía implacablemente su camino. Era doloroso, triste y vergonzoso ver, observar y sentirse complicado o cómplice involuntario de tanta canallada, mentira y traición. ¡Y pensar que Fidel había prometido que Cuba sería "país de pequeños propietarios"! ¡Qué ironía histórica!

La tesis económica del Movimiento 26 de Julio decía textualmente:

* *Fritas*: Venta ambulante de sandwichs.

PLANIFICACION DEMOCRATICA DEL MOVIMIENTO 26 DE JULIO.

Que el Estado asuma la responsabilidad del estudio y ejecución de un plan de desarrollo económico NO SIGNIFICA EJERCICIO POR PARTE DEL MISMO DE PODERES DICTATORIALES. La planificación es compatible con LAS LIBERTADES INDIVIDUALES, y sólo ella puede hacer posible un mundo en el que exista LIBERTAD INDUSTRIAL Y SEGURIDAD ECONOMICA.

La esencia de una PLANIFICACION DEMOCRATICA radica en la participación de la OPINION PUBLICA, CON SUS DIVERSOS GRUPOS SOCIALES, a través de las organizaciones revolucionarias, instituciones cívicas, sindicatos obreros y patrones, industriales, PARTIDOS POLITICOS, CONGRESO, etc., de una inmensa movilización ciudadana, en la discusión y ejecución de los planes económicos y en la demarcación de sus metas inmediatas y mediatas.

El ESTADO DEMOCRATICO, aun fijándose objetivos revolucionarios, puede elaborar las técnicas de acción social necesarias e idóneas para cumplir sus altos fines SIN APELACION A LA VIOLENCIA SOBRE GRUPOS DISIDENTES, CLASES SOCIALES INCONFORMES, usufructuarios de intereses creados y otras minorías. (Fidel Castro, ob. cit. pág. 95).

OBJETIVOS DE UNA POLITICA DE DESARROLLO ECONOMICO EN CUBA.

DAR UNA CRECIENTE PARTICIPACION A LOS EMPRESARIOS Y AL ESTADO CUBANO EN LA RIQUEZA NACIONAL. Tanto en las futuras empresas a crear, como en las ya existentes, EL GOBIERNO DEMOCRATICO DARA TRATO "PREFERENTE A LOS EMPRESARIOS CUBANOS", PARA QUE LOS MISMOS SEAN "SUS PROPIETARIOS". Estos fines pueden ser logrados con una aplicación INTELIGENTE de la maquinaria estatal. El mismo Estado podrá "nacionalizar" empresas, como por ejemplo: LAS DE

SERVICIOS PUBLICOS Y "ENTREGARSELAS A EMPRESARIOS CUBANOS" o socializarlas. (Fidel Castro, ob. cit., pág. 97).

¡¡¡ESTA ES UNA ASPIRACION ECONOMICA BASICA POR LA QUE TANTA SANGRE HAN DERRAMADO LA JUVENTUD Y EL PUEBLO DE CUBA Y UNA DEUDA DE HONOR DEL MOVIMIENTO QUE EN LA HEROICA SIERRA MAESTRA LIDEREO FIDEL CASTRO RUZ!!! (Fidel Castro, ob. cit., pág. 104).

¡¡¡LA DEUDA SIGUE EN PIE!!!

Y una víctima más se sumaba a la Gran Traición. Don Jorge, mi amigo, el que había llegado a tener un garage a costa de toda una vida de sacrificios y que un día no lejano aplaudió el paso de Fidel por las calles de La Habana, se cortó la yugular. Seguía corriendo generosamente la sangre cubana; no por la Revolución, ni contra ella, sino que como un grito de protesta, al sentirse el pueblo nuevamente engañado, nuevamente traicionado...

"Nos casaron con la mentira, y nos obligaron a vivir con ella...

"Por eso que nos parece que se hunde el mundo, cuando oímos la verdad.

"Como si no valiera la pena de que el mundo se hundiera.

"¡Antes que vivir en la mentira!".

Eso lo había dicho Fidel Castro Ruz, el 16 de marzo de 1959. Me dieron deseos de colocar la misma frase en la tumba de mi amigo. El también prefirió morir a vivir en la mentira. ¡Qué cruel, terrible y sangriento engaño!

XV

YA NO ERA SOLDADO; ERA VERDUGO

Muchos militares decentes se están preguntando a estas horas qué necesidad tenían las Fuerzas Armadas de cargar con la tremenda responsabilidad, de haber destrozado nuestra Constitución, para llevar al poder "A UN GRUPO DE HOMBRES DESPRESTIGIADOS, SIN MORAL, ANIQUILADOS PARA SIEMPRE POLITICAMENTE Y QUE NO PODIAN VOLVER A OCUPAR CARGOS PUBLICOS... SI NO ERA A PUNTA DE BAYONETAS; BAYONETAS QUE NO EMPUÑABAN ELLOS". (Fidel Castro, ob. cit., pág. 35).

Esa frase golpeaba insistentemente mi conciencia, por lo que decidí apartarme de mis deberes militares. Ya no era soldado, era verdugo. Ya era tiempo que todo el clan de comunistas corrompidos, como había dicho Fidel, dieran la cara: Blas Roca, Lázaro Peña, Juan Marinello —el aristócrata del Partido, que hasta los calzoncillos se los mandaba a hacer a la medida (fiel réplica de un comunista chileno)—, Augusto Martínez Sánchez (alias "La Llorona" por su reconocida falta de valor en combate), Carlos Rafael Rodríguez, Flavio Bravo, Emilio Aragonés, Aníbal y César Escalante, Severo Aguirre y cientos de cobardes más, que movían los hilos invisibles de la Gran Traición, sin atreverse a decir de una vez por todas que todo lo que se había dicho y prometido hasta ese momento era una macabra y hábil maniobra, un engaño, una mentira más... No se habían atrevido hasta el momento a proclamar abiertamente sus intenciones; no mostraban el puñal

cobarde que empuñaban sus ensangrentadas garras, con la sangre tibia aún de los revolucionarios que murieron combatiendo a Batista y que ellos ayudaron a matar. Pero la traición ya se había consumado a espaldas del pueblo de Cuba.

Como alto oficial de la Fuerza Aérea Rebelde, no quería hacerme cómplice de lo que estaba sucediendo. Yo era Revolucionario, con ideas socialistas, pero jamás comunista; pues no estaba en mí apoyar ninguna clase de tiranía, y menos aún una dictadura autocrática e imperialista.

Había luchado por mis ideales en un país a miles de millas de mi patria, para devolverle a su pueblo la libertad, pero no para arrancarlo de una cruel tiranía y después entregarlo, cobarde y traicioneramente, a otra más cruel, más sanguinaria. Creía firmemente en las reformas sociales proclamadas por el Movimiento 26 de Julio, por boca de su máximo líder, Comandante Fidel Castro Ruz, y por ello me rebelaba al ver la forma cruel, drástica, sangrienta e inhumana como las estaban tergiversando, a su manera y antojo, los comunistas infiltrados en la Revolución, muchas veces recibiendo órdenes directas de Aníbal Escalante, omnipotente señor de horca y cuchillo, quien dirigía abiertamente esta hábil maniobra. Todo esto se advertía a simple vista, ya que Fidel desapareció por completo del escenario político a partir del mes de enero de 1962. Algo inconcebible para el pueblo de Cuba. Los rumores se sucedían con increíble rapidez. Muchos decían que Fidel estaba preso por orden del Partido y que Raúl asumiría la dirección de la Revolución; otros decían que Fidel estaba gravemente herido y que se temía por su vida. Los periódicos, radio y televisión callaban misteriosamente. Era un silencio culpable, un silencio que presagiaba complicidad en alguna oscura e inconfesable maniobra... Y mientras tanto, seguían las injusticias y atropellos a mano armada. Bastaba que un *chivato* señalara a alguien con su inmundo y despreciable dedo para que ese infeliz, culpable o inocente, fuera condenado de inmediato sin juicio, sin sumario, sin testigos, sin derecho a defensa, y... terminaba pudriéndose en una de las innumerables mazmorras que para ese efecto se habían ha-

bilitado rápidamente, ya que las cárceles del país no daban abasto.

Se cometía el monstruoso error de creer culpables a los inocentes; se incurría en la inhumana atrocidad de castigar con las penas más severas, incluyendo la muerte, a niños y niñas menores de edad. Los prisioneros no eran respetados después de los combates y sí muchas veces rematados en el mismo lugar en donde eran capturados, incapaces de defenderse o huir, imposibilitados por sus heridas. Eran órdenes del Comandante Raúl Castro Ruz: no tomar prisioneros; órdenes que fueron cumplidas con sádica eficiencia, muy especialmente por los Comandantes Félix Torres, en Las Villas y William Gálvez, en Isla de Pinos.

Muchos Oficiales del Ejército Rebelde fueron apresados sin motivo alguno, como el caso del Comandante Lalo Sardiñas, uno de los primeros hombres que acudió al llamado de Fidel en la Sierra Maestra; también fue acusado y condenado a veinte años de prisión, para luego dejarlo en libertad con una estúpida excusa. Todos éramos culpables, hasta que demostrábamos que éramos inocentes. El solo hecho de vestir uniforme del Ejército Rebelde era motivo suficiente para que los señores del Partido desconfiaran y empezara el calvario de sentirse vigilado y perseguido; con el teléfono intervenido y la correspondencia violada. Los Comandantes William Morgan —norteamericano—, Sorí Marín, Carrera y muchos más pagaron con su vida el terrible delito de no haber sido comunistas, y haber tenido la valentía y honradez suficientes de proclamarlo abiertamente.

El Comandante Hubert Mattos, primer mártir de la traicionada Revolución Cubana, en un juicio que pasará a la Historia como ejemplo de la bajeza y ruindad humanas, se enfrentó con sus detractores y acusadores, colocando el dedo en la llaga. Acusó directamente a Raúl Castro Ruz por arrastrar la Revolución al comunismo internacional; acusó al hermano de Fidel de agazapado, injusto, cobarde y traidor al pueblo de Cuba. Durante cuatro días el pueblo cubano se mantuvo expectante ante el desarrollo del Consejo de Guerra Su-

marísimo seguido contra ese Comandante y treinta y un militares más, acusados por un supuesto delito de traición, sedición y colaboración. Ante un tribunal compuesto por sus antiguos compañeros de armas y que presidió el Comandante Sergio del Valle. El que fuera Jefe del Distrito Militar de Camagüey, Comandante Hubert Mattos, negó enfáticamente ser el cabecilla de un levantamiento contra los poderes del Estado Revolucionario, sosteniendo con firmeza que lo único que había hecho FUE COMBATIR LA INFILTRACION COMUNISTA EN LOS CUADROS DEL EJERCITO REBELDE.

El largo proceso, conocido como la "causa 340", tuvo ribetes dramáticos, así como muchos incidentes, lo que dio lugar a que el tribunal tuviera que trabajar arduamente para encauzar los debates, toda vez que el Comandante Hubert Mattos, al calor de su defensa, en varias ocasiones sostuvo fuertes cambios de palabras con los Comandantes Almeida, Raúl Castro y el propio Primer Ministro, doctor Fidel Castro, quien, por primera vez durante el funcionamiento de los tribunales revolucionarios, declaró como figura principalísima en el ruidoso juicio, que tuvo como colofón la condena a VEINTE AÑOS de cárcel al Comandante Hubert Mattos y otras sanciones impuestas al resto de los acusados.

En la primera sesión, el Comandante Hubert Mattos dijo: "En cierta ocasión expliqué al Comandante Raúl Castro Ruz y al Primer Ministro, que estaba encontrando dificultades, porque me mostraba contrario a la infiltración comunista en el Ejército. Conocía que existían algunos oficiales rojos. ¡Se me acusa de traidor y he sido dañado en mi honor de hombre! Estuve en desacuerdo con el Comandante Raúl Castro, por expresarle que era contrario al elemento comunista... En grupos de Oficiales Superiores siempre combatí el comunismo, ya que tenía pruebas de la existencia de ellos en el Cuerpo de Cultura del Ejército. Y preguntaba: ¿QUE SERA DENTRO DE DOS AÑOS SI ESE ELEMENTO SIGUE FORMANDO LA MENTALIDAD A LOS SOLDADOS REBELDES DE BUENA FE?".

El Fiscal le interrumpió: ¿Se preguntó a los combatientes

alguna vez cómo pensaban cuando formaron las filas para pelear contra la dictadura de Batista?

Mattos contestó: No, señor. Pero siempre sostuve que la Revolución "NO NECESITABA COMUNISTAS, YA QUE ELLOS APOYABAN, EN ESOS MISMOS MOMENTOS, AL TIRANO BATISTA. QUERIAN ESTAR CON DIOS Y CON EL DIABLO, COMO SIEMPRE".

Después fueron llamados a declarar varios Comandantes, entre ellos: Calixto García, Félix Torres, Juan Almeida, e incluso el Comandante Raúl Castro Ruz. NEGARON CATEGORICAMENTE SER COMUNISTAS.

Por último, apareció Fidel. Comenzó diciendo el Primer Ministro:

—Señor Presidente del Tribunal, comprende usted, como yo, la importancia de este juicio. Se ha tratado de poner en duda la *integridad* de la Revolución. "VENGO A QUE SE CONOZCA LA VERDAD. Aquí se está debatiendo una cuestión de JUSTICIA. Tengo moral para hablar. La tienen los hombres, lo mismo el acusador que el acusado. Como me pasó hace algunos años, POR UNA IDEA HONROSA. Ustedes saben que la Revolución la hicieron sectores humildes. No sé por qué dice Mattos que es menos radical que Raúl (su hermano). LA SITUACION COMUNISTA NO LA INVENTO MATTOS, SINO BATISTA Y LOS VOCEROS DE LA DICTADURA. Señores del Tribunal, ustedes podrán absolver a los acusados, pero la Historia los condenará.

Al día siguiente, después de los informes del Ministerio Fiscal y de los abogados defensores, el Presidente del Tribunal, Comandante Sergio del Valle Jiménez, dictaba la sentencia ya conocida. El Comandante Hubert Mattos la recibió con los labios fuertemente apretados. Sus ojos brillaban, y a la luz de los focos se podía ver que dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

El Comandante Hubert Mattos lleva a la fecha casi cuatro años de trabajo forzado en las canteras de mármol en Isla de Pinos. Tiene una silicosis avanzada que le ha carcomido

los pulmones y lo acerca inexorablemente a la muerte. Más humano hubiera sido matarlo de una vez, que condenarlo a una muerte lenta. Su terrible delito había sido DECIR LA VERDAD.

Fidel hizo condenar a un hombre, a un amigo, a un compañero de la Sierra Maestra, porque se atrevió a decir públicamente que la Revolución caminaba hacia el comunismo. Fidel lo negó, como siempre, mandando a la muerte lenta y despiadada a un inocente; escogiendo así, ante los ojos del mundo, el camino del engaño, la mentira, la traición y el crimen. LA HISTORIA TIENE LA PALABRA.

Ya no era ningún honor pertenecer a las filas del que un día no lejano se había llamado EJERCITO REBELDE, y que ahora estaba convertido en Ejército Político. LA HISTORIA SE REPETIA:

UN ENGAÑO MISERABLE.

El 10 de marzo fue un engaño miserable, sí... Batista, después de fracasar por la vía electoral, él y su cohorte de politiqueros malos y desprestigiados, aprovechándose de su descontento, tomaron de instrumento al Ejército para trepar al poder sobre las espaldas de los soldados. Y yo sé que hay muchos hombres disgustados con el engaño. Se les aumentó el sueldo y después, con descuentos y rebajas de toda clase, se les volvió a reducir; infinidad de viejos elementos desligados de los Institutos Armados volvieron a las filas, cerrándoles el paso a hombres jóvenes, capacitados y valiosos; militares de mérito han sido postergados mientras prevalece el más escandaloso favoritismo con los parientes y allegados a los altos Jefes. Por otro lado, los militares están sufriendo de una tiranía peor que los civiles. Se les vigila constantemente y ninguno de ellos tiene la menor seguridad en sus puestos; cualquiera sospecha injustificada, cualquier chisme, cualquiera intriga, cualquiera confidencia, es suficiente para que los trasladen, los expulsen o los encarcelen deshonrosamente... ¡¡¡Qué desconfianza!!!... Ni a las vírgenes vestales de Roma se les impuso semejante regla. Las casitas tan cacareadas para los soldados no pasan de 300 en toda la Isla, sin embargo, con lo gastado en tanques, cañones y armas, había para fabricarle una casa a cada alistado; luego, lo que le importaba a Batista no era proteger al Ejército, sino que el Ejército lo protegiera a él; se aumentó su poder de opresión y muerte, pero esto no es mejorar el bienestar de los hombres. Guardias triples, acuartelamientos constantes, zozobra perenne, enemistad de la ciudadanía, incertidumbre del porvenir, esto es lo que se le ha dado al soldado, o lo que es lo mismo: "MUERE POR EL REGIMEN, SOLDADO, DALE TU SUDOR Y TU SANGRE, TE DEDICAREMOS DESPUES UN ASCENSO Y UN DISCURSO POSTUMO (cuando ya no te importe), DESPUES... SEGUIREMOS VIVIENDO Y HACIENDONOS RICOS; MATA, ATROPELLA, OPRIME AL PUEBLO, QUE CUANDO EL PUEBLO SE CANSE Y ESTO SE ACABE, TU PAGARAS NUESTROS CRIMENES y nosotros nos iremos a vivir como príncipes al extranjero; y si volvemos algún día, no toques tú ni tus hijos en la puerta de nuestros palacetes, porque seremos millonarios y los millonarios no conocen a los pobres. Mata, soldado, oprime al pueblo, muere por el régimen, dale tu sudor y tu sangre...". (Fidel Castro, ob. cit., pág. 35).

Así había hablado un histórico día el Comandante Fidel Castro Ruz censurando a Batista y su régimen. La historia se volvía a repetir con una exactitud asombrosa y cruel.

Me negué a reincorporarme a la Fuerza Aérea Revolucionaria y solicité mi traslado a la Compañía Cubana de Aviación.

"Ni la más estricta obediencia militar puede cambiar la espada del soldado en cuchilla de verdugo", había dicho Fidel en la página 58 de sus pensamientos que aludo. Estábamos de acuerdo.

XVI

DE PILOTO DE GUERRA A PILOTO CIVIL

La Habana, enero 30 de 1962.
"AÑO DE LA PLANIFICACION"

Compañero Carlos Coca,
Director de la Empresa Consolidada
Cubana de Aviación.
Rancho Boyeros,
La Habana.

Compañero:

Tengo el honor de dirigirme a usted, con el fin de comunicarle que siguiendo instrucciones del Comandante Fidel Castro Ruz, Primer Ministro del Gobierno, le presento al compañero Capitán Piloto de Guerra E.R. Jacques Lagas Navarro, para que preste sus servicios en esa Empresa de Aviación.

Agradeciendo su preferente atención a esta presentación, queda de usted con saludos revolucionarios.

"PATRIA O MUERTE"
Comandante Sergio del Valle J.
Jefe Estado Mayor General

El compañero camarada, Jefe del Personal del "Consolidado de Aviación", leyó displicentemente la carta presentación y dejándola a un lado, sin darle importancia alguna, tomó un

formulario del escritorio. Con tono cansado y molesto, empezó el interrogatorio:

—¿Edad?

—35 años.

—¿Nacionalidad?

—Chileno.

—¿Tipos de aviones que ha volado en los últimos tres años?

—C-46, C-47, C-54, B-26, Lodestar, Aerocommander, Cessna 310 y otros.

—¿Puestos que ha desempeñado en la Revolución?

—Instructor de Vuelo, Profesor de Ramos Técnicos, Asesor de la Fuerza Aérea, Jefe de Línea de Vuelo en la Base Aérea de San Antonio de los Baños —aspiré lentamente una bocanada de humo y, expulsándola por entre mis ralos dientes, continué con toda calma—, Jefe de Operaciones en la Base antes mencionada, Segundo Jefe y Jefe del Escuadrón de Bombardeo Ligero en los combates de Playa Girón.

—¿Ha participado en algún combate? —preguntó en forma ofensiva.

—Sí, compañero. Nueve combates aéreos, según consta en este certificado —le extendí el papel, que también dejó a un lado después de sólo mirarlo con el rabillo del ojo. Se mostraba molesto y dándome cuenta de ello aproveché para hincarle una pullita.

—¿En cuántos combates ha participado usted, camarada?

El funcionario se revolvió en la silla y se hizo como si no me hubiera escuchado. Su secretaria, que seguía atentamente el interrogatorio, levantó la cabeza y sonrió picarescamente. No sé por qué le había agradado mi indirecta directa.

—Bueno, Capitán. Usted sabe que aquí tenemos ciertos reglamentos internos; así es que usted va a tener que empezar ingresando a la cola del escalafón.

—Comprendo, compañero. No hay problema por mi parte —sonreí abiertamente. Sabía, desde ya, lo que me esperaba, pues estaba frente a uno de los tantos acólitos del micro-Fouché cubano, el Capitán Víctor Pina.

—En primer lugar tiene que ir a la Dirección de Aeronáutica Civil, para que le otorguen la licencia de piloto civil; usted sabe —agregó—, reglamentos. Y después tiene que presentarse al Departamento de Instrución para ver qué hacemos por usted.

Entendí que la entrevista había terminado. Saludé militarmente y me alejé con una sonrisa despectiva en los labios. Una carta del propio Comandante Fidel Castro Ruz, un certificado que acreditaba mis combates y un Libro de Vuelo que acreditaba más de catorce mil horas en el aire, sólo habían logrado despertar las antipatías de ese aparecido de última hora. Otro *ñángara* despreciable que, con seguridad, estaba muy confortablemente acostado con su mujer o su amante cuando yo, extranjero, combatía por la Revolución Cubana.

En la Dirección de Aeronáutica Civil me esperaban sonriendo dos camaradas, miembros también del clan de Pina. El teléfono había sido más rápido que yo. Con los Reglamentos en la mano me explicaron que era imposible darme la licencia de piloto civil, pues yo no era cubano.

—Porque usted no se ha nacionalizado. ¿Verdad, Capitán? —preguntó alegremente el chino Fong.

—No, Fong. No me he nacionalizado, ni lo haré. Nosotros los chilenos llevamos muy dentro del corazón a nuestra patria. Por eso somos "nacionalistas" hasta los huesos —contesté burlándome de Fong, sabiendo que la estocada iba bien dirigida—. Por supuesto —agregué—, en Chile también tenemos vendepatrias. Eso confirma la regla.

—¿Cómo, vende-patrias, Capitán?

—Sí, Fong, vende-patrias, o más bien dicho: despatriados. De esos que tanto abundan en estos momentos en la Revolución Cubana.

Fong comprendió lo que yo quería decirle y la sangre le encendió su cretino rostro. Encendió un largo y negro tabaco con mano insegura y miró asustado a un miliciano que se encontraba presente. Este no comprendió el significado de mis palabras, o a lo mejor se hizo el desentendido, tomando muy en consideración mis galones de Capitán de la Fuerza Aérea

Rebelde, o la pistola 45 que peligrosamente asomaba su negra cacha desde la cartuchera.

—Lo único que lamento, Fong —proseguí sereno y tranquilo—, es que a veces el Comandante Fidel habla demasiado.

—¿Por qué, Capitán? —preguntó Fong, mordiendo nerviosamente su tabaco.

—Por la sencilla razón de que una vez dijo que no sólo eran cubanos los que nacían en Cuba; también lo eran todos aquellos que luchaban por la Revolución. En ese caso —agregué maliciosamente—, yo soy más cubano que usted mismo, Fong. Pero considerando que usted desconoce esas palabras de Fidel, tendré que ir a molestarlo nuevamente, ya que aquí tengo una carta en que me ordena presentarme a la Cubana de Aviación. Con seguridad él se ha olvidado de que tiene funcionarios tan celosos de los reglamentos y que muchas veces ignoran lo que él ha dicho.

—Sí, Capitán. Por supuesto que sí. Usted tiene toda la razón —balbuceó Fong, tragándose un pedazo de tabaco que no podía expulsar de los labios en su nerviosismo. Luego preguntó—: ¿Tiene la carta del Comandante Fidel en su poder?

—Tómela —dije, pasándole el pedazo de papel.

—Por favor, espere un momento, Capitán. Vuelvo en seguida.

Tomó la carta entre sus trémulas manos y se dirigió a la oficina del poderoso, omnipotente e intocable Capitán Víctor Pina; el hombre de confianza de Raúl Castro y del Partido, en la Fuerza Aérea Rebelde.

A los pocos segundos apareció Fong, con una sonrisa que iluminaba su rostro asiático, para comunicarme que Pina se dignaba recibirme. Este me esperaba sentado sobre su escritorio; junto a él estaban la carta de Fidel, el certificado de mis combates y mi Bitácora de Vuelo.

—Oiga, Lagas —empezó a hablar, sin saludarme siquiera—. ¿Para qué trae esta basura? —dijo mostrando los documentos con la mano.

—Perdone, Pina. Pero no creo que una carta del Primer Ministro de la Revolución sea basura; salvo que usted ya se

considere más poderoso que él, lo que no me extrañaría en usted —agregué con picardía.

—Me ha interpretado mal, Capitán —interrumpió presurosamente y con temor—. Lo que yo quiero decirle a usted es que no necesita traer estos documentos para que nosotros sepamos quién es usted. Quiero que sepa, Capitán, que yo siempre lo he estimado; a pesar de que usted cree lo contrario.

—Usted tiene una manera muy rara de apreciar a la gente, Pina. Le ruego que no me estime tanto; no quiero terminar en el paredón.

—Está equivocado, Lagas. Y algún día se lo voy a demostrar; a propósito —agregó, sonriendo beatíficamente—, permítame felicitarlo por sus triunfos. He sabido que escribió un libro, que ya leyó Fidel. Por favor, tráigame uno autografiado cuando salga a circulación. Se lo voy a agradecer —al decir esto último se le iluminó la cara con su característica sonrisa mefistofélica. ¿Sabía ya él que mi libro había sido censurado por el Partido?

Nos despedimos cortés y fríamente. Me había concedido el honor de volar en territorio cubano como piloto civil; como piloto de guerra lo había hecho a lo largo de tres duros años, incluso combatiendo. Ahora que las cosas habían "cambiado", tenía que solicitar la venia del Partido. No bastaba sólo con el respaldo del Comandante Fidel Castro y de mi prestigio de combatiente. La Revolución había tomado otro camino.

XVII

UN CENSOR Y UN ADUANERO

El libro "Amanecer de Fuego" o "Setenta y dos horas en Playa Girón", había sido editado por la Editorial Vanguardia Obrera, órgano de divulgación revolucionaria de la Central de Trabajadores de Cuba, bajo la dirección del periodista chileno Gregorio Goldenberg. Una copia de él me la había mandado a Chile el también periodista chileno y miembro del Partido Comunista, Luis Carrera, cuñado del Senador socialista Salomón Corvalán. Entregué personalmente dicha prueba al Diputado comunista Volodia Teitelboim, quien la entregó posteriormente al Senador Luis Corvalán. Al tener una entrevista con dicho Senador, durante mi permanencia en Chile, entre otras cosas me manifestó que tenía sumo interés en publicar el libro, pero, como la Editorial Austral carecía de fondos, me sugirió que hiciera gestiones ante Fidel para conseguir el financiamiento. Así lo hice llegando a Cuba. Pero los meses pasaron y nunca supe los motivos por los cuales mi libro no había salido a circulación, a pesar de haberse editado.

Hablé al respecto con Gregorio Goldenberg, quien me manifestó haber sido reemplazado y que ya no era el Director de la Editorial. Su sucesor era el camarada Carlos Fernández Retamar, miembro del Partido Comunista cubano. Pedí una entrevista con éste por intermedio de Luis Carrera; y fue así como tuve que llegar de nuevo al Kremlin cubano para entre-

vistarme con ese camarada, Jefe de Propaganda Revolucionaria de la Organización Revolucionaria Integrada, que era como se hacía llamar, embozadamente, el Partido Comunista de Cuba.

Carlos Fernández Retamar negó primero conocer la existencia del mencionado libro, para después argumentar que no era posible hacerlo llegar al pueblo, ya que en él yo divulgaba tácticas y estrategias empleadas en los combates de Playa Girón. Me reí en su propia cara y sin ocultarlo al recordarle que en esos días la estrategia y la táctica militar habían brillado por su ausencia. Que todo había sido obra de coraje, decisión y valentía del Ejército Rebelde, Policía Revolucionaria, Fuerza Aérea y Milicias Populares; ya que todo el mundo obró por su propia cuenta y riesgo. No encontrando ninguna otra explicación que darme, el camarada Fernández insinuó que fuera a hablar con Octavio Fernández, Jefe y Director de la Imprenta Nacional. Este me mandó a hablar con Aurelio Martínez, Jefe de Divulgación Revolucionaria y, por último, me enviaron a hablar con César Escalante, Jefe de todo el aparato propagandístico de la Revolución. El amo y señor de la prensa, radio, televisión, cines y propaganda mural.

César Escalante me recibió cordial y afectuosamente. Me confesó haber leído el libro y declaró que lo encontraba bastante bueno, a pesar de haber sido escrito por un principiante en la literatura. Lamentablemente, según él, adolecía de graves errores políticos. Aún más, era políticamente negativo; pero si yo consentía en hacerle algunas modificaciones y cortarle, por supuesto, los aspectos políticamente negativos, el libro podía salir al público.

Ese libro lo había escrito en los momentos más terribles de mi vida, ciñéndome estrictamente a la verdad de los hechos históricos acaecidos en los combates de Bahía Cochinos y Playa Girón. Había sido revisado por el Departamento de Censura del Estado Mayor, en donde se había comprobado la verdad de los hechos que relataba. También había pasado por la censura de la Policía Política, el G-2, y todos habían hecho numerosas objeciones, las cuales tomé en cuenta para lograr la

publicación del libro. Y fue así que se vio reducido en sus dos terceras partes. Ahora el compañero Escalante quería cortarle otros pasajes, y muy especialmente, el más importante de todos. El relato del ataque que hice por orden de Fidel a Playa Girón, el miércoles 19 de abril de 1961, a las 17:35 horas. No acepté la insinuación del camarada César Escalante, pues, como se lo expuse, el libro había sido tan censurado, que si le cortábamos otra parte, ya no existía interés en publicarlo; ya que perdería su verdadero valor y contenido histórico; además, como ya había enviado los originales a mi patria, esperaba publicarlo algún día ciñéndome estrictamente a los hechos.

—Pero, ¿cómo es posible, compañero Lagas, que usted vaya a publicar ese libro en el extranjero y no se publique aquí en Cuba?

—Muy sencillo, camarada Escalante. Lo publicaré en Chile, mi patria, en donde no existe censura de prensa; a pesar de lo mucho que se cacarea al respecto por aquí. ¿Qué sacamos, compañero Escalante, con decirle al mundo que aquí existe completa libertad de prensa, en circunstancias que usted hace censurar todo lo que se dice, se piensa y se habla en este país? ¿Quiere, acaso, hacer la Historia a su manera?

—A mí me concierne el aspecto político del asunto, Capitán. Y es una lástima, le vuelvo a repetir, que teniendo usted grandes cualidades, adolezca de tan grandes lagunas en su preparación política.

—Mire, Escalante. Cuando yo fui a combatir en defensa de la Revolución Cubana, nadie me preguntó mi color político; en otras palabras, no les importaba. Y para ser más claro aún, podía haber muerto por la Revolución; y ahora resulta que no sirvo porque no soy un político. ¿Es que para ser político —continué con amargura— es necesario e imprescindible ser un arrastrado, mentiroso, delator, un domesticado cualquiera, capaz incluso de falsear la Historia? En ese caso, camarada, estoy orgulloso de no ser político. Usted como político podrá decir bellas y floridas frases, pero jamás relatar un hecho de guerra, y menos algo verídico, ya que ustedes siempre ven los combates por televisión o en el cine, leen los rela-

tos en la prensa o escuchan los comentarios por la radio. Somos nosotros, los estúpidos idealistas, los que nos ensuciamos la manos con sangre y muchas veces algunos entregan la vida en tan bello y supremo gesto. No quiero quitarle más tiempo, camarada Escalante —proseguí irónicamente—. Quiero que sepa oficialmente que desisto de publicar el libro; aún más, lo prohibo. No quiero ser cómplice de una mentira histórica.

Escalante se puso lívido al escuchar la última frase. Trató de decir algo, pero lo interrumpí levantándome y disponiéndome a partir. Me despedí de él, dando por terminada la conversación con aquel político que iluminaba con destellos rojos la verde Revolución Cubana.

Días después conversé con el pintor chileno José Venturelli, miembro del Partido Comunista de Chile y quien también había leído el libro. El tampoco comprendía el verdadero motivo que originaba la censura. Me sugirió que hablara con el compañero Guillermo Laurentz, miembro del Partido Comunista de Guatemala, el cual desempeñaba un alto cargo en la Imprenta Nacional de Cuba. Laurentz me pidió el libro para leerlo y varios días para consultar el asunto; como a los quince días se apareció en mi departamento, repitiendo la misma canción que me había cantado el camarada Escalante. Le agradecí su interés en el asunto, y no lo volví a ver más.

Pero me quedó la enorme duda: "¿Por qué lo había censurado el Partido? ¿Relataba algo que no les convenía? ¿Cuál era el afán de que no relatara el bombardeo que efectué sobre Playa Girón?". Como siempre, el tiempo tendría la palabra.

Una tarde tuve el placer de conocer a un chileno que se encontraba de paso por Cuba y que no era enviado por el Partido Comunista; cosa rara. Era enviado por la Empresa de Comercio Agrícola de Chile para cumplir una misión oficial en ese país, desembarcando arroz chileno que iba a mitigar en algo la enorme escasez de ese producto por aquellos días. Impulsivamente, lo invité a almorzar; le advertí, por cierto, que tenía que ir a la suerte de la olla. Santiago Mangeolla aceptó

de inmediato la invitación, aportando una botella de vino tinto Clos de Pirque. Mi señora había preparado el consabido plato de porotos negros y arroz, hervidos sólo con agua y sal, ya que hacía meses que carecíamos de los más elementales artículos alimenticios.

Al sentarnos a la mesa, rogué a mi amigo que perdonara la pobreza y mala calidad de nuestro almuerzo, pues sólo podía ofrecerle eso y la buena voluntad. Mangeolla comprendió, pero se mostró terriblemente sorprendido cuando le mostré el refrigerador completamente vacío, informándole que el pueblo cubano, al igual que yo, estaba pasando por la etapa más triste de su historia, ya que carecía de alimentos, ropas y medicinas.

—¿Pero, cómo es posible, Lagas? —comentó extrañado Santiago—. Ayer fui a cenar a casa de otro chileno; y te digo de corazón que me sorprendió la abundancia y el lujo con que vive ese compañero.

—Ahí está la cosa, mi amigo. Es con toda seguridad un "compañero camarada chileno" —apunté despectivamente—. Ellos ganan sueldos en dólares, viven en lujosas mansiones que el gobierno les entrega gratuitamente y manejan automóviles pertenecientes al Estado. Tampoco tienen que hacer indignas colas para poder llevar un puñado de arroz a sus hogares o un poco de leche para sus hijos recién nacidos. Son los privilegiados del régimen, la nueva casta, la nueva clase. Las sanguijuelas de la Revolución. Cierto es que muchos técnicos chilenos —continué— han venido única y exclusivamente a cumplir como tales y merecen ese trato; pero otros vienen más que nada a inmiscuirse en la política interna del país y reclaman el trato que sólo merecen los profesionales. Exigen prebendas y regalías que no se merecen, pues, si vienen a dárselas de revolucionarios, que se porten como tales, renunciando, en primer lugar, a sus gustos y pretenciones burguesas. Es divertido y repugnante, amigo Mangeolla, ver a esos hipócritas predicando y no practicando. ¿Por qué no pasan hambre ni privaciones ni sufren como el pueblo de Cuba? Eso no lo comprendo yo y menos el pueblo que pretenden domesticar a pun-

ta de pistola, para imponer sus ideas foráneas. De sólo pensar que esta bazofia humana pretende implantar el mismo sistema en Chile, me dan deseos de matarlos aquí mismo, para evitar el dolor que les espera a los chilenos si algún día logran triunfar, apelando al engaño y a la mentira, como aquí ha sucedido.

—Bueno. Y tú, que eres chileno, oficial superior de la Fuerza Aérea y Héroe de la Revolución, ¿por qué no gozas de ciertas consideraciones, que por lo demás yo sé bien que te las mereces? Pues desde que llegué, todo el mundo me ha hablado de ti, diciéndome que debía sentirme orgulloso de ser chileno, pues había un piloto chileno que se había batido como león en los combates. Eso —agregó Santiago— basta y sobra para que te tengan aquí como a un rey; pero veo que hasta hambre estás pasando.

—Muy sencillo, mi amigo. En primer lugar, soy un verdadero revolucionario y no pido ni acepto trato preferencial; y en segundo, quiero al pueblo de Cuba como al mío propio y me he asimilado a él: en sus alegrías, inquietudes, esperanzas, y ahora, en sus sufrimientos, desilusiones y amarguras.

—¿Por qué no regresas a Chile y rehaces tu vida? —inquirió Santiago, desconcertado.

—Es lo que pretendo hacer. Pero no lo haré hasta que pierda la última esperanza de que esto cambie. Todavía el pueblo cree en una reacción y reconsideración por parte de Fidel. El hombre no es estúpido y tiene que darse cuenta que va por el camino errado; algún día —y espero que no sea demasiado tarde— abrirá los ojos, y, entonces, necesitará a los verdaderos revolucionarios. Te juro que sueño con que eso suceda. No es posible que nuestra Revolución se haya perdido; y te digo nuestra Revolución, porque si falla ésta, los pueblos latinoamericanos jamás volverán a levantar la cabeza.

Saboreamos los últimos tragos del Clos de Pirque, que para mí, en ese momento, sabía a néctar de los dioses, y nos despedimos después de tan escuálido almuerzo; quedando de encontrarnos al día siguiente en el barco chileno *Federico Schwager,* surto en la bahía de Mariel.

En el barco chileno tuve el placer de conocer a dos compatriotas que hacían un viaje de turismo: Carlos Velasco, alto funcionario de la Corporación de Fomento de Chile, y el señor Antonio Díaz Miranda, funcionario del Banco del Estado; como asimismo al Capitán Gallardo y a toda la oficialidad, quienes mostraban vivo interés por conocer las realidades y tropiezos de la Revolución. Los impuse, con lujo de detalles, de la situación por la cual estábamos pasando. Era sumamente peligroso conversar de ese tema, pues si oídos extraños —los que abundaban por todas partes— me hubiesen escuchado en esos momentos, no estaría vivo hoy día.

Tarde en la noche nos dispusimos a partir rumbo a La Habana en mi automóvil. Mangeolla y el gordo Mancilla —mayordomo del barco— habían preparado una bolsa con porotos, arroz, carne, cebollas, ajo y leche, alimentos que hacía varios meses que no se veían en los hogares cubanos. Tratamos infructuosamente de convencer al camarada aduanero que se encontraba de guardia en el barco. Le hicimos ver que se trataba de alimentos donados por un grupo de chilenos de a bordo a un compatriota que los necesitaba con urgencia por tener a su esposa embarazada, anémica y desnutrida. De nada valieron los ruegos; ni tan siquiera por tratarse de un chileno que había combatido por la Revolución y que llevaba los galones de Capitán, ganados y confirmados en combate. Como verdaderos contrabandistas, logramos sacar cuatro latitas de leche condensada. Días más tarde ese mismo camarada, tan fiel en el cumplimiento de su deber, solicitó al gordo Mancilla un poco de carne, porotos y arroz, ya que según él confesó, no tenían nada que comer en su casa.

XVIII

ANIBAL ESCALANTE: TRAIDOR DE TRAIDORES

En los tres primeros meses de 1962, las injusticias, vejaciones, delaciones, atropellos a mano armada, en otras palabras, la era del terror, se desataron abiertamente en Cuba. Los Comités de Vigilancia de la Revolución allanaban a cualquier hora del día o de la noche los hogares cubanos. Confiscaban alimentos, ropa, medicinas y muchas veces... vidas humanas.

Nadie, absolutamente nadie —salvo, por supuesto, los miembros del Partido— estaba a salvo de tanta vejación y humillación. Las cárceles se abarrotaron y las sirenas de los coches patrullas de la Policía Política rasgaban el silencio de la noche con sus estridentes alaridos; poniendo una nota de horror en las dramáticas escenas que el aterrorizado pueblo contemplaba. Circulaban miles de rumores y conjeturas; entre otros, el de que Fidel había desaparecido. Algunos afirmaban que estaba preso de los *ñángaras*; otros, que gravemente herido, y los de más allá, decían lisa y llanamente que había tenido que abandonar el país para salvar su vida.

Lo real y verídico era que Fidel no aparecía por ninguna parte. A lo mejor, avergonzado por lo que estaba sucediendo, se escondió en alguno de los tantos refugios que tenía en la Isla para esos casos de emergencia. En el fondo de su corazón y de su conciencia tenía que reconocer que era muy diferente el "humanismo" que un día ofreció al pueblo de Cuba; al comunismo, al cual lo había entregado atado de pies y manos. Tenía que dolerle su propia traición No estaba tan lejano el

día en que había dicho: "Ni pan sin libertad, ni libertad sin pan"; "Libertad con pan y sin terror". Hoy su pueblo no tenía ni pan, ni libertad y estaba sumido en el terror.

Por fin un hálito de esperanza recorrió la Isla, del Cabo San Antonio a la Punta de Maisí. Fidel hablaría al pueblo el 13 de marzo, fecha en que se conmemoraba la muerte del líder estudiantil José Antonio Echeverría.

Esa noche flotaban aires de fronda, desesperación y esperanza en el pueblo de Cuba. Todos estaban pendientes de sus receptores de radio o televisión. A simple vista y al contemplar los rostros de los altos dirigentes que se agruparon en la escalinata del Alma Mater, se notaba la enorme tensión en el ambiente. Cuando Fidel se dirigió a los micrófonos y las cámaras de televisión lo enfocaron de cerca, se vio un rostro ceñudo, malhumorado y nervioso. Todo el mundo guardaba religioso silencio.

Empezó su discurso como siempre. Hablando de cosas vagas y sin importancia y sin entrar en el tema de fondo; hasta que dijo:

¿De qué vamos a hablar hoy? Nosotros queremos sencillamente hablar de los jóvenes, a los jóvenes. Y este preámbulo tiene que ver algo con lo que voy a exponer esta noche. Yo voy a hacer una crítica esta noche a un hecho que parece incidental, y sin embargo, no lo es...

Se refirió al hecho de que un orador que lo había precedido había suprimido intencionalmente unas frases del Testamento Político de José Antonio Echeverría; frase que decía: "Creemos que ha llegado el momento de cumplir, confiamos en que la pureza de nuestras intenciones nos traiga el favor de Dios para lograr el imperio de la justicia en nuestra patria". Al respecto y entre otras cosas, dijo:

¿Seremos nosotros, compañeros, tan cobardes, y seremos tan mancos mentales que vengamos aquí a leer el testamento de José Antonio Echeverría y tengamos la cobardía, la miseria moral, de suprimir tres líneas? Sencillamente porque esas líneas hayan sido expresión de una convicción que a nosotros no nos toca analizar, ¿vamos a truncar lo que creyó? ¿Y vamos

a sentirnos aplastados sencillamente por lo que haya pensado, por lo que haya creído en cuanto a religión? ¿Qué clase de concepto es ese de la Historia? ¿Y cómo concebir la Historia de una manera tan miserable, como una cosa muerta, putrefacta, como una piedra inmóvil? ¿Podrá llamarse Socialismo semejante fraude? ¿Podrá llamarse Socialismo semejante engaño?

Y siguió más adelante:

Nosotros hacemos un documento histórico y revolucionario. Lo publicamos en varios idiomas, lo apoya todo el pueblo, votan por él más de un millón de ciudadanos que estaban allí; en la América Latina encuentra un eco extraordinario y, ¿qué decimos nosotros? "Que en la lucha por la liberación nacional, en la lucha contra el imperialismo, deben de unirse todos los elementos progresistas, todos los elementos patrióticos y que en ese frente debe estar el católico sincero". Declaramos eso a todo el mundo y venimos aquí, con una cobardía que no tiene nombre, a quitar del testamento de un compañero la invocación que hizo en nombre de Dios. La Revolución no es coyunda, ni escuela de domesticados. La religión no es obstáculo para ser revolucionario.

Las palabras de Fidel esa noche cayeron como un balde de agua fría sobre los más exaltados comunistas, cuando dijo:

Guerra al sectarismo, que lleva al privilegio y al pantano. El deber de la Revolución no es convertir a nadie en un enemigo, sino en un amigo y en un revolucionario.

Después de ese discurso, siguieron varios días de calma y hubo una especie de compás de espera en las actividades; hasta que volvió a explotar otra bomba. El martes 27 de marzo de 1962, las bases del Partido Comunista de Cuba temblaron en sus putrefactos cimientos. Por todo el país se supo la noticia de que Fidel había deportado a Rusia al poderoso y omnipotente Secretario General de la Organización Revolucionaria Integrada, la famosa ORI, al Secretario General del Partido Comunista cubano, Aníbal Escalante. El hombre que había gobernado con mano de hierro y bañado de sangre los hogares cubanos durante el transcurso de los últimos meses,

persiguiendo un objetivo: derrocar a Fidel y tomar el mando en complicidad con Raúl Castro Ruz y el Partido Comunista. Logró salir con vida de su frustrado plan (a pesar de que Fidel intentó mandarlo al paredón) única y exclusivamente por la mediación del Partido y los ruegos de Raúl, quienes temieron una violenta y sangrienta reacción del pueblo contra los comunistas. Había que echarle tierra al asunto y llamar nueva y rápidamente a la unidad; a la integración de todas las fuerzas revolucionarias.

Fidel, en su histórico discurso, refiriéndose a la traición de Aníbal Escalante, entre otras cosas, dijo:

Debemos mirar hacia adelante. Lo importante es lo que vamos a hacer juntos, lo que hace rato ya estamos haciendo juntos; Aníbal Escalante trató de crear un instrumento para sus fines personales. Nosotros convertimos ciertos métodos en sistema y caímos realmente EN UN ESPANTOSO SECTARISMO. ¿Qué sectarismo? Bueno, el sectarismo de creer que los únicos revolucionarios, que los únicos compañeros de confianza, que los únicos que podían ir a un cargo en una Granja, en una Cooperativa, en el Estado, en donde quiera: TENIA QUE SER UN VIEJO MILITANTE MARXISTA. Nosotros nos preguntábamos muchas veces: ¿A qué se deberá, dónde está la raíz de ese espíritu sectario, IMPLACABLE, INCANSABLE, SISTEMATICO, que se encuentra en todos los niveles, en todos los sitios?

Esta Revolución se estaba saliendo de su vía principal. Esas son consecuencias del anticomunismo, del hostigamiento: engendran el sectarismo. Erradicado el anticomunismo, entonces el sectarismo a todo trance engendra de nuevo el anticomunismo y la confusión, porque empiezan muchos a preguntarse: "¿Pero esto es comunismo, marxismo, socialismo? ¿Esta arbitrariedad, este abuso, este privilegio?".

¿Estábamos realmente integrando las fuerzas revolucionarias? No. Nosotros no estábamos organizando un Partido Revolucionario. Estábamos organizando una COYUNDA, FABRICANDO UNA CAMISA DE FUERZA, UN YUGO, UN EJERCITO REVOLUCIONARIO DOMESTICADO Y AMAESTRADO... Cuando vinimos a ver, todo era una reverenda basura... Y, en consecuencia, lo que se estaba introduciendo en el país era una verdadera anarquía, un verdadero caos.

Casi tres horas habló Fidel para restarle importancia al asunto, llamando a la cordura, a la comprensión, integración, etc.; al final, dijo:

Muchos de los extremistas subestiman las tradiciones revolucionarias de nuestro pueblo. El otro día en un acto pude fijarme que adornaban el local retratos de "HEROES PRESENTES Y DE LOS GRANDES DE LA LUCHA INTERNACIONAL", pero no había ni un solo retrato de Martí, de Maceo, los grandes de nuestras luchas libertadoras del pasado. Algunos creen que ser revolucionarios en los tiempos presentes y ser socialistas es DESECHAR EL HIMNO NACIONAL Y CANTAR SOLO LA INTERNACIONAL.

Esa noche las cantinas y bares de La Habana se llenaron de bulliciosos y alegres cubanos; todos comentaban las palabras del líder y todos coincidían en sus comentarios: "Fidel había tomado de nuevo las riendas de la Revolución". Fue un verdadero y espontáneo carnaval. Las caras de los habaneros se veían sonrientes y dichosas. La risa apareció de nuevo en Cuba. Pero fue otra ilusión pasajera...

Fidel había hablado así sólo para evitar males mayores y engañar de nuevo al pueblo, ya que, como siempre, no cumpliría lo que decía. El pueblo de Cuba poco a poco se fue acostumbrando a la falsedad de sus palabras...

XIX

ERA SOLDADO, NO PAYASO

El 16 de abril de 1962 comía silenciosa y tristemente un plato de frejoles que había preparado. Mi esposa se encontraba con sus padres en Camagüey, a donde la había mandado para que pudiera alimentarse un poco mejor, ya que en el campo era menos difícil conseguir alimentos con los guajiros; y ella los necesitaba. Estaba en los últimos meses de su embarazo.

De pronto sonó el timbre del teléfono y escuché asombrado la voz del Capitán Raúl Curbelo Morales. Me rogaba asistir a los actos de conmemoración de nuestra victoria en Playa Girón. Agradecí su invitación, a la vez que declinaba "el honor que me hacía", pretextando encontrarme enfermo. En el fondo era verdad: estaba enfermo física, moral y mentalmente. Minutos después volvió a sonar el timbre con insistencia. Mi asombro se transformó en estupor; era el Comandante Sergio del Valle Jiménez, en persona, quien me ordenaba asistir a los actos que se desarrollarían al día siguiente en la Base Aérea de San Antonio de los Baños. Me recordó que aún era oficial de la Fuerza Aérea Rebelde y que tenía que obedecer órdenes.

El 17 de abril de 1962 amaneció completamente despejado; el cielo estaba claro y limpio. En el trayecto de La Habana a la Base, mis pensamientos se remontaron involuntariamente a los sucesos acaecidos exactamente un año atrás. Viví de nuevo, minuto a minuto, segundo a segundo, los dramáti-

cos momentos de mis combates. Tuve que detener el automóvil en un pueblecito llamado Rincón, donde, después de beber dos pequeñas tazas de café, logré serenarme de nuevo.

Cuando llegué a la Base me identifiqué en la posta; inmediatamente fui invitado a pasar sin mayores trámites ni inspecciones. Los soldados, desconocidos para mí, me miraron con respeto y admiración. Volvía a ser héroe por algunos días. Silenciosamente detuve el automóvil en la zona de parqueo, en la rampa de Operaciones. Un numeroso grupo de soldados Rebeldes, todos conocidos, me rodearon y empezaron las expresiones de afecto y simpatía. El Capitán Curbelo, que contemplaba desde lejos la escena, se acercó presuroso para llevarme y presentarme a un grupo de oficiales soviéticos y checoslovacos, que vistiendo completo uniforme de sus respectivos países, por primera vez, se identificaban como tales. Un intérprete sirvió para hacer las presentaciones del caso, a la vez que les hacía saber que estaban frente a uno de los sobrevivientes de los combates de Playa Girón, Héroe de la Revolución. El Comandante Boris hizo un comentario que no me fue traducido, al enterarse que yo no era cubano: que era chileno y Héroe de la Revolución Cubana. Me sonrió con afecto y simpatía cuadrándose militarmente y haciéndome una venia prusiana. Le devolví igualmente el cumplido.

Después de largos y demagógicos discursos, pronunciados por el Capitán Enrique Carrera Rola y el Comandante Raúl Castro Ruz (en los cuales no se hizo alusión alguna al Teniente Carlos Ulloa Rauz, gloriosamente muerto en combate; ni al Teniente Ernesto Guerrero, nicaragüense como el anterior, quien se cubrió de gloria en los campos de batalla, y que después tuvo que abandonar el país, víctima del "implacable sectarismo") abandoné la Base, despidiéndome única y exclusivamente de mis soldados.

Esa noche, al llegar a mi apartamento, encontré una tarjeta de la Presidencia de la República, por la cual se solicitaba mi presencia en los actos que se llevarían a efecto en el Teatro Chaplin. Tomé la tarjeta y la arrojé lejos de mi vista. En ese preciso instante, nuevamente sonó el teléfono; otra vez

el Comandante del Valle quería asegurarse de mi presencia esa noche. No tenía deseos de discutir y le confirmé que iría a la concentración del mencionado teatro.

De impecable uniforme y luciendo con orgullo el ala de Piloto de Guerra que me habían regalado mis soldados —y que todavía conservo como la mejor condecoración del verdadero pueblo de Cuba—, llegué a la tribuna de honor. El Capitán Carrera, los Tenientes Rood, del Pino, Fernández y Bourzac —como verdaderos actores de teatro— se dirigieron afectuosos a saludarme. Pasé de largo, sin tan siquiera mirarlos. Tres soldados que se dieron cuenta de mi actitud, se levantaron respetuosamente de sus asientos y se dirigieron hacia mí. Uno de ellos me dijo que los "soldados Rebeldes" querían saludarme. Accedí gustoso y saludé uno por uno a todos esos valientes muchachos, que, en una manifestación más de su innegable valor, demostraban públicamente, en un acto netamente político, que antes que nada eran verdaderos compañeros de un combatiente más. Todos los asistentes a la manifestación miraron extrañados a ese oficial que abrazaba, emocionado, a un grupo de soldados. Se escucharon rumores y miradas mal intencionadas clavaron sus ojos en el extraño grupo. Momentos después, Fidel hizo acto de presencia y empezó de nuevo a hablar...

Sus palabras me sonaban huecas, falsas, sin significado alguno. Ya tenía mi dosis completa y el asunto me estaba repugnando. Repugnancia que llegó al máximo cuando al final del espectáculo, más bien dicho del show, se entonó la Internacional. El Himno Nacional de Cuba parecía haberse borrado de la mente de los cubanos. Era un acto patriótico, y a pesar de lo que había dicho Fidel sólo un par de días atrás, también olvidaban el glorioso Himno del 26 de Julio. Mi esposa, que presenciaba el acto en el televisor de su casa en Camagüey, me confirmaría después la amargura que mi rostro no pudo ocultar. Fue la última vez que vestí el uniforme del Ejército Rebelde. La última vez que asistí a una manifestación pública. Era soldado, no payaso.

XX

MENTIRAS HISTORICAS

El 19 de abril de 1962 y a pesar de que ya estaba curado de espanto, casi me caí del asiento en la *Cafetería Marakas* al ver las fotografías de los destrozos que yo había ocasionado en Playa Girón, cuando bombardée dicho pueblo por orden de Fidel, el miércoles 19 de abril de 1961, a las 17:35 horas, como producidos por efectos del "brutal bombardeo del imperialismo yanqui". Aparecían las fotografías acompañadas de grandes titulares en la Revista *Verde Olivo,* en los periódicos *Revolución* y *Hoy.* Miraba atónito, incrédulo y asombrado las fotografías. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. Engañar y mentir de esa manera caía ya en lo ridículo. Miles de hombres habían sido testigos de aquellos trágicos y sangrientos bombardeos; tanto de nuestra parte como los enemigos mismos, que habían tenido que soportarlos. ¿A quién se pretendía engañar con tan macabra mentira? Era tolerable que mintieran en el exterior, pero no en Cuba, donde todo el mundo conocía la cruel verdad.

De repente vino a mi mente la conversación sostenida con el camarada César Escalante, cuando insinuó insistentemente que cortara la parte de mi libro en la cual yo relataba ese hecho. Ahí estaba por fin el verdadero motivo por el cual mi libro había sido censurado totalmente.

Nuevamente la mentira, el engaño y la burla cruel que se hacía al pueblo de Cuba, al permitir que viudas, huérfanos y adoloridas madres, depositaran ofrendas florales en esos

falsos monumentos, producto de nuestras propias bombas y que se atribuían al Imperialismo Yanqui, para exasperar a los pueblos del mundo. El asco y repugnancia que tal procedimiento me produjo, se transformó en complejo de culpabilidad y complicidad. Decidí a partir de ese instante, hacer lo inhumanamente posible para abandonar Cuba y contar al mundo UNA VERDAD HISTORICA.

Mi resistencia había llegado a su límite; muchas veces había comprobado con mis ojos, lo que mi sentido revolucionario se negaba a creer. Era como vivir en una casa de locos, en donde nada tenía principio ni fin; en donde lo blanco era negro y lo negro era blanco, dependiendo del estado mental de cada enfermo. Por un lado, Fidel decía que atacaría todos los errores y los culpables serían castigados; por otro lado, se seguían cometiendo los mismos errores, por los mismos culpables, los que, lejos de ser castigados, se reían en las barbas de Fidel y del pueblo. De lo que se desprendía, categóricamente, que Fidel no era sincero al hablar con su pueblo; mentía a sabiendas y a propósito.

Se atacó públicamente a un individuo apasionado que se atrevió a tergiversar la Historia y, días después, la Historia era nuevamente pisoteada por los mismos individuos, no apasionados, sino mal intencionados y que pretendían ahora, engañar no tan sólo al pueblo de Cuba, sino al mundo entero. Se clamaba por la libertad de Siqueiros en México y de los presos políticos de Franco en España; y nadie hablaba del inhumano encarcelamiento del Comandante Hubert Mattos y de los miles de cubanos que se pudrían en las cárceles de Cuba.

El Comandante Ventura Machado, Ministro de Salubridad del Régimen, iba a pronunciar encendidos discursos a Minneapolis, Estados Unidos, proclamando al mundo que Cuba estaba a la cabeza de las naciones latinoamericanas en el aspecto de salubridad y medicina; y, en nuestros hospitales la gente moría no ya por falta de medicinas, que hacía tiempo se habían acabado, sino que por falta de alimentación adecuada.

El Capitán Antonio Núñez Jiménez declaraba en la Convención Internacional de la FAO, en Roma, que el pueblo cubano consumía más carne y materias grasas que "Argentina, Chile y Uruguay"; y en nuestros hogares no conocíamos ni la carne, ni el aceite, ni la grasa. Nuestras mujeres y nuestros hijos se morían de hambre.

El Presidente del Banco Nacional de Cuba, Raúl Cepero Bonilla, declaraba en Río de Janeiro, enfática y descaradamente, que la Reforma Agraria en Cuba había elevado la producción y el consumo del pueblo cubano; y la realidad era que el pueblo cubano carecía de lo más elemental y se había llegado al increíble absurdo de tener que racionar los plátanos, las naranjas, los melones, las papas, el arroz, los frejoles, la carne, y lo que es aún más increíble, la yuca, el ñame y la malanga, tubérculos que antes sólo eran empleados, principalmente, para alimentar a los animales. Siendo Cuba una isla, ya no había en ella pescado, por que no había pescadores. Estos prefirieron respirar aires más libres y emigraron, con riesgo de sus vidas, hacia playas lejanas. Siendo este país el primer productor de azúcar del mundo, como en un caso digno de Ripley, el azúcar estaba racionada en su territorio.

Cuando alguien protestaba débil y temerosamente al principio y después en alta voz exponiéndose a castigos ejemplares, primero se le contestaba que la escasez de alimentos era única y exclusivamente culpa del brutal bloqueo del Imperialismo Yanqui; si el pobre cubano movido por su ignorancia se atrevía a preguntar que desde cuándo se traían los plátanos, la malanga, la yuca y el ñame de otro país, con seguridad terminaba trabajando en alguna Granja Colectiva, o plantando eucaliptos en las ciénagas.

Se hablaba de libertad de prensa y se atacaba duramente a países de las "podridas democracias", y sin embargo, hasta nuestra correspondencia era violada.

No, teníamos carne para el consumo interno, pues la que se producía era enviada a la República Democrática Alemana; no teníamos zapatos, porque los cueros eran exportados

para pagar "la ayuda" de las Repúblicas Socialistas, consistente toda en armas, cañones, tanques y aviones. Se industrializaba el país importando fábricas viejas e inservibles para construir lápices, palas y tuercas; y se pagaban estas fábricas, desmantelando y embarcando rumbo a Rusia las mejores fábricas de tabaco, cigarros y cerveza de Cuba. La Compañía Cubana de Aviación adquiría material Ilushin-14 dado de baja en Checoeslovaquia, y los pagaba con su moderno material de vuelo inglés: los Vickers Viscount y los Britania. LAS REPUBLICAS SOCIALISTAS, SE HACIAN PAGAR BASTANTE BIEN, LA DESINTERESADA AYUDA QUE PRESTABAN A CUBA.

Se despotricaba contra el Imperialismo y nuestras Fuerzas Armadas eran mandadas por oficiales soviéticos, checos, chinos y polacos; y todos los puestos de responsabilidad en el país, se entregaban a los comunistas búlgaros, húngaros, chilenos, argentinos y de todas las nacionalidades, que se dejaron caer como moscas a la miel, cuando la traición ya estaba consumada. En otras palabras, como decían tristemente los cubanos: *Cuba, era el país más grande del mundo. Tenía sus habitantes en Estados Unidos, la capital en La Habana y el Gobierno en Moscú.* Se exigía la devolución de la Base de Guántánamo ocupada por los norteamericanos, por atentar contra la soberanía del país... y se construían descaradamente decenas de bases rusas, para traer a América el peligro de los cohetes atómicos. Se izaba la bandera de Cuba a los acordes de la Internacional, pisoteando los más sagrados principios de una nación, demostrando con ello, un entreguismo asqueroso, repulsivo y denigrante.

Nada tenía yo que hacer en una nación que había llegado a tales extremos; en un país cuyo Gobierno entregaba a su pueblo domesticado por la fuerza y el terror, al brutal Imperialismo Comunista.

XXI

SOLO PARA EXTRANJEROS... EXTRANJEROS

Felizmente mi hijo nació el 11 de junio de 1962, en la clínica que había sido de la colonia española de Camagüey. A partir del mismo día de su nacimiento, supe de las angustias que pasaban los padres cubanos, al escuchar los llantos de sus pequeños hijos y no tener para darles ni tan siquiera una gota de leche. Ese día recorrí incansablemente, bajo un sol tropical que freía los sesos, las calles de Camagüey, farmacia por farmacia, rogando, clamando y por último amenazando, para conseguir una escuálida lata de leche. Temblé de sólo pensar lo que le esperaba a mi hijo, si nos quedábamos en Cuba. Ese mismo día partí de regreso a La Habana, dejando al cuidado de mis suegros, a mis seres queridos: mi esposa y mi recién nacido hijo. Temía por las vidas de ambos, si algún contratiempo surgía; pero, no podía continuar por más tiempo junto a ellos —aunque lo deseaba— porque quedaban muy pocos alimentos en la casa y yo podía conseguirlos en La Habana y enviárselos por tierra con unos amigos. El Cónsul General de Chile en La Habana, don Antonio de Undurraga, tuvo el gesto humano de entregarme su ración completa de leche, para que mi hijo no padeciera hambre.

Así fueron pasando los meses.

El Doctor Italo Zamudio, Profesor de Bioquímica de la Universidad de Chile, quien desempeñaba bajo contrato la misma Cátedra en la Universidad de La Habana, me proveía de las medicinas imprescindibles; mis innumerables ami-

gos llegaban misteriosamente con paquetitos que debían ocultar prudentemente, que contenían algunos huevos, zanahorias, pescado o frutas. Yo les retribuía con arroz, porotos o cualquier otro alimento excedente de mi cuota de racionamiento. En esos mismos instantes el Gobierno declaraba al mundo, que el pueblo había aumentado su poder adquisitivo y que la Reforma Agraria permitía la abolición del hambre en Cuba. ¡Era para volverse loco o pegarse un tiro!

Fue así que cuando la misión cubana (entre los cuales iba un chileno), presidida por Cepero Bonilla, quién afirmó esa falsedad en la Convención de la FAO llevada a efecto en Río de Janeiro, pereció en un accidente aéreo en el Perú, los cubanos con cruel ironía decían que había sido castigo de Dios: "Habían muerto por mentirosos".

Pero eso sólo no bastaba para hacer más abominable nuestra situación. Cierto día llegó a mi apartamento el Doctor Italo Zamudio, para comunicarme que en el último piso del *Edificio Foxa,* donde él vivía, había un restaurante exclusivo para extranjeros, en el cual servían preciosos beefteacks, cerveza checoeslovaca, vinos albaneses y egipcios, leche y jugo de frutas sin restricción alguna; y que él, había tratado de entrar pero que no lo habían permitido, a pesar de ser un técnico extranjero. No lo pude creer y fui a comprobarlo personalmente. El ascensor no había terminado de abrir sus puertas, cuando sentí una deliciosa fragancia que me recordó los grandes asados de mi lejana tierra. A la entrada del magnífico comedor se encontraba un miliciano armado con arma larga; como yo iba de civil, se puso en guardia a la vez que pedía mi identificación. Cortés y amablemente lo hice:

—Soy Capitán de la Fuerza Aérea, compañero —dije alargando mi tarjeta de identificación.

—Lo siento, Capitán. Pero aquí no puede entrar.

—Es que me han dicho que esto es para extranjeros, compay —agregué con una sonrisa; a la vez que miraba por sobre su hombro para lograr ver a la distancia una bandeja con carne asada y papas fritas que llevaba presuroso un mozo— y da la casualidad de que soy chileno, Instructor de la FAR y según dicen —continué picarescamente, para ganarme su simpatía— soy combatiente de Playa Girón.

—Sí, Capitán. Yo lo conozco a usted y por eso me da "pena" decirle que no puede entrar. Es imposible; si por mí fuera, compay, ya estaría dentro. Esto es —continuó avergonzado de lo que estaba diciendo— única y exclusivamente para extranjeros... extranjeros. No como usted.

—¿Cómo, extranjeros extranjeros? —pregunté sin comprender.

—Sí, Capi. Para los que no hablan como usted y yo.

Comprendí. Deseé tener en ese momento un par de granadas de mano y hacerle un favor al mundo. Palmoteé amistosamente el hombro del miliciano, quien no tenía la culpa de su ingrata misión y me alejé, no sin antes mirar por última vez esos enormes jarrones de leche y jugo de naranjas, que nuestros hijos no tenían. Era increíble. Existía diferencia de privilegios entre los mismos comunistas. Los europeos, tenían mayores y mejores prebendas que los comunistas de habla española. Qué podíamos esperar nosotros que no pertenecíamos al Partido.

XXII

PUNTOS DE VISTA DE UN COMUNISTA CHILENO

Días después llevé personalmente y por última vez mi renuncia al Estado Mayor General de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Ya nada me ataba a Cuba; estaba completamente en desacuerdo con el régimen que traidoramente había implantado Fidel Castro Ruz. Nuestra Revolución; la Verde Olivo, "tan Verde como las palmas y tan Cubana como la Bandera misma", había muerto el mismo día en que Fidel y sus secuaces tramaron entre sombras la Histórica Traición.

Después de entregar la carta en la Oficina de Partes del Estado Mayor, creí, que en consideración a mis méritos de guerra, por encontrarme enfermo y al borde de la locura, por el hecho de haber sido: "Uno de los Heroicos Sobrevivientes de tan Gloriosa Gesta" —como había dicho el Che Guevara en la Conferencia de Punta del Este— sumándole a ello, que era uno de los tres latino-americanos extranjeros que habían ayudado a los nueve pilotos cubanos en momentos tan cruciales para la Revolución; por eso y por mucho más, me imaginé que al Alto Mando se iba a interesar, por lo menos, en darme oportuna y rápida respuesta y preocuparse por mi enfermedad contraída en un campo de batalla y no detrás de un escritorio. Era el proceder normal con los combatientes, y más aún, con "los Héroes", en todos los países civilizados del mundo. Pero... pasaron los meses y nuevamente la agonía, la desesperación y... el hambre.

Por esos días llegó a La Habana, un nutrido y selecto

grupo de técnicos chilenos que iban a ver las realidades de la Revolución Cubana. Anteriormente había atendido a varios chilenos de paso por la Isla, como: los Diputados Patricio Hurtado, demócrata cristiano; Jorge Aravena, demócrata; Volodia Teitelboim, comunista; a Raúl Tarud, hermano del Senador, y muchos otros más. En la nueva delegación tuve el gusto de encontrar a varios conocidos, como la Doctora María Elena Carrera de Corvalán, esposa del Senador Salomón Corvalán del Partido Socialista de Chile. Felizmente esta señora me llevaba un paquetito enviado desde Chile por mi hermano René, que contenía alimentos, pañales, polvo talco y varias cosas más, necesarias para mi hijo recién nacido, imposibles de conseguir en Cuba, en esos momentos.

Conversé detenidamente con la Doctora Carrera de Corvalán, en casa de su hermano Luis; le expliqué punto por punto la enorme tragedia que estábamos viviendo. Ella se indignó y me conminó perentoriamente, a exigir justicia, pues, el Partido Socialista de Chile –al cual yo pertenecía– me apoyaría. Sonreí con tristeza y resignación. Si el mismo Senador Allende –en persona– se había negado a brindarme la ayuda que en un momento oportuno pudo ser efectiva, ya no había nada que hacer; y lo que era peor, ya no quería ayuda de ninguna especie; no la necesitaba. La Doctora, al verme tan deprimido y con el sistema nervioso tan alterado, generosamente me regaló un frasco de Milucil-Labomet, para que me tranquilizara un poco. Me dirigí a mi hogar, comprando de paso, una botella de cognac.

Al llegar al apartamento, era tanta la necesidad de reposo y tranquilidad; y a la vez, la amargura que sentía, que opté por vaciar el frasco completo del tranquilizante dentro de la botella. La agité fuerte y largamente hasta que las píldoras se deshicieron, y, con toda tranquilidad, bebí hasta la última gota del brevaje, buscando en el fondo del envase, descanso y olvido... Durante tres días consecutivos me debatí entre la conciencia e inconsciencia. Varias veces sentí muy a lo lejos la campanilla del teléfono y después, fuertes golpes en la puerta; pero me era imposible incorporarme, no podía

abrir los párpados y me fui de bruces cuando me puse de pie. Hasta que venciendo el torpor, logré arrastrarme hasta el baño, donde sumergí la cabeza en agua fría; luego fui a abrir la puerta y en ella encontré a Luis Carrera, quien al verme en estado tan deplorable, se dio cuenta inmediatamente de lo que me sucedía y presuroso se dirigió a la cocina; abrió el refrigerador para ver de qué alimentos disponía. Su asombro aumentó al ver dentro de él tan sólo una botella de agua fría. Me llamó severamente la atención por lo que había intentado hacer. Lo calmé, diciéndole que no se preocupara, que la crisis había desaparecido. Le prometí vestirme y bajar a comer algo al *Cafetín Marakas*, si encontraba algo que comer a esa hora. Después de verme tomar una refrescante ducha y comprobar que me encontraba más sereno y repuesto, Lucho se alejó, prometiendo volver en la noche.

Días después volvió.

–¿Qué te pasa últimamente a ti? –fue lo primero que dijo Luis al cruzar la puerta, saludando a Adriana, que había regresado de Camagüey.

–¿En qué sentido, mi amigo?

–Tú sabes a lo que me refiero, Yako. Todo el mundo en el barrio se da cuenta de que tú no eres el mismo de antes; estás flaco como perro, bebes demasiado y hace meses que nadie te ve de uniforme. Sé que te están tratando a patadas. Eso lo sabe toda la gente que te conoce. Pero ese no es motivo para que te eches a morir; más bien dicho, que te quieras matar por tan poca cosa.

–Para ti será poca cosa, Luis. Pero para mí, es demasiado. Hay algo que llevamos todos los seres humanos muy dentro de nosotros mismos, algo que se llama conciencia. No sé si los "materialistas" como tú saben lo que eso significa.

–¿Y a qué viene eso? –preguntó nerviosamente Luis, encendiendo un cigarro en la colilla que ya le quemaba los dedos.

–Muy sencillo, mi amigo. Me remuerde la conciencia al sentirme culpable y cómplice de lo que está sucediendo ahora en Cuba. Yo he dado muerte a mucha gente en combate, Lu-

cho. Y ahora me pregunto: ¿qué derecho tenía para hacerlo? ¿Cuántas vidas he segado, vidas que a lo mejor eran más beneficiosas que la mía? Hombres que veían claro, que presentían la traición y yo los maté en mi estúpida ceguera.

—¿Cómo traición; a qué traición te refieres? —interrumpió nuevamente Luis, arrellanándose en el sillón y mirándome fijamente a los ojos.

—A la traición histórica que estamos viviendo, mi querido amigo. A la traición más grande que registra la historia latinoamericana, y si no me equivoco y no exagero, en el mundo entero. Tú bien sabes —continué en forma exaltada— que la formación ideológica y filosófica de esta Revolución nada tenía que ver con el marxismo. Más aún, era anticomunista. Eso no te lo digo yo, lo dijo Fidel y lo han repetido hasta el cansancio todos los dirigentes de este movimiento en sus principios; desde que se empezó a gestar la Revolución hasta que triunfó el 1º de enero de 1959. Después, Fidel confirmó su ideología en abril de 1959. En Estados Unidos, incluso, definió la Filosofía Humanista —al decir esto esgrimí con rabia y desesperación el libro que contenía el "Pensamiento Político, Económico y Social de Fidel Castro Ruz", en aquel entonces—. Después —continué— el Presidente Osvaldo Dorticós dijo en Punta del Este que la Revolución Cubana era nacionalista y su doctrina, martiana; tuvo el descaro de afirmar que su Biblia "eran los pensamientos filosóficos de José Martí". El mismo Raúl Castro Ruz, cuando fue a Santiago de Chile en agosto de 1959, negó, enfáticamente y en forma categórica, que la Revolución Cubana tuviera algún nexo con el comunismo. Pero el más descarado de todos ha resultado el camarada Ernesto Che Guevara. ¿Qué es eso, sino mentira, engaño y traición? ¿Tú crees que existe alguna otra palabra para definir tal canallada? Y lo peor del caso, camarada Carrera, es que ahora resulta que nosotros, los estúpidos que les creíamos de buena fe, los que hemos hecho el trabajo más duro, los que fuimos al campo de batalla a matar o morir por nuestros ideales: somos "los traidores". Te juro que me dan deseos de vomitar, del asco que tengo.

"Dame la razón, Luis —continué acaloradamente—. Olvida por un momento que eres comunista; piensa un instante como un ser humano, como un hombre cualquiera. Despójate aunque sea aquí, entre nosotros dos, de los falsos argumentos que esgrimes. A mí no me puedes mentir ni engañar como a esa pobre chusma ignorante y cobarde; incapaz de pensar, protestar o discernir, por temor o desconocimiento de los hechos.

—Tú estás muy herido, Lagas. Por eso hablas así; no puedes desconocer que nosotros, los comunistas, le hemos dado un rumbo a la Revolución Cubana...

—Sí —lo interrumpí bruscamente—; el "rumbo a Moscú". Ustedes han convertido esta Revolución en una prostituta. Los hombres que la forjaron, lucharon para arrancar este país de los brazos de la tiranía batistiana; y ustedes, camaradas —proseguí sintiendo un gusto a hiel en la boca—, la han entregado a los brazos de otra tiranía más feroz, más sanguinaria y más cruel. La tiranía comunista. En otras palabras, mi querido amigo: "Hemos arado en el mar", como dijo Bolívar.

—¿Cómo te atreves a decir que la dictadura del proletariado es otra tiranía? —me increpó violentamente Luis.

—Mira, flaquito. No sólo me atrevo a decírtelo, sino que te lo afirmo en tus propias narices y ya está bueno que las cosas se digan por su nombre. Además de ser UNA TIRANIA AUTOCRATICA, IMPOSIBLE DE SOPORTAR POR LOS PUEBLOS QUE HAN CONOCIDO LA LIBERTAD, es un gobierno basado única y exclusivamente en el terror, para subyugar y esclavizar a los hombres; con un solo propósito: convertir a la nación en un satélite más de la Unión Soviética. Del imperialismo ruso; o más bien dicho, camarada Carrera, del imperialismo comunista. Ustedes despotrican contra el imperialismo yanqui, pero ¿se han detenido alguna vez a analizar la palabra imperialismo? —continué burlonamente—. Imperialismo, mi querido amigo —dije mientras buscaba la palabra en el diccionario—, quiere decir: "Intromisión directa de una potencia extranjera en los asuntos internos de una nación pequeña; ya sea en lo económico, social, político o militar". ¿Me puedes decir, a mí, en mi propia cara, qué diablos hacen

los rusos, polacos, checos y chinos aquí? ¿No es acaso intromisión directa el hecho de que nuestras Instituciones Armadas estén bajo las órdenes de los rusos? ¿No es intromisión directa que los rusos estén en todos los Ministerios, asesorando, según ellos, en la Junta Central de Planificación, en las Universidades, en el campo, en las minas y en todas partes? ¿Qué pasaría en Chile, mi querido camarada, si la bandera chilena fuera izada no a los acordes de la Canción Nacional, sino que cantando la Internacional? ¿Qué pasaría en nuestra patria, Luis, si fueran descolgados los retratos de O'Higgins, Carrera, Prat, Manuel Rodríguez y otros héroes nacionales, para ser reemplazados por Marx, Engels, Lenin, Kruschov y otros camaradas tuyos? ¿Te atreverías a decirme que estoy falseando los hechos, o exagerando los acontecimientos, cuando el mismo Fidel lo reconoció y denunció en su discurso del 27 de marzo?

—Es que aquí la gente es demasiado tropical, Lagas. Demasiado extremista...

—No, Luis. Ustedes en general son extremistas; fanáticos, dogmáticos y sectaristas; y conste —agregué sonriendo— que nuevamente te estoy contestando con palabras de Fidel. Sin ir más lejos —continué—, el otro día conversé con un camarada boliviano, quien me aseguró que el día que triunfara el comunismo en América Latina, Bolivia tendría nuevamente su territorio junto al mar, pues, según él, todos seríamos uno. Me imagino, por supuesto, que él sueña con la Unión de las Repúblicas Socialistas Latinoamericanas...

—¿Y por qué no? —interrumpió el cuñado del Senador socialista Salomón Corvalán; agregando—: No sólo se les devolvería Arica, sino que les devolveríamos hasta el último pedazo de tierra que les quitamos...

—¡COJONES! Luis, ¿tú sabes lo que estás diciendo? ¿Sabes la soberana estupidez que acabas de decir? ¿Lo dices como chileno, o como comunista?

Sin darme cuenta había alzado tanto la voz, que Adriana apareció atemorizada desde la cocina. Encendiendo un cigarrillo, se sentó en el living, sin mostrar intenciones de dejarnos solos. Ella sabía que yo no debía alterarme de esa manera,

ya que mis nervios destrozados, que me habían llevado al borde de la locura, me producían reacciones violentas, imposibles de controlar. Luis se dio cuenta de que yo estaba frenético de rabia, y trató de desviar la conversación.

—Eso no viene al caso de lo que estamos hablando ahora, Lagas. Lo principal es que tú te estás expresando como un contrarrevolucionario; y temo que, de seguir así —agregó—, va a llegar el día en que nos vamos a encontrar peleando en diferentes bandos, pues no olvides que soy miliciano...

—Un momento, Lucho —le interrumpí con voz serena y calmada, a la vez que una extraña sensación de frío recorría mi cuerpo—. Viene al caso, compañero; y déjame terminar. ¿Te atreverías a decir en público, cuando regreses a Chile, lo que me acabas de decir? ¿Te atreverías a decirle al pueblo chileno que, una vez que el comunismo llegue al poder en Chile, van a entregar esa tierra regada con sangre chilena? ¿Serás capaz de decir en público en qué consistió la Reforma Agraria de la Revolución Cubana y en qué consiste la Reforma Agraria de la actual República comunista de Cuba? ¿No sabes, acaso, o no te das cuenta, Luis, que ustedes han prostituido, corrompido y tergiversado todas las Leyes Revolucionarias? Y en lo que concierne a que estoy hablando como un contrarrevolucionario, permíteme contestarte nuevamente con las mismas palabras de Fidel Castro Ruz: "No puedo ser comunista, porque toda la vida he combatido las dictaduras; no puedo ser comunista, PORQUE SOY REVOLUCIONARIO". Y para aclararte el último punto, querido camarada —agregué despectivamente—, si algún día nos encontramos peleando en bandos opuestos, llevas las de perder, Lucho. Un arma es como una mujer: "necesita un hombre que la maneje". Es muy fácil matar con la boca; pero si mal no recuerdo, jamás he oído decir por ahí que tú hayas estado en algún sector de peligro, en esta Revolución. En otras palabras, usas la pistola como adorno.

Luis Carrera se sintió molesto e inquieto. Adriana trató de cambiar la conversación y un pesado silencio nos envolvió. Por último, Luis, sin saber qué agregar, se dirigió a mí:

—Mi hermana te trajo el carnet del Partido Socialista de Chile. ¿Qué le digo?

—Dile que agradezco su gentileza, pero que no lo quiero. Aún más, no quiero oír hablar de política nunca más en mi vida. He sido leal y fiel a los principios que dieron origen a esta Revolución; he sido leal a mis principios e ideales por los cuales he luchado toda mi vida, y muy especialmente aquí en Cuba, donde he dado muerte cara a cara y en combate a muchos cubanos, creyendo firme y sinceramente que estaba defendiendo algo que valía la pena. He sido instrumento en manos ruines y criminales y tengo la conciencia llena de sangre y muerte. Lo único que deseo —agregué— es salir con vida de este lío; para que mi dolorosa y sangrienta experiencia sirva de algo a tantos idealistas estúpidos como yo que andan por el mundo, sirviendo, sin darse cuenta, a tantos canallas, ambiciosos, tiranos y traidores.

—Lo mejor que puedes hacer, Lagas, es regresar a Chile y quedarte tranquilo y callado —dijo Carrera filosóficamente, agregando—: Nada de lo que tú puedas decir o hacer por allá, impedirá nuestro triunfo el 64, que ya está asegurado. Chile será el segundo país socialista de América.

—Haré lo inhumanamente posible para evitarlo, camarada Carrera. Si es necesario, daré hasta la última gota de mi sangre para evitarlo e impedir así que suceda en mi patria lo que ha pasado aquí en Cuba —contesté, acalorándome de nuevo.

Luis Carrera se detuvo unos instantes en la puerta semiabierta. Durante breves segundos se quedó pensando; y luego, sentenciosamente, dijo:

—Entonces, tendrás el gusto de morir en Chile.

—Sí, mi amigo —contesté tranquilamente—; para mí será un placer morir en mi tierra, ya que la muerte me respetó en esta isla. Pero antes de morir, tendré también el placer de matar a varios despatriados y vende-patrias, lacayos del imperialismo comunista.

Lucho jamás volvió a visitarme. A partir de ese día, cuando nos encontrábamos en la calle, cambiábamos fríos y corteses saludos. Ya no éramos compatriotas, ya no éramos amigos. El comunismo nos había separado.

XXIII

UN 18 DE SEPTIEMBRE COMUNISTA

Los días siguieron pasando como una lenta agonía. Insistía, personalmente y con emisarios, para que el Estado Mayor General diera respuesta a mi renuncia y así poder iniciar los trámites legales para abandonar Cuba y regresar a mi patria. Seguía volando en la Compañía Cubana de Aviación, pero cada vuelo me deprimía aún más. Consideraba denigrante tener que volar en una cabina herméticamente cerrada y blindada, con un custodio apuntando su metralleta a nuestras espaldas. Miles de veces había surcado los cielos de Cuba volando potentes máquinas de guerra para proteger las costas de un posible desembarco. En los días de Playa Girón y Bahía Cochinos me había cubierto de gloria y honor combatiendo en defensa de la Revolución Cubana; ahora que la Revolución se había convertido en la primera dictadura comunista de América Latina, mis glorias y méritos de guerra no eran un honor, eran más bien como un delito.

No pude seguir volando en esas condiciones, a pesar de que me esforcé el máximo para tratar de pasar por alto la humillación que significaba tener que pilotear un avión con un arma apoyada en mi espalda. Mis nervios se rebelaron. Yo no había nacido para vivir atado a invisibles cadenas; no había nacido para esclavo. Yo no había combatido en esas lejanas tierras para rebajar a los hombres a tan inhumana condición. Me sentía cómplice y culpable de todo lo que es-

taba sucediendo en ese momento en Cuba. Muchas veces pensaba que hubiera sido mejor morir en combate a tener que ver lo que estaba viendo; de no haber sido por nuestro estúpido heroísmo a lo mejor la suerte de Cuba hubiera sido otra. Mi mente se debatía en un torbellino, un caos, sin principio ni fin.

Cuando empecé a darme cuenta de las pésimas condiciones físicas y mentales en que me encontraba, renuncié en forma indeclinable a Cubana de Aviación. Tenía que conseguir mi libertad de alguna manera, pues, de seguir así, sólo me quedaban dos caminos: La Cabaña o el manicomio.

A partir de ese momento y a pesar de seguir perteneciendo a la Fuerza Aérea Rebelde con mi grado y rango de Capitán, empecé a experimentar los primeros apuros económicos. Gracias a la desinteresada ayuda de muchos amigos, pude seguir manteniendo a mi mujer e hijo. Insólita e increíble situación de un Héroe Nacional, en la primera República Comunista de América.

El 18 de septiembre de 1962 fui invitado para asistir a los festejos de nuestro aniversario Nacional en el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (ICAP). Deseoso de encontrarme entre chilenos y en un ambiente que me recordara a mi querida y lejana patria, acudí con mi esposa. Cuando traspasé los umbrales de dicho establecimiento, me pareció haberme equivocado de lugar. Por todas partes flameaban banderas rusas y cubanas y una que otra chilena perdida en el rojo intenso de la bandera comunista. Sentí en lo más profundo de mi ser, asco y repulsión hacia esos chilenos que ofendían así nuestro pabellón nacional. Ahí estaban por supuesto, todos los grandes del Partido Comunista chileno, residentes en La Habana: el camarada Andrés Andrade y señora, Jaime Barrios, Gregorio Goldenberg, Luis Carrera y señora, Orlando Contreras y señora, José Venturelli y señora, el Doctor Holmgren y muchos más. Estaba también un mozalbete de apellido Maldonado. quien había cometido la canallada y bajeza humana de robarme un paquete que contenía alimentos y medicinas para mi pequeño hijo, que fueron enviados desde San-

tiago de Chile por mi hermano René, por intermedio de mi amigo Santiago Mangeolla, funcionario de la Empresa de Comercio Agrícola, quien, meses después y ya en tierra chilena, me confirmaría tal indignidad. Esa noche no pude soportar lo que estaba viendo y con un pretexto baladí, abandoné el recinto. No quería estar presente cuando esos fanáticos entonaran la Internacional, que con toda seguridad, cantarían antes que nuestro Himno Patrio. No quería ensuciarme las manos rompiendo jetas de esclavos.

XXIV

COHETES ATOMICOS PARA NUESTROS HIJOS

Por aquellos días y como no tenía absolutamente nada que hacer, esperando la tan ansiada respuesta del Estado Mayor, me dediqué a recorrer las calles de La Habana a pie y de civil. Quería formarme una impresión clara y precisa de lo que realmente pensaba y sentía el pueblo en ese momento. Aproveché a la vez, de recorrer farmacia por farmacia, tratando de encontrar una lata de leche en polvo para mi hijo, pues, por esos días, a veces pasaban semanas y semanas sin poder conseguir el apreciado alimento. Yo podía pasar hambre y privaciones, pero no podía soportar el llanto de un niño hambriento; y menos, tratándose de mi propio hijo. Y así fue que una noche, después de haber caminado incansablemente cuadras y cuadras, logré por fin, conseguir una lata de Pelargón en una farmacia ubicada en Calle 23 y J. Desgraciadamente en ese mismo momento llegaba otro padre, que a simple vista se notaba que había caminado igual o más que yo, pues, su curtido rostro de hombre de pueblo, denotaba un cansancio que iba a la par con su amargura y desesperación. Andaba buscando Lactógeno, que era lo que indicaba su Tarjeta de Racionamiento, pero le rogó al miliciano responsable de esa farmacia, que le diera una lata de Pelargón, ya que su hijo no tenía en ese momento nada que comer. Inútil fueron sus protestas, hasta que por último, exasperado y lanzando un par de maldiciones, golpeó fuertemente con su enorme puño en el cristal del mostrador; con tan mala suerte, que éste cedió y se deshizo en

mil pedazos. Un largo chorro de sangre brotó del antebrazo del desdichado hombre, una punta de vidrio prácticamente había cercenado su mano derecha; inmediatamente aparecieron dos milicianos armados; quienes, insultando grosera y cobardemente a aquel pobre hombre víctima de su desesperación, lo tomaron preso.

Intervine indentificándome como Capitán de la Fuerza Aérea Rebelde. Traté de hacerles comprender a ese par de esbirros, que yo como padre comprendía el estado de ánimo de aquel hombre. Fueron vanos los intentos. No pude convencerlos y se lo llevaron detenido. Fugazmente pasó por mi mente la intención de desprenderme de la lata de leche que había conseguido para mi hijo, para mitigar en algo, la desesperante situación de aquel padre, que no sólo no había conseguido alimento para su pequeño hijo; sino que, era encarcelado por exigir lo que en cualquier país civilizado o incivilizado del mundo, era un derecho y una obligación: alimentar a los hijos. Pero fue sólo un pensamiento que no llegué a materializar, pues, apreté cobarde y egoístamente la lata entre mis manos. "Mi hijo también tenía hambre". Habíamos vuelto a la cruel y salvaje Ley de la Selva. A lo lejos me pareció escuchar el llanto de un niño cubano.

Cuando regresaba a mi hogar cavilando amargamente, mis pensamientos fueron interrumpidos por una gritería de hombres y mujeres que se encontraban en una esquina. Insultaban con los más variados epítetos a una caravana de más de treinta camiones rusos, tripulados por rusos; quienes transportaban arena, cemento y vigas de acero. A la vez que los insultaban, agitaban las manos haciéndoles señales, para que se fueran. Los jóvenes rusos que iban sobre los montones de arena, pala en mano, interpretaban de otra manera la situación; los muy desgraciados, creían que los estaban vitoreando y devolvían con venias y sonrisas, agitando en el aire, sus encallecidas manos. Sentí pena por ellos; me parecieron un grupo de jóvenes animales domesticados. Los camiones se perdieron en la oscuridad de la noche y, quedaron los comentarios.

Para nadie era un "secreto en Cuba" que los rusos estaban construyendo "Bases Secretas" en la Isla. Habían adoptado toda clase de precauciones, al extremo de traer sus propios obreros para que ningún cubano pudiera ser testigo de lo que estaban construyendo. Incluso, ningún oficial del Ejército Rebelde podía cruzar los cercos de alambre, que con ese fin habían levantado alrededor de las construcciones. Pero ignoraban, más bien dicho, no conocían esos "camaradas" la suspicacia, el ingenio y la malicia de los pueblos latinoamericanos. Arena, cemento, vigas de acero y largos bultos cubiertos con lona, que eran desembarcados de los numerosos barcos soviéticos en las diferentes bahías de Cuba, indicaban sólo una cosa: "Cohetes atómicos de largo alcance". Por eso, el pueblo los repudiaba. Estaban convirtiendo la Isla en una Base atómica rusa.

Durante meses esas interminables caravanas recorrieron los caminos de Cuba, en una actividad tan febril, que denotaba sin lugar a dudas que estaban trabajando las veinticuatro horas del día; luchando contra el tiempo. "¿A qué viene esto?", se preguntaba la gente. Hasta que un día la noticia corrió como reguero de pólvora. "Estados Unidos de Norteamérica imponía el bloqueo de la Isla, para impedir que siguiera llegando más armamento atómico; que ponía en peligro su seguridad y la de América, en general".

Se ordenó de inmediato la movilización general; y, nuevamente, aires de guerra flotaron en el ambiente. El pueblo en general se mostró reacio a esa movilización, y entonces los Comités de Defensa de los Barrios empezaron a recorrer calle por calle, casa por casa, presionando a los que habitaban en ellas, para que los menores de siete años y los mayores de sesenta y cinco se fueran a centros especialmente habilitados con ese propósito. Los que estaban en condiciones de cargar un arma, tenían que reconocer filas; caso contrario, la casa era considerada como un reducto enemigo y sería tratada como tal, en caso de ataque. Nuevamente los métodos de "persuación comunista" rindieron sus frutos. Más tarde, Fidel llamó a la "unidad" y apeló al "patriotismo del pueblo"; diciendo

que en esa hora "todos éramos UNO" para defender a Cuba de la invasión yanqui. Que nunca llegó. La gente sonreía despectivamente. Los comunistas estaban asustados.

Fui requerido personalmente por el Cadete Juan Ferrer para que reconociera filas y me presentara en el Estado Mayor. Ferrer era un individuo que en un tiempo había sido mi amigo y del cual yo era su confidente, ya que muchas noches pasó por la puerta de mi casa, en donde yo esperaba incansablemente a los que me insultaban por teléfono. Juan había sido uno de los tantos soldados Rebeldes que no logró distinguirse jamás, por la sencilla razón de que era cobarde. Había bajado de la Sierra trayendo como único recuerdo una negra y rala barba y como se sentía postergado, me manifestó en repetidas ocasiones deseos de desertar y abandonar el país. Feliz o infelizmente, siempre yo lograba convencerlo de que estaba errado en su proceder y manera de pensar; que tuviera paciencia, que algún día le harían justicia. Fue así que cuando un primo hermano de él fue nombrado Secretario de Fidel en la Organización Revolucionaria Integrada, Juan consiguió por fin lo que tanto anhelaba: "un automóvil sport de lujo y un lugar en el Partido, y se le abrieron las puertas de la Escuela de Aviación".

Esa noche nos encontramos como siempre en la puerta de mi casa. Yo estaba sentado en el guardafango de un automóvil estacionado en la esquina y conversando con un amigo que se quejaba porque le habían requisado un puesto ambulante de venta de sandwichs, con el cual se ganaba la vida. Este, al ver acercarse a Juan, se despidió rápidamente y se alejó por la Calle "O". El "amigo" Ferrer era bien conocido como *chivato* del barrio. Yo no le temía. Después de conversar de asuntos sin importancia, Juan quiso saber el motivo por el cual yo no me encontraba acuartelado y al pie de mi avión; le contesté lisa y llanamente que no pensaba acuartelarme, pues, como había presentado mi renuncia irrevocable e indeclinable a la Fuerza Aérea, no creía mi obligación hacerlo. Además —le recalqué irónicamente—, cuando yo estaba combatiendo en Playa Girón, ustedes, camaradas, estaban estudiando marxismo-leninismo; ahora —dije sonriendo socarronamente— tengo un montón de libros marxistas en mi apartamento; así es que les toca el turno a ustedes de combatir, y a mí, de estudiar. Acuérdese, camarada Ferrer, de que entre otras cosas me han acusado de tener un "nivel político" muy bajo. Así es que tengo que ponerme al día, en lo que respecta al comunismo; y ustedes tienen que aprender a pelear y a defender su Revolución Socialista. Ya basta de cacareo, compañerito —agregué—, ahora van a saber lo que es "candela".

—Me extraña mucho su proceder, Capitán. Aún más, me asombra su manera de expresarse.

—¿Qué le pasa, Ferrer? ¿Le asombra que un hombre se atreva a hablar como hombre? —pregunté irónicamente—. O cree —continué— que todos los hombres son reptiles como usted y muchos más que conozco. No, mi amigo. Qué poco me conoce. Lo que le estoy diciendo a usted en este momento, se lo digo al propio Fidel en su cara. Además —continué—, yo peleo por Cuba hasta la última gota de mi sangre, pero por Rusia que peleen los comunistas.

Sin esperar respuesta, di vuelta la espalda y me alejé en dirección a mi hogar. Al día siguiente supe por un fiel soldado que el amigo Juan Ferrer había batido todos los records de velocidad para ir a denunciarme.

XXV

LA TRAICION DEL AMO

Las calles de La Habana quedaron desiertas. De vez en cuando pasaban largos convoyes de camiones, cañones y tanques que cambiaban de posición a cada rato. Se notaba que en el Alto Mando había desconcierto y desorganización. Como siempre. Al principio, la gente tomó la situación con su característica manera de ver las cosas; sin darle mayor importancia. Pero con el correr de los días, los rumores fueron creciendo. Y el temor apareció. La cosa iba en serio y Estados Unidos de Norteamérica movilizó su Ejército, Armada y Aviación. A diario se veían surcar los cielos cubanos por grandes formaciones de aviones americanos; a veces pasaban tan bajo y despacio, que era fácil ver sus insignias y números pintados en las alas y en los fuselajes. A plena luz del día sacaban fotografías de las diferentes Bases de cohetes rusos y de los aviones Il-28 que estaban apostados en la Base de San Julián, en Pinar del Río; cuyas tripulaciones, rusas en su totalidad, esperaban impacientes la orden de ataque.

Se aplicó un severo y estricto racionamiento y, por primera vez en la historia de Cuba, se racionó el azúcar y el café. Desaparecieron los cigarrillos, fósforos, frutas, huevos, pescado, carne y leche. Durante meses el pueblo cubano tuvo que alimentarse única y exclusivamente de arroz con porotos rusos, hervidos con agua y sal. Los soldados empezaron a protestar por la exigua ración que les daban: un plato de arroz blanco

al día. Comenzaron, también, las deserciones en masa y la moral del pueblo se fue por los suelos.

Los periódicos, en primera plana y con grandes caracteres, llamaban al pueblo a cerrar filas para combatir al imperialismo yanqui. Fidel arengaba a los milicianos y nuevamente llamaba a la "unidad", sabiendo perfectamente que en esa hora decisiva no contaba con el pleno y total apoyo del pueblo cubano; había cometido muchos errores fatales con su estúpido y criminal sectarismo. Los comunistas, como siempre, temblaban en sus burocráticos puestos y seguras oficinas y se dio un caso, tragi-cómico, cuando una pequeña lancha tripulada por cubanos anticomunistas, procedentes del norte, ametralló el Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos, en donde se albergaban los rusos, chinos, coreanos, polacos, búlgaros, chilenos, argentinos, en fin, los comunistas que de distantes países habían llegado a Cuba a colaborar con sus conocimientos, práctica y experiencia, para sumir al pueblo cubano en la desesperación, miseria y horror de otra dictadura comunista. Esa noche me encontraba como a doscientos metros de distancia del lugar de los hechos. De improviso rompió el silencio de la noche el característico tableteo de un cañón de 20 mm., acompañado de disparos aislados de fusiles y pistolas. Fue un corto tiroteo. Pensé en la locura que estaba cometiendo ese reducido grupo de valientes hombres, que se atrevían a desafiar a Fidel en sus propias barbas; pues, en ese preciso instante, el líder se encontraba en el Teatro Blanquita, a menos de cien metros de distancia del ICAP.

Cuando sonaron los primeros disparos, un alto dirigente comunista que acompañaba a Fidel se puso a gritar histérica y cobardemente, a la vez que se ponía a correr como conejo asustado: "¡¡¡¡¡Sálvese quien pueda!!!!! Esto se acabó". El muy cobarde creyó, a lo mejor, que los americanos estaban desembarcando; y por supuesto, como buen comunista, no ponía su cochino pellejo frente a las balas.

En la desembocadura del río Almendares, a menos de cien metros de distancia de la pequeña lancha suicida, había emplazados cuatro cañones de 120 mm. y varias ametralladoras

cuádruples de 12,7 mm. Me sorprendió que después de varios minutos de tiroteo no abrieran fuego. Hubiera sido la muerte segura para los tripulantes de la audaz embarcación, que con seguridad, en esos momentos, ya estaban alejándose velozmente de las costas cubanas.

Al día siguiente se supo en toda La Habana que los artilleros de las armas emplazadas en ese lugar habían abandonado sus puestos, e incluso, que Fidel los había hecho fusilar por cobardía ante el enemigo. Indignación causó tan drástica medida, pues todo el mundo sabía que las dotaciones de esos cañones estaban formadas por muchachos cuya edad fluctuaba alrededor de los dieciséis años.

Pero lo que colmó la medida fue que los diarios de Cuba publicaron, como siempre, con grandes letras, que La Habana había sido ametrallada y atacada por el imperialismo yanqui y que incluso dicho ametrallamiento había sido dirigido desde un avión yanqui. Los cubanos leyeron, con una sonrisa, la extraña noticia. La prensa dirigida por el marxismo-leninismo en los diferentes países del mundo repetía la noticia dando la impresión de que un feroz y despiadado bombardeo había destruido La Habana. Se repetía otra mentira histórica; como cuando el Comandante Luis Díaz Lanz lanzó panfletos sobre dicha ciudad, el año 1959. Aquella vez, la artillería antiaérea emplazada en diferentes puntos de La Habana y la artillería antiaérea de las fragatas fondeadas en la bahía, abrieron fuego de cañones y ametralladoras sobre el B-25 tripulado por Díaz Lanz, con tan mala suerte y puntería, que las balas empezaron a caer sobre la gente aglomerada en las calles, haciendo muchas bajas. Por supuesto, los hechos fueron tergiversados y se llegó a afirmar estúpidamente que Díaz Lanz había lanzado granadas de mano. No hacía falta ser un especialista en la materia para reírse a carcajadas de tal aseveración, pues las granadas de mano explotan entre 4 a 6 segundos después de haber sido lanzadas, es decir, no tenían tiempo suficiente para llegar al suelo y explotar.

Esa noche, en su comparecencia por televisión, Fidel recalcó sílaba por sílaba y repitiendo las frases como si saborea-

se su contenido, que si el imperialismo yanqui nos atacaba: "Los des-trui-ría; los bo-rra-ría del mapa y para siempre". Un escalofrío corrió por el pueblo de Cuba. ¿Sería posible que Fidel condenara a muerte a su pueblo y pusiera en peligro de una guerra nuclear a toda América Latina? ¿Qué pretendía adoptando esa posición suicida? ¿Lo hacía como un patriota cubano, para mantener la dignidad, integridad y soberanía de Cuba, o como un lacayo del imperialismo comunista, que sólo cumplía una orden de su amo? Luego, el pueblo de Cuba y los pueblos del mundo obtuvieron una respuesta categórica y definitiva al respecto.

Cuando aún no terminaba de hablar Fidel, una noticia corrió como un río desbordado por las calles, los pueblos y campos de Cuba. "Rusia había retirado los conos de hidrógeno de los cohetes y había ordenado el desmantelamiento de las Bases atómicas". SIN CONOCIMIENTO NI CONSENTIMIENTO DE FIDEL. Un balde de agua fría no hubiera surtido los efectos que esa noticia produjo. Fidel se indignó; bufaba de rabia e impotencia. Rusia lo abandonaba antes de empezar la guerra mundial, que él quería desatar en su insanía que bordeaba la locura.

Nuevamente habló al pueblo, tratando de explicar algo que no tenía explicación. Dijo: "Que aún quedaban armas para luchar". Aludía a los aviones de bombardeo IL-28. (Dichos aviones fueron reembarcados, 42 en total, rumbo a Rusia días después). Por último, y ya no teniendo qué decir, gritó por los micrófonos –tratando de justificar la traición rusa–: "Una flota de 26 barcos rusos se dirige a toda máquina rumbo a Cuba. Pasarán y romperán el bloqueo yanqui aunque tengan que pasar bajo las balas de sus cañones". Y agregaba: "El Gobierno ruso no cobrará ni un centavo por todas las armas que nos han entregado, es una contribución del poderoso Soviet al pueblo de Cuba".

Nadie le creyó. El malecón de La Habana fue testigo de que, día a día, el pueblo acudió a ver la llegada de la flota rusa que estaba anunciada y que nunca llegó. Por la sencilla razón de que, valientemente, había cambiado su rumbo hacia aguas más tranquilas y regresaba a sus puertos de origen. Con la cola entre las piernas empezaron a llegar los milicianos de los diferentes lugares en donde habían estado apostados. No podían ocultar la vergüenza de la tan insólita situación en que se encontraban. Los miembros de los Comités de Vigilancia y Defensa de la Revolución, integrados en su totalidad por individuos de la más baja condición social y moral ya que el arma que ellos esgrimían era la vulgar delación y soplonaje, trataban por todos los medios posibles de congraciarse con la población. Temían un brusco viraje de Fidel; ya que éste, en un momento de ofuscación, producto de su dolor, impotencia y a lo mejor, presionado por su conciencia, se había emborrachado en el lujoso *Restaurant Potin,* y había despotricado contra los comunistas; diciendo, entre otras cosas: "Que si Krushov llegaba en ese momento a Cuba, le daba tres bofetadas". El pueblo reía sin ocultar sus sentimientos; ya no le temían a nada ni a nadie y empezaron las bromas y los dichos jocosos:

–"Nikita, Nikita. Lo que se da no se quita" –decía uno aludiendo a la traición de Krushov.

–"Aprieta el botón, viejo maricón" –decía otro, recordando las amenazas que había hecho Krushov a Estados Unidos; cuando en una de sus bravatas dijo que bastaba apretar un botón para hacer desaparecer al imperialismo yanqui.

–"¿Sabes la última?" –preguntaba un cubano a otro.

–"No" –respondía el interpelado.

–"Malinovsky (Ministro de Guerra de la Unión Soviética) ha dicho que lloverán sobre los Estados Unidos tantos cohetes como pelos tiene en la cabeza Krushov, si los yanquis invaden a Cuba" (aludía por cierto a la total y absoluta calvicie del Primer Ministro ruso).

–"Prohibido bañarse en Cuba" –decía otro sonriendo picarescamente.

–"¿Por qué, compay?".

–"Fidel necesita cinco millones de cochinos (puercos), para Navidad" –contestaba el primero riendo a carcajadas.

—"Confiscaron todas las carnicerías y andan buscando desesperadamente . . . ".

—"¿Qué cosa?" —preguntaba un negro asustado.

—"La lengua de Fidel, que se ha perdido" —contestaba el otro, aludiendo al silencio del líder, que a partir del momento en que lo dejaron en ridículo ante el pueblo cubano y el mundo, no pronunció una palabra más.

Esa fue la reacción del pueblo cubano, ante al traición histórica de Rusia, con su primera colonia latino-americana.

Luego llegó Mikoyan —Vice Primer Ministro de Rusia— y después de más de un mes de conversaciones, de las cuales nada sabía el pueblo cubano, pero sí intuía, se llegó a la conclusión de que Mikoyan iba a reemplazar a Fidel, y que éste partía para Rusia, para hacerse cargo de los campos de concentración del "Paraíso de los Trabajadores".

—Chico —me dijo un negro grande y bonachón—. Da vergüenza ser cubano en estos momentos.

Lo comprendí, pues yo me sentía tan cubano como él mismo y tenía el agravante de ser un extranjero, que había combatido ingenuamente, para permitir que tal situación fuera una realidad.

XXVI

INTERVIENEN MANOS AMIGAS

Por esos días había enviado a mi señora e hijo a vivir con mis suegros en Camagüey; porque los alimentos más indispensables eran completamente imposibles de conseguir en La Habana. Sumábase a eso el peligro de la guerra, que parecía inminente; además, por insinuación de un médico amigo, quien me aseguró que yo tenía los síntomas inequívocos de la tuberculosis, diagnóstico que fue confirmado días más tarde por el doctor Italo Zamudio, médico chileno y Profesor de la Universidad de La Habana. Desgraciadamente y a pesar de ser un oficial de la Fuerza Aérea, no podíamos conseguir placas, para confirmar por los Rayos X, tan terribles duda. Durante varios días vagué por las desiertas calles de La Habana, buscando alivio y consuelo en los bares que encontraba a mi paso. Hasta que un día, cuando regresé a mi desierto hogar, envuelto en negros y tenebrosos pensamientos, encontré un papel que habían echado por debajo de la puerta. En el me decían que se me necesitaba con suma urgencia en la Embajada de Chile y que me presentara a la brevedad posible. Un nuevo temor se sumó a mis inquietudes, temí una mala noticia de mi familia en mi patria. Presuroso, me dirigí a la Cancillería chilena, ya que si pretendía entrar en la Embajada, con seguridad sería muerto a tiros por los milicianos, ya que esta era la manera en que se atentaba contra el derecho de asilo político, que las Embajadas latinoamericanas dispensaban generosamente. Al llegar a la esquina de

las calles M y Calzada, en el Vedado, lugar en el cual está ubicada la Cancillería y el Consulado de Chile en La Habana, un miliciano interceptó mi paso. Le dije que era chileno y que había sido citado por el Embajador. Después de comprobar y confirmar mis palabras, me dejó pasar.

Inmediatamente me recibió el señor Fernando Maqueira, Agregado Comercial de Chile en Cuba. Silenciosamente puso una carta sobre el escritorio. Era una carta procedente de Ciudad de México y que estaba firmada por mis viejos amigos: Normand Shand, Jefe de la Editorial Grolier, y Raúl Hudson Arrieta, Station Manager de la Canadian Pacific Airline, ambos con residencia en dicho país. A medida que avanzaba en la lectura, no pude impedir que gruesos lagrimones empañaran mis ojos. Maqueira, dándose cuenta de la emoción que me embargaba, discretamente, me dejó solo.

En la carta que mis amigos habían dirigido al Embajador de Chile en Cuba, don Emilio Edwards Bello, solicitaban que intercediera por mi seguridad, ya que ellos estaban en conocimiento de la terrible situación por la cual yo atravesaba. Ofrecían generosamente pagarme el pasaje, así como los de mi mujer y mi hijo, desde La Habana hasta Santiago de Chile; como también, si era necesario, pagar los gastos para internarme en una clínica en México, ya que se habían enterado por boca de mi fiel amigo, Rubén Cárdenas, el Ingeniero peruano, de que yo estaba al borde de la locura. Pasaron varios minutos antes que lograra serenarme por completo; al conseguirlo, sentí que Fernando Maqueira me decía que el Embajador estaba al teléfono y que deseaba hablar conmigo.

El señor Edwards Bello me llamó severamente la atención por no haberle comunicado personalmente los apuros que estaba pasando. No podía concebir el trato que el Gobierno cubano deparaba al único chileno que había defendido la Revolución Cubana, en los campos de batalla. Lo encontraba inconcebible, insólito e inhumano; tomando muy en consideración mis méritos militares y el deplorable estado físico, mental y moral, en que me encontraba; pues según él, lo menos que podían hacer, era devolverme la salud que había perdido combatiendo por la Revolución; como así mismo, cancelarme los salarios impagos, para poder por lo menos, alimentarme como un ser humano. Por último, solicitó mi consentimiento para hablar al respecto con el Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Raúl Roa; a lo que accedí de inmediato, ya que era mi última esperanza. El Sr. Fernando Maqueira se encargó de tal misión; citándome para las ocho de la noche en sus habitaciones en el *Hotel Capri*, para darme los resultados de la entrevista, que iba a ser a las tres de la tarde.

Alrededor de las seis, ese día, estaba tratando de comunicarme con Adriana por teléfono cuando recibí una llamada y escuché al otro lado de la línea, la inconfundible voz del Teniente Crab, ayudante del Comandante Sergio del Valle. Me citó con urgencia para el día siguiente.

A las ocho en punto, estaba en las habitaciones del señor Fernando Maqueira, quien me dijo que la entrevista con Roa había tenido pleno éxito, y que dicho señor se había mostrado terriblemente preocupado y asombrado, al enterarse de la extraña situación por la cual yo pasaba. Prometió interceder de inmediato ante el Estado Mayor y el Comandante Fidel Castro, para arreglar a la brevedad posible y a plena satisfacción de la Embajada chilena y mía, el desagradable asunto tratado.

Al día siguiente acudí puntualmente a la cita con el Teniente Crab; éste, casi no me conoció cuando entré a la oficina. No me extrañó, pues, iba vestido de civil y pesaba tan sólo cincuenta kilos; había perdido veintidós en ocho meses. El me había conocido en otras circunstancias; vistiendo el glorioso uniforme verde olivo del Ejército Rebelde y con mi peso normal. Rápidamente le expuse que necesitaba a la brevedad posible, que me dieran la baja del Ejército, para así, poder iniciar los trámites necesarios para abandonar el país; como así mismo, autorización para vender mis pertenencias personales y que el producto de esas ventas, me fuera entregado en pesos chilenos, mexicanos, o lo que fuera; ya que no contaba con ningún otro medio económico para regresar a

mi país, con mi mujer e hijos. En donde, tendría que recuperarme física, mental y moralmente, para tratar de rehacer mi vida.

—Para mí sería muy duro, Teniente Crab —agregué— tener que llegar a Chile, con una mano por delante y otra por atrás; pero para la Revolución, sería vergonzoso.

—No se preocupe, Capitán. Le daremos los dólares que necesite o que desee —contestó amablemente el Teniente Crab.

—Parece que no me ha comprendido, Crab. No le estoy "pidiendo" dólares. Sino que me cambien oficialmente lo que poseo, pues, me puedo dar el gusto de decirle, que a la Revolución Cubana le he dado todo lo que tenía en la vida; y he recibido en cambio de ello: sólo patadas, dolor, angustia y hambre.

—A propósito, Capitán. Como usted hace meses que no cobra su cheque, el Comandante del Valle me encargó que le diera esto —y me entregó cien pesos. Indignado los rechacé, pues más que algo que me debían, me pareció una limosna. Pero, recordé que tenía mujer e hijos y que estaba en un país extranjero. Avergonzado y humillado, guardé "la limosna" en mi bolsillo. Así pagaba la Dictadura Comunista Cubana, a un Héroe de la Revolución Cubana. Asqueado abandoné ese recinto, al cual ya no pertenecía más.

XXVII

FIDEL REACCIONA

Esa misma noche sostuve una entrevista con el Capitán Mirabal, miembro del G-2 y Ayudante del Presidente Osvaldo Dorticós Torrado, quien lo enviaba para tratar de convencerme que desistiera de mi propósito de abandonar el país. La enérgica intervención de la Embajada chilena había surtido efecto. La entrevista se llevó a cabo en el consultorio del Doctor José Angel Bustamante, en la calle "K" número 309, en el Vedado. Bustamante era un psiquiatra al servicio de la Policía Política y miembro activo del Partido Comunista. Mirabal, hombre joven e inteligente, trató por todos los medios posibles de cumplir su cometido. Empleó mil y un argumentos, para convencerme que desistiera de mi viaje a Chile. Me insinuó insistentemente que viajara hacia los países socialistas, con mi mujer e hijo, en un viaje de recuperación física; sin restricción de países ni de tiempo. En donde —según él— sería recibido y tratado de acuerdo a mis méritos de guerra y revolucionarios.

Le contesté cortés y firmemente, que nada tenía que hacer en los países socialistas; que incluso, no me sentía con deseos ni ánimo para turistear y, menos en dichos países. Lo único que deseaba, era que me dejaran regresar a mi patria; me otorgaran permiso para vender mi automóvil y efectos personales y el producto de las ventas, me lo cambiaran oficialmente a pesos chilenos o cualquier otra moneda que me sirviera fuera de Cuba.

—En otras palabras, Mirabal, no quiero favores especiales de ninguna especie. Me iré de Cuba con la frente muy alta; eso sí, que me reservo el derecho de hacer y decir lo que estime conveniente, ya que jamás en mi vida he tenido que soportar tanta humillación, vejación y canalladas de toda especie. No puedo concebir que todo esto haya sucedido con el consentimiento y conocimiento de Fidel y el Che; y lo peor del caso, Mirabal —agregué— en mi situación se encuentra casi todo el Ejército Rebelde. Todos esos muchachos que generosamente pusieron sus vidas al servicio de la Revolución; los valientes guajiros que abandonaron sus humildes hogares para luchar por sus más caros anhelos; ahora, se pudren en las cárceles de Cuba, por reclamar lo que Fidel les prometió y no cumplió. No, Capitán Mirabal; ya nada tengo que hacer aquí; aún más, me siento atado por invisibles cadenas: soy un prisionero más. Sólo me sentiré libre, cuando logre salir con vida de este país. Y esa es mi última palabra.

—Comprendo que tiene muy justificadas razones para pensar así, Capitán Lagas. Usted me ha desarmado por completo y como cubano, me siento avergonzado al comprobar lo injusto que hemos sido con usted. Ya que el sólo hecho de haber renunciado a su fabuloso sueldo en dólares voluntariamente, para ayudar desinteresadamente a la Revolución, basta y sobra para haberse ganado el respeto y la consideración nuestra; si a eso le sumamos la heroicidad de sus combates, Cuba estará siempre en deuda con usted. Y es por eso, que en nombre del Presidente Dorticós, le pido no que abandone su idea de partir a su patria; sino que, postergue por unos días su viaje. Queremos demostrarle con hechos y no con palabras, la gratitud del Gobierno y del pueblo de Cuba.

A todo esto se había incorporado a la entrevista el doctor José Angel Bustamante, quien se había limitado a escuchar hasta ese momento. Trató de terciar en la conversación, pero lo interrumpí:

—Perdone, doctor. Pero creo que ya todo está dicho. Mi decisión está tomada. Comprenda, Capitán —dije, dirigiéndome a Mirabal— que por más de ocho meses he tratado de que

se me haga justicia y si hoy, el mismo Presidente Dorticós se preocupa de este asunto, se debe única y exclusivamente a la intervención de mi Embajada. Soy hasta el momento un oficial superior de la Fuerza Aérea Rebelde, Héroe de Playa Girón; y sin embargo, pasé más de seis meses sin cobrar mi cheque; viviendo de la ayuda desinteresada de mis amigos. De no haber sido por ellos —continué— me habría muerto de hambre; a pesar de mis glorias y honores. Desgraciadamente, de eso no vive un hombre. Con sólo decirle, Mirabal, que hasta el Cónsul General de Chile, don Antonio de Undurraga, me ha tenido que ceder su ración de leche condensada, para poder alimentar a mi hijo —concluí amargamente.

El Capitán Mirabal bajó la cabeza avergonzado, encendiendo un cigarro, con insegura mano. Un molesto silencio se interpuso entre nosotros. Después de breves segundos, el doctor Bustamante que se encontraba dando unos pequeños paseos por el consultorio, exclamó:

—Mire, Capitán Lagas. Como profesional le puedo afirmar que usted está enfermo. No se asuste, no es nada de cuidado; pero, como el motivo de su enfermedad se ha originado por causas infortuitas de la Revolución, creo que no se debe ir, hasta que se le den las satisfacciones que iniciarán el proceso de su recuperación moral y mental. En caso contrario, usted recordará toda la vida estos desagradables incidentes, impidiendo a lo mejor, su total recuperación.

—A propósito —exclamó el Capitán Mirabal— el Presidente Dorticós me autorizó para ofrecerle lo que usted quiera, Lagas. Le repito, el Gobierno Revolucionario quiere demostrarle su gratitud.

—Gracias, Mirabal. Le repito también, que nada quiero. Sólo deseo regresar a mi patria con mi mujer e hijo. Demos vuelta la página y hagan de cuenta que este chileno jamás ha existido; y si algún día van por Chile, pregunten por mí; tendré mucho placer en atenderlos y les voy a mostrar un pueblo valiente, capaz y, sobre todo, patriota.

El Capitán Mirabal y el doctor Bustamante se miraron sin comprender mis palabras. Para ellos la palabra "patriota" no tenía significado alguno. Ambos eran comunistas.

XXVIII

REGRESO A LA PATRIA... Y A LA LIBERTAD

Temprano al día siguiente, llegó un mensajero del Estado Mayor con la carta que me autorizaba para vender mis pertenencias personales, ya que sin ese permiso, de haber vendido algo, habría incurrido en un severo delito contra la Economía del Estado, cuya pena era: "nueve años de cárcel al que vendía y tres para él que compraba". Por algo vivíamos ya en el "Primer Territorio Libre de América", en el "Paraíso de los hombres libres", donde todo, absolutamente todo, pertenecía al Estado; incluso nuestras vidas.

Rápidamente vendí mi flamante Oldsmobile, un refrigerador, la instalación de aire acondicionado, un tocadiscos estereofónico con más de cien discos; una biblioteca Grolier, un radio Phillips, muebles, ropa, joyas y todo lo que había logrado comprar con grandes esfuerzos a lo largo de cuatro años; alcanzando a reunir tan sólo cuatro mil novecientos pesos. Dicha cantidad me fue canjeada en el Estado Mayor, engándome quinientos dólares en efectivo y un cheque por cuatro mil cuatrocientos dólares contra el Royal Bank of Canada. A la vez me entregaron mi licencia definitiva de la Fuerza Aérea Rebelde, con fecha 28 de diciembre de 1962, y un permiso para poder pasar por la Aduana de Rancho Boyeros, la ropa necesaria para mi mujer e hijo; ya que en esa fecha, todo aquel que abandonaba Cuba, sólo podía sacar lo estrictamente indispensable. Sin contemplación alguna.

Felizmente llegó el 28 de diciembre de 1962. A las 13.00 horas de ese día, ingresamos con mi mujer y mi pequeño hijo de tan sólo seis meses de edad, en lo que llamábamos la "pecera". Era un cuarto herméticamente cerrado y con paredes de vidrio para ser observados desde afuera, por miembros de la Policía Política. Por más de cuatro horas y con un calor sofocante, esperamos pacientemente la revisión de los equipajes y documentos; sin poder darle siquiera una gota de agua o leche a mi pequeño hijo, que lloraba desesperadamente, sin comprender en su inocencia, el motivo de esa injusticia que realmente lindaba en una crueldad sádica. Durante esas interminables horas, lo paseé incansablemente en mis brazos, para tratar de acallar su llanto; y los abuelos, que forzosamente se tenían que quedar en Cuba, lo contemplaban con lágrimas en los ojos y trataban de calmarlo con frases imposibles de escuchar a través del grueso vidrio que nos separaba.

Margot, la abuelita, acariciaba tiernamente el vidrio, imaginándose, a lo mejor, que acariciaba a su pequeño nieto que partía hacia lejanas tierras y pensando que nunca más volvería a verlo. Silenciosas lágrimas corrían por sus mejillas. Ernesto, el abuelo, nada decía ni hacía. Pero sus inquietos ojos, enrojecidos por el llanto contenido, eran prueba elocuente de lo que en ese momento sentía. Agaché la cabeza para que el ala de mi sombrero camagüeyano ocultara las lágrimas que involuntariamente empezaron también a deslizarse de mis cansados ojos.

De improviso, veo una fila de rostros conocidos.Me llamó la atención verlos vestidos de civil: eran mis soldados que iban a despedirse silenciosamente y exponiéndose a graves consecuencias si eran identificados por algún *chivato*. Ellos lo sabían; pero parecía que no les preocupaba. Desde lejos, sin tan siquiera poder abrazarlos o estrecharles la mano por última vez, sentí deseos de decirles algo. Tomando un pedazo de papel, escribí: "Regreso a Chile, mi patria. Pero aunque lejos me encuentre, siempre estaré junto a ustedes; y mientras viva, jamás los olvidaré. Adiós, amigos míos". Uno por uno se acercaron al grueso vidrio para leer lo que yo había escrito y pude apreciar en sus curtidos rostros, la emoción que en ese momento los embargaba. Ellos comprendían por qué yo abandonaba Cuba; me conocían demasiado.

A medida que pasaban las horas encerrados en el intolerable ambiente de la pecera, aumentaba mi indignación; que culminó, cuando vi que dos milicianos invitaron ceremoniosa y servilmente a un grupo de polacos y checos que viajaban con destino a México, a pasar al Casino del Aeropuerto, para esperar confortablemente la salida del avión. Nuevamente, Adriana tuvo que sujetarme para no provocar un altercado que hubiera tenido, sin lugar a dudas, funestas consecuencias. No podía concebir tanto servilismo, tanta bajeza y espíritu de esclavos, como el que demostraban esos despreciables milicianos; pero que al fin y al cabo se comprendía, al saber que trataron con igual servilismo y deferencia, al General Fulgencio Batista y Zaldívar. Estaban acostumbrados a inclinarse ante el amo de turno. Eran comunistas.

A las 17.30 horas nos llamaron para ocupar nuestros asientos en el avión Britannia, que partía por fin, rumbo a México; primera escala hacia la Libertad. Pasé antes por los servicios higiénicos del personal de Cubana de Aviación, y entregué a uno de mis íntimos amigos que dejaba en Cuba, el último seguro de vida que hasta ese momento me acompañaba: un revólver Colt 38. Juan —llamémoslo así— me había jurado días atrás, que él estaría hasta el último momento en el aeropuerto, por si algo anormal ocurría, para avisar de inmediato a la Embajada de Chile, Ese día él estaba de guardía en Rancho Boyeros, y cumplió su promesa. Cuando me vio dirigirme a los servicios, caminó detrás de mi como si me vigilara; vestía uniforme de miliciano y portaba un fusil R-2. Cuando le entregué el revólver, no lo quiso aceptar; diciéndome que me lo llevara como recuerdo de Cuba y de los amigos que ahí dejaba. El muchacho se emocionó sinceramente y tomando el fusil con la mano izquierda, me abrazó fuerte y tiernamente con su brazo derecho.

—No te preocupes, Juan, —le contesté a la vez que po-

nía el revólver en su cinto— ya no me hace falta. Mucha sangre he derramado en mi vida; a muchos hombres he muerto por una causa que era justa, pero que ha sido traicionada. Piensa tú en eso; y si algún día tienes que matar también, quiero que sepas que no vale la pena matar a otro hombre que, a lo mejor, tiene más derecho a vivir que nosotros mismos. Ya no somos soldados, Juan; nos han convertido en verdugos. Verdugos de un pueblo, cuyo único delito es: "Pretender ser Libres". Hemos seguido y apoyamos a un "Idolo de Barro"; a uno de los tantos traidores que pasan por la Historia; y que la Historia misma, se encargará de enjuiciarlos algún día. No te conviertas en un cómplice más, de esta canallada; y si puedes, záfate. Vas a ver que podrás dormir más tranquilo y en el día de mañana, tus hijos te lo agradecerán.

Juan no contestó nada; agachó la cabeza y escuché un sollozo contenido. Me alejé sin mirar hacia atrás. El avión esperaba.

Varios pilotos de Cubana de Aviación me miraron asombrados cuando pasé al lado de ellos cargando a mi hijo en un brazo y en el otro, un bolsón con pañales y elementos necesarios para el viaje. Se acercaron para desearme un "Feliz viaje y un pronto retorno". Ellos sabían que abandonaba el país enfermo, no tan sólo físicamente, sino que destrozado moralmente, que era peor. Eran hombres y seres humanos: me comprendían. Vi simpatías y afecto en su sincero adiós.

En el avión un trato deferente y especial por parte de la aeromoza y el sobrecargo, me sorprendió. Instintivamente sentí temor; temor que no me abandonó hasta que aterrizamos en Ciudad de México; en donde, me esperaba mi fiel y noble amigo, el peruano Rubén Cárdenas. Compañero de angustias innarrables por las cuales juntos pasamos, brindándonos mutuo apoyo, en las negras horas de la Revolución Cubana, Estaba con él, Raúl Hudson Arrieta, quien junto con Normand Shand, en un gentilísimo y humanitario gesto, habían logrado inte-

resar a la Embajada chilena para que en ese momento, yo estuviera sano y salvo de regreso y con rumbo a mi patria. Ambos me abrazaron en silencio. Las palabras estaban de más.

Después de breve estada, partimos con rumbo a Chile. Una extraña sensación de alivio y bienestar me envolvió cuando el magnífico DC-8 de la Canadian Pacific Airline despegó velozmente de Ciudad de México, con destino a la patria lejana. Ya no tenía nada que temer. Un nuevo mundo, una nueva vida se abría de nuevo ante mí. Miré a mi pequeño hijo que plácidamente dormía en brazos de Adriana. Ella también dormía y una extraña sonrisa de felicidad, iluminaba su bello rostro juvenil. La magnífica atención recibida durante el vuelo, de parte de la eficiente y atenta aeromoza, me devolvieron algo de la confianza perdida. Todavía existía gentileza, educación y simpatía en el mundo. Dones que también habían desaparecido hacía tiempo, en Cuba. A medida que pasaban los minutos, el veloz avión me alejaba más de aquella Isla en donde había sido tan feliz e infeliz; donde había amado y había sido amado; en donde había sido odiado y había odiado. En donde había dado muerte y la muerte me había respetado...

Por mi mente pasaron veloz y fugazmente los hechos más importantes que habían ocurrido en los últimos cuatro años de mi vida, en ese país, que llegó a ser como mi segunda patria. Esa bella Isla que un día me pareció: "Un Verde Paraíso que habían convertido en un Infierno Rojo".

Prometí volver algún día...

INDICE

I.	Los advenedizos	9
II.	La muerte de vacaciones	25
III.	Hijos del Estado	37
IV.	Licenciado "por error"	41
V.	Los turistas políticos	53
VI.	Un correo de jerarquía	57
VII.	Fuego al amanecer	67
VIII.	Bombardeo sobre Playa Girón	101
IX.	Vuelos y disparos perdidos	115
X.	Nuevos bombardeos	121
XI.	Cuba socialista	143
XII.	La larga espera	187
XIII.	De visita en mi patria	203
XIV.	Prefirió morir a vivir en la mentira	211
XV.	Ya no era soldado; era verdugo	217
XVI.	De piloto de guerra a piloto civil	225
XVII.	Un censor y un aduanero	231
XVIII.	Aníbal Escalante: traidor de traidores	239
XIX.	Era soldado, no payaso	245
XX.	Mentiras históricas	249
XXI.	Sólo para extranjeros... extranjeros	253
XXII.	Puntos de vista de un comunista chileno	257
XXIII.	Un 18 de septiembre comunista	265
XXIV.	Cohetes atómicos para nuestros hijos	269
XXV.	La traición del amo	275
XXVI.	Intervienen manos amigas	281
XXVII.	Fidel reacciona	285
XXVIII.	Regreso a la patria... y a la libertad	289